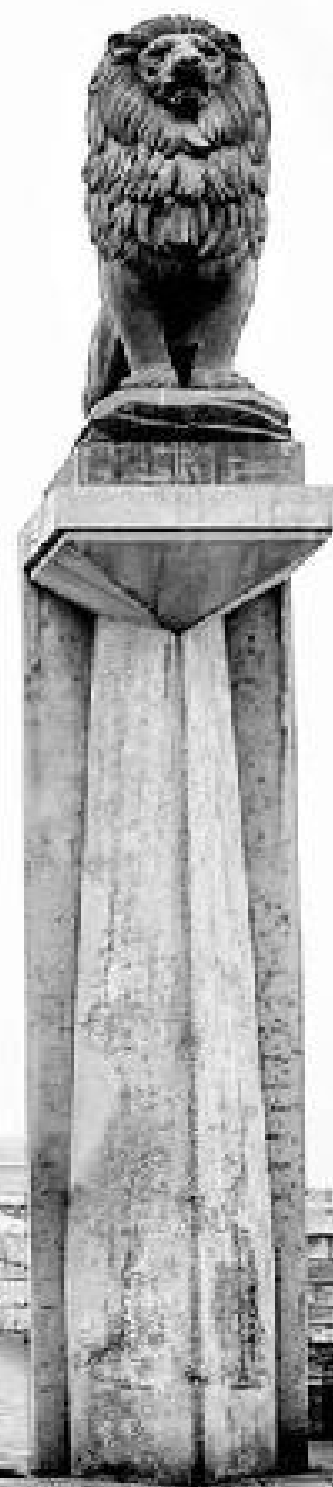
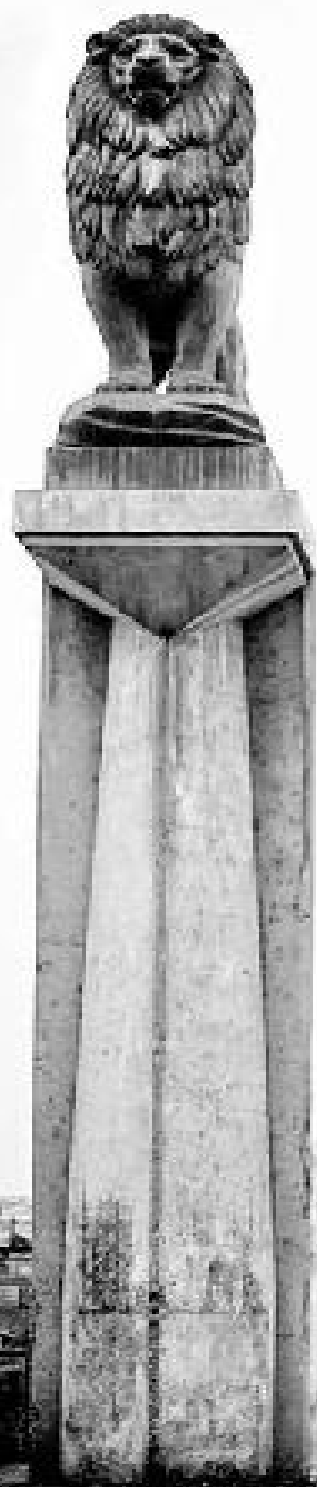


EL RÍO GUARDÓ SILENCIO

LUIS ESTEBAN



SUMA
BY SUMA

Luis Esteban

El río guardó silencio



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mamá, por tantas cosas.

Aclaración que el lector inteligente puede saltarse

En esta novela se hacen comentarios políticamente incorrectos y, en ocasiones, estúpidos. No me identifico con ninguno de los personajes, tampoco con el narrador omnisciente. No soy homófobo ni machista, no odio a los inmigrantes, no siento ninguna animosidad contra los catalanes. Soy un tipo tolerante (todo lo tolerante que puede ser un ser humano) y no le deseo el mal ni a mis enemigos, de los que, por otra parte, creo carecer.

Que nadie busque interpretaciones freudianas en esta humilde narración. Solo pretendo entretener, suscitar sentimientos y, en el mejor de los casos, invitar a la reflexión.

El autor.

Orden jerárquico en la Policía Nacional

De menor a mayor graduación:

Policía

Oficial

Subinspector

Inspector

Inspector Jefe

Comisario

Comisario Principal

Capítulo uno

26 de agosto, sábado.

Después de quince kilómetros de carrera continua y veinte minutos de estiramientos, el inspector Rosario Roy rezumaba energía. Su preparación para la maratón de las fiestas del Pilar estaba siendo dura, pero gratificante. La satisfacción por haber concluido la sesión de entrenamiento, unida al torrente de endorfinas que anegaba su cerebro, hacía que su estado anímico rayara en la felicidad.

El sol brillaba en las hojas de los magnolios y sobre el rocío del césped. A Rosario le gustaba correr a primera hora, al despuntar el alba, cuando el Parque Grande emergía entre la bruma como una arboleda enigmática, casi mística, cuyos únicos inquilinos eran él mismo y alguna bandada de aves madrugadoras. Aquel sábado, cuando comenzó a trotar, la alborada teñía de malva el horizonte. Hora y media más tarde, tumbado sobre la hierba, su vista reposaba en un firmamento azul eléctrico. A su alrededor, el lugar comenzaba a poblarse de niños en bicicleta y ancianos que arrastraban quedamente sus artrosis.

Su teléfono móvil vibró en el fondo de la riñonera. La zurda de Rosario, abriéndose paso a través de la pistola y los grillettes, asió el aparato.

—Dígame.

—¿El inspector Roy?

—Al habla.

—Le llamo de la guardia de la brigada. Ha aparecido un cadáver en un domicilio del barrio de La Magdalena.

El inspector carraspeó. Sus endorfinas se batieron en retirada y aquella sensación próxima a la felicidad suscitada por el ejercicio se esfumó como una voluta de humo.

—En Zaragoza muere gente todos los días —gruñó.

—Lo sé —replicó su interlocutor—. Pero no a tiros.

—Está bien. —Roy dulcificó la voz—. Contacte con los miembros de Homicidios y cítelos en la Jefatura. Llame también a África Trinidad, la compañera de la Científica.

—Ahora mismo.

Tres cuartos de hora más tarde, tras una ducha rápida y la ingesta de dos

magdalenas y medio litro de leche, Rosario Roy presidía la reunión en las dependencias del Grupo de Secuestros y Homicidios, situadas en la cuarta planta de la Jefatura Superior de Policía. Minúsculas gotas de sudor le perlaban la frente. En la oficina común, separada de su despacho por un tabique de pladur, reinaba un murmullo inquieto.

—¿Estamos todos?

El silencio se impuso de inmediato. El inspector Roy destilaba autoridad. Apenas rozaba el metro setenta, pero, a sus treinta y nueve años, mantenía una complexión atlética, casi hercúlea. Tenía una mirada penetrante de ojos oscuros enmarcada por un rostro regular, ni bello ni feo, en el que solo desentonaba la asimetría de la nariz, quebrada durante su último combate de boxeo profesional.

Su voz, ronca y pausada, sonó de nuevo:

—¿Estamos todos, Alexis?

El subinspector Alexis Guzmán asintió.

—Todo el personal en sus puestos, jefe.

Contando a Roy, ocho funcionarios integraban el Grupo de Secuestros y Homicidios, aunque, en aquel final de agosto, dos de ellos disfrutaban de vacaciones. A los seis operativos se sumaba la policía África Trinidad. África prestaba servicio en la Brigada de Policía Científica, pero, en cuanto surgía una muerte sospechosa de criminalidad, se adscribía como miembro de pleno derecho a los hombres del inspector. Nadie recordaba el inicio ni la razón de aquella costumbre; sin embargo, ningún mando cuestionaba su legitimidad. El hecho de que hubiera sido campeona de Europa de judo ayudaba a despejar posibles dudas.

—Tenemos un cadáver tiroteado en una vivienda de La Magdalena —anunció Roy—. Dos patrullas custodian el domicilio y la comisión judicial ya está avisada. —El inspector encaró a África—. ¿Viene alguien más de la Científica?

—El novato está a punto de llegar —respondió la mujer.

—Perfecto. Jonás y un servidor os acompañaremos en la inspección ocular. Alexis —el subinspector alzó la frente—, tú te encargarás con Neira, Ordóñez y Jurado de interrogar a los vecinos y a todo aquel que haya podido ver u oír algo. ¿Entendido?

El subinspector hizo un gesto afirmativo.

—Está bien —concluyó Roy—. En marcha.

La víctima había residido en el único edificio moderno de la plaza de las Tenerías, a pocos metros del Ebro. Dos uniformados guardaban el portal y otros tantos la puerta de entrada al domicilio, ubicado en la cuarta y última planta. Los vecinos de la finca estaban alborotados y los policías se las veían y se las deseaban para que cada cual

permaneciera en su hogar. Los maños, en general, se caracterizan por ser inquietos, ruidosos y tendentes a la curiosidad; los del barrio de La Magdalena, en particular, rozan la hiperactividad.

Uno de los agentes de custodia informó al inspector Roy:

—El vecino de enfrente ha visto que la puerta del fallecido estaba entornada. Lo ha llamado a voces y, como no contestaba, ha entrado. Por cierto, es policía nacional en excedencia. Al llegar a la habitación principal, se ha encontrado con el regalo.

El regalo era el fiambre desnudo de un tipo que rondaba la treintena. Estaba postrado sobre la cama con el culo en pompa y las manos engrilletadas a la espalda. Sobre el suelo yacían unos pantalones vaqueros, una camiseta de algodón y unas chanclas con la bandera de Brasil. El muerto era musculoso, de piel morena, estatura media y pelo negro rapado. La nota macabra la ponía una fotografía de John Wayne que reposaba sobre su nalga derecha. Eso y los dos boquetes que le horadaban el cráneo.

El retrato de John Wayne era una imagen de estudio en la que el legendario actor, ataviado con un enorme sombrero, fulminaba al objetivo con su mirada de acero. *Feo, fuerte y formal*[\[1\]](#), pensó Roy.

La comisión judicial no tardó en personarse en la escena del crimen. Tras un somero examen del piso, doña Elisa Gayarre, titular del juzgado de instrucción número 3 de Zaragoza, autorizó la práctica de las pericias pertinentes y el levantamiento del cadáver. Doña Elisa era una jueza de las de antaño, distante y aséptica, aunque tenía fama de ser competente y no demasiado pejuguera con las peticiones de la Policía. Le gustaba, eso sí, estar minuciosamente informada.

El forense, un individuo menudo y de ojillos microscópicos al que los policías apodaban *Don Ratón*, inspeccionó el cadáver. A la espera de lo que pudiera deparar la autopsia, aventuró que el fallecimiento se había producido por el impacto de dos proyectiles, y dató la hora del suceso entre las dos y las cinco de la madrugada. Cumplidos los trámites, jueza, secretario y forense abandonaron el lugar.

—¿Sabes por qué a John Wayne le llamaban *Duque*? —preguntó Alexis.

—¿Tú no tenías que estar interrogando a los vecinos? —le reprochó Roy.

—¿Y perderme esto? —El subinspector hizo un gesto amplio con las manos, abarcando la escena del crimen. Ajenos a la charla, África Trinidad y el novato de la Científica se afanaban en hallar indicios lofoscópicos[\[2\]](#), balísticos y biológicos.

—Vale, dispara —concedió Roy—. ¿Por qué le llamaban *Duque*?

—Era el nombre del perro que tuvo en su infancia.

—¿Y crees que eso nos ayudará a dar con el asesino?

—Nunca se sabe.

El teléfono del inspector vibró en un bolsillo de sus vaqueros. Comenzaba el

carrusel de llamadas. La primera era la de Francisco Javier Badía, inspector jefe al mando de la UDEM[3], sección en la que se encuadraba el Grupo de Secuestros y Homicidios.

—A tus órdenes —saludó Roy.

—¿Qué os habéis encontrado?

—Un chico desnudo con dos tiros en la cabeza. Según la documentación de la mesilla, era un marroquí de treinta y dos años llamado Alí Mohamed Hach. Hemos recogido un par de casquillos de nueve milímetros.

—¿Necesitas algo?

—Unas vacaciones.

—Me refiero a algo que esté en mis manos —aclaró Badía.

—Tenemos todo bajo control. La Científica está sacando huellas, la comisión judicial ya pasó por aquí y estamos interrogando a los vecinos.

—Perfecto. Si precisas cualquier cosa, házmelo saber.

En opinión de Roy, Francisco Javier Badía era un buen jefe. Experimentado y transigente. A sus cincuenta primaveras, y después de ocho trienios en el cuerpo, mantenía intactos la vocación y el espíritu de combate. Lo cual no era sencillo.

La siguiente llamada, en estricta observancia del principio de jerarquía, fue la del comisario Bohórquez, alias *El Bicho*.

—¿Qué hay por allí? —preguntó con sequedad.

—Un *palmera*[4], todo el Grupo de Homicidios y dos policías de la Científica —respondió Rosario.

—Badía me ha puesto al corriente. ¿Será fácil de resolver, no?

Al comisario Bohórquez, que no había investigado jamás un crimen (ni falta que le había hecho) todos los asesinatos le parecían pan comido. Rosario Roy, que los había resuelto a pares, tendía menos al optimismo.

—Aún es pronto para decirlo. Pero el homicida no se ha dejado el DNI por aquí, se es a lo que se refiere.

El Bicho pasó por alto la ironía. No tragaba a Rosario, pero el inspector le sacaba las castañas del fuego en todo lo referente a homicidios, secuestros y extorsiones, así que le dejaba hacer. Y hablar. Ambos eran policías con, digamos, ambiciones divergentes. Las palabras de Roy no podían frenar la brillante carrera del comisario; un hipotético bajo rendimiento del Grupo de Homicidios, sí.

—Ya sabes, Roy. Aprieta a tu gente al máximo.

A la gente de Roy no hacía falta apretarla demasiado, porque se apretaban ellos solos. África Trinidad y Novato Sin Apellido marcharon al laboratorio de la Brigada de

Policía Científica para procesar los vestigios obtenidos. Habían recopilado varias impresiones dactilares, una de ellas sobre la foto de John Wayne, y las lanzaron contra la base de datos del Sistema Automático de Identificación Dactilar (SAID) Esa misma tarde, si alguno de los que habían dejado sus *dátiles*^[5] en el piso tenía antecedentes, el SAID facilitaría su identidad.

Los seis componentes del Grupo de Secuestros y Homicidios se reunieron en la oficina común. El subinspector Alexis Guzmán recapitulaba la información obtenida del registro y de las entrevistas con los vecinos:

—El muerto se llamaba Alí Mohamed Hach, Alí para los amigos. Era un marroquí de treinta y dos años que había llegado en patera a España una década atrás. Su *modus vivendi* no era muy ortodoxo.

—¿Qué coño significa *modus vivendi*? —Ordóñez, el policía más joven del grupo, unía a su incultura la procacidad y una actitud permanentemente desafiante.

—El *modus vivendi* es la forma en que cada uno se gana las judías —respondió el subinspector—. Y modera tu vocabulario.

—No sabía que los gais os preocupabais tanto por el lenguaje.

Alexis ignoró el comentario.

—Alí ofrecía servicios homosexuales —continuó—. Abarcaba diversos palos: sadomaso, *bondage* y sexo colectivo. Se rumorea que entre sus clientes había empresarios y políticos de renombre. No es de extrañar, era discreto y atractivo.

—¿Te pone el morito? —murmuró Ordóñez.

El estallido de una colleja sobre la nuca del policía retumbó en las paredes de la estancia. El subinspector, con un movimiento de cabeza, agradeció a Jurado la administración del correctivo. Acto seguido, prosiguió con la explicación:

—Captaba a su clientela en locales de ambiente y en una sauna de la calle Vidal de Canellas, cerca de la Plaza de Roma.

—Sauna Nordik —precisó Neira.

—También se anunciaba por Internet y en algún periódico local. El listado de llamadas entrantes de su móvil es impresionante. Debía de pasarse media vida al teléfono y la otra mitad en el gimnasio del Centro Natación Helios. Eso sí, los viernes acudía a una mezquita de la Avenida Cataluña.

—¿Profesional del sexo y religioso? —Neira arqueó las cejas en señal de asombro.

—De todo hay en la viña del Señor. Parece que nuestro morito tenía sus principios.

—¿Eso es todo? —inquirió Roy.

—No —respondió Alexis—. El vecino de enfrente, el expolicía del 4º1ª, aportó un dato interesante. A eso de las dos de la mañana, alguien con acento del este llamó por error a su telefonillo, uno de esos con pantalla, preguntando por Alí.

—¿Pudo verle la cara?

—Esos videoteléfonos son de baja definición y el individuo estaba pegado a la cámara, así que no se distinguían bien sus facciones. Lo único que el vecino apreció con claridad fue un brillo extraño en el ojo derecho y una enorme cicatriz que le cruzaba la ceja y los párpados. Eso y una calva reluciente.

—Algo es algo —suspiró Roy.

—Otra cosa: una hora después, sobre las tres, el testigo escuchó gritos y amenazas en la escalera.

—¿Del mismo tío?

—No —contestó Alexis—. El que gritaba tenía la voz ronca y acento español.

—¿Y la foto de John Wayne? —interrogó Jurado.

El subinspector Alexis Guzmán se encogió de hombros.

—Sabe Dios —contestó Roy—. Es pronto para hacer cábalas. Lo más urgente aparte del informe de la Científica, es analizar el listado de llamadas del difunto y el tráfico de su ordenador. También hay que reconstruir sus últimas horas de vida y visitar la sauna y la mezquita. —El inspector echó un vistazo a su reloj—. Y como ya son las tres y las tripas me crujen, nos vamos a comer. Nos vemos aquí en un par de horas.

»Ordóñez, ven a mi despacho.

Ordóñez y el inspector Roy pasaron a la habitación contigua. Una mesa de oficina, un sillón giratorio con ruedas, dos sillas preconstitucionales y un archivador componían el exiguo mobiliario. El salvapantallas del monitor mostraba a Cassius Clay observando con gesto fiero a un recién noqueado Sonny Liston.

Roy se arrellanó en el sillón. Al otro lado de la mesa, Ordóñez tomó una silla.

—Quédate de pie —ordenó el inspector.

—Como quieras.

Rosario Roy inspiró despacio antes de hablar.

—La próxima vez que te burles de la condición sexual del subinspector Guzmán, te largo del grupo con una patada en el culo. Como investigador eres mediocre, procura no serlo como persona.

—Hombre, yo solo quería...

—Y me importa tres cojones que tu papá sea Comisario General. En mi grupo mando yo, ¿estamos?

Un volcán de rabia e impotencia erupcionó en el interior de Ordóñez. La alusión al cargo de su padre le había sentado como un puñetazo en la boca del estómago.

—Estamos —masculló.

El inspector Roy chasqueó los dedos.

—Fuera de mi vista.

Capítulo dos

Rosario Roy, contraviniendo los más elementales principios del glamur, vivía con su madre. La razón de tal desafuero no era que Mercedes fuera una excelente cocinera y una hacendosa ama de casa. Eso pesaba, por supuesto (a quién no le agrada librarse de la onerosa carga de la intendencia), pero no era el motivo fundamental. El nudo gordiano que le impedía desatarse del vínculo maternofilial era, paradójicamente, que tal vínculo había decaído antes de consolidarse.

La concepción de Rosario fue consecuencia de la violación sufrida por Mercedes a los quince años. Damián Roy, subcomisario del extinto Cuerpo Superior de Policía se negó en redondo a que su hija Mercedes viajara a Londres para abortar. Ni a Londres ni a ningún otro sitio. Para el subcomisario, que había enviudado a los trece años de su boda, toda vida humana era sagrada, cualquiera que fuera su génesis. Mercedes nunca perdonó la oposición paterna al aborto. Fruto de aquella agresión sexual y de los férreos principios del abuelo Damián, Rosario vino al mundo en el seno de una familia para la que lo anormal acabaría por ser norma. La relación entre Damián y Mercedes, que hasta el embarazo había sido fluida, devino fría y problemática. Tal vez para desquitarse de la falta de cariño de su hija, Damián se dedicó en cuerpo y alma a la crianza del nieto.

Hasta la adolescencia, Rosario creyó que su padre había sido un viajante de comercio fallecido en accidente de tráfico. Sin complejos, y colmado por el cariño de la madre y el abuelo, la infancia se le fue entre juegos, estudios y amistades. Tal estado de bienestar se truncó en su decimoquinto cumpleaños, cuando su madre le reveló la verdad. Al soplar Rosario las quince velas de la tarta, Mercedes rompió a llorar: fue a esa edad, el mismo día de su aniversario, cuando sufrió la brutal violación que la dejó encinta.

Mercedes desveló a su hijo las verdaderas circunstancias de su concepción. Le contó cómo se había extraviado del resto de sus compañeros de colegio durante una excursión al galacho de Juslibol. Cómo profesores y alumnos improvisaron una batida hasta encontrarla tumbada junto a un árbol, inconsciente y semidesnuda, con la ropa interior hecha jirones y un hilillo de sangre corriéndole entre las piernas. Cómo quedó embarazada contra su voluntad y dio a luz por imperativo paterno.

Rosario cayó en una especie de abismo afectivo en el que no vislumbraba

referencias, solo silencio. La proximidad materna, hasta entonces fuente inagotable de certidumbres, provocaba en el chico ansiedad y desamparo. Fue en esa época cuando comenzó a boxear para sacudirse a mamporros las preguntas que lo acosaban. ¿Qué sentiría la madre ante su presencia? ¿Amor, cariño? ¿O, por el contrario, el rostro de Rosario evocaba en Mercedes el del violador, y su presencia, la ausencia de una juventud convencional, de una vida elegida libremente? ¿Cómo podrían convivir como si nada, con ese baldón encima, con ese pecado original ensombreciendo y enlutándolo todo? Parecía imposible.

Pero, contra todo pronóstico, siguieron viviendo, continuaron labrando las jornadas, enhebrando las conversaciones, encadenando los días a las noches, las tardes a las mañanas, en un afán tenaz por tejer una historia normal, por cimentar una existencia en familia.

No obstante, la construcción afectiva jamás acabó de rematarse. Por eso Rosaric seguía con su madre, porque, a sus treinta y nueve años, el vínculo familiar era ambiguo, el nido todavía endeble, y el inspector no podía cerrar en falso aquel capítulo fundamental de su biografía.

Rosario Roy introdujo su viejo Ford Focus en el garaje de su domicilio, en la calle Santa Teresa de Jesús. El inmueble era una construcción angulosa de ladrillo caravista adornado por unas llamativas ventanas con marcos metálicos de color verde. Enfrente se alzaba el colegio religioso en que Rosario había estudiado de niño. Mientras el vehículo descendía por la rampa del aparcamiento, la radio voceó la noticia estrella de la jornada: un joven magrebí había aparecido muerto a tiros en su vivienda de la Plaza de las Tenerías. Rosario estacionó y tomó el ascensor hasta la quinta planta. Cuando entró en casa, su madre estaba poniendo la mesa.

—¿Volverás a trabajar por la tarde?

—Sí, mamá.

—¿Sabes que es sábado?

—Han matado a un tipo.

—Vaya —suspiró Mercedes—. El mundo está lleno de desgracias.

La comida transcurrió, como tantas otras, entre silencios incómodos y preguntas banales. El tiempo se deslizaba lento, denso como la melaza, en aquel piso oscuro poblado por la tristeza. Hacía años que la pesadumbre había dispuesto, en torno a madre e hijo, una tela de araña invisible que entumecía las palabras, los gestos, los afectos.

—Tengo que volver al tajo.

—Está bien, hijo. Ve con cuidado.

En la oficina común de Homicidios, los cinco miembros del grupo y África Trinidad esperaban al inspector Roy. Este saludó con un gruñido y transmitió las instrucciones:

—Alexis, tú y yo visitaremos la mezquita que frecuentaba Alí; luego nos pasaremos por la Sauna Nordik. Ordóñez y Jurado redactaréis el oficio para que la jueza nos conceda el tráfico de llamadas y de Internet. Durante los próximos días os dedicaréis a destripar el ordenador de Alí con la ayuda de los de Pericias Informáticas y os encargaréis de todo lo relativo a posicionamientos de teléfono, *wasaps*, etcétera. África y Neira os desplazaréis a la plaza de las Tenerías e interrogaréis a los vecinos con los que no pudimos hablar por la mañana.

—Solo falta el del 1º2ª —informó Alexis—. Es un tipo joven y suele trasnochar, es posible que estuviera durmiendo cuando llamamos a su puerta.

—Afortunados los que disfrutan del fin de semana —dijo África mirando a Roy. Este, turbado, apartó los ojos.

—Después vais al Anatómico Forense —continuó el inspector—. A las seis se practica la autopsia, a ver qué sacamos de ahí. —África y Neira asintieron con la cabeza—. ¿Preguntas, dudas, aclaraciones?

Nadie respondió.

—Pues al lío.

Pasar la tarde del sábado con Alexis Guzmán entre mezquitas y saunas de ambiente no estaba en las previsiones que Roy había hecho durante la semana. En realidad, los planes y la compañía proyectados por el inspector eran radicalmente opuestos. Tras medio mes sin apenas contacto, África Trinidad y Rosario Roy habían decidido disfrutar de un romántico y discreto fin de semana en el Parque Natural del Monasterio de Piedra. Roy no había dejado nada al azar; tenía diseñadas concienzudamente todas las actividades culturales y gastronómicas que habían de hacer de aquellos dos días una idílica escapada para la pareja. Aunque decir pareja era decir demasiado, ya que los demonios interiores del inspector y el orgullo de la policía hacían lo imposible por boicotear la consolidación de un amor clandestino al que apenas habían dejado pasar del estado embrionario.

La mezquita se encontraba en una nave industrial de la Avenida Cataluña. El edificio, pintado de amarillo chillón, había sido un enorme y próspero taller mecánico cuyo dueño se arruinó por su excesiva querencia a las putas y la cocaína. Hammal Lamalmi, un empresario argelino dedicado al comercio y distribución de bebidas, se hizo con el local por un precio ridículo y lo dividió en dos. El más grande lo usaba como almacén, consagrando pequeño al culto mahometano, para cuya dirección contrató por su cuenta los servicios de Yusuf, un imán moderado proveniente de

Marruecos.

La mezquita y el almacén estaban separados por unas enormes puertas corredizas. Cuando Rosario y Alexis entraron en el inmueble, las puertas estaban abiertas, al igual que todas las ventanas del local. Una tenue corriente de aire sofocaba en parte los rigores de aquel caluroso fin de agosto. El imán Yusuf y el empresario Lamalmi, a quienes Alexis había telefoneado previamente, recibieron a los policías en la entrada del recinto.

—Síganme, agentes.

Hammal Lamalmi acompañó sus palabras con un gesto de la mano y guio al grupo hasta una esquina de la mezquita donde había una alfombra y cuatro sofás en torno a una mesita de centro. Junto a la mesita, un ventilador removía el aire emitiendo un zumbido mecánico.

Lamalmi era un tipo de mediana edad, estilizado y de ademanes elegantes. Llevaba un traje de dos mil euros y una barba larga y cuidada. El imán Yusuf, más grueso y de menor estatura, vestía con cierto desaliño; también lucía barba, aunque, en su caso, hirsuta y desaseada. El centro de su frente estaba ocupado por la *izbiba*, la protuberancia característica de los musulmanes piadosos causada por el roce que, durante el rito de la oración, sufre la cabeza contra el suelo alfombrado.

Los dos policías y sus anfitriones tomaron asiento. Una muchacha tocada con un *hiyab*^[6] trajo una bandeja con un juego de té y unas pastas de almendra cubiertas de miel.

—Las llamamos *chebakia* —afirmó Lamalmi—. Muy sabrosas y nutritivas.

—Y una bomba calórica —bromeó Roy esbozando una sonrisa de circunstancias. En sus casi veinte años en la Policía Nacional, era la primera vez que un testigo le agasajaba con viandas.

—Supongo que vendrán de la Brigada de Información —aventuró Yusuf.

—Se equivoca —corrigió el inspector, aún con la media sonrisa prendida en los labios—. Somos del Grupo de Homicidios. Alí Mohamed Hach ha aparecido asesinado de dos tiros en la cabeza.

Lamalmi y Yusuf pusieron cara de sorpresa.

—¿Alí? —interrogó el empresario— ¿Un chico joven, atlético, que se dedicaba a...?

La pregunta, inacabada, quedó flotando en el aire.

—A la prostitución, sí —concluyó Alexis.

La aflicción dejó estupefactos a los anfitriones. El inspector Roy esperó unos segundos antes de continuar.

—Veo que le tenían aprecio —dijo al fin.

—Sí, claro —susurró Yusuf—. Era un chico especial. Problemático, pero muy

especial. Conocíamos su homosexualidad y que se dedicaba a la prostitución, pero ¿quién está libre de pecado?

—La homosexualidad no es pecado —replicó molesto Guzmán—. ¿Cómo puede serlo, si viene instalada de serie?

—Me refería, sobre todo, al ejercicio de la prostitución —aclaró el imán.

—Ya —refunfuñó el subinspector—. Sobre todo.

Un incómodo silencio se adueñó de los circunstantes. Yusuf, nervioso, afiló el gesto. Lamalmi posó una mano sobre la pierna del imán, invitándole a permanecer en segundo plano.

—No creo que estos agentes hayan venido aquí para debatir sobre cuestiones morales —dijo al religioso. Luego se dirigió a los investigadores—: Lo que Yusuf quiere subrayar es que Alí, a pesar de su forma de vida, digamos que heterodoxa, era un buen chico. Llegó a España en una patera desde Marruecos, jugándose la vida. La prostitución fue la única fuente de ingresos que encontró, y eso pesaba en su conciencia. La mayor parte del dinero que obtenía la mandaba a su familia. Hace un par de años se acercó a la mezquita en busca de oración y consuelo. Aquí encontraba algo parecido a la paz. Yusuf le ayudó mucho.

El inspector Roy tomó un sorbo de té.

—¿Quién querría matarle? —preguntó.

—Ni idea —respondió Yusuf—. Jamás habló de enemigos. Aunque en ese mundo oscuro en que se movía —el imán volvió a posar sus ojos sobre Alexis— es muy probable que se encontrara con Satán.

—¿Se refiere al mundo gay? —inquirió crispado el subinspector.

—Me refiero al mundo de la prostitución —contestó el imán—. Y al de las drogas. Alí estaba enganchado a la cocaína.

Al otro lado de la nave, en el almacén donde se apilaban los palés de bebidas, un magrebí alto y fornido se afanaba cargando cajas en una furgoneta. En los laterales del vehículo se leía la palabra Tinduf, nombre de la empresa de Lamalmi. Las cajas, que contenían agua mineral y refrescos isotónicos, estaban rotuladas con la marca Santo Cristo. El inspector Roy aprovechó la coyuntura para apaciguar el ambiente:

—¿Sus productos se llaman Santo Cristo?

—Algunos de ellos —dijo Lamalmi—. Pero no son mis productos, yo solo los distribuyo y comercializo. ¿Le sorprende que trabaje con esa marca?

—Es paradójico.

—No tanto. Para los musulmanes, Jesús, la paz sea con él, fue uno de los más grandes mensajeros de Alá. Entre el cristianismo y el islam hay más vínculos de los que los occidentales creen.

El hercúleo operario se movía con sigilo gracias a la gruesa suela de goma de sus

botas. El calor era asfixiante y por la frente del hombre corrían surcos de sudor. El trabajo policial podía ser más peligroso que la media de los empleos, pensó el inspector Roy, pero era, desde luego, mucho más cómodo. Para certificar ese pensamiento, dio un bocado a la *chebakia* que tenía entre los dedos.

—¿Saben ustedes si Alí o alguien de su círculo tenía algún tipo de relación con John Wayne? —interrogó con la boca llena.

Los rostros de Lamalmi y Yusuf denotaron estupefacción.

—¿Con John Wayne? —acertó a pronunciar el empresario.

—Olvídenlo —respondió Roy—. No tiene importancia.

Alexis conducía con agresividad. Sus facciones, en consonancia con los acelerones y frenazos con que dirigía el Opel Vectra, estaban contraídas en un gesto hostil. Instintivamente, el inspector Roy empuñó el asidero situado sobre la puerta del copiloto.

—¿Estamos persiguiendo a alguien?

—Perdona, jefe —se disculpó el subinspector—. Ese cura me ha sacado de quicio.

—Cura no, imán.

—Lo que sea. —Alexis apretó con fuerza el volante—. Parece mentira que todavía persista la homofobia. Hay gente que se ha quedado en el medievo.

—Ya. Ten en cuenta que, hasta el siglo pasado, la homosexualidad estaba catalogada como desorden mental.

—Sí, claro. Y hasta finales del XIX España permitió la esclavitud en Cuba. ¿Eso la justifica?

—Nada justifica la esclavitud. —Rosario Roy moduló su voz hasta alcanzar un tono conciliador—. Ni la homofobia.

Después de un lustro trabajando con Alexis, Roy todavía se sentía incómodo con la condición sexual del subinspector. No es que tuviera nada en contra de la homosexualidad, pero cada vez que surgía el asunto la atmósfera se tornaba eléctrica. El inspector no podía evitar azorarse ante determinadas controversias. Tal vez su educación, guiada por la mano férrea y tradicional del abuelo Damián, tuviera la culpa de ello.

Aparcaron el Opel Vectra en la misma calle Vidal de Canellas, a unos cien metros de la sauna. Eran las ocho de la tarde y el sol declinaba tras el perfil rectilíneo de los edificios. Un par de clientes con mochilas al hombro franquearon la puerta del local. Rosario y Alexis entraron tras ellos. Al otro lado del umbral se encontraba el mostrador de la recepción, fabricado con algún material que imitaba a la pizarra. La cabeza pelada a lo bonzo del recepcionista, su bata ancha color azafrán y tres velas

encendidas sobre un platel de cristal pincelaban la escena con un equívoco aire budista.

—¿Aquí venís a sudar o a rezar? —musitó Roy con sorna.

—Lo ignoro —replicó el subinspector—. No frecuento este lugar.

—Eso no te va a librar de llevar la voz cantante.

Los dos policías se acercaron al mostrador. El recepcionista examinó sin disimulo la estampa corta y compacta del inspector y su vestimenta estilo C&A, y compuso un mohín de desagrado. Al desviar la mirada hacia Alexis, el disgusto mudó en complacencia. El subinspector era alto y elegante. En su rostro aniñado resaltaban los enormes ojos azules, subrayados por una sonrisa de dientes immaculados y labios carnosos. Su atractivo, realzado por unos vaqueros una talla menor a la pertinente, hizo chispear las pupilas del empleado.

—¿Los señores van a pasar a la zona de sauna?

—No lo creo —respondió Alexis mostrando su placa—. Necesitamos hablar con el encargado del local.

—¿Con Rodrigo? —Los ojos del hombre viajaron de la placa a la boca de Alexis—. Está atendiendo el ambigú, morenazo.

El ambigú era una barra negra y brillante con una pared-botellero a juego y cinco taburetes de diseño. Sobre la pared, seis letras de latón exhibían el nombre de la sauna. Un individuo con perilla, pinturero y cincuentón, ordenaba las botellas. Los agentes caminaron hasta allí.

—¿Es usted el encargado de la sauna? —preguntó Alexis.

—El propietario —corrigió el interpelado mientras echaba un vistazo a la placa del subinspector—. Rodrigo Noriega, para servirles. Supongo que vienen por lo de Alí.

—¿Ya se ha enterado?

—No se habla de otra cosa en el local. Por si no se han dado cuenta, aunque imagino que usted sí —dijo el hombre examinando de soslayo al subinspector Guzmán—, esta es una sauna gay. La mayor sauna gay de Zaragoza. Alí venía con asiduidad y era muy conocido entre la clientela. La noticia ha corrido como la pólvora.

—Los medios no han facilitado su nombre.

—No era necesario —apostilló Noriega con voz grave—. Algunos de nosotros hemos frecuentado el piso de la Plaza de las Tenerías que citaba la radio. Y ese cuerpo joven y vigoroso, tan bien descrito por los periodistas.

Alexis vaciló ante la emoción que reflejaba el semblante del dueño de la Nordik.

—¿Contrató en alguna ocasión los servicios de Alí? —preguntó finalmente, tras escoger las palabras que estimó más inocuas.

—Nunca pagué por sus caricias, si es a lo que se refiere.

—¿Puede ser más concreto?

Rodrigo Noriega suspiró y cruzó las manos sobre el mostrador.

—Alí llegó a España hace unos diez años, los mismos que lleva abierta la sauna. Desde entonces la visitó por relax y como forma de ganarse la vida. Aquí hacía muchos de los contactos que le permitían pagar las facturas y mandar dinero a su familia en Marruecos.

—¿Entre las facturas figuraba alguna por consumo de cocaína?

A Rodrigo se le habían humedecido los ojos.

—Sí, desgraciadamente. Desde hacía cuatro años se metía *farlopa* [7] de manera compulsiva. El vicio multiplicó sus gastos.

—Imagino que eso le acarrearía problemas.

—Por supuesto. Tuvo que aceptar servicios sexuales extremos para clientes a los que tiempo atrás no habría dado ni la mano.

—Me hago cargo. ¿Conoce usted el nombre de alguno de estos clientes... extremos?

—Alguno conozco, sí —admitió Noriega—, porque visita este local. Pero no creo que ninguno de ellos matara a Alí. Y, desde luego, ninguno lo haría limpiamente.

—¿Limpiamente? —Alexis arqueó las cejas.

—Bueno, ya sabe lo que quiero decir. Los asesinatos de gais, máxime si están motivados por la pasión o los celos, suelen ser muy violentos. Ningún homosexual mata con menos de veinte cuchilladas. Respecto a los nombres de los clientes, salvo que un juez me fuerce a lo contrario, prefiero reservármelos. No querría lanzar acusaciones infundadas. Además, mi negocio se basa en la discreción.

El inspector Roy necesitaba respuestas más concretas.

—Ha dicho que no pagó por sus caricias, pero no que no las recibiera.

—Porque las recibí. —El propietario de la sauna se enjugó una lágrima—. Recién llegado Alí a España, tuvimos una relación de meses.

—¿Cuántos meses?

—Medio año, aproximadamente. Luego comenzó a prostituirse. Por eso lo dejamos. Necesitaba el dinero para enviárselo a su familia, o eso decía.

—¿Estuvo enamorado de Alí?

—Hasta las trancas.

—¿Siguió enamorado después de la ruptura?

—Toda herida necesita un periodo de cicatrización. Y las del amor no son ninguna excepción. Pero lo superé y mantuvimos una estrecha amistad. De hecho, yo era su único amigo.

Roy lanzó la pregunta policial por excelencia, esa que en las series policíacas se formula con voz impostada y cuya respuesta ha de aguardar a la pausa publicitaria:

—¿Sabe de alguien que tuviera motivos para matarlo?

Rodrigo Noriega no esperó a los anuncios.

—En absoluto —afirmó tajante—. Lo que sí sé es que, durante las últimas semanas, algo le tenía preocupado.

—¿Le dijo qué era?

—No. —Noriega bajó la voz—. Solo me contó que se había metido en un asunto turbio del que no sabía cómo salir. Intenté sonsacarle, pero no soltó prenda.

—¿Alí temía por su vida?

—No sabría qué decirle.

El empresario sacudió despacio la cabeza; su vista vagaba por algún punto indeterminado cercano a sus zapatos. Luego alzó la frente trabajosamente, como si al cuello le costara sostener el peso de la tristeza que lastraba su mente.

—¿Va a haber entierro? —preguntó con desgana.

—Me temo que no —contestó Roy—. Nadie ha reclamado el cuerpo. Será incinerado y la funeraria se encargará de eliminar las cenizas.

—Entiendo.

El inspector dio por concluida la entrevista. Los policías estrecharon la mano del testigo, le transmitieron sus condolencias y se dirigieron a la puerta de salida. Ya en el umbral, Roy se giró:

—Es posible que tengamos que charlar de nuevo.

Noriega forzó una sonrisa cortés.

—Cuando gusten.

De regreso a la Jefatura, Roy rumiaba el contenido de la entrevista.

—¿Qué impresión te ha dado Noriega?

Alexis, sentado al volante, se tomó unos segundos antes de responder.

—Un poco teatrero —dijo sin apartar la vista de la calzada.

—¿Por las lágrimas?

El subinspector chasqueó la lengua.

—No, las lágrimas son comprensibles. Si fue pareja de Alí durante medio año y conservaban la amistad, es lógico que se muestre apesadumbrado. Lo que me pareció exagerado es lo que soltó de los asesinatos perpetrados por gais.

—¿Eso de que siempre matan con ensañamiento?

—Exacto. Es el típico cliché de la mariquita mala. La vieja chorrada de que los homosexuales mezclan la agresividad masculina con el retorcimiento femenino. Homofobia y machismo en estado puro. Y de boca de un gay.

—Comprendo.

Roy se abstuvo de manifestar su opinión; no tenía sentido herir la sensibilidad de su

máximo colaborador, muy exacerbada en todo lo relativo a la homosexualidad. Pero la experiencia había enseñado al inspector que los crímenes pasionales protagonizados por gais podían mostrar un especial encarnizamiento. Sin ir más lejos, el último asesino homosexual detenido en Zaragoza había asestado veintitrés cuchilladas a su pareja y le había desfigurado el rostro a martillazos.

En sus dependencias de la Jefatura Superior de Policía, el Grupo de Secuestros y Homicidios en pleno, junto a una silente África Trinidad, debatía sobre cómo orientar el caso. Las primeras indagaciones en un asesinato suelen devenir, en el mejor de los supuestos, en un maremágnum de datos inconexos que apuntan a múltiples vías de investigación. En el peor, no aparecen testigos, huellas ni ADN, y el panorama se presenta desolador. En la muerte de Alí, afortunadamente, las cosas no pintaban mal.

Rosario Roy entró en la oficina conjunta e invitó a sus policías a tomar asiento.

—Vamos por partes —comenzó—. África, Neira, ¿qué os ha contado el vecino del 1º2º?

Neira tomó la iniciativa:

—Dice que salió de copas y que regresó a eso de las tres de la mañana. Al llegar al portal, cuando iba a introducir la llave, un individuo calvo o con el cráneo afeitado salió a toda mecha del interior.

—¿Puede ser el del ojo brillante y la ceja partida, el que se equivocó al llamar al videoteléfono? También tenía la cabeza rapada.

—No lo creo —respondió el policía—. No le vio muy bien la cara, pero no recuerda haber apreciado en sus rasgos nada fuera de lo común.

—Entendido. —El inspector se giró hacia África—. ¿Cómo ha ido la autopsia?

—De muerte —bromeó la aludida, a quien una especie de alegría mal contenida le rezumaba por los poros de la piel—. Alí murió por dos impactos de bala en el cráneo. El forense ha extraído los proyectiles y a primera vista parecen del calibre nueve milímetros, igual que los casquillos recogidos en la escena del crimen. Las trazas sugieren que el asesino usó silenciador. Los de Balística analizarán el material el lunes.

—¿Hasta el lunes no harán nada?

—Aunque resulte difícil de creer, hay funcionarios que disfrutan del fin de semana. Pero lo importante viene ahora: Alí mantuvo relaciones sexuales sin preservativo poco antes de morir.

—¿Había restos de semen en su... interior?

—Correcto. Hemos tomado muestras y el lunes las remitiremos al laboratorio.

—Bien —apuntó Roy—. Disponer de ADN siempre es una buena noticia. ¿Cuánto

tardarán en respondernos?

—Si lo tramitamos por vía urgente, una o dos semanas.

—¿Alguna cosa más?

—Sí. No hay material biológico en las uñas del muerto. Tampoco se observan arañazos, hematomas, escoriaciones ni petequias. No hubo lucha, o al menos la víctima no se defendió.

—Tal vez conociera al asesino —conjeturó Alexis—. La puerta del domicilio no estaba forzada, así que debió de franquearle la entrada. Puede que se tratara de un cliente con el que practicara *bondage*. Eso explicaría que el cadáver apareciera engrilletado.

—¿Hay algo que nos sirva en las esposas? —preguntó Roy.

—Son de la marca Varna —respondió Neira—. Búlgaras.

—Para ser el primer día, hemos avanzado bastante —afirmó el inspector.

—Más de lo que crees —matizó África Trinidad con el triunfo brillándole en los ojos—. El SAID ha reconocido una de las huellas recogidas durante la inspección ocular.

En la oficina se hizo un silencio sepulcral.

—Por ese piso circulaba mucha gente —observó Roy para rebajar las expectativas.

—Sin duda —convino África—. De hecho, tenemos impresiones dactilares que el SAID no ha podido identificar. Es decir, de individuos no fichados. También hemos encontrado trazas recientes de dos tipos distintos de guantes, lo que indica que alguien tomó prevenciones para no dejar sus dátiles. Creo que los asesinos fueron tres: los dos que portaban guantes y el dueño de la huella reconocida por el sistema.

—¿Por qué estás tan segura de que la huella es de uno de los asesinos?

—Porque no ha aparecido en una superficie cualquiera.

—¿Dónde cojones ha aparecido? —apremió Jurado.

—Sobre el único objeto que, sí o sí, fue tocado por los malos.

Roy comprendió enseguida a qué objeto se refería.

—¿La foto de John Wayne? —preguntó, sabedor de la respuesta.

—Efectivamente —corroboró África—. En mitad del sombrero.

—¿Y se puede saber a quién pertenece?

Capítulo tres

Los ojos grandes y oscuros de África vibraban de emoción por la noticia que estaba a punto de comunicar. El trabajo de la Policía Científica puede parecer pasivo, rutinario, poco relacionado con la trepidante acción policial transmitida por las películas hollywoodienses. Pero suscita momentos palpitantes, instantes en los que se acumula un suspense galvánico que solo puede ser liberado por quien tiene en su poder la pericia forense acusadora.

África estaba ante uno de esos momentos. Y lo estaba paladeando. ¿De qué le servía su oscura labor de gabinete, las horas ante el ordenador, la miríada de datos chequeados, comparados y compilados, la minuciosidad del trabajo con guante y pincel, si no era para, de vez en cuando, desquitarse ante sus compañeros con el mágico truco del conejo y la chistera? Conocer la identidad del sospechoso y demorarse unos segundos antes de desvelarla es como diferir morbosamente la consecución del orgasmo. Un placer con regusto sádico.

África recorrió con la vista los ojos de los circunstantes. Una vez conseguido el clima óptimo de tensión, abrió una carpeta de gomas, ojeó el expediente contenido en su interior, y comunicó la gran noticia:

—La huella encontrada en la fotografía pertenece a Chuso Artieda Sobrarbe, nacido en Zaragoza el 26 de noviembre de 1972. —África repartió entre los presentes las hojas de reseña del sospechoso—. Ha sido detenido en diversas ocasiones por tráfico de estupefacientes. Según consta en la última fotografía que le hicimos, está rapado como una bola de billar.

Rosario Roy examinó la imagen del camello.

—Podría ser el individuo que salió del portal a las tres de la mañana —dijo—. Tenía el cráneo pelado.

—O el que accionó el videoteléfono a las dos —apuntó Jurado—. Ese también estaba calvo.

—Imposible —corrigió Alexis—. El que llamó tenía acento del este, una especie de brillo en el ojo derecho y un costurón que le cruzaba la ceja y los párpados. Aquí el amigo Chuso, español de pura cepa, tiene la cara inmaculada.

—Por tanto —intervino Roy—, hubo dos calvos rondando por el portal durante la noche del crimen. Uno sería el tipo con acento del este y cicatriz que llamó a las dos

preguntando por Alí, y el otro Chuso Artieda, al que se vio saliendo del inmueble a eso de las tres. De este último sabemos que estuvo en el interior del piso, puesto que dejó una huella sobre la foto de John Wayne. ¿Estamos de acuerdo?

—Estamos —respondió Alexis—. Y sabemos que sobre las tres se escuchó a un varón con acento español profiriendo amenazas en la escalera. Pudiera corresponderse también con Chuso Artieda.

—Parece razonable —admitió el inspector—, pero habrá que comprobarlo.

—Entonces, ¿detenemos al cabrón y tiramos del hilo? —preguntó África.

—Más bien al contrario —respondió Roy—. Primero tiramos del hilo y luego, si procede, detenemos al cabrón.

La desilusión se dibujó en los ojos de África. La judoka, de naturaleza belicosa, era renuente a las investigaciones largas y a las diligencias exhaustivas. Si no fuera por su resistencia a las rigideces jerárquicas, rigideces que había aprendido a odiar en el centro de protección de menores en el que habían transcurrido sus primeros dieciocho años de vida, haría tiempo que habría ingresado en el GEO[8] en vez de desperdiciar su energía profesional en quehaceres miniaturistas.

Además, le dolía que Rosario la contradijera en público.

Jurado y Neira, también jóvenes e impacientes, eran del mismo parecer que África, circunstancia que, sin palabras, manifestaban con sus gestos y miradas.

Roy decidió explicarse:

—La investigación de un homicidio es atípica: la rapidez en las detenciones no solo no es imprescindible, sino poco aconsejable. El mal ya está hecho, es irreparable, y la víctima no nos mete prisa. Cualquier desliz en nuestras actuaciones tiene una repercusión mediática enorme. Lo mejor es avanzar con tiento.

—Pero esta detención parece clara —apuntó Neira.

—Como la de Dolores Vázquez en la muerte de Rocío Wanninkhof —intervino el subinspector—. Y todos sabemos cómo acabó el asunto[9].

Alexis Guzmán era uno de los miembros más veteranos del Grupo de Secuestros y Homicidios. Solo Jonás y Roy le superaban en trienios. El subinspector veneraba la profesionalidad de su jefe y no permitía merma alguna a la autoridad de sus galones.

—El inspector ha decidido que de momento no hay detención —añadió—. No hay más que hablar.

—O sea, que no hacemos nada —replicó Ordóñez con malicia.

—Al contrario. —Roy tomó el bolígrafo que portaba en el bolsillo de la camisa y apuntó con él al policía—. De momento, tú y tres compañeros del Grupo de Vigilancia os pegaréis al culo de Chuso Artieda. El subinspector Guzmán programará los siguientes turnos de *troncha*[10]. Vamos a controlar al sospechoso las veinticuatro horas del día.

La luna llena iluminaba la noche sobre la ribera del Ebro. Desde la terraza del restaurante Macanaz, Rosario Roy y África Trinidad contemplaban el baile de reflejos plateados sobre las cabrillas del río. En la otra orilla, los focos alumbraban la imponente mole del Pilar.

La muerte de Alí había truncado los planes de la clandestina pareja. La escapada de fin de semana al Monasterio de Piedra había sido sustituida por una sucesión de diligencias policiales poco compatibles con el romanticismo. Aun así, Rosario no se dio por vencido y pensó que una cena en la azotea del Macanaz mitigaría, al menos en parte, la decepción que había leído por la tarde en las facciones de África.

Antes del primer plato, Rosario telefoneó a Badía y le puso al corriente de las novedades. El mando de la UDEV estuvo de acuerdo con las decisiones adoptadas. Badía confiaba en el jefe de Homicidios y le dejaba trabajar con arreglo a sus criterios. A lo largo de su trayectoria profesional, Rosario había advertido que solo los mediocres y los acomplejados (solían ser los mismos) fiscalizan minuciosamente la labor de sus subordinados. Para su fortuna, Badía no era ninguna de las dos cosas.

La cena transcurrió en silencio. Hasta los postres, Rosario había atribuido la falta de palabras al embrujo del río, la noche templada y la luna clara. Pero con el primer sorbo de *bourbon*, el inspector barruntó que tras el sigilo de África se ocultaba algo muy distinto al hechizo. Incluso antagónico.

—¿Te preocupa algo? ¿Te ha molestado que te corrigiese delante de mis hombres?

Los labios de la mujer delinearon una sonrisa amarga. África detestaba las confidencias, los momentos *tenemos-que-hablar*, las protestas románticas susurradas al oído. Pero también odiaba que las tribulaciones se le pudriesen por dentro.

—Me hubiera gustado detener a Chuso Artieda. Sin embargo, tú eres el jefe y no cuestionaré tus decisiones. No es eso lo que me molesta.

—¿Entonces?

África rumió las palabras y el tono adecuados. Lo que quería transmitir, erróneamente interpretado, podía disparar el instinto de huida del inspector. Los machos de la especie humana siempre están prestos para activar el plan de evacuación. La judoka conocía los mecanismos del funcionamiento masculino, por otro lado bastante sencillos. Si acosas a un hombre, si lo cercas o achicas sus espacios, su reacción será el ataque o la fuga.

—Rosario, tengo ya treinta y cuatro años. Me desmotiva estar siempre en el mismo punto, varada como una ballena.

—¿Te refieres al trabajo?

El inspector Roy sabía que su compañera no se refería al trabajo. De hecho, sabía

exactamente a qué tipo de estancamiento aludía. La pregunta solo era una patada a seguir, un recurso provisional para ganar tiempo.

—Me refiero a mí, a mi vida. Y a lo que tú pintas en ella.

—Entiendo.

Lo que Rosario entendía era que la existencia de África no había sido un camino de rosas, sino, más bien, un viacrucis de espinas. Abandonada en un hospicio nada más nacer, sus referentes afectivos habían sido los educadores sociales, los funcionarios del centro de menores y los burócratas del gobierno autonómico encargados del acogimiento de huérfanos y expósitos. Los intentos de insertarla en el seno de familias adoptivas se habían contado por fracasos. La pequeña África era un animal puro pero indomable, incapaz de convivir en ambientes convencionales. Con el paso del tiempo, la muchacha llegó a convencerse de que nadie la querría, y decidió, en justa retribución, no querer jamás a nadie. Hasta que conoció a Roy.

Se hizo un silencio incómodo en torno a la pareja. Los ojos de África Trinidad planearon sobre la superficie encrespada del río hasta topar con los soportales del Puente de Santiago. Siempre había residido en Zaragoza. Los rincones de la ciudad sus recodos y recovecos, eran su única familia. De joven solía pasear por la ribera del Ebro. Le gustaba dejarse arrullar por el rumor amable de su corriente, oír su eterna canción de agua, que parecía sonar solo para ella.

El inspector encendió un pitillo.

—¿No habías dejado esa porquería para preparar la maratón? —le amonestó la mujer.

—Fumo poco —repuso Roy.

—Nadie empieza con el tabaco a tu edad. —África meneaba lentamente la cabeza—. Eres raro hasta para eso.

Rosario había comenzado a fumar a los treinta y cinco, después de abandonar el boxeo de competición. Ni él mismo sabía las razones de tan tardía vocación por las volutas de humo. África tenía razón, era raro hasta para eso. Raro en sus amistades, en sus aficiones deportivas, en sus lecturas, en sus gustos cinematográficos y en su forma de hablar (lenta, lacónica, sin concesiones al sentimentalismo). Raro en el trabajo (había escogido como lugarteniente al único gay declarado de toda la Brigada), en sus aspiraciones profesionales (ninguna) y en la selección de su vestuario. Raro en la relación con su madre, con su abuelo Damián, en la relación con el universo. Pero, sobre todo, era raro en su interacción con los miembros del sexo opuesto: saber que tu ADN está marcado por la impronta de un padre violador suscita un mar de dudas er lo concerniente a la vida de pareja.

—Sí, es cierto —admitió—. Soy un bicho raro.

El inspector giró la llave a cámara lenta y entró de puntillas en el piso. De la habitación de su madre provenía el murmullo de una respiración rítmica y sosegada. En la penumbra, tanteó la repisa del salón, seleccionó un DVD y lo introdujo en el lector. Bien provisto de *bourbon* y Marlboro, se arrellanó en el sofá. La mejor manera de olvidar una controversia de pareja es contemplar otra mayor.

El televisor proyectó la imagen del ring. Mohamed Alí y George Foreman brincaban en sus respectivas esquinas mientras atendían las últimas consignas de sus preparadores. Rosario vertió *bourbon* en el vaso y lo alzó en honor de los púgiles. En el Estadio Veinte de Mayo de Kinshasa, dos hombres iban a partirse el alma en uno de los combates más memorables de la historia.

Aquello sí era controversia.

Capítulo cuatro

27 de agosto, domingo.

Rosario Roy y sus hombres desayunaban en el Café Levante, un establecimiento antañón de estilo modernista ubicado en los alrededores de la Puerta del Carmen, a pocos minutos a pie de la Jefatura. El inspector había decidido celebrar el *briefing*^[11] en torno a unos cafés y un surtido de bollería. Bastante ingrato era tener que trabajar en domingo como para, además, hacerlo con el estómago vacío.

El subinspector Alexis Guzmán sintetizaba la información obtenida hasta el momento:

—Todo apunta a que Chuso Artieda es el autor del homicidio —concluyó—, pero habrá que aportar pruebas.

—Tenemos su dátil sobre la fotografía de John Wayne —recordó África—, ¿te parece poca prueba?

Jurado apoyó con efusivos movimientos de cabeza las palabras de su compañera.

—Me parece un gran comienzo —concedió el subinspector—, pero como material probatorio es insuficiente.

—Pues ya me contarás cómo lo complementamos —dijo Jurado—. No creo que el tío se presente en Jefatura para confesar el crimen. Y su participación está fuera de duda.

—Hay cosas que chirrían —intervino Roy—. Elementos que estorban. —Los policías aguardaron expectantes las dudas de su jefe. El inspector se limpió la boca con una servilleta de papel y se aclaró la garganta—. Chuso Artieda pudo haber estado en el piso de Allí...

—¿Pudo? —interrumpió Ordóñez—. Durante la vigilancia de ayer se comportaba como un paranoico, fijo que esconde algo. ¡Y su huella dactilar está en la foto que apareció sobre el culo del chapero!

Alexis resopló.

—Te agradecería que no llamas *chapero* a la víctima. En lo referente a la foto, solo sabemos que Chuso la tocó, lo cual no implica que hubiera estado en el piso. Puede que la tocara en otro lugar y que después alguien provisto de guantes la depositara sobre el cadáver. Por eso el jefe no quiere detenciones. Tenemos un

indicio, pero ninguna prueba.

Ordóñez bajó la mirada.

—Como decía —continuó Roy—, Chuso Artieda pudo haber estado en el piso. Lo comprobaremos enseñando su fotografía al vecino del 1º2ª, el que se cruzó con el calvo en el portal.

—En caso positivo, ¿lo detenemos? —inquirió África.

—En caso positivo, lo pensaremos —respondió Roy—. Todavía hay piezas que no encajan.

—¿Como cuáles?

—Como el otro calvo, el del ojo brillante y la cicatriz, el que llamó al videoteléfono.

—¿*Caracortada*? —Jurado acababa de bautizar al implicado—. Sería algún cliente de Alí que quería aliviar tensiones.

—Puede ser —admitió Roy—. Pero tengo más piezas sobrantes, y alguna de ellas me preocupa.

El grupo aguardó explicaciones. El inspector tomó un sorbo de café y se quedó observando la espuma en los bordes de la taza. Al cabo de unos segundos, encaró a sus compañeros:

—¿Qué pinta la foto de John Wayne en este asunto?

—Puede ser una especie de firma del asesino —respondió Alexis.

Roy asintió despacio.

—¿Y qué clase de asesinos dejan firmas sobre sus víctimas?

El subinspector adivinó lo que mortificaba a su jefe. Temeroso, bajó la voz y formuló en forma interrogativa su sospecha:

—¿Los asesinos en serie?

Jonás pasaba las hojas del álbum de reseñas ante los ojos del testigo. Gabriel Ferrer Elorz, el vecino del 1º2ª, era un bilbilitano de gestos vivos y mirada inteligente. En cuanto recibió la llamada de la policía, se dirigió a las dependencias del Grupo de Secuestros y Homicidios. A mediodía se sentó frente a una carpeta con fotografías de individuos cuyas fisonomías concordaban con la que él mismo había descrito. Después de descartar a más de quince candidatos, su mirada se detuvo sobre la imagen de un varón de ojos claros y mandíbula cuadrada. Con el dedo índice señaló la frente alopécica de Chuso Artieda Sobrarbe.

—Creo que era este.

—¿Cree? —preguntó Jonás.

—Al ochenta por ciento.

—Obsérvelo bien. No hay prisa.

El agente despejó la mesa, sacó de la carpeta la fotografía de Chuso y la puso sobre el tablero. Gabriel Ferrer escrutó largamente la imagen del traficante. Luego levantó la vista hacia el policía:

—Es este, ¿verdad?

—Es el que usted elija, siempre que lo haga con seguridad.

Gabriel registraba los recovecos de su memoria en busca de alguna pista, de alguna característica, de algún rasgo vislumbrado a la tenue luz de la madrugada.

—Pasó a mi lado como una exhalación, ¿sabe? Y estaba oscuro.

—Lo entiendo. ¿Noventa por ciento?

Gabriel sonrió taciturno mientras sacudía la cabeza.

—Ochenta.

Jonás blandió la hoja de reseña ante los ojos del testigo.

—Tiene que ser consciente de que este asunto es muy importante. ¿Ochenta y cinco?

Gabriel Ferrer volvió a negar con la cabeza.

—Ochenta.

Una diligencia de reconocimiento de identidad con un ochenta por ciento de certidumbre tiene, a efectos probatorios, un valor rayano en el cero. Viene a ser más una pista que una evidencia y, en lo que respecta a la investigación del homicidio de Alí, no añadía nada nuevo. Sentados en el despacho de Rosario Roy, el jefe de Homicidios y el subinspector Alexis Guzmán trazaban la estrategia a seguir.

—Habrà que pinchar los teléfonos de Artieda y sus conexiones a Internet.

—Solo tiene un móvil registrado —replicó Alexis—, aunque, como todos los traficantes, utilizará otros.

—Pincharemos lo que podamos.

—Jonás redactará las solicitudes —apuntó el subordinado—. De todas formas, no creo que Artieda largue mucho por el *canuto*[\[12\]](#). Es perro viejo.

Roy sabía que Alexis tenía razón. La observación de las comunicaciones del pequeño traficante, por sí sola, no aportaría datos más allá de frases inconexas, palabras encriptadas y citas acordadas en clave. Los camellos toman más precauciones que un agente de la CIA infiltrado en el DAESH. Era imprescindible intensificar el seguimiento físico del sospechoso.

—¿Alguna novedad en la *troncha*?

—Nada reseñable —respondió el subinspector—. Neira está acabando su turno; después de comer, le sustituirá Jurado. Los del Grupo de Vigilancia se relevan por

su cuenta.

—¿Chuso Artieda sigue nervioso?

—Eso parece —confirmó Alexis—. Mira hacia atrás con frecuencia, cambia de ritmo, vuelve sobre sus pasos... Como ha dicho Ordóñez, está paranoico.

—Eso es bueno. —Roy se rascó el mentón—. Incrementa las probabilidades de que la cague.

—Hasta que eso ocurra, ¿qué hacemos tú y yo?

El inspector se levantó del asiento, sacó la pistola de un cajón del escritorio y se la acomodó en la funda interior que portaba en la cintura.

—Comemos y nos unimos a la vigilancia. Quiero ver cómo se comporta el pájaro.

—¿Alguna cosa más?

—Por la noche visitaremos la Nordik.

—¿Otra vez?

—Dicen que las saunas son muy saludables —Roy empuñó el picaporte. Con un gesto de la mano, conminó a salir al subinspector—. Ayudan a eliminar toxinas, ¿no?

La vigilancia sobre Chuso Artieda, a la espera del apoyo que supusiera la intervención de sus comunicaciones, no se traducían en pistas de interés.

El objetivo tenía un aspecto intimidante. Su metro noventa de estatura, el cuerpo macizo y los andares simiescos resultaban argumentos suficientes para que sus clientes desecharan cualquier tentación de impago. Se movía observando estrictas medidas de seguridad. Atisbaba por la ventana antes de salir de su domicilio de la calle Jaime I, giraba frecuentemente la cabeza al caminar y realizaba extrañas maniobras al volante con el propósito de detectar seguimientos. Lo habitual en los pequeños traficantes cuando están moviendo *mandanga*. Y Chuso Artieda la movía a todas horas, presa de un frenesí comercial que debía de reportarle pingües beneficios. A Roy no le extrañaron la hiperactividad mercantil de Artieda ni sus exhaustivas rutinas de seguridad. Lo único que llamó su atención fue que siguiese adoptando medidas de contravigilancia cuando no estaba de trapicheo. O bien tales medidas se le habían adherido como una segunda piel, o bien el traficante estaba seriamente preocupado por alguna circunstancia ajena al negocio de la droga.

Después de varias horas de vigilancia, el inspector decidió visitar la sauna. Alexis condujo el Opel Vectra hasta las proximidades de la plaza de Roma y estacionó en una travesía que cruzaba la calle Vidal de Canellas. Cuando bajaron del vehículo, las últimas luces del atardecer, de un naranja desvaído, salpicaban el horizonte.

En el vestíbulo de la Nordik les recibió el mismo empleado del día anterior. Había trocado la bata color azafrán por otra más vaporosa y abigarrada. Con el deseo

desbordándole la mirada, y como si Roy no existiera, se dirigió en susurros al subinspector:

—¿Nos echabas de menos, monada?

Alexis Guzmán mantuvo la compostura.

—¿Está tu jefe por aquí?

El recepcionista fingió decepción:

—¿Rodrigo? Está cambiando las toallas del vestuario. ¿Quieres entrar o prefieres esperarle aquí conmigo?

El subinspector miró a Roy, cuyas facciones estaban contraídas en un esfuerzo por contener la risa.

—Esperaremos aquí —dijo finalmente—, si no es molestia.

—Cómo lo va a ser. Tu compañía es un inmenso placer.

El recepcionista había pronunciado *inmenso* remarcando la *m* y alargando la segunda sílaba con morosidad. Recreándose. Roy detectó el azoramiento de su compañero y decidió acabar con el flirteo. Abrió el portafolios que llevaba bajo el brazo y extrajo la fotografía de Chuso Artieda.

—¿Le suena de algo esta cara?

El recepcionista reaccionó de inmediato:

—¡Uy! Ya lo creo que me suena. Es *La Atalaya*.

—¿*La Atalaya*?

—Sí. Le llamamos así porque se planta de vez en cuando afuera, en actitud vigilante. Por eso, y porque es grande y pétreo como una torre.

—¿Sabe usted a quién vigila?

—Vigilaba, más bien.

—¿A quién?

—Al difunto.

—¿Se refiere a Alí?

—Al mismo. Se rumorea que el morito le debía mucha pasta por causa de la cocaína. Por eso lo esperaba a la salida del local. Le montaba unas broncas de escándalo: lo sacudía por las solapas, gritaba... Lo trataba como a un pelele.

—¿Ha vuelto a aparecer por aquí desde...?

—¿Desde el asesinato? Qué va. La última vez que lo vi fue el día anterior. Pobre Alí. —El recepcionista puso los ojos en blanco—. Con lo mono que era.

Rodrigo Noriega, vestido con un conjunto de pantalón y camisa blancos y calzado con unos náuticos color caramelo a juego con el cinturón, apareció como un ectoplasma ibicenco tras la barra del ambigú. Tenía la perilla perfilada al milímetro, y el tono bronce de su cutis indicaba un uso intensivo de la máquina de rayos uva. Los policías se despidieron del recepcionista y se encaminaron hacia el dueño del

negocio.

—Su empleado ya nos ha dado alguna información —dijo Roy después de saludar—, pero cualquier dato adicional puede ser importante. —El inspector puso la foto de Chuso Artieda sobre la barra—. ¿Reconoce a este individuo?

—Sí, claro, *La Atalaya*. Es un camello. Violento, muy violento. Alí le debía pasta. Por eso lo esperaba algunas veces a la salida y le apretaba las tuercas. Lo curioso es que seguía suministrándole mercancía.

—Hay una cosa que no entiendo —intervino Alexis—. Alí ganaba bastante dinero, ¿no?

—Más que usted y su compañero juntos, créame.

—En ese caso, ¿por qué tenía deudas con su camello?

—Alí era un muchacho contradictorio. A pesar de ejercer la prostitución y meterse cocaína a cucharadas, era, a su manera, bastante tradicional. Un buen hijo, vamos. Mandaba la mayor parte de lo que ganaba a su familia.

—¿Por qué le fiaba *La Atalaya*?

—Porque Alí era un gran cliente. El chorro de euros que se había metido por la nariz era impresionante. Además, le conseguía nuevos compradores y le hacía pedidos extraordinarios para fiestas y orgías. Le fiaba porque le interesaba. Pero en los últimos tiempos la deuda había crecido mucho.

—¿Cuánto?

—No lo sé. ¿Lo suficiente para justificar un asesinato?

Los policías obviaron el comentario. Roy devolvió la fotografía al portafolios y pensó en cómo plantear la siguiente pregunta sin sonrojarse. Para el inspector, el sentido del ridículo era, desde el punto de vista evolutivo, más operativo que el del humor, al que consideraba sobrevalorado.

—¿Se le ocurre alguna relación, por remota que sea, entre Alí y John Wayne? —preguntó—. No sé, ¿sabe si le gustaban sus películas, si tenía algún cliente que se le pareciese o algo así?

Rodrigo Noriega meditó.

—Hace unas semanas celebramos el aniversario de la Nordik con una fiesta de disfraces. Alí vino acompañado por un tío alto y macizo que iba disfrazado de vaquero. Se cubría el rostro con una máscara de goma. Una careta de John Wayne.

Roy y Guzmán cruzaron las miradas.

—¿Podía tratarse del camello?

—No —repuso Rodrigo—. Tenía una complexión similar, pero por aquella época *La Atalaya* ya estaba acosando a Alí. No hubieran acudido juntos a una fiesta de disfraces. Y John Wayne habló poco, pero tenía un acento raro. Ruso, rumano o de algún país del este.

Nuevo cruce de miradas.

—¿No tendrá por casualidad fotografías de la fiesta?

—Sí, en el móvil. Espere un momento.

Rodrigo Noriega manipuló el teléfono hasta encontrar una imagen en la que aparecía Alí disfrazado de bombero. Posaba junto a John Wayne y a un andrógino marinero.

—Aquí tiene.

Roy estudió la fotografía.

—¿Quién es el grumete?

—Onofre, un cliente de la sauna. Es ingeniero de minas. Hace un par de semanas que no lo vemos por aquí.

—¿Tenía mucha amistad con Alí?

—Mucho trato carnal, más bien. Previo pago. Era uno de sus admiradores más incondicionales y de los que mejor retribuían sus servicios.

—Entiendo. —Roy entregó una tarjeta de visita a Rodrigo Noriega—. ¿Sería tan amable de enviar a mi correo la fotografía y los datos que tenga del ingeniero?

—Por supuesto.

La brisa refrescó el rostro de los agentes cuando traspasaron las puertas corredizas de la Nordik. Los dos hombres echaron a andar en dirección al Opel Vectra. La noche se había cerrado sobre la ciudad y la temperatura había descendido. Un escalofrío recorrió la espalda de Roy.

—¿Te has fijado en la vestimenta del John Wayne de la fiesta? —interrogó Alexis.

—Iba de vaquero, ¿no?

Alexis arqueó las cejas y chasqueó despectivamente la lengua.

—Qué poco observadores sois los heteros. ¿Tienes la foto que dejó el asesino?

El inspector se detuvo para hurgar en el portafolios. Tomó una réplica de la fotografía encontrada sobre las nalgas de Alí y la examinó. John Wayne retaba a la cámara con su mirada metálica. Portaba atuendo de *cowboy*: camisa salmón, chaleco de cuero beis y pañuelo claro anudado al cuello. Un enorme sombrero gris completaba el conjunto.

—¿Lo ves?

Rosario Roy solo veía a un cincuentón estreñado ataviado de granjero.

—No veo nada.

Alexis Guzmán volvió a chasquear la lengua.

—Es la misma ropa que llevaba el John Wayne de la fiesta. Exactamente la misma.

A unos metros de la Sauna Nordik, emboscada tras las sombras de un portal, una figura robusta registraba los movimientos del establecimiento. Cuando los dos policías que acababan de salir doblaron la esquina, la figura abandonó la protección del portal y se alejó a paso lento.

Al pasar bajo una farola, un haz de luz mortecina iluminó fugazmente la cicatriz que le surcaba el rostro, arrancando un destello febril en su ojo derecho.

Capítulo cinco

2 de septiembre, sábado.

Los días siguientes fueron de cumplimentación de trámites. El comisario Bohórquez, acuciado por la prensa, trataba de meter prisa a Roy. Este, que contaba con la complicidad del inspector jefe Badía, sabía por experiencia que lo importante no es tumbar al rival en el primer asalto, sino asegurarse la victoria al final del duodécimo *round*. No obstante, las urgencias del comisario no auguraban sosiego.

Los movimientos bancarios y el análisis de las tarjetas de Alí eran los habituales en un hombre de su edad y circunstancias: el cargo mensual del alquiler, las cuotas del gimnasio, compras de ropa, etcétera. Por ahí no había hilo del que tirar.

Las pruebas de balística aportaron datos relevantes. Los proyectiles extraídos del cráneo del magrebí eran del calibre nueve milímetros Luger y habían sido disparados con silenciador por una pistola Arcus, modelo 98 DA. Se trataba de una semiautomática fabricada en Bulgaria y utilizada como pistola reglamentaria por la Policía y el Ejército de ese país. La pista búlgara cobraba credibilidad.

Los investigadores analizaron el tráfico de llamadas de la víctima y los posicionamientos de su teléfono durante las semanas previas al homicidio. Había dos números que se repetían reiteradamente. Uno era el de Chuso Artieda Sobrarbe, lo que confirmaba la relación entre ambos. La noche del crimen, Chuso había telefonado a Alí en tres ocasiones. En las dos primeras, el marroquí se puso al aparato. La tercera llamada, registrada a las dos y cincuenta y cinco, quedó sin respuesta. Los posicionamientos telefónicos indicaban que a esa hora el chaperero se encontraba en su domicilio y *La Atalaya*, en las proximidades.

El segundo número con el que Alí contactaba pertenecía a Onofre Lapuerta, el ingeniero de minas y cliente carnal junto al que se había fotografiado en la fiesta de disfraces. Las llamadas entre Onofre y Alí habían sido continuas durante el mes de julio y las primeras semanas de agosto. Cesaron por completo a partir del día veinticuatro.

Los funcionarios de Homicidios intentaron localizar a Lapuerta para interrogarle sobre el misterioso John Wayne de la Sauna Nordik, pero al ingeniero se lo había tragado la tierra. Vivía solo y no tenía parientes. Roy mandó consultar la base de

datos de la Seguridad Social: Onofre cotizaba en concepto de autónomo y como lugar de trabajo figuraba su propio domicilio. Jurado y Neira se personaron allí, pero nadie respondió al timbre. Según un vecino, el ingeniero tenía intención de emprender un largo viaje, por lo que días antes le había entregado una copia de sus llaves. Los agentes temieron que el viaje hubiera sido al otro barrio. Acompañados por el vecino, accedieron al piso. La vivienda estaba en orden y con aspecto de no haber sido utilizada en las últimas semanas. Habría que esperar a que regresara.

Del examen de las *web* visitadas por Alí, se infería que era un adicto a los anabolizantes. Adquiría, a proveedores de dudosa reputación, viales y jeringuillas que pagaba con tarjeta. También frecuentaba blogs islámicos de corte moderado y el portal de una asociación benéfica contra la drogadicción. Eso y las sesiones de Skype con su familia constituían el grueso del trájín virtual del magrebí.

Los seguimientos a Chuso Artieda confirmaban lo que la Policía ya sabía: que era un traficante hiperactivo, agresivo y obsesionado por las medidas de seguridad. Las escuchas telefónicas eran infructuosas, pero el examen de su tráfico de llamadas deparó una sorpresa mayúscula: el camello tenía relación con uno de los prebostes de la vida política municipal, Gonzalo Tejero, conocido en Zaragoza y en el resto de España por su conservadurismo extremo y por sus épicas confrontaciones con Federico *Fichi* Bustamante, alcalde de la capital maña y secretario general del populista Partido Antipolítico.

Gonzalo Tejero presidía la ultraderechista Tradición y Familia, una formación emergente que se había alzado, contra todo pronóstico, con el segundo puesto en las últimas elecciones municipales. Tenía cuarenta y ocho años, estaba casado por la Iglesia («como Dios manda», según acostumbraba decir) y era el orgulloso padre de cuatro pequeños cabroncetes. Dominaba la oratoria, aunque sus enemigos se mofaban de su anticuada dicción de locutor del nodo. Se caracterizaba por sus facciones severas y la rigidez de su continente, y se jactaba de la moralidad de sus costumbres y de someter su cuerpo a una férrea disciplina atlética. No bebía, no fumaba, no ingería grasas ni dulces.

El compañero ideal de juergas y francachelas.

Todas las mañanas, antes de oír misa, practicaba carrera continua y calistenia. Durante la campaña electoral había hecho gala de sus dotes de senderista dejándose grabar en compañía de sus colaboradores mientras pateaba cerros y riberas ataviado con unas enormes botas negras con cierre de velcro que no parecían demasiado cómodas para caminar. A Roy le habían llamado la atención aquellas botas: semejaban calzado de seguridad con puntera reforzada.

Su irrupción en la investigación no pasaba de ser, por el momento, un chascarrillo que contribuía a aliviar las tensiones del trabajo policial. ¿De qué conocía a Chuso?

¿Por qué hablaba tanto con él por teléfono? ¿Serían las costumbres del político menos espartanas de lo que pregonaba?

La Operación John Wayne (así la había titulado el inspector jefe Badía) tenía a Roy sumido en la incertidumbre. Casi todos los indicios señalaban a Artieda: en primer lugar, su huella dactilar estaba en la fotografía hallada sobre el culo del fiambre. En segundo lugar, era violento, estaba harto de los impagos de Alí y al menos dos testigos lo habían visto hostigando al marroquí. El vecino del 1º2ª lo había reconocido, aunque con un exiguo ochenta por ciento de fiabilidad, como la persona que había abandonado el portal de la víctima a las tres de la madrugada. Y el forense había datado la muerte entre las dos y las cinco. Para rematar el cúmulo de pruebas en su contra, los posicionamientos telefónicos lo ubicaban en el lugar del homicidio en una horquilla horaria compatible con su comisión. El comisario Bohórquez no sabía a qué demonios esperaba Roy, pero su sexto sentido para olfatear problemas, más agudo que su sentido común, su sentido ético o su sentido del deber, le aconsejó no apretar más de la cuenta las clavijas del inspector. *El Bicho* sabía que una tecla pulsada a destiempo hunde la carrera más prometedora.

Por otro lado, en contra de la autoría de *La Atalaya* jugaban factores difusos pero inquietantes: los grilletes y el arma utilizados en el homicidio eran de fabricación búlgara. ¿Quería eso decir algo? Roy todavía no lo sabía. A las dos de la mañana, una hora antes de que Chuso fuera visto saliendo del portal, otro calvo, este con un ojo centelleante (quizá de cristal), un jabeque que le partía el rostro y un marcado acento del este, llamó al videoteléfono erróneo preguntando por Alí. ¿Se trataba de un cliente? Probablemente, pero, en tal caso, el servicio sexual se habría prestado dentro del intervalo de horas establecido por el médico forense.

¿Y la fotografía de John Wayne? ¿Qué carajo pintaba el actor en este asunto? ¿Por qué demonios pondría el asesino una imagen del *Duque* coronando el culo en pompa del chapero? Esta incógnita inquietaba al inspector.

Había más interrogantes: el John Wayne de la fiesta de disfraces, también con acento del este, ¿tenía algo que ver con la muerte de Alí? ¿Era mera casualidad que fuera ataviado como el John Wayne de la escena del crimen? Y Onofre Lapuerta, el ingeniero de minas retratado junto a Alí y *El Duque* en la fiesta de disfraces, ¿estaba implicado en el homicidio? ¿Era normal que, a pesar de estar de viaje, no diera señales de vida? Los investigadores llamaban con frecuencia a su móvil, que estaba apagado o fuera de cobertura.

Rosario Roy dio el fin de semana libre a sus hombres. El seguimiento de Chusc Artieda quedaría en manos del Grupo de Vigilancia. El inspector sabía que un exceso de carga laboral perjudica la lucidez, e intuía que para desenmarañar la intrincada madeja de la Operación John Wayne iba a ser necesaria toda la sagacidad

posible.

El sábado amaneció soleado. A las diez de la mañana, Roy había terminado su tirada de veinticinco kilómetros y estiraba junto a la fuente de Neptuno del Parque Grande. La riñonera con la pistola y los grilletes le estorbaba en sus ejercicios, pero estaba habituado. En el pasado, algún desagradable encontronazo con clientes insatisfechos le había convencido de la conveniencia de salir siempre en compañía de su buena amiga HK USP Compact. De hecho, pensaba participar en el maratón del doce de octubre con su tranquilizador peso bien ceñido a la cintura.

A pesar de la relajación mental inducida por el entrenamiento, el inspector, víctima de una personalidad obsesiva, no dejaba de pensar en el homicidio. Sumido en sus cavilaciones, recordó que hacía tiempo que no visitaba al abuelo. Damián Roy, subcomisario jubilado del antiguo Cuerpo Superior de Policía, había invertido la mayor parte de su trayectoria profesional en la resolución de asesinatos. Rosario solía acudir a él cuando la presión laboral sabotaba sus horas de sueño. Y hacía ya días que no dormía a pierna suelta.

La residencia Edad Dorada se alzaba en medio de un prado a las afueras de Zuera treinta kilómetros al norte de Zaragoza. El edificio era moderno, proporcionado, casi bonito, y contaba con jardín, instalaciones deportivas, centro de rehabilitación, sala de cine y todo tipo de comodidades y servicios. Si no fuera por la decrepitud de sus inquilinos (alguno de ellos más cerca del Valle de Josafat que del Valle del Ebro) y por ese inconfundible hedor a epílogo que acompaña a la vejez, la residencia Edad Dorada podría haber pasado por un balneario o un hotel de cinco estrellas.

Rosario, sentado en un banco del jardín, esperaba a su abuelo. Las ramas ralas de un cerezo le cobijaban del sol de mediodía. No estaba mal aquella residencia, pensaba el inspector, aunque el abuelo la hubiera contratado de manera prematura. Damián tenía setenta y ocho años, la mente despejada y una salud de hierro. Era un hombre sociable e informado. Vestía con elegancia y se conservaba razonablemente en forma. En una ocasión, Rosario le preguntó por qué había vendido su vivienda, un piso señorial en la Gran Vía zaragozana, para instalarse en aquel depósito de vejestorios. La respuesta fue categórica:

—Soy tan maniático que no me soporto. Prefiero que me aguanten otros.

El nieto no volvió a preguntar.

Damián Roy, recto como una vela, empujaba una silla de ruedas. Al llegar a la altura de Rosario, encaró el banco y, simulando una artrosis que no padecía, se sentó

despacio en el artilugio. Rosario arqueó las cejas, pero el subcomisario fue más rápido en tomar la palabra:

—¿Cómo está tu madre?

En todos los encuentros entre nieto y abuelo, esa era la primera pregunta del anciano. Mercedes nunca lo había visitado en la residencia y apenas le llamaba por teléfono. Entre Damián y su hija se había instalado un rencor sordo de décadas que el viejo trataba inútilmente de derribar por intermediación de Rosario. Este, que se sabía causa necesaria de la desunión, respondía siempre con la misma mentira piadosa:

—Bien. Te manda besos.

El abuelo gruñó y se hundió en una bruma de recuerdos. Padre e hija habían sido felices. Eso sucedió mucho tiempo atrás, en los años en que Betina vivía y sazónaba el calendario del subcomisario con la sal de su cuerpo templado y la pimienta de su risa. Habían conservado la armonía incluso después de la temprana desaparición de la esposa. Pero una aciaga mañana Satán, emboscado en el galacho de Juslibol, desgració para siempre la inocencia de Mercedes e inculó el virus del odio en lo que quedaba de la familia.

Rosario detectó el sufrimiento de su abuelo y decidió distraerlo de sus tribulaciones:

—¿Ahora usas silla de ruedas?

Damián guiñó un ojo.

—No me gusta desentonar con el ambiente.

El inspector se quedó mirando los zapatos italianos del anciano.

—Pues no veo que tu calzado combine con las pantuflas que se estilan por aquí.

—Dame tiempo. De todas formas, imagino que no has venido para hablar de moda.

—He venido para visitarte.

—Y una mierda. —Damián inclinó el cuerpo hacia delante y taladró con los suyos los ojos de su nieto—. Has venido para hablar de Alí.

Rosario sonrió:

—A ti no puedo engañarte.

—Puedes jurarlo, novato. —El subcomisario se irguió y sacó una libreta y una pluma del bolsillo de su americana—. Dispara.

En la praxis policial, los agentes se encuentran con dos tipos de asesinatos. El grupo más numeroso es el de los homicidios primarios, integrado, a su vez, por diversos subgéneros: el homicidio machista, el cometido bajo los efectos del alcohol, la muerte por venganza y las diversas combinaciones entre ellos. La nota común de los homicidios primarios es la falta de profesionalidad, que suele traducirse en ausencia de planificación y abundante presencia de testosterona. Es decir, en chapuza

e improvisación. Estos crímenes son sencillos de resolver, solo exigen del investigador una observancia cabal del procedimiento estándar.

El grupo menos frecuente es el de los homicidios elaborados, conformado por diversas modalidades, entre las que descuellan el crimen por móvil económico y el asesinato político. Es inusual, aunque no imposible, que un homicidio político se ejecute con procedimientos primarios. Asimismo, es harto infrecuente que un asesinato machista se verifique con técnicas elaboradas. Rosario jamás había importunado a su abuelo para la resolución de un crimen primario. Únicamente recababa su opinión para asesinatos metódicos y premeditados.

El inspector desmenuzó los pormenores del caso. Damián tomaba notas e interrumpía de vez en cuando la exposición para aclarar algún punto oscuro. El relato de Rosario ocupó media hora, la letra de Damián más de diez cuartillas.

—¿Eso es todo? —preguntó el subcomisario cuando su nieto hubo acabado.

—Así es —respondió Rosario—. Al menos lo esencial.

Damián Roy revisó los apuntes. Después juntó las yemas de los dedos y, apoyando los labios sobre los índices, reflexionó en silencio.

—Un asunto extraño —concluyó.

—Muy extraño.

—¿Los jefes están presionando?

—El comisario Bohórquez mete algo de prisa —contestó Rosario—. Aprieta, pero no ahoga.

—*El Bicho* Bohórquez... —Damián Roy rememoró sus viejos tiempos en el Cuerpo Superior de Policía—. Cuando lo conocí era un simple inspector. Ambicioso y sibilino. No necesitó jugarse el pellejo para hacer carrera.

—Es inteligente —afirmó Rosario.

—Dejémoslo en listo —repuso el abuelo—. Volviendo al homicidio, ¿qué piensas hacer ahora? ¿Cuál es el siguiente paso?

—No lo sé. Por eso estoy aquí, para discutir contigo las posibilidades. En Jefatura todos tienen claro que Chuso Artieda es el autor y que hay que detenerlo de inmediato.

—Hay bastantes indicios en su contra.

—Sí, eso está claro. —Rosario, apoyados los codos sobre los muslos, se frotaba nerviosamente las manos—. ¿Pero no ves cosas extrañas, piezas que no encajan?

—A patadas —admitió el jubilado—. La foto de John Wayne, el calvo de la cicatriz, el arma y los grilletes búlgaros, el semen en el ano de Alí, la desaparición del ingeniero de minas, el misterioso *cowboy* de la fiesta de disfraces...

—Sin embargo, el único sospechoso al que podemos ubicar en la escena y a la hora del crimen es Chuso Artieda.

—Eso no significa que fuera él. O que fuera él en solitario. En el piso se

encontraron trazas de guantes y más huellas dactilares cuyo propietario o propietarios desconocemos.

—Podrían ser clientes.

—U homicidas sin hoja de reseña —propuso Damián.

—El ochenta por ciento de los españoles que cometen un asesinato han sido fichados antes por la Policía.

—Con lo que te queda un veinte por ciento de asesinos autóctonos no fichados y un porcentaje indeterminado de criminales extranjeros que no han pasado por nuestros calabozos.

—Sí, claro. —Rosario dejó de frotarse las manos y reclinó su espalda contra el respaldo del banco—. ¿Alguna pega más con la que aumentar mi desazón?

—Solo una —dijo Damián—. Ojalá me equivoque, pero la foto de John Wayne encontrada sobre los glúteos de Alí sugiere la firma de un homicida sexual en serie que acaba de perpetrar su primera hazaña.

—Ya me lo había planteado.

De repente, el subcomisario sintió una punzada en la boca del estómago. Un recuerdo lejano acababa de aflorar en su mente. Era increíble que no se le hubiera ocurrido antes. La edad y sus putos estragos.

—¿No te dice nada la combinación *homicidio-homosexualidad-John Wayne*? —inquirió nervioso.

Rosario analizó su base de datos, sin resultado. La combinación apuntada no estaba registrada en su cerebro.

—Eres demasiado joven —suspiró Damián—. O yo demasiado viejo. En fin.. Durante la década de los setenta, un individuo violó y mató en Chicago a más de treinta hombres jóvenes, casi todos ellos gais. Ante la Policía declaró que pretendía castigar a los homosexuales, aunque parece que sufría un trastorno paranoico y que en realidad les tenía pánico. Enterraba a sus víctimas en el sótano de su casa, sin que los vecinos sospecharan nada. Era un tipo simpático y solidario, uno de esos que siempre se prestan voluntarios para campañas benéficas y tómbolas de parroquia. Hasta se disfrazaba de payaso para entretener a los niños en los hospitales. ¿Te suena el caso?

—De nada.

—El asesino se llamaba Tracy.

—¿Tracy? —repitió Rosario.

—John Wayne Tracy.

Capítulo seis

4 de septiembre, lunes.

Roy entró en su despacho, se quitó la americana y la colgó en el perchero. Una montaña de papeles aguardaba encima de la mesa. El inspector suspiró antes de dejarse caer sobre el sillón giratorio. El papeleo le desmoralizaba: gestiones de archivo sobre casos ya cerrados, respuestas urgentes a oficios emitidos por los juzgados, cumplimentación de estadísticas policiales... La burocracia le aburría de manera solemne y, lo que era peor, desviaba su atención de las investigaciones. Por fortuna, Dios, en algún momento de especial lucidez, había tenido a bien idear los conceptos *delegación* y *pirámide jerárquica*, que, junto a la oportuna existencia de los subinspectores, permitía a los jefes de grupo desembarazarse de la embrutecedora carga de la rutina.

Tomó el auricular y marcó la extensión de la oficina común contigua.

—Buenos días, Alexis.

—A tus órdenes, jefe.

—¿Puedes pasar a mi despacho?

Alexis Guzmán picó a la puerta, entró sin esperar respuesta y se sentó frente a la mesa de su superior.

—¿Cómo fue el fin de semana? —preguntó—. ¿Descansaste?

—Más o menos.

Roy revisaba la pila de papeles con gesto de fastidio.

—No he dejado de darle vueltas a la cabeza —señaló. Luego extendió los brazos, abarcando el montículo de documentos—. Y mira lo que me encuentro el lunes como bienvenida.

—No te preocupes —replicó Alexis—. Reparto los papeles entre los compañeros y me encargo de darles curso.

El inspector fingió meditar.

—No sé qué haría sin ti.

—Buscarte otro subinspector, supongo.

Roy sonrió y afirmó con la cabeza. Alexis examinó los documentos y los distribuyó en varias carpetas estampadas con el emblema de la Policía Nacional. Unos minutos

después, concluida la clasificación del papeleo, se dirigió a su jefe:

—Yo tampoco he dejado de darle vueltas a la cabeza.

—¿Y se te ha ocurrido algo?

—Nada que no hayamos valorado ya —respondió—. Pero estoy preocupado.

El inspector se revolvió en el asiento. Barruntaba lo que Alexis iba a decir y le incomodaba saber que seguramente tenía razón.

—Los policías comienzan a murmurar —prosiguió el subinspector—, y eso no es bueno.

—No lo es —convino Roy.

—Y parece que *El Bicho* echa pestes sobre la parsimonia con la que estamos afrontando el caso.

Rosario apoyó los codos sobre el escritorio y se frotó la cara con las palmas de las manos. Unos ojos cansados y enrojecidos asomaron entre los dedos.

—¿Qué propones?

Alexis compuso un mohín de circunstancias. Odiaba dárselas de listillo, sugerir ideas que, a buen seguro, el inspector ya había barajado. Detestaba presionar a quien ya estaba presionado.

—Tenemos indicios suficientes para detener a Chuso Artieda.

Roy valoraba la propuesta de Alexis cuando sonó el teléfono fijo. Descolgó al segundo tono y respondió lacónicamente a las instrucciones de su interlocutor:

—Sí... Ya... Claro, jefe... Ahora mismo.

Al colgar, la tristeza se le había instalado en el rostro. El subinspector le interrogó con la mirada y Roy volvió a frotarse las sienes con energía. Su voz sonó fatigada:

—Tenías razón, Alexis. *El Bicho* está que trina.

El despacho de Bohórquez era una amplia estancia decorada con maderas nobles, muebles antiguos y decenas de diplomas y condecoraciones ganadas en épicas batallas de oficina. El comisario se sentaba en un sillón de respaldo alto, frente a un pesado escritorio de roble sobre el que se apilaban carpetas y documentos. Al otro lado de la mesa, en una silla más modesta y con semblante circunspecto, aguardaba el inspector jefe Badía.

La puerta estaba abierta. Roy golpeó el marco con los nudillos y pidió permiso para entrar. A un gesto del comisario, atravesó el umbral y se dirigió hacia el escritorio.

—Siéntate.

Roy obedeció.

—Usted dirá, jefe.

El Bicho guardó silencio mientras clavaba su vista en el inspector con la intención de intimidarlo. Así dejó transcurrir un minuto. El comisario utilizaba una de las tácticas que se enseñan en los cursos de interrogatorios y que no había tenido ocasión (o voluntad) de poner en práctica con delincuentes. Pero Roy también conocía esos trucos. Y, además, no era ningún delincuente.

—¿Se encuentra bien, jefe? Tiene mala cara.

El inspector jefe Badía sonrió con disimulo. *El Bicho* frunció el entrecejo y engoló la voz:

—Estoy perfectamente. Cosa que no puedo decir de tu investigación.

—¿Se refiere a la investigación de la muerte de Alí?

—Me refiero a la investigación de la muerte de Manolete —bufó el comisario—. ¿Acaso tienes otro homicidio entre manos, Roy?

—Siempre quedan gestiones pendientes con casos ya resueltos —intervino Badía—. Y con homicidios del pasado aún sin resolver.

—No sabía que tú también te apellidaras Roy —replicó el comisario con ironía—. Ni que fueras defensor de pleitos pobres. —Bohórquez se irguió en la silla y endureció el tono de voz—. Dejaos de chorradas. Estoy muy decepcionado con vuestro trabajo. Con tu trabajo, Roy. Hace más de una semana que palmó el chapero y no tenemos ningún detenido. ¡Un montón de pruebas encima de la mesa y no te decides a detener a nadie!

—Si se refiere a Chuso Artieda...

—¡Me refiero a Chuso Artieda! ¡Tienes su huella, posicionamientos telefónicos que lo sitúan en el lugar y la hora del crimen, y testigos que lo han visto acosando a la víctima! ¿Qué más pruebas necesitas?

—Eso no son pruebas, jefe. Son indicios.

—¡Indicios más que suficientes para practicar la detención! ¿Me equivoco?

—No se equivoca —concedió el inspector—. Hay indicios suficientes para detener a Artieda, pero no para conseguir su condena. Para eso necesitamos pruebas. Y no las tenemos.

—Si Artieda es el asesino, se derrumbará cuando lo detengamos y cantará hasta la última nota.

Rosario negó con la cabeza.

—Artieda no confesaría ni para salvar la vida de su madre.

El Bicho se arrellanó en el asiento e inspiró hondo. El inspector Roy era un tipo curtido; no iba a doblegarlo con sofismas baratos ni con tácticas para principiantes aprendidas en cursos *on-line*. El comisario apoyó un codo en el brazo del sillón, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Meditó durante unos instantes cómo reconducir la entrevista. Luego levantó la frente y edulcoró la voz:

—Mira, Roy, tú tienes tus obligaciones, lo entiendo. Pero yo tengo las mías. El Jefe Superior me exige resultados. La prensa aprieta. Hay filtraciones y los plumíferos amenazan con publicar los indicios que tenemos y poner el grito en el cielo. No quiero presionarte, pero sabes que la detención de Chuso Artieda es legal y tranquilizaría a los medios de comunicación, a los mandos y a los ciudadanos.

Roy admiraba la inteligencia camaleónica de Bohórquez. Sabía cambiar de registro en el momento preciso y, sobre todo, trasladar a hombros ajenos la carga de responsabilidad que le correspondía.

Certificando la mudanza de modales, y a modo de colofón, *El Bicho* guiñó un ojo al inspector y esbozó lo que en otro ser humano habría sido una sonrisa.

—Tú mismo —sentenció.

En una organización jerarquizada es difícil no sucumbir a las sugerencias de la superioridad, máxime cuando estas, en realidad, encubren una orden. Roy sopesaba la conveniencia de seguir las veladas instrucciones del *Bicho* Bohórquez y detener a Artieda. Sabía que la investigación había llegado a un punto muerto y que, para salir de él, tenía que agitar el avispero. En ocasiones, un arresto, aunque su justificación esté prendida por alfileres, provoca un efecto mariposa y ayuda a que resplandezca la verdad.

El jefe de Homicidios ponderaba los pros y los contras de la detención cuando el subinspector Guzmán le dio una idea. Una buena idea.

—El vecino del 4º1ª escuchó voces en la escalera, ¿verdad?

—Cierto —respondió Rosario mientras revolvía el azúcar en la taza de té. Eran las once de la mañana y el Café Levante estaba de bote en bote—. Gritos, insultos y amenazas.

—Y el que gritaba podría ser Chuso Artieda.

—Podría, sí. Pero no tenemos cómo comprobarlo.

—Error. —Alexis tamborileó con los dedos sobre el velador de mármol—. Tenemos a Artieda grabado en las intervenciones telefónicas. Podemos hacer una rueda de reconocimiento de voz.

—¿Eso es legal? —El interés del inspector se despertó súbitamente.

—Según la jurisprudencia del Tribunal Supremo, sí.

—Pero en la escalera se escucharon gritos, y Artieda no levanta la voz por teléfono —apuntó Roy—. Será muy complicado que el testigo pueda identificar tonos y volúmenes diferentes, aunque correspondan a la misma persona.

—Pues grabemos a Artieda gritando. Es un tío irascible, será fácil arrancarle unos berridos. Y en Homicidios tenemos a uno de los sujetos más irritantes del universo.

—¿Ordóñez?

—Tú lo has dicho.

Toda persona tiene un don. En el caso de Ordóñez, ese don consistía en la capacidad de suscitar entre sus semejantes un sentimiento automático de antipatía. Uno lo miraba e, instantáneamente, le embargaba un irrefrenable instinto homicida. Ordóñez lucía un gesto altivo, arrogante e indolente. Una de esas caras que piden hostias. La pasión asesina se acrecentaba al escucharle hablar. Sus palabras eran cáusticas, soeces; su voz, gangosa y estridente.

Roy, Guzmán y Ordóñez se encerraron en el despacho del primero y desconectaron sus teléfonos. Acto seguido, el inspector encendió un móvil prepago cuyo titular había fallecido meses atrás. Marcó el número de Chuso Artieda, activó el manos libres y pasó el celular al policía. Este se aclaró la garganta. Al tercer tono, se escuchó la ronquera del traficante:

—¿Quién es?

—¿Eres Chuso? —Ordóñez afinó la voz, simulando afeminamiento. Alexis Guzmán torció el gesto.

—¿Quién lo pregunta?

—El que va a endiñarte la punta.

Rosario y Alexis se miraron horrorizados. Al subinspector, los ojos se le salían de las órbitas. Aquella no era la conversación planeada. Hacía solo cinco minutos habían instruido a Ordóñez para que se hiciera pasar por un teleoperador cargante (valga el pleonasma) que comercializaba conexiones a Internet. Pero Ordóñez era así: díscolo y autosuficiente.

—¿Quién coño eres, gracioso? —inquirió Artieda tras unos segundos de vacilación.

—No te sulfures, machote —respondió Ordóñez—. Que solo quiero tus servicios.

—¿De qué servicios hablas, gilipollas? —El tono de voz del sospechoso se iba elevando—. No estás llamando al Radiotaxi.

—Lo sé, sultán. Aunque tú también me puedes dar un viaje...

—¡Te estás equivocando, soplapollas! ¡Deja ya de tocarme las pelotas!

—Uy, te las tocaría muy a gusto, Sansón. Y, si me dejaras, te las limpiaría a lametazos. Pago bien, te lo aseguro.

—¡Te estás equivocando de teléfono, bujarrón! —La voz del traficante se había convertido ya en un rugido.

—¿Tú no ofreces servicios sexuales? —preguntó Ordóñez afectando sorpresa.

—¡Eres maricón del culo y tonto de la cabeza! ¡Los servicios sexuales se los voy a

ofrecer a tu puta madre!

—¡Qué carácter, *my God!* Perdona, hombre, me habrán dado mal el número.

Al otro lado del hilo telefónico se escuchaba la respiración agitada del delincuente. *La Atalaya* estaba escogiendo las palabras idóneas para una cortés despedida:

—¡A mamarla!

Javier Rubielos, el vecino del 4^o1^a, estaba siendo un testigo clave para la investigación. Tenía cuarenta y cinco años y era policía nacional en excedencia. Una década atrás había descubierto los pingües beneficios que rinde el trabajo de abogado. Y se pasó al lado oscuro.

Fue él quien recibió el timbrazo equivocado de *Caracortada*, quien escuchó las voces e insultos proferidos en las escaleras del inmueble y quien descubrió el cadáver de Alí. Mostraba un talante colaborador y respondía con precisión a lo que se le preguntaba. Su testimonio, en definitiva, era importante y fiable.

Jurado había editado un CD con diez grabaciones. En nueve de ellas, distintos compañeros de la Jefatura voceaban amenazas y exabruptos. La décima contenía alguno de los gritos que Artieda había lanzado a Ordóñez en su reciente conversación telefónica.

A las seis de la tarde, Javier Rubielos se sentó frente a uno de los escritorios del Grupo de Homicidios para escuchar el disco. Le acompañaban Roy, Guzmán y Jurado. Este pulsó el *play*.

Cada una de las grabaciones estaba identificada con un número. Rubielos examinó todas las voces. Cuando el CD dejó de sonar, el testigo miró de frente a Roy:

—Es la número cuatro.

El inspector no mudó el semblante.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Es la misma voz ronca y grave que escuché aquella noche.

—¿Cómo puedes estar tan convencido? No es fácil reconocer una voz.

—Tengo buen oído —respondió Rubielos—. Y una memoria excelente.

—¿Qué pinta la memoria en esto? —inquirió Alexis.

—*Eres maricón del culo y tonto de la cabeza* —recitó el testigo—. Fueron las mismas palabras que gritó en las escaleras.

El inspector Roy tomó una decisión. Al día siguiente, Chuso *La Atalaya* Artieda ingresaría en los calabozos de la Jefatura.

Capítulo siete

5 de septiembre, martes.

Chuso Artieda Sobrarbe, alias *La Atalaya*, vivía en el número 33 de la calle Rey Don Jaime, una vía céntrica y comercial cercana a la plaza del Pilar. A las nueve de la mañana, por sus aceras hormigueaban ya decenas de turistas ociosos y de lugareños atareados.

Afortunadamente para quienes han de trabajar de incógnito, en España abundan los bares y cafeterías, lo que facilita las *tronchas* y hace más confortables las esperas. Roy, Jurado y África establecieron su centro de operaciones en el mesón El Cierzo. El establecimiento, oscuro y mal ventilado, estaba situado a unos metros del portal del sospechoso, al otro lado de la calzada de un solo carril. Un amplio ventanal abría el tugurio al exterior. Pegados al cristal, en una mesa con un mantel a cuadros rojos y blancos, los tres policías planeaban el dispositivo.

—Chuso puede ir armado —recordó el inspector—, así que hemos de extremar las precauciones.

—Los de Vigilancia dicen que asoma el hocico por la ventana antes de salir —apuntó Jurado.

—¿Se ve desde aquí? —inquirió África.

—Sí, es la de las cortinas azules, en la segunda planta. La estoy controlando.

El inspector Roy echó un vistazo al inmueble: las cortinas estaban corridas. Artieda, como buen camello, no tenía costumbre de madrugar. El comercio de sustancias estupefacientes florece el amparo de la noche, por lo que *La Atalaya* no salía del piso hasta el mediodía, cuando acudía al gimnasio para levantar pesas y practicar artes marciales.

El inspector tomó la palabra:

—Yo le encaño y vosotros lo reducís. Neira se acercará con el Megane, metéis al preso dentro y salimos pitando para Jefatura.

El Megane se encontraba a unas manzanas de allí, como vehículo de reacción por si Chuso huía a pie. En su interior, además de Neira, aguardaban Ordóñez y Jonás quienes custodiarían el domicilio del detenido hasta que la jueza librase la orden de registro.

Sobre las once, el dueño del mesón, un tipo seco y malcarado que hasta entonces había ignorado a los agentes, comenzó a examinarlos con gesto adusto. Llevaban dos horas mirando la calle a través del ventanal, y eso no daba dinero.

—¿Están esperando a alguien? —espetó mientras secaba vasos con un paño de color y textura indefinidos.

—Estamos haciendo tiempo —respondió Roy sin dejar de observar el portal del traficante.

La voz cortante del inspector no arredró al mesonero.

—Creo que voy a llamar a la Policía —advirtió.

—Yo creo que no.

El inspector sacó la placa del bolsillo. Con los ojos fijos en el portal de Artieda, se la mostró a su interlocutor. Este suspiró.

—Qué modales.

A las doce y diez alguien entreabrió las cortinas azules. El estrecho hueco entre los visillos impedía ver quién acechaba detrás. Al cabo de un par de minutos, la puerta enrejada del portal número 33 se abrió, dando paso a un individuo de metro noventa con hechuras de carro de combate. *La Atalaya* vestía chándal de marca y portaba mochila y riñonera. Escudriñó ambos lados de la calle antes de echar a andar a paso ligero. En pocos segundos llegaría a la altura del Mesón El Cierzo.

Roy previno a Neira a través del equipo de transmisiones y palmeó el hombro de Jurado.

—Al ataque —ordenó—. Y ojito con esa riñonera.

África Trinidad fue la primera en salir del establecimiento. Jurado le pisaba los talones. Cruzaron a grandes trancos la calzada para aproximarse por la espalda al objetivo. Roy atravesó la calle por un ángulo distinto; interceptaría frontalmente al camello. Cuando pisó la acera contraria, Artieda detectó su presencia. Una chispa atávica alumbró los ojos de *La Atalaya*: se había despertado su instinto de combate. Los traficantes de droga viven rodeados de amenazas: clientes insatisfechos, acreedores impacientes, salteadores en busca de botín.. Y policías. Por eso están siempre alerta.

Al mismo tiempo que el inspector desenfundaba su arma, Chuso Artieda recorría la cremallera de la riñonera e introducía la mano derecha en el interior. El corazón de ambos contendientes latía a doscientas pulsaciones por minuto. Roy fue más rápido y encañonó a su oponente. Entre el alza y el punto de mira de su HK, el inspector pudo ver el terror en el rostro de Artieda:

—¡Alto, Policía! ¡Tírese al suelo!

La Atalaya se detuvo, pero pensó que la orden cambiaba radicalmente el panorama. Si aquel retaco con nariz de boxeador era policía, su vida estaba garantizada. Porque un agente de la autoridad no dispara a la ligera. O, al menos, se lo piensa más que un proveedor colombiano o un drogadicto con síndrome de abstinencia.

Artieda extrajo la mano de la riñonera. Empuñaba una defensa metálica articulada que extendió de un violento tirón. Con ánimo de partirle la crisma, el delincuente acortó la distancia que le separaba del inspector. Blandía la defensa por encima de su cabeza. Roy reuló, tratando de ganar espacio, pero topó con una marquesina de autobús. La defensa metálica cayó en picado sobre el cráneo del agente, quien se agachó y giró el tronco hacia su derecha con intención de esquivar el impacto. Décadas de entrenamiento boxístico tenían que servir de algo: Roy logró hurtar su cuerpo a la defensa metálica, que golpeó el cristal de la marquesina y lo hizo añicos. El agente contraatacó. De un solo movimiento, se incorporó, basculó el tronco y las caderas hacia la derecha y, cubriéndose el rostro con la mano en que portaba el arma, lanzó un poderoso *crochet* con la zurda que alcanzó de lleno la barbilla de su rival.

La Atalaya se desmoronó como un saco de mierda.

La fugaz refriega retrotrajo a Roy a sus mejores tiempos sobre el *ring*. Casi podía oír el conteo del árbitro y las exclamaciones de admiración del respetable.

Artieda intentó recuperar la verticalidad, pero África Trinidad, que había avanzado veloz por su retaguardia, lo asió por las tibias y, de un violento jalón, lo proyectó de bruces contra el suelo. En el mismo acto, Jurado lanzó un puñetazo seco a la mandíbula del delincuente que le hizo perder el conocimiento.

El inspector guardó el arma en la funda interior y apoyó la espalda contra la pared. Necesitó unos segundos para apaciguar el ritmo de su respiración. Un chirrido de neumáticos le hizo girar la vista hacia la calzada: el Renault Megane de Homicidios frenaba junto a la parada del autobús.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Neira.

Roy asintió. Después, mientras Jurado engrilletaba al traficante, se acercó a África y le puso una mano en el hombro.

—Bonita llave.

—*Morote-gari* por la espalda —explicó la mujer—. Tu esquiwa y el *crochet* tampoco han estado mal.

—Ya sabes —murmuró el inspector mientras examinaba sus nudillos—, quien tuvo, retuvo.

Rosario Roy ordenó que ningún policía hablara con el detenido. Una vez informado de sus derechos, Artieda ingresó en los calabozos de la Jefatura Superior, en una

celda individual y aislado de los demás internos. Durante los tres días siguientes, solo abandonaría el pulguero para asistir al registro de su vivienda y para ser interrogado por los agentes. El resto del tiempo lo pasaría en el sótano de la Jefatura a la espera de ser llevado a presencia judicial.

El inspector se trasladó al juzgado de instrucción número 3 para informar a doña Elisa Gayarre de las circunstancias de la detención y recabar la orden de registro. La jueza hizo algunas preguntas, pidió abundantes aclaraciones y, convencida de la legalidad de la actuación y de la necesidad de examinar a fondo el domicilio del imputado, libró el auto de entrada.

El registro se prolongó durante cuatro horas. El detenido se negó a presenciarse. En la vivienda se encontraron noventa y cinco gramos de cocaína, una balanza de precisión y mil quinientos euros en billetes pequeños. Lo habitual en un traficante. Pero no se halló ningún arma de fuego. Roy ya contaba con ello. Había que ser muy idiota para matar a alguien a tiros y esconder la pistola en el armario de casa. Y Chuso Artieda no era ningún idiota. Aunque tampoco era Einstein: si había asesinado a Alí, habría cometido errores.

Los investigadores incautaron toda la ropa del detenido para su análisis en el laboratorio. En ocasiones, las prendas de los asesinos contienen restos de sangre de sus víctimas. Los agentes también requisaron documentos, archivos informáticos, tabletas, ordenadores y cualquier elemento que pudiera servir a las pesquisas. Hasta el momento, las evidencias en contra de Artieda eran numerosas, pero poco contundentes. Era urgente dar con alguna prueba irrefutable. O, en su defecto, conseguir una confesión del detenido.

6 de septiembre, miércoles.

Roy no interrogó a *La Atalaya* hasta la mañana siguiente. El inspector había aprendido que unas horas de calabozo ablandan la voluntad más férrea. No porque las condiciones de las celdas o el trato dispensado sean particularmente gravosos, sino porque, para una conciencia culpable, no hay peor tortura que la soledad.

El traficante estaba sentado de espaldas a la puerta de la minúscula habitación de interrogatorios. Roy pidió que le retiraran las esposas. Los gestos manuales de los sospechosos dicen mucho sobre la veracidad de sus afirmaciones. El inspector cruzó el umbral del cubículo y tomó asiento frente al detenido. Una mesa rectangular separaba a los dos hombres. Sobre el tablero, un cenicero amarillo de PVC ponía la única nota de color a la estancia.

Roy examinó al sospechoso. Artieda vestía el mismo chándal del día anterior. A

pesar de la barba incipiente, tenía buen aspecto. El buen aspecto que puede tener un orangután de Virunga. Se apoyaba erguido contra el respaldo y alzaba el mentón en actitud retadora. En el lenguaje corporal del detenido, el único indicio de turbación eran los brazos cruzados sobre el pecho, que, a pesar de permitir la exhibición de su hipertrófica musculatura, constituían una manifestación inequívoca de incomodidad.

El policía sacó un paquete de Marlboro y lo dejó caer sobre la mesa.

—¿Fumas?

Chuso Artieda miró a Roy con recelo. No era la primera vez que lo arrestaban, y en sus desafortunados contactos con la autoridad había aprendido que la pasma no da nada sin contrapartidas. Ni siquiera un cigarrillo. No obstante, llevaba veinticuatro horas sin fumar y el mono de nicotina le indujo a aceptar.

—Por favor.

Roy cogió un cigarrillo, lo encendió con una rápida manipulación de su Zippo y se lo alcanzó a Artieda. La primera calada del traficante calcinó medio pitillo. El inspector encendió otro cigarrillo y se lo colocó entre los labios.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Artieda afirmó con la cabeza.

—Me lo han dicho al leerme los derechos —farfulló soltando humo—. Por tráfico de drogas y asesinato. Pero no sé cuál es el fiambre que queréis endiñarme.

—¿Te suena el nombre de Alí Mohamed Hach?

Artieda dio una nueva calada, expelió el humo hacia el techo y esbozó media sonrisa.

—Sabes que sí.

—¿De qué lo conocías?

La Atalaya meditó unos instantes. Luego ladeó la cabeza y miró al inspector de arriba abajo, valorando cuánto podía largar sin comprometerse.

—Si te cuento la verdad me vas a joder, y si te miento estoy jodido. Yo no he matado a nadie, si es lo que quieres saber. Pero no soy ningún santo, y si te digo de qué conocía a Alí me van a caer tres años de talego.

—Del trienio no te libra ni Perry Mason: te hemos pillado noventa y cinco gramos de *perica*[\[13\]](#) en casa. —Artieda no pudo evitar una expresión de sorpresa. No estaba informado de la aprehensión—. Ya nadie tiene televisiones antiguas, mucho menos un traficante. La tele vieja de tu cocina cantaba como una almeja, así que desmontamos la carcasa trasera y encontramos la bolsa de coca. Pero eso no va a ser nada comparado con la condena por asesinato.

Artieda agachó la cabeza para exhalar una última bocanada. Después, sin levantar la vista, aplastó la colilla en el cenicero y guardó silencio. Al cabo de unos segundos, Roy le alcanzó otro cigarrillo y le ofreció fuego. El traficante dio un par de caladas

antes de hablar.

—Está bien —afirmó resignado—. Supongo que es susto o muerte.

—Supones bien.

El detenido emprendió un largo monólogo. Según su versión, llevaba cuatro años suministrando coca al morito, quien consumía a un ritmo frenético. En los últimos meses había acumulado una deuda de cinco mil euros. Chuso se vio obligado a apretarle las tuercas. Un día lo abordó a la salida de la Sauna Nordik y Alí le entregó las llaves de casa como garantía (más bien simbólica) de su voluntad de pagar.

El día del crimen Chuso Artieda telefoneó tres veces a la víctima. En la primera llamada, Alí le dio largas, tratando de quitárselo de encima. En la segunda, Chuso le avisó de que esa misma madrugada iba a personarse en la vivienda para cobrar. Sabía que Alí no tendría los cinco mil, pero albergaba la esperanza de recaudar una parte. Minutos antes de las tres, plantado en la puerta de la finca, volvió a telefonar. Esta vez, Alí no contestó. Tampoco lo hizo al videoteléfono de la finca, por lo que *La Atalaya*, que llevaba las llaves, abrió el portal y subió las escaleras hasta la cuarta planta. Se veía luz a través de la mirilla y de la rendija inferior de la puerta, por lo que supuso que el chaperero estaba en casa. Llamó al timbre, aporreó con los puños, pero no obtuvo respuesta. El muy cabrón pasa de mí, pensó, y esa idea le llenó de ira. Fuera de sí, prorrumpió en insultos y amenazas. Finalmente, como Alí seguía sin abrir, utilizó la llave para acceder al interior.

No vio ni oyó a nadie, aunque las luces del salón y las del pasillo estaban encendidas. También las de la última habitación, a la que se dirigió sin hacer ruido. Algo raro estaba pasando en aquel piso.

La puerta del dormitorio se hallaba entornada. Al abrirla por completo, descubrió una escena macabra: Alí estaba desnudo, engrilletado y con el cráneo tiroteado. Noqueado por la imagen del cadáver con las nalgas en pompa, el traficante tomó la fotografía de John Wayne. Después de examinarla, la depositó donde la había encontrado.

—¿Qué hiciste luego? —preguntó Roy.

—Te pareceré un psicópata —respondió Artieda—, pero, tras reponerme del *shock*, decidí hacer lo que había ido a hacer. Registré el piso en busca de dinero y encontré unos dos mil euros. Esa pasta me pertenecía.

—Continúa.

—Más tarde caí en la cuenta de que estaba en la escena de un crimen y que había ido hurgando por aquí y por allá, dejando mis huellas por todas partes. Me entró el pánico. Cogí un trapo de la cocina y limpié las superficies que había tocado, aunque imagino que olvidé alguna. De lo contrario, no estaría aquí ahora.

—No limpiaste la fotografía.

Los labios de Artieda forzaron una sonrisa.

—Joder, qué gilipollas. El caso es que borré parte de las huellas y hui del piso. Dejé la puerta entornada para no hacer más ruido y bajé las escaleras a toda hostia hasta la calle.

—¿Viste a alguien al salir?

—Un muchacho entraba en el portal, pero no me fijé en él.

El relato de Artieda parecía sólido, congruente, aunque eso no significaba que fuera verídico: el camello había dispuesto de mucho tiempo para elaborar una narración creíble. No obstante, su tono de voz y su lenguaje corporal resultaban fiables, y eso preocupaba a Roy. Eso y que en el registro de su domicilio no hubiera aparecido indicio alguno del asesinato. Las prendas que se le habían incautado y el análisis de su ADN eran la única posibilidad de arrojar luz sobre los puntos oscuros de la investigación.

Roy fingió no haber creído ni media palabra.

—¿Esperas que alguien se trague esa patraña?

—Es la verdad. Hacedme la prueba de la parafina y veréis que no he disparado ningún arma de fuego.

—Han pasado diez días desde el asesinato. No quedarían restos de pólvora en tus manos aunque hubieras disparado un cañón. Practicaremos la prueba RD[14] en tus ropas, pero supongo que habrás lavado las que llevabas durante el crimen o te habrás deshecho de ellas. Lo que cuentas no es más que un guion de cine para justificar la presencia de tu huella en la foto.

—Hasta hoy ignoraba que estuviera allí.

—Aunque así fuera, sabías que un testigo te había visto huyendo del portal y podías suponer que alguien te habría oído vocear en el rellano. Sabías que estabas en nuestro punto de mira.

—Eso es cierto —admitió Artieda—, suponía que estabais tras mi pista.

El camello señaló el paquete de tabaco. Roy sacó un pitillo, lo encendió y se lo alargó por encima de la mesa. El detenido se quedó mirando la brasa del cigarrillo antes de poner el filtro entre sus labios.

—De todas formas —prosiguió—, si hubiera querido matar a Alí, ¿crees que gritaría en el descansillo para alertar a los vecinos? ¿Y para qué iba a eliminarlo? ¿Para que me enviara un giro desde el más allá?

—Para aviso a navegantes morosos —especuló Roy—. También puede ser que el homicidio no entrara en tus planes. Tal vez fuiste para que te diera la pasta y la cosa se te fue de las manos.

—Ya. Entro con la idea de cobrar, me cabreo, lo mato, lo desnudo, lo pongo con el culo en pompa y le adorno el tafanario con una instantánea.

Había que reconocer que, así descrita, la hipótesis era poco verosímil. *La Atalaya* exhaló una bocanada de humo y formuló la última pregunta:

—¿Y qué clase de idiota lleva fotos de John Wayne cuando sale a cobrar deudas?

Capítulo ocho

8 de septiembre, viernes.

Antes de que se cumplieran las setenta y dos horas, Artieda fue llevado a presencia judicial. Doña Elisa Gayarre dispuso su prisión provisional sin fianza acusado de un delito de asesinato y otro de tráfico de estupefacientes. Faltaban los resultados del análisis de las prendas y del ADN, pero la jueza avanzó a Roy que mantendría el auto de prisión aunque fueran negativos.

La prensa se hizo amplio eco de la resolución del caso. *El Bicho* Bohórquez (con la boca pequeña) y el inspector jefe Badía (este de corazón) felicitaron a Roy y a sus hombres. El fin de semana del jefe de Homicidios, concluida la investigación, prometía ser tranquilo.

Alexis Guzmán entró en su despacho con planes para la noche:

—Hay que celebrar el éxito, jefe. Fredy está montando una cena en la terraza. No admitirá un no como respuesta.

Fredy, un abogado penalista con vocación frustrada de chef, era el marido de Alexis. Ambos vivían en un ático de la calle Violante de Hungría desde el que disfrutaban de unas hermosas vistas sobre el mar de pinares del Parque Grande.

—Contad conmigo —respondió Roy.

El inspector había cenado alguna vez con la pareja, pero, hasta la fecha, no había visitado su nido de amor. Aunque no se oponía a que personas del mismo sexo contrajeran matrimonio (alguien tenía que preservar aquella institución en vías de extinción y los homosexuales parecían el único sector social entusiasmado con la idea), la perspectiva de una velada a solas con Fredy y Alexis le provocó una sensación próxima al desasosiego. Doce años de colegio católico dejan una impronta indeleble.

—¿Vendrá alguien más? —preguntó.

Alexis cerró la puerta y tomó asiento. Roy atisbó una pincelada de rubor en sus mejillas.

—Ahí está el quid de la cuestión. —El subinspector se atusó el flequillo—. Fredy quiere que vengas con África.

Resultaba que su romance con África Trinidad no era tan secreto como el inspector

había pretendido. Alexis lo conocía, lo que significaba que, probablemente, el resto de policías de Homicidios también.

—¿Desde cuándo sabes que...?

—¿Que África y tú tenéis un*affaire*? Desde que empezasteis. Emites unas señales inequívocas.

—¿Cuánta gente está al tanto?

—Solo yo.

—¿Los demás no captan las señales inequívocas?

—En absoluto —repuso Alexis—. Los heteros tenéis menos intuición que un gato de escayola.

Roy telefoneó a África para exponerle el plan nocturno. A la chica le sorprendió que Alexis los hubiera descubierto, pero no se lo tomó a mal. Quizá si salían de la clandestinidad y se abrían a la vida social, la relación remontaría el desesperante punto muerto en que se encontraba.

El inspector se tomó la tarde libre. Las últimas jornadas habían sido extenuantes, necesitaba descansar. Llegó a casa a las tres en punto. Su madre le esperaba con la comida preparada y dos juegos de cubiertos. Rosario se extrañó, ya que solían comer por separado. Antes de sentarse a la mesa, besó a la mujer en la mejilla. Luego reparó en la botella de Lambrusco que ocupaba el centro del mantel.

—¿Celebramos algo? —preguntó.

Mercedes le sirvió espaguetis a la boloñesa. A Rosario le encantaba la pasta y gesticuló para que la ración fuera generosa.

—Celebramos tu triunfo —respondió Mercedes con una sonrisa. Un cosquillec recorrió la columna de Rosario. No era usual que su madre sonriera—. Y que hay un criminal menos en las calles. Estoy orgullosa de ti.

Rosario le acarició el brazo y le devolvió la sonrisa. Le enternecía verla feliz.

—No es para tanto —afirmó—. Solo cumplo con mi deber.

—No todos los policías lo hacen.

Mercedes siguió sirviendo espaguetis; sin embargo, su atención se había ausentado del salón y una nube de angustia le ensombrecía el rostro. Sus recuerdos sobrevolaban de nuevo aquella trágica mañana, cuatro décadas atrás, en el galacho de Juslibol. Se había preguntado cientos de veces por qué la Policía no había detenido al malnacido que la violó. Se hallaron restos biológicos, varios testigos habían visto al violador deambulando por los alrededores... Pero nunca se averiguó nada.

También se había preguntado si ella habría sido su primera y última víctima, aunque la respuesta era siempre negativa. Hasta el menos avisado sabe que los

violadores de descampado y asalto son delincuentes en serie. En ese caso, ¿cuántas muchachas habrían sido vejadas por aquella bestia ante la negligencia de las autoridades? ¿Cuántas habrían quedado embarazadas?

A Rosario se le cortó el apetito. Intuía que el orgullo materno había dado paso al recelo, que Mercedes volvía a ver en su rostro las facciones del monstruo que le había quebrado la vida.

Y recordó, otra vez, que el ADN de aquel hijo de puta componía la mitad de su carga genética.

Rosario recogió a África en su domicilio. Estaba preciosa. Había ido a la peluquería se había maquillado y lucía un vestido entallado que silueteaba discretamente sus curvas. Los tacones estilizaban unas piernas que Roy calculó infinitas. El inspector, sentado al volante de su Focus color crema, sintió vergüenza del atuendo que había escogido para la ocasión: vaqueros de hipermercado, camisa blanca mal planchada y zapatos náuticos a juego con el cinturón. El tope de gama de su vestuario.

África vivía en un estudio de la Avenida de América, en el barrio de Torrero. El trayecto hasta la calle Violante de Hungría era corto, pero se le hizo eterno. El salpicadero del Focus estaba alfombrado de polvo. El habitáculo desprendía un olor agrio a tabaco rubio, y el motor, como si suplicara por su jubilación, emitía un zumbido quejumbroso. Roy encendió el equipo de música. El potente chorro de voz de Enrique Bunbury atenuó el traqueteo de las bielas.

—¿Has pensado en cambiar de vehículo? —sugirió la fémica.

Roy la miró extrañado.

—¿Qué le pasa a este?

A los diez minutos estacionaron en la Plaza Emperador Carlos V. El ático de Alexis quedaba a quinientos metros de distancia. El inspector abrió el maletero y extrajo una bolsa con dos botellas de Somontano. Aún estaban frías.

—Yo no he traído nada —lamentó África.

—Tu presencia es suficiente regalo —respondió galante Rosario—. Estás espectacular.

—No creo que a esos dos les impresione demasiado.

Fredy y Alexis habían decorado su hogar cuidando el mínimo detalle. El ático no era espacioso, pero tenía una vasta azotea desde la que se veía el Parque Grande, la afilada torre de la antigua Feria de Muestras, el Auditorio y el estadio de La Romareda. Había decenas de tiestos con azaleas y petunias, y un emparrado que cubría la mitad de la superficie. Unas antorchas de jardín alumbraban majestuosamente el anochecer. Sobre la mesa de la terraza, Fredy había dispuesto

viandas para alimentar a un regimiento de húsares.

—Tenía muchas ganas de conocerte —exclamó el cocinero mientras estampaba dos sonoros besos en las mejillas de África—. Empezaba a maliciarme que el inspector Roy era inmune a las mujeres.

—Inmune no, pero sí bastante reacio —contestó África.

—¿Nos sentamos?

Las dos parejas se acomodaron en torno a la mesa. Como siempre que alguien nuevo se integra en un grupo, la conversación comenzó a trompicones, avanzando trabajosamente entre preguntas de rigor y comentarios banales. Una hora después, con la inestimable ayuda del Somontano, la charla fluía con naturalidad.

—Nunca había visto a Rosario distendido con una mujer —dijo Fredy—. Aunque, para ser franco, nunca había visto a Rosario distendido.

—Esa boca —terció Alexis—. No olvides que es mi jefe.

—No tiene importancia. —El inspector hizo un ademán desenfadado—. Hay confianza. Pero sí, la verdad es que me siento bien. Será por el vino.

—Por eso será —concedió África—. Porque el cierre de la Operación John Wayne no te ha alegrado demasiado.

Sorprendido, Alexis miró a Roy en demanda de explicaciones. Cualquier observador imparcial consideraría la operación un éxito. Los mandos habían felicitado al Grupo de Secuestros y Homicidios, la prensa se había deshecho en elogios a la eficaz labor de los agentes y hasta el alcalde *Fichi* Bustamante, renuente a galones y uniformes, había loado la rápida actuación de la Policía.

Roy se revolvió en el asiento.

—Puedo parecer obsesivo —argumentó—, pero sé que nos falla algo.

—¿Crees que Artieda no mató a Alí? —interrogó Alexis.

El subinspector había aproximado su silla a la de su marido. Con los brazos cruzados, se recostaba en su regazo. La estampa, que juzgaría natural en cualquier pareja heterosexual, rechinaba en los engranajes mentales de Rosario. El inspector trató de obviar sus prejuicios estéticos y centrarse en la conversación.

—Si creyera que Artieda es inocente, no habría ordenado su detención.

África imitó a Alexis y acercó su silla a la de Rosario. Este se sintió incómodo. El inspector y la policía jamás se hacían arrumacos en público. Azorado, pasó el brazo sobre los hombros de la chica.

—Hay muchos indicios que señalan a Artieda —continuó—. Hemos seguido el manual, sé que la detención es correcta. Pero intuyo que no hemos llegado al fondo del asunto.

El mutismo se instaló entre los comensales, amplificando el murmullo del tráfico en la calle y el llanto de un niño que verraqueaba en una terraza próxima. La noche era

templada. De alguna ventana abierta se escapaba el son de una canción latina. Al final del Parque Grande se divisaba la iluminación de la cascada artificial.

—Tengo la conciencia tranquila —insistió Roy—. No obstante, hay incógnitas que aún no hemos despejado.

Fredy, cansado del tono serio de la conversación, soltó un exabrupto:

—¡Los maderos sois un coñazo! —exclamó—. ¡Solo habláis de trabajo!

África no pudo evitar reírse. Estaba de acuerdo con la afirmación.

—Propón un tema de conversación —dijo al abogado.

—¿Que proponga un tema? —inquirió Fredy— ¡Está claro, querida! ¡Tú eres el tema!

El resto de la velada transcurrió entre bromas y confidencias. Cuando llegaron los postres (macedonia, bombones y helado de turrón), los *gintonics* relevaron al Somontano. Pasada la medianoche, una brisa fría obligó a desalojar la terraza. La charla siguió en el interior de la vivienda.

A las dos, África y Rosario se despidieron de sus anfitriones. Mientras caminar por la calle en dirección al Focus, Rosario abrazaba a su compañera, protegiéndola del viento.

—¿Cómo te sienta? —interrogó la mujer.

—¿A qué te refieres?

—A salir de la madriguera, a tener vida social. —Roy guardó silencio—. A ser una pareja normal, como Fredy y Alexis.

—¿Fredy y Alexis son normales? —ironizó el inspector.

—Más que nosotros —repuso África—. Mucho más que nosotros.

Capítulo nueve

16 de septiembre, sábado.

Al concluir la tirada de veinticuatro kilómetros, Roy se sorprendió de su falta de fatiga. Según indicaba el pulsómetro, y a pesar de haber sostenido un ritmo vivo durante todo el entrenamiento, su corazón no había rebasado las ciento sesenta pulsaciones por minuto. Quedaba menos de un mes para el maratón del día del Pilar y la preparación del inspector marchaba viento en popa.

El cierzo soplaba con fuerza. El cortavientos que portaba Roy era liviano y el sudor se le enfriaba sobre los músculos, por lo que decidió acortar la sesión de estiramientos y regresar trotando a casa. Su mente se recreaba ya con la perspectiva de una ducha caliente cuando el móvil le vibró en el interior de la riñonera.

—Buenos días, Alexis.

—Buenos días, jefe, ¿te pillo mal?

—Me coges en el parque, acabando el entrenamiento. ¿Qué ocurre?

—Nada grave, creo. Me ha llamado Rodrigo Noriega, quiere hablar con nosotros.

Roy hurgó entre los pliegues de su memoria. No era muy bueno recordando nombres. Solo los retenía mientras fueran útiles para alguna operación en curso. Luego reseteaba la mente, y todos los apellidos, fechas y datos eran enviados a la papelera de reciclaje. Hubo de esforzarse para identificar a Rodrigo Noriega como el dueño de la Sauna Nordik.

De repente, se sobresaltó. El núcleo de la Operación John Wayne se había cerrado una semana atrás con la detención de Artieda. Desde entonces, todas las gestiones pendientes habían arrojado resultados negativos: en el análisis de las ropas del imputado no se habían detectado restos de fulminante, lo que eliminaba la posibilidad de un disparo reciente, ni vestigios de sangre de la víctima. Y el ADN del camello no se correspondía con el del semen encontrado en el cuerpo de Alí.

De todos modos, la jueza Gayarre había confirmado el auto de prisión provisional. Los indicios en contra de Artieda eran numerosos y los últimos peritajes no desvirtuaban el grueso de la investigación. Además, los noventa y cinco gramos de cocaína encontrados en el domicilio de *La Atalaya* justificaban por sí solos su estancia entre rejas.

En cualquier caso, Roy hubiera preferido no volver a oír nada de aquel caso en una larga temporada.

—Jefe, ¿sigues ahí?

El inspector regresó a la realidad.

—Rodrigo Noriega, sí, el de la Sauna Nordik. ¿Dices que quiere hablar con nosotros?

—Ha llamado esta mañana a Jefatura preguntando por mí. Me he puesto en contacto con él, pero no ha querido contarme nada por teléfono. Ha insistido en que vaya a verle.

—Igual solo quiere ligar.

Alexis guardó silencio al otro lado de la línea. Roy se dio cuenta de que había metido la pata:

—Perdona, hombre, era broma.

—Una broma inoportuna. —La voz del subinspector sonaba ofendida—. Los gais no pensamos solo en la entrepierna.

Roy supuso que Alexis tenía razón: los gais no piensan solo en la entrepierna. Su abanico de obsesiones es más amplio y abarca otras zonas de la anatomía masculina, como los glúteos o los pectorales. Al fin y al cabo son hombres y, como tales, esclavos de su libido. Con buen criterio, se abstuvo de manifestar tales conjeturas.

Alexis retomó el hilo:

—Quiere entrevistarse conmigo esta tarde.

—No veo inconveniente. Cítate con él.

—Doy por hecho que me acompañas, ¿no?

El inspector demoró la respuesta.

—Sí, claro. Dalo por hecho.

Empezaba a anochecer cuando Roy y Guzmán aparcaban el Vectra del Grupo de Secuestros y Homicidios a un par de calles de la Nordik. El inspector no pudo quedar antes. Su madre había sufrido uno de sus habituales episodios melancólicos, esta vez lindante con la ansiedad, y hubo de acompañarla al Hospital Miguel Servet para que le administraran calmantes. Tras muchas caricias y alguna palabra de consuelo, la había dejado en la cama de su dormitorio, con la televisión encendida y el teléfono móvil sobre la mesilla de noche.

Cuando bajaron del coche, el crepúsculo amortiguaba el ruido de la ciudad y el cielo, rasgado entre las nubes, sangraba a jirones ocre y violáceos. Roy estaba alicaído. La visión de su madre rumiando traumas le robaba la energía. Necesitaba estar con África, estrechar su cuerpo y dejar pasar las horas en una charla analgésica

e insustancial. La chica empezaba a ser una presencia adictiva y, al mismo tiempo, terapéutica. Solo los miedos del inspector, sus fantasmas interiores, le impedían abrir el corazón y apostar definitivamente por ella. Roy nunca se había comprometido en una relación convencional. Las pocas veces que lo había intentado, el lobo agazapado en sus genes se desperezaba y desde las profundidades de su psique aullaba en demanda de dominación. O eso imaginaba el inspector, quien antes de averiguar si dicha sospecha era cierta, huía para evitar males mayores.

Roy sacudió la cabeza para alejar los pensamientos. Al traspasar junto a Alexis la puerta de acceso a la sauna, la luminosidad del vestíbulo le deslumbró. El fognazo ahuyentó las malas vibraciones y lo ubicó en el asunto que habían venido a tratar. Aunque todavía no sabía cuál era.

En contraste con las ocasiones anteriores, el recepcionista adoptó una actitud hierática. Saludó con semblante circunspecto, ahorrándose piropos y procacidades. Debía de estar dolido por la displicencia con que el subinspector Alexis Guzmán había correspondido a sus flirteos, pensó Roy. O había cambiado de estrategia y simulaba indiferencia para despertar la curiosidad del apuesto agente. Esa táctica se estilaba mucho en el sector heterosexual, con desigual fortuna. Tal vez los gais hicieran uso de las mismas añagazas.

El empleado los acompañó hasta el despacho de Rodrigo Noriega y golpeó con los nudillos sobre la puerta cerrada.

—Adelante —dijo una voz desde el interior.

El empleado entreabrió la puerta.

—Están aquí los señores de la policía.

—Hazlos pasar.

Roy y Guzmán atravesaron el umbral, estrecharon la mano de Noriega y tomaron asiento. El despacho era una estancia cuadrangular y funcional, bastante espaciosa para las dimensiones del negocio. La decoración era espartana: paredes blancas, una mesa de madera, ordenador portátil, una butaca, dos sillas, un armario con archivos y libros de contabilidad, alguna instantánea familiar. Roy reparó en una foto que mostraba a Alí y Rodrigo en bañador, abrazados a la orilla del mar. Tomó el portarretratos, situado en una esquina de la mesa, y contempló la imagen. Los ojos del marroquí aparecían entornados. Su piel, tostada y rebozada en arena, brillaba en un cuerpo joven, ágil, lleno de vida. Rodrigo estrechaba el talle de quien fue su amor, más tarde su amigo y, por último, solo un doloroso recuerdo.

Con cuidado reverencial, el inspector devolvió el portarretratos a su lugar.

—Una pena lo ocurrido —murmuró.

—Más bien una desgracia —corrigió Noriega—. Esperemos que todo haya concluido con la detención de ese malnacido.

Por segunda vez en pocas horas, Rosario Roy experimentó una desagradable sensación de alarma. Aquel *esperemos* no presagiaba nada bueno. ¿Acaso el empresario albergaba dudas sobre el éxito de la investigación? ¿Acaso, como el propio inspector, barruntaba que algo oscuro, más oscuro que lo ya averiguado, se escondía tras la muerte de Alí?

—Se preguntarán por qué les he hecho venir —aventuró Rodrigo.

—Nos lo preguntamos —confirmó Alexis—. Y suponemos que ahora nos aclarará la incógnita.

Noriega inspiró hondo y se tomó un tiempo antes de proseguir. Daba la impresión de no estar muy seguro sobre cómo abordar el asunto, o de que le daba reparo hacerlo. Apoyó los codos en los brazos de la butaca, cruzó los dedos de las manos y meditó unos instantes. Con voz trémula, comenzó la explicación:

—Como la mayoría de los policías, ustedes serán escépticos, al menos en lo tocante a su trabajo. —Roy y Guzmán, aunque intrigados, no mudaron el ademán—. Yo también lo era, hasta que mi madre enfermó de cáncer. Su mal era incurable y la pobre vieja padecía unos dolores horribles. Rompía el corazón verla sufrir postrada en el lecho. No podía hacer nada por aliviarla; me sentía desesperado e impotente. Fue entonces cuando comencé a visitar a la Virgen.

Los agentes intercambiaron una mirada discreta. Era habitual que en los secuestros, desapariciones u homicidios surgiera, de sopetón, el elemento espiritual. O, como Roy y Guzmán lo denominaban, el *momento fetiche*. Resultaba comprensible (las familias lidiaban con un dolor y una incertidumbre como jamás habían imaginado), pero terriblemente molesto para los investigadores. ¿Cómo convencer a una madre, a una esposa o a un novio de que la comprobación de sus corazonadas interfería en la marcha de las pesquisas? ¿Cómo hacerles ver que aquel vidente, aquella médium, solo trataban de aprovechar la desgracia para sacar pasta o hacerse un hueco en los medios de comunicación?

¿Cómo explicar que Dios está a sus cosas y que no porta placa ni pistola?

—Sé que les pareceré un meapilas —continuó Rodrigo—, y que esto es lo último que se espera de un tipo que regenta una sauna gay. Pero, a lo largo de un mes, visité El Pilar a diario. Rezaba horas y horas en la capilla de la Pilarica, rogándole que cesara el sufrimiento de mi madre. Rogándole que muriera. Una tarde, arrodillado frente a la imagen de María, noté un escalofrío en la columna. Alcé la vista, miré a la Virgen y escuché un susurro de mujer: *mañana*. Aquella noche fui al hospital y me quedé al lado de mi madre. Sabía que iba a ser su última noche. Durante aquellas horas no padeció dolor alguno. Sonreía plácidamente con mi mano tomada entre las suyas.

»A la mañana siguiente, murió.

Rosario y Alexis se removieron inquietos en sus asientos. En sus carreras profesionales habían vivido numerosos *momentos fetiche*, pero estos siempre hacían referencia a terceras personas (adivinos, santones o magos) a quienes los familiares del secuestrado, muerto o desaparecido atribuían poderosas dotes de clarividencia. Hasta la fecha, ninguno de los familiares o seres queridos se había arrogado, en primera persona, el don adivinatorio. Asistir a una confesión de estas características era un intenso ejercicio de vergüenza ajena.

El inspector Roy carraspeó antes de hacer la pregunta:

—¿Adónde quiere ir a parar? Respetamos las convicciones de cada uno, pero la investigación policial no tiene nada que ver con la religión.

—Sé que resulta inverosímil —balbuceó Rodrigo—, pero desde la muerte de mi madre, tengo un sexto sentido, una capacidad intuitiva que me advierte de las cosas buenas o malas que están a punto de suceder.

Un silencio embarazoso se adueñó de la habitación. Roy, abochornado, examinaba las puntas de sus zapatos con atención digna de mejor causa. El subinspector Guzmán decidió intervenir:

—¿Quiere decir que puede adivinar el futuro? —Alexis trataba de averiguar si Rodrigo Noriega estaba en sus cabales—. ¿Que la Virgen le desvela el porvenir?

Rodrigo exhaló un suspiro y se restregó los ojos despacio. La vergüenza se apoderaba de él, forzándole a hablar con la cabeza gacha:

—No estoy loco, créame. No sufro alucinaciones. La Virgen no baja del cielo para vaticinarme el futuro. Solo digo que tengo una habilidad perceptiva de la que el resto carece y que me advierte de ciertos sucesos.

—¿Y ese don se lo otorgó la Virgen? —insistió el subinspector.

—Oiga, no sé si me lo otorgó la Virgen o nació por generación espontánea. Eso qué más da. El caso es que está ahí.

Roy se apiadó de la turbación de Noriega.

—Mi compañero y yo no negamos esa capacidad —afirmó—. Quién sabe si tales cosas existen. Solo queremos cerciorarnos de que el *shock* por la muerte de Alí no le ha dejado a usted un tanto...

Mierda. ¿Qué adjetivo elegía ahora?

—¿Perturbado? —Rodrigo compuso una sonrisa melancólica—. En absoluto. Tengo una edad y, por desgracia, he recibido muchos reveses en la vida. Pueden estar tranquilos, sé discernir la realidad de la ficción.

Roy asintió con gesto amable.

—No lo ponemos en duda —dijo sin mucha convicción—. ¿Y qué es lo que usted presiente en relación con la muerte de Alí?

Rodrigo Noriega se irguió en el asiento en un intento de recobrar la dignidad.

—Yo no sé si Chuso Artieda es culpable o no, o si es el único culpable. Si ustedes lo han detenido, por algo será. Pero una cosa sí les puedo decir: Allí no va a ser la única víctima.

El inspector sufrió por tercera vez la ya familiar sensación de sobresalto. Las palabras que Noriega pronunció a continuación sonaron en sus oídos como una ominosa sentencia:

—Va a haber más muertos —murmuró el empresario—. La matanza acaba de empezar.

Capítulo diez

Aunque por motivos dispares, Rosario Roy y Alexis Guzmán guardaban un silencio meditativo. El segundo conducía el Vectra mientras intentaba digerir las palabras de Rodrigo Noriega. Alexis era agnóstico y evitaba plantearse cuestiones relacionadas con el más allá. Bastante complejo era el más acá. Los supuestos poderes adivinatorios del dueño de la Nordik, trufados de reminiscencias místicas, le producían sonrojo. De hecho, cualquier desliz, exceso o sobreactuación protagonizados por un gay le avergonzaban. Se consideraba miembro de la comunidad LGTB y vivía como propios los aciertos y errores de cada componente del colectivo ¿Hiperestesia homosexual? Sin duda.

El mutismo del inspector respondía a otra razón. Roy no era creyente ni ateo, ni siquiera agnóstico. Se consideraba a sí mismo una especie de fugitivo teológico. Sus doce años de escolarización católica habían dejado en él un poso de familiaridad con la Iglesia y una ética laica de inspiración vagamente cristiana. Pero pasaba de puntillas sobre las cuestiones religiosas. Prefería no profundizar en sus creencias, no interrogarse acerca de Dios, acerca de la eternidad, porque temía que, detrás de esas preguntas, se escondieran dolorosas respuestas. Después de conocer cómo fue su concepción, Roy había caído en un estado de anestesia anímica. Su espiritualidad quedó, para siempre, sumida en un profundo coma vegetativo.

El silencio del inspector, por tanto, no tenía que ver con la escatología, sino con motivaciones más mundanas. Las revelaciones de Noriega habían reactivado sus dudas. El palpito del empresario coincidía con sus recelos: la muerte de Alí tenía visos de ser el inicio de una serie de asesinatos rituales. La postura en la que fue encontrado el cadáver, la foto de John Wayne sobre las nalgas...

Roy no podía quitarse de la cabeza la historia de John Wayne Tracy, el depredador homófobo que eliminó a decenas de inocentes en Chicago antes de ser capturado por la Policía. Su solo recuerdo le provocaba un sudor frío. Había leído todo lo que Internet registraba sobre aquel tipo. Alguien en la ciudad podía estar emulando sus tropelías, y Chuso Artieda no encajaba en el perfil.

—¿Qué opinas de la información que nos ha dado Rodrigo? —preguntó el inspector.

—¿Información? ¿Qué información? Ese tío está mal de la cabeza —contestó

Alexis—. El calor de la sauna le ha reblandecido las neuronas. Estoy harto de tanto gay exhibicionista.

—¿Qué tiene que ver que sea gay?

—¡Todo! —El subinspector estaba sulfurado—. ¡Absolutamente todo! La sociedad no nos tratará con normalidad si nosotros nos comportamos de manera anómala.

—Lo que haga uno de vosotros no os vincula al resto. No sois una tribu; cada cual responde por sus actos.

—Tienes razón. Pero no es así como nos juzga la gente, sino en bloque. De todas formas —Alexis giró la vista hacia a su jefe—, tú no te habrás tragado ese rollo esotérico de adivinaciones y presentimientos, ¿verdad?

—No, claro que no —repuso Roy—. Pero los augurios de Noriega coinciden con lo que yo temía desde un principio: que estuviéramos ante la primera actuación de un asesino en serie.

—No digo que no. Sin embargo, el asesino está entre rejas, así que su primera actuación ha sido también la última.

El inspector sacudió la cabeza, dubitativo.

—El caso está cerrado —concluyó Alexis palmeándole la pierna—. No le des más vueltas.

17 de septiembre, domingo.

Rosario subió a bordo del Focus y tomó la autovía en dirección a Zuera. Un domingo al mes quedaba con su abuelo para comer en algún restaurante de la localidad.

Damián Roy, ataviado con un terno gris de raya diplomática, esperaba en el aparcamiento de la residencia Edad Dorada. Su traje impecable, la espalda enhiesta y el cabello de plata partido en dos por una crencha lateral trazada a escuadra le conferían un aspecto más cercano al de un embajador británico que al de un jubilado español.

El inspector estacionó y Damián abrió la puerta del copiloto.

—¿Dónde has dejado la silla de ruedas? —preguntó Rosario con sorna.

—Y tú —el abuelo Roy examinó el Focus—, ¿dónde te has dejado el coche?

—Esto es un coche —replicó el nieto.

—No, esto es una carraca. ¿Cómo se puede llamar coche a una tartana de color crema?

—Anda, sube.

Rosario condujo hasta el hotel Las Galias. El establecimiento era un bloque anguloso de color verde, surcado verticalmente por unos tubos de aluminio bruñido

que daban al edificio cierta apariencia de nave espacial obsoleta. En la planta baja se encontraba el restaurante, cuya decoración era un viaje en la máquina del tiempo. Un viaje hacia atrás. Había sido concebido como mesón, y no se diferenciaba mucho de la mayoría de sus homónimos aragoneses. Porque la palabra mesón, en Aragón, es sinónimo de silla con culo de esparto, suelo de terrazo y mantelería de algodón a cuadros rojos y blancos.

Debido a lo temprano de la hora, cuando los Roy entraron en el salón apenas había comensales. Damián aborrecía las aglomeraciones. Le gustaba comer tranquilo, sin ruidos, sobre todo si lo hacía en compañía de su nieto, con el que, antes o después, siempre surgían conversaciones policiales de carácter confidencial.

Abuelo y nieto, respondiendo a un tic profesional, pidieron la mesa más retirada y ordenaron la comanda. Antes de servir el primer plato, el camarero regresó con una botella de Cariñena. Damián le dio el tiento inaugural.

—¿Más tranquilo con el camello en chirona? —preguntó.

—Relativamente.

—¿Y eso?

—El asunto está cogido con alfileres.

—Hay indicios de sobra para imputarle el crimen a Artieda —aseveró el subcomisario.

—Eso no quiere decir que fuera él. O que fuera solo él.

—¿Qué ha pasado desde nuestra última charla?

Nada, eso era lo malo. No había pasado nada. Porque si hubiera pasado algo (que en las prendas incautadas a Artieda hubieran aparecido restos de disparo, o que su ADN hubiera coincidido con el del semen hallado en el cadáver) a Rosario no le estaría recomendando la conciencia. Pero nada de eso había ocurrido, y los escrúpulos del inspector reclamaban con justicia un papel protagonista.

—Encontrasteis coca en el registro, ¿no?

—Noventa y cinco gramos —confirmó Rosario.

—Que justifican por sí solos la preventiva. Si Artieda no mató a Alí, el juez lo absolverá del homicidio y lo condenará por narcotráfico.

—Menudo consuelo.

Al abuelo Roy le conmovieron los remordimientos de su nieto.

—Artieda está muy bien donde está. Y hasta que salga el juicio, la investigación puede deparar sorpresas.

—Eso es lo que me atormenta, las sorpresas. Y el recuerdo de John Wayne Tracy, maldita la hora en que me hablaste de él.

Rosario confesó a su abuelo la aprensión que padecía cada vez que algo o alguien le recordaba que la muerte de Alí podía ser la primera de una larga lista. Le contó el

esotérico presentimiento de Rodrigo Noriega y el temor que albergaba a que el pintoresco empresario estuviera en lo cierto. Damián Roy chasqueó la lengua.

—No tenemos un trabajo sencillo, Rosario. Vemos muchas desgracias, estamos sometidos a presiones. Es normal que nos estresemos y que la mente nos juegue malas pasadas.

—No estoy estresado, abuelo.

—No digo eso. Solo que debes relajarte. La investigación ha sido correcta, y la detención de Artieda, una consecuencia lógica.

—Hay demasiadas piezas sueltas.

—Puede ser —afirmó el subcomisario—. Pero todas acabarán encajando.

18 de septiembre, lunes.

El inspector comenzó la semana con mal pie. Literalmente. Por la mañana, al levantarse de la cama, notó un pinchazo agudo en el talón izquierdo. El trayecto del dormitorio al baño fue una tortura. Anduvo como si pisara clavos. Después de unos minutos y varias decenas de pasos, el dolor menguó, aunque el pinchazo persistía en la base del pie. Menuda mierda, se dijo. Solo restaban tres semanas para la maratón; a esas alturas, cualquier lesión podía dejarle fuera de la carrera.

Roy conocía el *iter* médico habitual en este tipo de dolencias: doctor de cabecera - traumatólogo - radiografías - diagnóstico - rehabilitación. Era demasiado lento para él, así que resolvió abreviar trámites y presentarse aquella misma mañana en una consulta de fisioterapia. Recabado el permiso del inspector jefe Badía, se plantó sin cita previa en la Clínica de Rehabilitación Kine, en la calle Moncasi.

Mara lo reconoció al instante. A pesar de su rostro aniñado, la recepcionista mediaba la treintena. Era bonita, menuda y proporcionada. Su voz denotó alegría por el reencuentro.

—Caramba, nuestro boxeador favorito. Cuánto tiempo sin verte.

—Dejé el boxeo hace años —replicó el inspector—. Pero ahora tengo un dolor intenso en el talón izquierdo. Estoy preparando una maratón.

—¿A tu edad?

Aquella pregunta le sentó como un tiro. En un pasado no muy remoto, el inspector y la recepcionista habían tenido varias citas románticas con final horizontal. Luego ella se enamoró y Roy activó al instante su irracional mecanismo de huida. Ahora Mara, que seguía luciendo joven y atractiva, lo veía viejo. Tenía razón el jodido Einstein con eso de la relatividad.

—Será la pitopausia —bromeó el policía.

Mara lo condujo a presencia de Sergio, un fisioterapeuta veinteañero recién contratado por la clínica. Sergio le ordenó descalzarse y hundió los pulgares en el talón lesionado. El inspector no pudo reprimir un grito de dolor.

—Fascitis plantar —sentenció el sanitario—. Has entrenado en exceso.

—Y ahora, ¿qué hago?

—Dejar de correr por un tiempo y encargar plantillas a medida.

—No puedo dejar de correr, estoy preparando la maratón del doce de octubre.

Sergio enarcó las cejas al tiempo que emitía un bufido condescendiente.

—Necesitas reposo —insistió—, pero si te empeñas en seguir entrenando, podemos probar con punciones secas.

Roy puso cara de póquer.

—Unas agujas que reducen la inflamación y alivian el dolor —aclaró el fisioterapeuta.

—Adelante con ellas.

Minutos más tarde, el inspector se arrepentía de su audacia. Las agujas pinchaban como estiletes y le provocaban calambres en los tendones. Hubo de contenerse para no salir huyendo. Concluidas las punciones, el fisioterapeuta masajeó la planta del pie y aplicó hielo sobre la zona.

Roy abandonó la sala de rehabilitación jurando en arameo. Mara seguía tras el mostrador del vestíbulo.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó la mujer.

—Nos vamos a ver muchos días, me temo.

En la calle, una ráfaga de cierzo le azotó el rostro. El hielo le había insensibilizado el talón y el dolor había remitido, aunque subsistía. A la altura del puente de los Gitanos, cuando la musculatura del pie se hubo calentado, las molestias desaparecieron por completo. Las punciones secas funcionaban.

El inspector caminó cómodamente hasta la Jefatura. Antes de entrar en su despacho, fue interceptado por Alexis Guzmán. La cara del subinspector presagiaba malas noticias.

—Ha telefoneado Rodrigo Noriega.

—¿Qué quiere nuestro adivino?

—Insistir en sus premoniciones. Ayer fue al Pilar. Mientras rezaba en la capilla de la Virgen, volvió a notar un escalofrío en la columna.

—¿Ha probado a ponerse un jersey? Estamos casi en otoño.

—Esto me da mal rollo, jefe.

—Tú eras el escéptico —recordó Roy—. No me digas que ahora te crees esas paparruchas.

—Ni me las creo, ni me las dejo de creer. Solo digo que me dan mal rollo.

El inspector entró en su despacho. Dejó la chaqueta en el perchero y se derrumbó sobre la butaca. Rotó el tobillo en un sentido y en otro. Lo movió vertical y horizontalmente. Apoyó la planta del pie contra el suelo, primero de forma suave, luego con fuerza. El dolor no reaparecía. Sobre el escritorio, sonó el teléfono fijo.

—¿Sí?

—Soy Badía. Baja a mi oficina, tengo una buena nueva.

Eso sí que era raro, reflexionó Roy, buenas nuevas en la Policía Nacional. Se incorporó y salió de la estancia. Al tiempo que avanzaba por el pasillo, trataba de adivinar cuál sería la feliz noticia anunciada por el jefe de la UDEV. Imposible saberlo. Sus años en el cuerpo le habían ayudado a desarrollar, de tanto frecuentarlas, un sexto sentido para las desgracias, pero no disponía de ningún mecanismo análogo para los golpes de suerte. Tendría que meditar sobre ello.

La puerta de Badía estaba abierta.

—A tus órdenes.

—Adelante, Roy. Toma asiento.

El despacho era un calco del que ocupaba el propio Roy. Un calco a escala mayor, que para algo existen las jerarquías.

El inspector jefe Badía sonreía al otro lado de la mesa.

—Me acaba de llamar el comisario Bohórquez.

Roy se puso en guardia: le escamaba que *El Bicho* Bohórquez estuviera relacionado con alguna buena noticia. Hasta la fecha, solo había sido portador de órdenes arbitrarias y malas maneras. Badía detectó el recelo del inspector.

—Tranquilo. Según el comisario, parece que el delegado del Gobierno está muy satisfecho con la resolución de la Operación John Wayne.

—Ha sido un homicidio normal. Incluso más sencillo que la media.

—A los políticos eso les da igual. —Badía hizo un gesto con las manos, como si espantara una mosca o ahuyentara alguna idea ridícula—. Lo que les importa es la visibilidad del trabajo policial.

Visibilidad, repitió mentalmente Rosario. Un vocablo que algún esnob puso en circulación y que el rebaño había repetido hasta convertirlo en un mantra. Pobre Badía, lo que tenía que tragar. Él, que había sido un policía operativo, vocacional, que se había partido la cara con los choros más duros de Zaragoza... Y ahí estaba ahora, pronunciando *visibilidad* como si tal cosa.

El jefe de la UDEV siguió con su argumentación.

—El caso ha tenido gran eco mediático, quizá porque la víctima pertenecía a un colectivo vulnerable.

Toma ya, pensó Rosario. *Eco mediático y colectivo vulnerable*. Y en la misma frase. Alguien se había empollado el manual completo de tontismos.

—Cuando dices *colectivo vulnerable*, ¿te refieres a que era gay o a que era moro?
Badía hubo de cavilar la respuesta.

—Supongo que a las dos cosas —titubeó—. No lo sé. El caso es que el Delegado ha decidido recompensaros.

—¿Con un crucero por el Caribe?

—Con una cruz blanca al mérito policial. Una para cada miembro del grupo.

Condecoraciones. El anacronismo más rancio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad. Roy no entendía la obsesión de algunos por colgar hierro en la pechera de sus uniformes.

—Fantástico —ironizó.

—No te veo muy emocionado.

—No creo que el servicio merezca recompensa.

—¿Este servicio en concreto? —inquirió Badía.

—El servicio público en general y este en particular. Nos pagan a fin de mes, ¿no?
Badía hizo un gesto afirmativo.

—Pues eso.

Capítulo once

19 de septiembre, martes.

El despacho del Jefe Superior era amplio y lujoso, diseñado para inspirar temor reverencial hacia su inquilino. Dos alfombras cubrían la mayor parte del suelo de parqué. Sobre la del fondo reposaban un gigantesco escritorio, una butaca de cuero pardo y un par de sillas incómodas y elegantes. Junto a la puerta había un juego de mesa baja y dos tresillos que hacían las veces de recibidor. En el espacio intermedio entre ambos ambientes, alineados y firmes como estacas, los seis componentes del Grupo de Secuestros y Homicidios y África Trinidad lucían sus uniformes de gala. A un lado de la exigua formación, encima de una mesita auxiliar, siete estuches de madera azul contenían otras tantas cruces al mérito policial con distintivo blanco.

Roy había tenido que bregar para que África fuera condecorada. En sentido estricto, la mujer no formaba parte de Homicidios, aunque, *de facto*, era una más del grupo. Ordóñez, con su egoísmo habitual, no había dicho ni pío, pero Alexis, Jonás, Neira y Jurado se habían negado a recibir la cruz si su compañera no era asimismo condecorada. Roy, para quien las medallas no eran otra cosa que chatarra decorativa, hubo de convencer al comisario Bohórquez de la conveniencia de que la recompensa se hiciera extensiva a la fémina. Tras un tira y afloja en el que Badía ofició de muñidor, el comisario cedió.

A las diez en punto, el Delegado del Gobierno irrumpió en el despacho flanqueado por un edecán estirado y solemne, *El Bicho* Bohórquez y el Jefe Superior de Policía don Obdulio Tulio de la Sierra. Los cuatro hombres se colocaron frente a la exigua formación.

El Jefe Superior hizo las presentaciones y pronunció un breve discurso en el que alabó la rápida resolución del homicidio. El Delegado del Gobierno estrechó la diestra de cada uno de los agentes y les agradeció el servicio prestado a la comunidad. Sus palabras, enfáticas, rebosaban de epítetos laudatorios y lugares comunes: *sacrificio, entrega, dedicación*, etcétera. Concluida la alocución, el edecán tomó una de las condecoraciones y se la alcanzó a su amo. El Delegado estaba a punto de prender la medalla de la guerrera de Roy cuando sonó el pitido de un wasap. El jefe superior se excusó, extrajo su móvil del bolsillo y le echó un vistazo. La lectura

del mensaje le demudó el semblante. El delegado, contrariado, aguardaba con el brazo en vilo y la condecoración oscilando entre los dedos. Roy permanecía en posición de firmes a la espera de la imposición de la medalla. El dolor de la fascitis había reaparecido y estar de pie le atormentaba.

—¿Continuamos, señor Jefe Superior? —interrogó el edecán.

El aludido estaba petrificado, su rostro había adquirido una textura cérica que le confería apariencia de moribundo. Vacilante, asió el brazo del Delegado para devolverlo a su posición natural.

—¿Qué ocurre? —preguntó el político.

El Jefe Superior le mostró la pantalla del móvil.

—Acabo de recibirlo. Me lo manda el Coordinador de Servicios.

El Delegado leyó en voz alta:

—«El dueño de la Sauna Nordik ha sido asesinado. El cadáver ha aparecido en la mesa de su oficina, apoyado sobre el pecho y las rodillas. Está desnudo, engrilletado y con una foto de John Wayne sobre los glúteos».

La estupefacción se adueñó de los miembros del Grupo de Secuestros y Homicidios Siguiendo las instrucciones del *Bicho*, y en vergonzante silencio, abandonaron el despacho del Jefe Superior, procesionaron cual penitentes por los lóbregos corredores de la Jefatura y se enclaustraron en sus dependencias.

La marcha atrás en la ceremonia de entrega de medallas les dejó en la boca un desagradable regusto a bochorno. Pero eso era lo de menos. Lo peor era que la brillante operación culminada con la detención de Chuso Artieda había resultado un fiasco. Aunque no todos lo manifestaran así.

Jurado y Neira sostenían que este segundo asesinato podía ser una copia del primero perpetrada por otra mano. Roy no los vio muy convencidos de la verosimilitud de su propia hipótesis, pero sostenerla, pensó, debía de aliviarles un tanto la sensación de ridículo. Entretanto, Ordóñez rabiaba por la medalla perdida. Jonás, África y el subinspector guardaban una prudente reserva.

Roy no dijo nada. Tampoco hacía falta, su expresión era elocuente. Sus peores presagios se habían hecho realidad; las probabilidades de que este segundo crimen fuera obra de la misma persona, un asesino en serie, eran muy altas.

Las obligaciones profesionales se impusieron y el abatimiento inicial dio paso a una actividad frenética. Roy distribuyó el trabajo: África y Novato Sin Apellido se encargarían de las pericias técnicas. Jonás y Ordóñez interrogarían a los vecinos y comerciantes de la zona, al tiempo que Neira y Jurado entrevistaban a los clientes. Roy y Guzmán acompañarían al equipo de la Científica en la inspección ocular de la

sauna. Los policías salieron en estampida hacia el garaje. En menos de un minuto, un convoy de coches camuflados rugía en dirección a la Nordik.

Rosario y Alexis no abrieron la boca durante el traslado. El ululato de la sirena se encargó de suplir el silencio. El subinspector pisaba a fondo el acelerador, aunque llegar un minuto antes o después a la escena del crimen era baladí: los uniformados custodiaban la sauna y las pruebas no corrían riesgo de desaparecer. Pero la velocidad le obligaba a mantenerse atento a la circulación, eximiéndole de pensar en las consecuencias de este segundo crimen y en la escasa credibilidad que había concedido a los temores expresados por Noriega. Cada vez que la voz de su conciencia susurraba que la había cagado, Alexis la acallaba con un potente acelerón.

La mente de Roy era un torbellino. El inspector se maldecía por no haber seguido su intuición. Desde el principio había sospechado que la muerte de Alí no era sino el inicio de una macabra sucesión de asesinatos. Siempre lo había sabido. Y no era la primera ocasión en que algo así le ocurría. Muchas veces había ignorado sus pálpitos, por lo general certeros, en favor de la supuesta objetividad de pruebas e indicios que, a la postre, se revelaban falsos. Luego se juraba no recaer en el error. Al poco tiempo, olvidaba la promesa.

La caravana de vehículos policiales estacionó frente a la Sauna Nordik. Los uniformados habían cortado el tráfico de la calle Vidal de Canellas y precintado la acera del establecimiento. Roy y Guzmán se apearon del coche. En la puerta de la sauna les esperaba un subinspector con la gorra calada hasta las pestañas, quien, tras llevarse marcialmente la diestra a la visera, transmitió las novedades:

—A las nueve cuarenta y cinco, Esther Hernangómez ha llegado al local. Es la señora de la limpieza. Rodrigo Noriega no solía aparecer por el negocio hasta pasado el mediodía, por lo que Esther dispone de un juego de llaves, aunque esta vez no ha tenido que usarlo. El cerrojo de la puerta de acceso no estaba echado. Eso es lo primero que la ha sorprendido.

—¿Y lo segundo? —preguntó Roy.

—Lo segundo ha sido el cadáver de Rodrigo Noriega con dos tiros en la nuca. Esther ha entrado en el despacho y se ha encontrado el cuerpo sobre el escritorio, en pelota picada y con el culo en pompa. El cabrón que ha hecho esto debe de ser un cachondo: ha dejado una foto de John Wayne sobre las nalgas del muerto.

—¿Dónde está la señora?

—En el vestuario de mujeres, con un ataque de ansiedad. Una policía la está atendiendo.

—¿Ha tocado algo?

—Jura y perjura que no.

Antes de entrar en el local, Rosario y Alexis se enfundaron guantes de látex y

colocaron protectores de plástico sobre sus zapatos. Desde el umbral observaron pisadas sanguinolentas en el suelo del vestíbulo. A juzgar por el tamaño, eran de dos hombres. Procedían del despacho de la víctima y perdían intensidad conforme se acercaban a la puerta de la calle. Rosario hizo un gesto a África, que esperaba en el exterior.

África Trinidad y Novato Sin Apellido se pusieron sendos monos blancos, mascarilla bucal, guantes de látex y fundas de calzado. La mujer tomó de su maleta una cámara fotográfica y se aproximó al vestíbulo de la sauna.

—¿Comenzamos? —interrogó.

—Cuando queráis.

Durante los siguientes minutos, en la sauna solo se escucharon los chasquidos de la cámara, que immortalizaba las pisadas. Novato, auxiliado por un pincel, esparcía cerusa sobre las superficies susceptibles de contener indicios lofoscópicos. Roy y Guzmán se encaminaron hacia el despacho de Rodrigo Noriega. La puerta estaba abierta y del interior provenía un olor acre que les obligó a arrugar la nariz. Sobre la mesa vieron el cuerpo desnudo y sin vida de Rodrigo, engrilletado y con el culo apuntando al techo. La imagen era un trasunto de la que habían contemplado en el domicilio de Alí. Un gran charco de sangre coagulada alfombraba el suelo de la estancia. Junto al charco había dos casquillos de bala.

—Tiene un tiro en la nuca y otro en la base del cráneo —observó Alexis.

Roy se acercó al cuerpo para examinar la fotografía. Se trataba de la misma instantánea de estudio hallada sobre las nalgas de Alí. El semblante viril y prepotente de John Wayne hirió las retinas del inspector, y el recuerdo de Tracy aceleró su ritmo cardíaco. La cosa pinta mal, se dijo. En cuanto la prensa publicara este segundo crimen, el pánico se instalaría entre la ciudadanía.

Un repiqueteo de nudillos sacó a Roy de sus cavilaciones. La comisión judicial, con Elisa Gayarre a la cabeza, había llegado con inusual premura. La componían las mismas personas que en el asesinato del magrebí: la jueza, el secretario judicial y *Don Ratón*, el forense bajito de ojos diminutos. Todos portaban guantes de látex y cubrezapatos.

—Buenos días, señorita —dijo Roy—. ¿Quiere entrar a echar un vistazo?

Elisa Gayarre, inmóvil bajo el dintel de acceso al despacho, negó con la cabeza.

—Prefiero no contaminar el escenario —respondió—. Desde aquí veo suficiente.

Autorizado por la jueza, *Don Ratón* entró en la habitación y procedió a la inspección del cadáver. Con las manos a la espalda, dobló el tronco, aproximó su rostro a la cabeza del difunto y movió las aletas de la nariz como si olfateara. Luego, desplazándose a lo largo y ancho del escritorio, escaneó el fiambre con sus ojillos negros de roedor.

A Rosario le impresionaba la circunspección de los forenses. Sus semblantes, cualquiera que fuera el horror que estuvieran observando, jamás denotaban emoción. El inspector se preguntaba si la experiencia les dotaba de algún tipo de escudo psicológico o si, por el contrario, la cantidad de basura que habían de procesar les acababa pasando factura en la soledad de sus hogares.

En cierto sentido, a los policías, sobre todo a los de Homicidios, les ocurría algo similar. Sus pupilas registraban múltiples formas de barbarie que sus cerebros tenían que metabolizar de la manera menos lesiva posible. Al principio de su carrera, Rosario había vaticinado que el contacto con tanta miseria terminaría por insensibilizarlo. La profecía no se había cumplido. El aluvión de truculencias no solo no le había endurecido el espíritu, sino que, para su desgracia, había ido sedimentando en su corazón, de manera acumulativa, un lecho de tristeza y pesadumbre.

El inspector reparó en un móvil que reposaba sobre la mesita auxiliar. Pensó que sería el de la víctima y decidió examinarlo antes de que se agotara la batería. Consultó el listado de llamadas y las anotó en un papel. Acto seguido, abrió la carpeta de fotografías. Había cientos de ellas. Las fue examinando hasta llegar a una que ya conocía, Rodrigo Noriega se la había mostrado durante su segunda entrevista y la había remitido después a su cuenta de correo electrónico. Era una instantánea tomada durante la fiesta de disfraces. En ella, caracterizados de bombero y marinero, Alí y Onofre Lapuerta posaban junto a un John Wayne de pega vestido como el de la imagen con que los homicidas rubricaban sus crímenes.

Una convicción agitó la conciencia del inspector: en esa foto residían claves de la investigación que, de momento, no sabía interpretar. Se habían producido dos crímenes y Roy, lejos de aproximarse a la verdad, solo era capaz de formular preguntas para las que no tenía respuesta: ¿Dónde estaba Onofre Lapuerta? ¿Quién se ocultaba tras la máscara de John Wayne y cuál era su papel en los asesinatos?

Don Ratón trabajaba con una parsimonia exasperante. Aunque, bien mirado, al sujeto pasivo del asunto no le acuciaban las prisas. Ventajas del más allá. Finalmente, el doctor, sin levantar la vista del cadáver, farfulló un diagnóstico provisional:

—La muerte se ha producido a consecuencia de los disparos que se observan en la nuca y el cráneo del occiso. Se aprecian dos orificios de entrada y ninguno de salida. —*Don Ratón* alzó sus ojillos de azabache y los clavó en los de Roy—. Igual que en el caso de Alí.

—¿Ve más similitudes? —interrogó el inspector.

—Aún es pronto para establecer analogías, pero no es habitual que las balas queden alojadas en el interior del cráneo. Menos aún si se trata, como en la muerte de Alí, de proyectiles de nueve milímetros. La autopsia arrojará más luz sobre el caso.

Para Roy, el asunto estaba suficientemente iluminado. Dos víctimas homosexuales, un par de disparos sin orificio de salida, cuerpos desnudos en idéntica postura y sendas fotos del *Duque* adornando los culos inertes de los fiambres. Verde y con asas. Se enfrentaban a un émulo de John Wayne Tracy que no iba a dejar de matar por propia voluntad.

—¿Puede datar el óbito?

—Entre las once y las doce de anoche.

Los lunes la Nordik abría hasta las diez y media, pensó el inspector. Quienquiera que hubiera hecho aquello había esperado a la hora de cierre.

Doña Elisa tomó a Roy del brazo y lo condujo hasta un rincón del vestíbulo. Quería conocer las primeras impresiones del policía. Rosario se le adelantó:

—¿Cómo es que el asunto ha caído en su juzgado?

—El juez de guardia estaba saturado. Y de la llamada de la Policía se desprendía una clara relación entre este caso y el de Alí Mohamed Hach, por lo que se ha inhibido en mi favor. No es habitual encontrar dos muertos con fotos de John Wayne sobre los glúteos.

—Entiendo —murmuró Roy—. ¿Y qué piensa hacer con Artieda?

Elisa Gayarre se acarició la barbilla.

—Ese es el quid de la cuestión. Rodrigo Noriega murió anoche, con el señor Artieda en la cárcel. ¿Eso le exculpa del primer crimen?

Por primera vez en muchos años, Rosario estaba desorientado.

—No sé qué decirle.

Doña Elisa asintió lentamente con la cabeza.

—Le comprendo. Este asunto es muy confuso. De todos modos, las prisas no son buenas consejeras. A Artieda se le intervinieron noventa y cinco gramos de cocaína y eso basta para mantenerlo entre rejas. No obstante, infórmeme de cualquier novedad, por insignificante que sea. No quiero que nadie cargue con culpas ajenas, ni siquiera provisionalmente. Y pida las diligencias que estime pertinentes.

—Pues aprovecho para avanzarle una: necesitaremos que las compañías telefónicas nos faciliten el listado de los móviles que estaban activos en las inmediaciones de las escenas de los crímenes a las horas en que estos se produjeron. Solo han de consultar los registros de las antenas repetidoras. Puede que cruzando los datos salte algún número común.

—Sin problema. Presenten la solicitud en mi juzgado.

La comisión judicial abandonó la sauna en un silencio fúnebre. La magnitud del problema que se cernía sobre la ciudad era evidente, y ninguno de los implicados en su resolución (juez, forense, policías) lo ignoraba. La preocupación planeaba sobre sus cabezas como un buitres expectante.

Roy se derrumbó en el sillón de cuero que ocupaba la esquina más retirada del vestíbulo. Necesitaba poner en orden sus ideas. Necesitaba aislarse. En esos momentos, cualquier compañía que no fuera la de Alexis Guzmán o la de África Trinidad, aunque por razones diferentes, le resultaba insoportable. Además, lo único que podía hacer durante la inspección ocular del lugar del crimen era pensar. La localización de clientes, vecinos y comerciantes era tarea de Jonás, Ordóñez, Neira y Jurado. El hallazgo de vestigios orgánicos y lofoscópicos y la práctica del resto de pericias técnicas competían a África y Novato. La recogida y el análisis de ordenadores, móviles y demás piezas de convicción eran coordinadas por Alexis. El resto de gestiones (autopsia, pruebas de balística) no dependía del Grupo de Secuestros y Homicidios.

Así pues, en su calidad de jefe de la investigación, lo mejor que podía hacer era pensar. Pensar más allá de los encorsetados protocolos policiales. Pensar en las motivaciones de los asesinos y en sus próximos movimientos. Pensar en qué había fallado durante la Operación John Wayne, en qué había conducido a la detención de Chuso Artieda y en el verdadero grado de implicación del traficante. Pensar en qué habían errado los investigadores y en qué habían atinado los criminales. Imaginar qué habían hecho estos antes de la primera muerte y qué planeaban hacer tras la segunda.

Alexis arrimó una silla hasta donde estaba Roy y tomó asiento. Inspector y subinspector intercambiaron una mirada de circunstancias. Sus semblantes, las mandíbulas tensas y afiladas, reflejaban una desazón rayana en el miedo.

—¿Quieres una primera valoración? —susurró Alexis.

—Sí, claro.

—Las pisadas indican que los autores fueron dos, uno de ellos con un pie de talla considerable, tal vez un cuarenta y siete o un cuarenta y ocho. Los grilletes son búlgaros, de la marca Varna, la misma que en el caso de Alí.

—Me juego sueldo y medio a que también hay semen y a que los proyectiles fueron disparados por la misma pistola.

—Seguramente —admitió Alexis—, pero habrá que esperar a la autopsia y a las pruebas de balística. Otra cosa: han aparecido trazas de guantes y algunas huellas dactilares.

—¿Dónde?

—En el escritorio, un poco borrosas. También hay una sobre los grilletes, aunque es parcial. Quizá no nos sirva ninguna de ellas. En cuanto acaben con la inspección, procesarán todas y las introducirán en el SAID. Pronto sabremos algo.

Rosario asintió.

—Continúa.

—Aparentemente no hay señales de lucha ni restos orgánicos de los autores. No

hemos encontrado piel, pelo ni sangre bajo las uñas ni en la boca de Noriega. Puede que conociera a los asesinos.

—O puede que no —contradijo Roy—. Es difícil resistirse cuando te estás apuntando con una nueve milímetros.

—Pero la puerta no está forzada, Rodrigo tuvo que abrirla voluntariamente.

—O todavía no la había cerrado. Quizá los malos estaban vigilando y esperaron a que saliera el último cliente para irrumpir en el local.

—Quizá —admitió el subinspector—. Hemos localizado a nuestro amigo el recepcionista. Se llama Jerónimo Gargallo. Nos ha dicho que acabó su trabajo a las diez y veinte y que a esa hora no había ya ningún cliente. Ayer era su cumpleaños. Antes de marcharse, se hizo un *selfie* con Rodrigo. Es un rito que observaban desde hace años. Después de la foto, se largó, dejando a Rodrigo a solas en su despacho. Como su jefe aún estaba en el interior, no cerró con llave la puerta del local.

—Esa foto debe de ser la última de la víctima —apuntó el inspector.

—Supongo. Esta tarde la veremos. He citado a Gargallo en la Jefatura, le he dicho que venga con el móvil.

—Estás en todo.

El rostro de Alexis se tornó sombrío.

—No siempre.

—¿Qué insinúas?

El subinspector tenía las pupilas empañadas y un ligero temblor hacía vibrar sus labios. Rosario advirtió los signos de emoción de su compañero. Desde que recibieron la noticia de la muerte de Noriega, el inspector había temido ese momento.

—No ha sido culpa nuestra —musitó.

—Nuestra, no —dijo Alexis—. Mía.

—¿Qué tontería es esa? ¿Acaso has matado tú a Noriega?

—Noriega me llamó desesperado... yo no le creí.

—*Nosotros* no le creímos —corrigió Roy—. Y en Homicidios soy yo quien toma las decisiones.

—Fui yo quien te convenció de que sus temores no eran más que lamentos de maricones vieja —recordó el subinspector mordiéndose el puño—. Yo, que soy gay.

—¿Qué cojones estás diciendo? Noriega solo manifestó un miedo vago, basado en premoniciones y en ridículas revelaciones religiosas. ¿Cómo íbamos a tomarlo en serio?

Roy intentaba aplacar los remordimientos de Alexis y, de paso, ahogar los reproches que su propia conciencia comenzaba a elaborar. El subinspector tenía parte de razón: Rodrigo Noriega les había advertido del peligro y no le habían prestado atención. Ni siquiera le brindaron un mínimo aceptable de empatía. El inspector

siempre había sospechado que Alí era la primera de una larga serie de víctimas. En los penetrales de su conciencia, la detención de Chuso Artieda nunca le convenció. Sin embargo, no había hecho nada por confirmar su corazonada. Peor aún, había estado dispuesto a colgarse una medalla por ignorarla.

—En cualquier caso —concluyó—, no podemos devolverle la vida. Lo único que podemos hacer es detener a sus asesinos.

Alexis estrechó el brazo de su jefe, gesto que fue correspondido por este con un gancho simulado al mentón. Por fortuna, ningún policía contempló la escena: la virilidad del jefe de Homicidios y su aura de inquebrantable estoicismo no sufrieron menoscabo.

A lo largo de su carrera, Roy había afrontado investigaciones complejas y situaciones críticas. Pero hasta la fecha no se las había tenido que ver con unos homicidas en serie. ¿Sería capaz de poner fin a sus crímenes? ¿Estaría a la altura de lo que la situación exigía?

El inspector sintió la ansiedad galopando en sus entrañas. Sabía que en la vida de un hombre no hay más de tres o cuatro ocasiones en que el destino pone a prueba su entereza.

Tenía la certeza de encontrarse ante una de ellas.

Meditabundos, Roy y Guzmán abandonaron la Sauna Nordik sin advertir que un enjambre de periodistas aguardaba en el exterior. La orgía mediática se había desatado. El vehículo de los agentes estaba aparcado a cierta distancia, llegar hasta él iba a resultar arduo. En medio del revuelo, la cámara de una televisión regional golpeó accidentalmente la ceja derecha de Alexis. Un hilo de sangre se deslizó por el ojo del subinspector.

—Tengan cuidado —conminó Roy.

Una joven rubia a la que recordaba vagamente de casos anteriores plantó un micrófono esponjado ante sus narices.

—Inspector Roy, la gente se pregunta si hay razón para el miedo.

A Roy le supo a cuerno quemado que la periodista desvelara su apellido. Tal vez por eso, la respuesta sonó áspera:

—La gente no se pregunta esas cosas. Son ustedes quienes lo hacen.

La reportera fingió escandalizarse. En un arrebató de cólera periodística blandió el micrófono ante el investigador:

—¡La gente tiene derecho a saber qué está ocurriendo y usted la obligación de explicarlo!

Roy apartó la alcachofa de un manotazo.

—La gente tiene derecho a su seguridad, no a estar informada de nuestro trabajo. Ahora déjenos pasar.

El inspector tiró del brazo de Alexis para liberarlo del jabardillo de cámaras y micros que los periodistas habían dispuesto a su alrededor. El subinspector, levemente conmocionado por el golpe en la ceja, trataba de taponar la herida con un pañuelo de papel. Después de muchos esfuerzos y algún que otro empujón, los agentes lograron zafarse de la marabunta. A paso vivo, llegaron al vehículo.

—Yo conduzco —dijo Rosario.

Alexis se acomodó en el asiento del copiloto. La brecha seguía sangrando y el pañuelo de papel estaba empapado. Abrió la guantera para coger otro *kleenex*.

—Herido en acto de servicio —bromeó.

Roy soltó una carcajada seca.

—Casi nos lincha esa manada de orates —exclamó—. Por cierto, ¿conoces a la bocazas?

—Es Patricia Duque, una reportera de la televisión autonómica célebre por su mordacidad y su falta de vergüenza. Le encanta sacarnos de quicio.

—Hay que reconocer que en eso es buena —dijo Rosario mientras encendía el motor. Por el retrovisor observó cómo los periodistas se aproximaban de nuevo—. En marcha, que nos despellejan.

Capítulo doce

Roy recibió a Jerónimo Gargallo bajo el dintel de entrada al despacho. Despojado de la túnica azafrán y ataviado con ropas comunes, Jerónimo tenía una apariencia anodina, muy alejada del *look* hiperandrógino que solía exhibir en el vestíbulo de la Nordik. Si bien no la había sofocado por completo, la trágica muerte de Noriega había relegado su lubricidad a un segundo plano. Un rictus de amargura cincelaba sus facciones. Parecía un individuo corriente y abatido.

Roy le invitó a tomar asiento. En la silla contigua esperaba Alexis Guzmán, al que acababan de suturar la ceja en urgencias. Jerónimo se interesó por la herida del subinspector. Seguidamente rompió a llorar.

—Veo que está muy afectado —dijo Roy—. Nosotros también sentimos la muerte de su jefe.

—Gracias —sollozó el recepcionista—. Pobre Rodrigo, no se merecía esto.

—Probablemente usted fue la última persona en verlo con vida. Si excluimos a los asesinos, claro. Su testimonio es importante, le ruego que sea preciso.

Jerónimo se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano mientras recuperaba la serenidad. Luego relató con voz clara y pausada las últimas horas que había compartido con el propietario de la sauna. De su testimonio no se desprendía nada anómalo. Aquella tarde de lunes había sido como otra cualquiera. Habían acudido pocos clientes, circunstancia habitual el primer día de la semana. Todos eran conocidos y asiduos del establecimiento. Jerónimo cumplía cuarenta y tres años. A eso de las nueve, sacó de la nevera una botella de cava y una tarta, y las colocó sobre el mostrador del ambigú. Antes de encender las velas (treinta y nueve, la coquetería no admite más edad) convidó a los dos clientes que quedaban en el vestuario. Rodrigo salió de su despacho cantando *Cumpleaños Feliz*.

El recepcionista no advirtió inquietud en su jefe. A lo largo de la jornada se había comportado con absoluta normalidad. La semana anterior, eso sí, le había confesado que sentía miedo, aunque sin precisar de qué ni de quién.

—Rodrigo era muy suspicaz —señaló—. Por eso no di credibilidad a sus temores. Por si acaso, le aconsejé que los compartiera con ustedes. No sé si lo hizo, la verdad.

Alexis cruzó una mirada fugaz con Rosario.

—Nos entrevistamos con él, sí —confirmó el subinspector—. Nos contó algo

acerca de malos augurios y de la Virgen del Pilar.

—Se había vuelto muy devoto en los últimos años —explicó el recepcionista—. Creía que la Pilarica le enviaba mensajes para alertarle. Esta vez tuvo razón.

—No podemos investigar presentimientos.

—No tiene que disculparse —dijo Jerónimo—. Yo tampoco perdería el tiempo con revelaciones esotéricas. En esta ocasión, Rodrigo acertó, pero fue de chiripa.

La entrevista continuó por los cauces habituales. Los agentes formularon todas las preguntas del manual; sin embargo, ninguna de las respuestas sirvió para abrir una vía de investigación. Nadie odiaba a Rodrigo ni se favorecía económicamente de su muerte. No había tenido peleas ni rencillas en los últimos años, ni se había significado política o socialmente en uno u otro sentido. No había recibido amenazas. No debía dinero a nadie y nadie se lo debía a él. No consumía estupefacientes, no hacía uso de la prostitución, no tenía amantes, novios, ni amigos con derecho a roce. No jugaba a las cartas, ni frecuentaba el casino. Cada aspecto de su vida se desenvolvía dentro de los parámetros de la normalidad. Casi del aburrimiento.

—La única explicación es que lo mataran por maricón —espetó Jerónimo—. Era muy conocido en el ambiente y lo despacharon igual que a Alí: eso no puede ser casual. Ahí fuera —el recepcionista miró hacia la ventana— hay alguien que quiere exterminarnos.

—Pues no vamos a permitirlo —intervino Roy—, se lo aseguro. Por cierto, ¿ha vuelto a saber algo de Onofre Lapuerta?

—¿El ingeniero de minas? Dejó de aparecer por la sauna unos días antes de la muerte de Alí. Creo que está de vacaciones en el extranjero.

Roy calculó que Lapuerta llevaba casi un mes de viaje. Bendito el sueldo que permitía tal dispendio. Luego se acordó de la fotografía.

—¿Ha traído el móvil? —inquirió.

—Aquí lo tengo.

—¿Nos muestra el *selfie* que se hizo con Noriega?

El recepcionista manipuló el teléfono, accedió a la galería de fotos y deslizó el dedo por el cristal hasta dar con el archivo deseado. La pantalla mostró a Jerónimo abrazado a su jefe mientras immortalizaba el feliz aniversario. A su derecha, dos clientes fingían alborozo. En la parte inferior de la imagen se veía una tarta con las velas recién apagadas. Algunos pábilos todavía humeaban. Noriega exhibía una amplia sonrisa, pero sus ojos desmentían lo que los labios trataban de expresar. Roy había aprendido que la sinceridad de una sonrisa se calibra en los párpados y en las comisuras de los ojos. La boca puede mentir, no así la mirada. Y las pupilas de Rodrigo Noriega rebosaban ansiedad. Sin duda, el empresario estaba atemorizado y creía a pies juntillas en la veracidad de sus premoniciones. Que, a la postre,

resultaron fatalmente proféticas.

Por un momento, el inspector dudó si las revelaciones de la Pilarica no habrían ocurrido en realidad. No sabemos todo. No conocemos todas las claves del universo. Roy sospechaba que hay verdades que escapan al entendimiento y que negarlas constituye un prepotente ejercicio de estupidez. ¿Cómo era aquello de Pascal? «El corazón tiene razones que la razón no entiende». Quién sabe si al alma no le sucede lo mismo.

—Si quieren, se la envió por *e-mail*. —Las palabras de Jerónimo arrastraron a Rosario de vuelta al presente—. Aunque no creo que les sirva de mucho.

—Aparentemente, la foto no contiene datos de interés —confirmó el inspector—. No obstante, le agradeceríamos que nos la hiciera llegar. Es el último testimonio gráfico de la existencia de Noriega.

—Más bien el penúltimo —corrigió el recepcionista. Roy y Guzmán se miraron extrañados—. Los dos clientes que aparecen en la fotografía son Jesús Zárate (una maricona vieja e insaciable) y Marc Fontcuberta. Marc es un catalán afincado en Zaragoza desde el año de la polca. Un buen cliente con el que Rodrigo tenía cierta amistad. Acabo de recordar que tomó una instantánea después de que yo hiciera mi *selfie*. No creo que la imagen sea muy distinta, pero, técnicamente, esa sería la última fotografía de Rodrigo.

—¿Nos puede ayudar a localizar a esos clientes? —preguntó el subinspector.

—Les pasaré los datos. Aunque Marc marchaba hoy a Tarragona y no volvía hasta el jueves. Es viajante de comercio.

—Gracias por su tiempo, señor Gargallo.

Rosario se puso en pie y ofreció la mano al testigo. Este la estrechó mecánicamente. Cuando le llegó el turno de despedirse del subinspector, el apretón creció en duración e intensidad.

—Mucha suerte, agentes. Los gais de esta ciudad dependemos de su trabajo.

En Jefatura, Jonás y Ordóñez interrogaron a Jesús Zárate sin más resultado que la constatación de lo ya aportado por Jerónimo Gargallo. Lo único reseñable fue el colosal cabreo de Ordóñez ante las insistentes miradas del testigo, un sexagenario bajito, fofo y procaz, para quien todo el monte era orégano y toda carne objeto lícito de concupiscencia. La diplomática intervención de Jonás rebajó la tensión y la declaración del cliente de la Nordik pudo concluir sin mayores complicaciones. Después, los investigadores registraron el domicilio de Noriega. En el piso, lóbrego e impoluto, no hallaron ninguna pista.

El día siguiente iba a ser movido. Aparte de las sorpresas que deparara la jornada, se practicaría la autopsia del cuerpo de Noriega y tendría lugar su entierro, que se preveía multitudinario, en el cementerio de Torrero. Las inhumaciones de víctimas de asesinato siempre habían sido, en el cine y la literatura, filones de información para los sabuesos policiales. La realidad era más prosaica, pero, aun así, y habida cuenta de la desorientación en que se encontraban los agentes, no convenía descartar ninguna fuente de investigación, por etérea que fuera. En los lapsos temporales que quedaran libres, los policías de Homicidios tendrían que interrogar a los vecinos, clientes y amigos de Noriega, además de analizar los datos contenidos en su ordenador, móvil, agenda y demás dispositivos analógicos o digitales. Un miércoles extenuante.

Como terapia preventiva contra el estrés que se avecinaba, y para desquitarse del mal sabor que el asesinato de Noriega y la abortada imposición de medallas le habían dejado en la boca y en el alma, Rosario propuso a África una romántica velada en el restaurante del hotel Hiberus.

El hotel era un edificio moderno erigido junto al Ebro, en una zona urbanizada pocos años atrás para albergar la Exposición Universal. En los últimos tiempos, la flor y nata de la sociedad maña alternaba en la margen izquierda del río, quedando la zona centro de la ciudad como reserva india para gente con cierta edad, escaso conocimiento de las últimas tendencias o nulo sentido del glamur. Si se quería agasajar a una joven zaragozana, lo suyo era huir del casco histórico y cruzar cualquiera de los puentes que cruzan el Ebro hacia su ribera septentrional.

Rosario estacionó su vehículo en el aparcamiento del hotel. El infame Focus desentonaba con la elegancia horizontal y luminosa del Hiberus, e hizo pensar al inspector acerca de la conveniencia de renovar la cabalgadura. Galante, abrió la puerta del copiloto para permitir que África, ataviada con vestido rojo de seda, medias negras de encaje y relucientes zapatos de tacón, se apeara del utilitario. Demasiada princesa para tan poco carruaje.

El Celebris, que así se llamaba el restaurante del hotel, disponía de una terraza que parecía sobrevolar el Ebro y en la que varias parejas disfrutaban de las impactantes vistas sobre el Puente del Tercer Milenio. Sin embargo, el frescor de la noche presagiaba otoño. Rosario, conocedor del termostato corporal de África, rayano en lo friolero, había preferido reservar mesa en el rincón más íntimo del salón.

Auxiliada por el *maître*, África tomó asiento.

—¿Qué le ocurre al señor inspector? —preguntó mientras ladeaba las piernas con elegancia.

—¿A qué te refieres?

—Últimamente estás siendo muy atento conmigo: veladas con otras parejas, cenas en sitios elegantes... —La mujer alzó una de las dos copas de cava con que el *maître* les había obsequiado y brindó con su compañero—. Acabaré creyendo que te gusto.

—Es que me gustas.

—Y eso, ¿desde cuándo?

Rosario hurgó en su cerebro en busca de alguna respuesta que no sonara cursi o manida. No lo consiguió.

—Desde el primer segundo en que te vi.

—No te lo crees ni tú. En el primer segundo, lo máximo que sentiste fue la llamada de la selva. Igual que con tus anteriores conquistas.

África estaba en lo cierto. En el exiguo historial romántico del inspector, lo más parecido al amor había sido el deseo. Rosario experimentaba la atracción física, la satisfacía y, en cuanto notaba brotar el natural vínculo afectivo, huía de la hembra apetecida. Su peculiar desarrollo emocional no le permitía pasar a la siguiente fase, al estadio en que, normalizados los niveles de lujuria, el macho consigue ver con claridad y escoge con la cabeza y el corazón, y no con las gónadas.

El infantilismo sentimental masculino suele derivar de una elección más o menos consciente del hombre, quien, en detrimento de un proyecto de vida sano y sensato, prefiere solazarse en el lodazal de los apetitos carnales. En el caso de Roy, la razón era distinta. En cuanto el deseo sexual era colmado y el sentimiento sustituía a la pasión, un terror absurdo asaltaba su mente. Sin motivo aparente más allá de una supuesta sumisión a la tiranía de los genes, Rosario se convencía de que, más temprano que tarde, acabaría por dañar a la mujer que estuviera a su lado. La violación que dio pie a su nacimiento se reproducía en su cerebro una y otra vez, y la voz de su conciencia le gritaba que la única decisión ética era la fuga.

Roy quería explicar a África sus temores, sus inquietantes complejos, las causas que le compelián a la reclusión y al aislamiento afectivos. Deseaba revelar que en su corazón no se escondía un lobo solitario, sino un padre de familia fallido, un proyecto malogrado de esposo fiel, un compañero tan leal que prefería cerrarse al gozo del corazón antes que lastimar a la mujer amada. Pero le aterraba desvelar su secreto, la oscura génesis de su existencia, el nefasto tabú que había pervertido la historia sentimental de su familia. Aún no había llegado el momento. Todavía no.

El *maître* reapareció con un lomo de merluza para la dama y un ternasco para el caballero. Al *maître* le sucedió el *somelier*, quien escanció en las copas vino rosado del Campo de Borja y depositó la botella en el interior de una cubitera metálica. Aprovechando la interrupción, Rosario propició un giro en la conversación. Era mejor abandonar el proceloso mar de los sentimientos y adentrarse en la prosa del

trabajo policial. África, resignada, aceptó el cambio de tercio. La Operación Johr Wayne pasó a monopolizar la velada.

—Parece evidente que nos enfrentamos a asesinos en serie —argumentaba Roy—. Psicópatas homicidas con todos los aditamentos de una película americana: víctimas gays, estricto *modus operandi*, pistas llamativas para excitar a la prensa...

—Los periodistas deben de estar encantados. He oído que mañana el *Heraldo* duplica su tirada.

—Será difícil investigar con esta presión.

Roy experimentaba una emoción hasta entonces desconocida: la felicidad que proviene de la conexión. Charlar con África, aunque fuera de trabajo, obraba en su persona un efecto balsámico y suscitaba una agradable sensación de vinculación. Hablar, reír, murmurar, criticar... Desgranar los minutos en compañía de la muchacha, dejarse bañar por la quietud de su mirada, acariciar por sus manos suaves y firmes, besar por sus labios blandos y confiados. Sentir su torrente de seguridad, de optimismo, de compadreo con la realidad, era una turbación tonificante que le reconciliaba con el mundo. África Trinidad se había convertido en el lado luminoso de su vida.

Y eso que la mujer no había disfrutado de una infancia lo que se dice feliz. Rosario se preguntaba cómo alguien que ha sido abandonado por sus padres al nacer y que no ha conocido la protección ni el cariño de una familia podía desplegar una personalidad tan equilibrada. La pequeña África se había refugiado en el judo para luchar a brazo partido con las putadas de la vida y había salido vencedora de ese duelo simbólico contra el infortunio. Rosario había buscado lo mismo en el boxeo, aunque su combate a doce asaltos con la fatalidad no había arrojado un resultado claro. Con los años, África había restañado las heridas y aprendido a mirar sin miedo sus cicatrices. Si ella pudo sobreponerse a su pasado, ¿no sería capaz Roy de superar el suyo?

El *maître* tornó con los postres. El inspector había pedido una «trilogía de helados caseros sobre tierra de cookies». Lo que venía siendo (antes de que el sentido común culinario se *estrellara* contra una marca de neumáticos) un helado variado. África Trinidad tomó un té verde.

Cuando salieron al aparcamiento, una racha de viento frío les hizo estremecer. Roy se quitó la chaqueta para arropar a su compañera. Acurrucados, llegaron hasta el Focus. El inspector accionó el mando a distancia y abrió la puerta del copiloto. Antes de acceder al vehículo, África se cobijó entre sus brazos y le besó en los labios. Una escena de amor convencional, pensó Roy.

Y la idea le resultó reconfortante.

Capítulo trece

20 de septiembre, miércoles.

A mediodía se practicaba la autopsia al cadáver de Rodrigo Noriega. Desde su nombramiento como jefe de grupo, Roy no había asistido a la apertura en canal de ningún fiambre. Prerrogativas del mando. Esta vez, sin embargo, había decidido ofender su pituitaria con el inefable olor a carnicería que impregna las salas de necropsias. Estaba ante la investigación más compleja de su carrera y no quería dejar nada al azar ni al escrutinio de mentes ajenas.

Como no tenía nada urgente que atender, antes de la visita al Instituto de Medicina Legal salió a correr. Durante el calentamiento en el parterre central del Parque Grande, el inspector vio, junto al bar ubicado a la entrada (rotulado, en un alarde de creatividad, BAR PARQUE) una furgoneta con la leyenda TINDUF impresa en letras rojas. Un moro robusto y de cráneo rasurado descargaba botellas de la marca Santo Cristo. Roy lo reconoció de inmediato. Era el mismo operario al que había visto manejando palés durante la visita a la mezquita de Lamalmi. El magrebí, sudoroso por el esfuerzo, no reparó en el policía. Rosario sonrió al recordar el cabreo de Alexis ante la indisimulada homofobia del imán Yusuf. Luego evocó a Alí y caviló sobre las vicisitudes de la existencia. Si el joven se hubiera dedicado a descargar botellas en lugar de arrendar sus carnes, probablemente seguiría en el reino de los vivos. El abuelo Damián tenía una teoría al respecto: en la vida solo hay un camino seguro; es recto, estrecho y frecuentemente aburrido. Quien, seducido por cantos de sirena, se desvía de la senda, ha de pagar el peaje. Y este suele ser, en la mayor parte de ocasiones, brutal y desproporcionado.

El recuerdo del asesinato de Alí y de su posterior investigación amenazaron con sumir a Rosario en un mar de remordimientos, pero el inspector sacudió la cabeza y resolvió posponer sus cuitas. Había ido al parque a entrenar, no a flagelar su conciencia.

No disponía de mucho tiempo, así que se sometería a una sesión corta e intensa. Diez kilómetros a un ritmo de cuatro minutos, treinta segundos servirían para reactivar la preparación del maratón que, nevase o tronase, acometería el doce de octubre. El pinchazo en el talón izquierdo persistía, pero remitió a partir del tercer kilómetro.

Pasado el ecuador del entrenamiento, desapareció por completo. Roy sabía que la ausencia de dolor era ilusoria y que este renacería con brío tras la tanda de estiramientos. En previsión de tal circunstancia había reservado hora en la clínica de fisioterapia.

A las nueve, satisfecho por el rendimiento de su ya añeja maquinaria, regresó a su domicilio. En menos de diez minutos, con premura legionaria, se había duchado, afeitado y vestido. Su madre y un reconfortante aroma a café recién hecho le esperaban en el salón para el desayuno.

La televisión autonómica emitía el noticiero matinal. Gonzalo Tejero, impostando la voz, pronunciaba una filípica contra la gestión como alcalde de Federico *Fichi* Bustamante. El jefe de la oposición municipal enumeraba las partidas presupuestarias que *Fichi*, secretario general del Partido Antipolítico, había destinado a financiar actividades de asociaciones exóticas (Abuelos por una Sexualidad Plena, Asociación de Actrices contra el Patriarcado, Plataforma en Defensa de la Mujer Amerindia) grupos minoritarios (Sociedad de Estudios del Cannabis, Agrupación Maña de Yoguis y Meditadores) y colectivos decididamente marginales (Asamblea Aragonesa de Okupas, Batallón Antisistema, Comisión Libertaria contra los Abusos Policiales). El listado de gastos injustificados, partidistas o absurdos era demasiado extenso como para no admitir que Gonzalo Tejero tenía razón. Pero Roy no podía olvidar que el presidente de Tradición y Familia era cocainómano, según se desprendía del listado de llamadas de Chuso Artieda, y que llevaba una doble vida que ocultaba al electorado.

—He preparado huevos fritos y tostadas con aceite —anunció Mercedes—. Supuse que estarías hambriento.

Rosario dio buena cuenta de las viandas. El día se presentaba ajetreado y había que avituallar las alforjas. La grasa y el colesterol no formaban parte de ninguna de las dietas para deportistas que había estudiado por Internet, pero contribuyeron a elevarle la moral. Y el chute de cafeína acabó de despertarle las neuronas. Su madre, por el contrario, apenas probó bocado.

—¿No comes?

—Yo no llevo una hora corriendo. No necesito tanta gasolina.

El presentador del telediario engoló la voz para dar paso a la sección de sucesos. La entradilla de la primera noticia chirrió en los oídos de Rosario:

—Asesinos en serie siembran el terror entre la comunidad gay de Zaragoza.

El homicidio de Noriega y su más que probable relación con la muerte de Alí, habían caído como una bomba entre los medios de comunicación locales. El caso ocupaba la primera plana de los periódicos y se debatía en todos los programas de radio y televisión. A Rosario le extrañaba que, acobardados por la presión mediática,

sus mandos no hubieran recabado todavía la ayuda de alguna lumbrera policial procedente de Madrid.

—¿Eso lo investigas tú? —preguntó Mercedes.

—De momento.

—No sé cómo puedes dormir teniendo que ver tantas desgracias.

—Soy un cacho de carne —bromeó Rosario.

—Pues será de unos años a esta parte, porque de niño eras un sentimental. Debí de ser el boxeo lo que te endureció el carácter.

No fue el boxeo, pensó el inspector, y tú tendrías que saberlo. De pequeño, en efecto, Rosario había sido un muchacho confianzudo y sensibilero. Fue al alcanzar la pubertad cuando su trayectoria emocional, hasta entonces vertical, mudó en un trazado confuso. El punto de inflexión, como Mercedes sin duda no había olvidado, fue su decimoquinto cumpleaños. Desde entonces, la sombra de La Violación persiguió sin tregua a Rosario, induciéndole a una especie de atrofia afectiva que en el presente, a punto de cumplir la cuarentena, aún no había superado.

El boxeo no le endureció el carácter. Solo le sirvió de válvula de escape.

Rosario apuró el café, besó a su madre en la frente y salió del domicilio en dirección a la Clínica Kine. El paseo duró diez minutos durante los cuales, como había previsto, el pinchazo en el talón volvió a cobrar fuerza. Cuando quedaban doscientos metros, el dolor apenas le permitía andar.

El inspector entró en la clínica cojeando. Al verlo, Mara torció el gesto:

—Veo que la fascitis no mejora.

—Estos días me ha molestado menos, pero hoy he corrido diez kilómetros y ahora protesta.

—¿No te ordenó el fisio que dejaras de entrenar?

—Solo me lo aconsejó —precisó Rosario—, pero no le he hecho caso.

—Algunos no maduráis nunca —dijo la recepcionista—. ¿Tienes cita?

—Para dentro de cinco minutos.

El fisioterapeuta, amostazado por la renuencia del paciente a seguir sus indicaciones, masajeó el talón en silencio. Acto seguido aplicó las punciones con una falta de delicadeza digna de consideración penal. Qué poquita cosa somos, reflexionó Roy, cualquier menudencia nos desbarata. Hasta hace unas semanas, su cuerpo era una máquina en razonable estado de conservación de la que solo se acordaba para cubrir las necesidades más básicas: alimento, descanso y un mínimo de actividad. De repente, una dolencia de baja intensidad frustraba su bienestar y lo postraba en la camilla a merced de un sanitario sádico y su sofisticado instrumental de tortura. Si una fascitis plantar acarrearía semejantes contratiempos, ¿qué tormentos no suscitaría un ataque al corazón o una fractura de cadera?

A pesar del encarnizamiento del fisioterapeuta (o gracias a él) Roy salió de la consulta con menos dolor del que traía a la entrada. El inspector observó que, en el ínterin, Mara se había desabrochado un botón de la blusa y retocado el maquillaje. El rosicler le iluminaba las mejillas y un aroma a Chanel flotaba en el vestíbulo.

—¿Harás caso al fisio y dejarás de correr?

—Hacer caso no es mi fuerte.

—Eres un rebelde sin causa —dijo Mara—. No lo he olvidado.

La frase quedó suspendida en el aire a la espera de un requiebro cortés. Un silencio expectante, acompañado de cierta tensión física, se instaló entre la recepcionista y el policía. Roy detectó un brillo febril en las pupilas de la mujer.

—¿Tienes un minuto, Rosario?

Desde que se habían reencontrado, esta era la primera vez que Mara pronunciaba el nombre de pila del inspector. Roy se percató de que la situación, que en otros tiempos habría juzgado propicia, le hacía sentir incómodo y levemente culpable. Su atención alternaba entre el nacimiento de los senos de su interlocutora y el recuerdo de los ojos mansos y tibios de África Trinidad.

—En otro momento —contestó—. Hoy tengo prisa.

El Instituto de Medicina Legal era un bloque moderno, alargado y grisáceo construido una década atrás en la margen izquierda del Ebro. Se dividía en tres plantas. En el semisótano, junto a la zona donde estacionaban los furgones fúnebres, se ubicaban los archivos, el depósito de cadáveres y el pudridero. La planta baja albergaba una recepción y varias oficinas. En el piso superior se concentraba el meollo forense del edificio, integrado por los laboratorios y las salas de autopsias. Una bandera española y otra aragonesa ondeaban a la entrada del complejo, confiriéndole estatus oficial.

A las 11:55, Rosario Roy y Alexis Guzmán, acompañados por Novato Sir Apellido, entraron en la sala de necropsias. *Don Ratón* y un auxiliar joven prematuramente calvo aguardaban en el interior. Todos los presentes iban equipados con gorro, mascarilla, guantes, fundas para zapatos y batas desechables de color verde claro.

Sobre una mesa de aluminio, yacía el cuerpo inerte de Rodrigo Noriega. Su pálida desnudez y el mutismo reinante en la estancia aflojaron las piernas de Roy, quien, pese al contacto cotidiano con asesinos y cadáveres, aún no había logrado familiarizarse con la muerte. *Don Ratón* consultó al inspector:

—¿Empezamos?

—Cuando quiera.

La autopsia principió con el reconocimiento visual del cadáver. El auxiliar, a instancias del forense, fue moviendo el cuerpo hasta que, al cabo de un cuarto de hora, el doctor hubo completado el examen ocular y la palpación de toda la superficie exterior. El muerto no presentaba más peculiaridades que dos orificios de bala (uno en la nuca y otro en la base del cráneo) y unas profundas excoriaciones en las muñecas, producto de la presión de los grilletes. No existían indicios de lucha ni señales de maltrato; ni en la boca ni bajo las uñas se hallaron vestigios epiteliales u orgánicos.

La palpación anal, por el contrario, sí aportó información:

—El recto contiene un fluido —enunció *Don Ratón* con voz neutra.

Posiblemente semen.

Roy y Guzmán cruzaron las miradas. Ambos habían apostado por el hallazgo de esperma en el cadáver. Los asesinos en serie tienden a reproducir, en cada actuación, el mismo *modus operandi*. Si es meticuloso, cazarlos deviene tarea casi imposible, las muertes se suceden sin remedio y el pánico se apodera de la población. Si es chapucero, la cosa se resuelve con relativa prontitud.

—Procedo a la incisión de la piel y del tejido subcutáneo —informó el forense.

Comenzaba la carnicería. Rosario inspiró hondo y apretó los puños. A pesar de las decenas de necropsias que había presenciado, la apertura de una cavidad torácica siempre le impresionaba. En una aciaga ocasión, incluso, llegó a desmayarse. Fue en sus primeros años como investigador. Desde entonces, jamás acudía a la morgue sin haber engullido una buena dosis de carbohidratos.

Don Ratón practicó un corte profundo en forma de T en el torso del cadáver. Alexis Guzmán no perdía detalle de sus evoluciones con el escalpelo. Una vez rajado el cuerpo, el forense abrió la caja torácica para extraer las vísceras de la parrilla costal. Después de examinar cada una de ellas con atención, tomaba apuntes en un bloc de notas. Roy apenas podía soportar el hedor a casquería.

—Iniciamos la autopsia craneal.

El galeno enchufó la sierra circular, quería comprobar si funcionaba. El zumbido metálico de la fresa erizó los cabellos de Rosario. Hacía años que no lo escuchaba y había olvidado cuánto lo odiaba. El auxiliar apoyó el occipital de Noriega sobre un reposacabezas que elevaba el cráneo para facilitar el trabajo. El forense apagó la radial, la depositó transitoriamente sobre una mesa lateral y volvió a tomar el escalpelo. Con pulso firme, seccionó la piel del cadáver de oreja a oreja. Luego tiró de la epidermis hacia atrás, dejando el cráneo al descubierto.

Los carbohidratos no estaban cumpliendo su función y Roy pensó que acudir a la autopsia había sido una pésima idea. Los goznes de todas sus articulaciones temblaban, al tiempo que la vista se le poblaba de musarañas. Azarado, notó cómo la

sangre se le retiraba de la cabeza y la fuerza abandonaba sus músculos.

Alexis se percató de que el inspector estaba a punto de desmayarse. Anticipándose al desplome, lo asió con energía de los brazos y, tras recabar con un gesto la autorización del forense, lo arrastró fuera de la sala. Ya en el pasillo, lo sentó en un sofá que, oportunamente, alguien había puesto junto a la puerta. A pesar de que Rosario no era el primero al que le flojeaban las bisagras en una sala de autopsias, el subinspector no pudo resistir la tentación de mortificarlo:

—Pensaba que el mariquita era yo, pero veo que me equivocaba.

Roy forzó media sonrisa:

—Mariquita no sé, pero hijoputa eres un rato.

Alexis se acuclilló, tomó por los hombros a Roy y examinó su rostro.

—¿Cómo te encuentras?

—Como una compresa vieja.

—¿Necesitas algo?

—Que regreses a la sala y restaures el honor de la Policía Nacional.

El subinspector se incorporó.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Volver poco a poco a la vida.

Alexis inspeccionó de nuevo a Roy y tornó a la sala de necropsias.

El inspector se arrellanó en el sofá y reflexionó acerca de su hematófobia, que imputó al hecho de haber sido engendrado de manera violenta, y sobre la obsolescencia de los clichés que todavía rodean la homosexualidad. Respecto a estos, ahí estaba Alexis para desmentirlos: más gay que un palomo cojo y contemplando, impassible el ademán, cómo *Don Ratón* despellejaba a un fulano.

Por no hablar del tiroteo en el área de servicio de Alfajarín. Aquel episodio sí que había ayudado a refutar tópicos. Roy y Guzmán, parapetados tras el motor de un Renault Laguna, intercambiaban plomo con tres secuestradores kosovares a los que no les venía bien dejarse detener por la Policía. En un momento de la balacera, Alexis abandonó la posición para desaparecer tras la tienda de la gasolinera. Roy pensó que, presa del pánico, huía del enfrentamiento. Su opinión cambió cuando vio aparecer al subinspector por la parte opuesta del edificio. En medio del fragor del combate, el muy astuto había tenido la sangre fría de rodear el inmueble y ganar la espalda a sus enemigos, a quienes abatió con aplomo siciliano. Vivir para ver.

A Roy le avergonzaba haber engrosado, en el pasado, las filas de la homofobia. Y le abochornaba mantener todavía ciertas prevenciones, por lo general de orden estético, frente a los gais más afeminados. Pero era consciente de que había nacido idiota y de que, con grandes dosis de suerte y esfuerzo, lo máximo que lograría es morir siendo medio tonto. La evolución desde la estulticia hasta la sabiduría exige,

salvo contadas excepciones, más tiempo del que abarca una vida humana. Así son las cosas y el inspector así las aceptaba.

La puerta de la sala de autopsias se abrió. Alexis Guzmán salió de la estancia escoltado por Novato, quien portaba una bolsa con los dos proyectiles recuperados de la cavidad craneal del cadáver. Roy interrogó con la mirada al subinspector.

—Todo normal —informó este—. Novato se lleva los proyectiles para el informe balístico y una muestra de semen para el laboratorio.

—¿Nada más?

—Nada más. *Don Ratón* y el auxiliar están suturando el cadáver. Me he despedido por ti, así que somos libres de marcharnos cuando gustes.

—Ya estamos tardando —apremió Roy—. El entierro es a las cuatro y tenemos que comer.

—Veo que has recuperado las funciones fisiológicas.

—Ya sabes. El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

A la salida del Instituto de Medicina Legal, los investigadores se dieron de bruces con lo que menos deseaban: los ubicuos muchachos de la prensa. Patricia Duque, micrófono en mano, se abalanzó sobre los policías. El cámara que la seguía trastabilló en las escaleras.

—¿La autopsia ha confirmado si este segundo crimen es obra de los asesinos homófobos? ¿Hay que dejar en libertad a Chuso Artieda? ¿Es cierto que no tienen pistas sobre la autoría de los homicidios?

La reportera interrogaba sin esperar las respuestas. Cuando disparaba la tercera pregunta, el inspector ya había olvidado las dos primeras. De todas formas, optó por la réplica convencional:

—No estoy autorizado para contestar. Diríjanse al Gabinete de Prensa.

Patricia Duque cejó en su acoso. Aquel madero de ideas fijas y verbo escaso daba menos juego que un poste de piedra. De espaldas a la morgue, con las banderas de fondo y un mohín de indignación, la periodista posó para la cámara.

—Como pueden comprobar, el secretismo en torno a la Operación John Wayne es absoluto, lo que invita a pensar en una total desorientación de la Policía Nacional. Verdaderamente, los homosexuales zaragozanos tienen motivo para estar preocupados.

Las palabras de la reportera irritaron a Roy. Ponían en tela de juicio su profesionalidad, soliviantaban a los ciudadanos y fomentaban el pánico entre el

colectivo gay de la ciudad.

Y lo peor de todo: eran ciertas.

Capítulo catorce

A las tres de la tarde, los investigadores de Homicidios, apiñados en el despacho del jefe, escuchaban las instrucciones. Roy no confiaba mucho en la diligencia que estaban a punto de acometer (nunca le había dado frutos) pero era uno de los trámites tradicionales en los casos de asesinato y, tal como estaban las cosas, no era aconsejable descartar opciones.

El entierro de Rodrigo Noriega se celebraba a las cuatro en punto. Por lo que se había podido averiguar, los únicos familiares directos del difunto eran su madre y un hermano. Ambos residían en Tarazona y se habían desplazado a Zaragoza la noche anterior. La asistencia de tíos, primos y demás deudos era una incógnita, no así la presencia multitudinaria de clientes y amigos del occiso, que estaba garantizada. La prensa, cómo no, también acudiría.

Roy había montado dispositivos similares en el pasado, por lo que las funciones a cubrir, el material a emplear y los lugares donde debían emplazarse los policías estaban ya previstos. El objetivo era grabar, fotografiar e identificar al mayor número posible de asistentes, con la esperanza, hasta la fecha no satisfecha, de que el autor o autores del crimen acudieran al sepelio. El inspector ignoraba en qué se fundamenta la creencia de que los asesinos sienten una irrefrenable atracción por los funerales de sus víctimas, aunque sospechaba que tiene más que ver con el influjo de la literatura negra que con un imparcial análisis de la estadística criminal.

La ceremonia religiosa se iba a officiar en el tanatorio de Torrero. Los restos mortales de Rodrigo Noriega serían depositados en un nicho provisional. Hasta que la autoridad judicial no lo autorizase, y en previsión de una hipotética segunda autopsia, estaban prohibidas la incineración y la inhumación definitiva del cadáver.

Neira y Jurado, reacios a vestir con la etiqueta que el acto exigía, vigilarían el exterior (aparcamiento y paradas de autobuses y taxis) y anotarían las matrículas de los vehículos empleados por los familiares y amigos del finado. África y Jonás fotografiarían a los asistentes y acompañarían el séquito hasta el nicho. Por último, y aprovechando la presencia de la prensa, Ordóñez portaría una cámara con el anagrama de una inexistente agencia de noticias para poder grabar a la concurrencia sin las cortapisas que impone el disimulo.

A las cuatro menos cuarto, los policías estaban en sus puestos. Tres medios de

comunicación cubrían el acto, al que el público acudía en un flujo incesante. Los agentes no tuvieron ningún problema para camuflarse entre el gentío. Ordóñez, que manejaba la cámara con el desparpajo propio de un profesional, fue interpelado por un joven reportero:

—No había oído hablar de *Infonoticias* —afirmó inocente el periodista—. ¿Es la agencia sudamericana que iba a ser absorbida por la CNN?

Ordóñez le dedicó una mirada despectiva.

—No —replicó—. Es la que va a absorber la tuya y dejarte de patitas en la calle.

Sentados en la primera fila de la sala de oficios religiosos, la madre y el hermano de Rodrigo Noriega contemplaban estupefactos a la multitud. En su recuerdo, Rodrigo había sido un niño retraído, un joven acomplejado y, ya adulto, un hombre más bien gris del que nunca hubieran sospechado tamaño poder de convocatoria. A las cuatro, la estancia había quedado pequeña. Mucha gente se concentraba en el pasillo exterior.

La ceremonia comenzó diez minutos después de la hora prevista. Un cura de apariencia ascética se colocó tras el altar y dio inicio al funeral. En sus ojos se leía la sorpresa provocada por la masiva afluencia de lo que él, en una interpretación excesivamente optimista de la realidad, consideraba piadosos feligreses. Por la megafonía sonaba la Marcha Fúnebre de Chopin.

—Queridos hermanos...

El sacerdote emprendió una serie de sesudas reflexiones acerca de la importancia que, para Dios y para el género humano, tiene la vida de cualquier persona. Según el religioso, cada uno de nosotros es insustituible. Rosario no podía estar más en desacuerdo. En su opinión, la mayoría de los seres humanos somos intercambiables y solo estamos en el mundo para hacer peso. E insustituibles, lo que se dice insustituibles, solo habían sido el inventor de la rueda, el de la vacuna contra el tétanos y otros diez o quince próceres de análogas dotes intelectuales.

La ceremonia avanzaba dentro de los parámetros habituales: loas y panegíricos para el difunto, entusiásticas afirmaciones sobre el más allá, sollozos más o menos sinceros y una variopinta exhibición de semblantes luctuosos. Roy estaba confirmando mentalmente la futilidad de la vigilancia cuando Alexis, apoyado junto al inspector en una columna, le hincó el codo en el costado.

—Aquel tipo —susurró—, el que está de pie, a diez metros de la puerta.

Un hombre alto y robusto escrutaba, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina, los rostros de los asistentes. Lucía gafas de sol y una calva lustrosa. Su cabeza, a modo de radar, barría la estancia de extremo a extremo. Al llegar a la columna en que se recostaban los agentes, los observó fijamente. O eso creyó el inspector, ya que las lentes tintadas del sujeto impedían saberlo con certeza.

Roy cogió el móvil y telefonó a Jurado:

—¿Habéis visto entrar a un cachas alopécico con gabardina?

—La verdad es que no, jefe. La zona a cubrir es enorme y nos hemos centrado en el aparcamiento. En coche particular no ha venido, habrá tenido que hacerlo en taxi o autobús.

El individuo de la gabardina giró a su izquierda y se encaminó a la puerta de salida. El trayecto, aunque breve, resultaba impracticable debido a la muchedumbre que atestaba la sala.

—Atentos —ordenó Roy a Jurado—, creo que sale.

—Vamos hacia la parada de taxis, estamos algo retirados. No cuelgo.

El calvo se abría paso de manera expeditiva, apartando sin consideración a quienes le estorbaban el camino. Visiblemente nervioso, miraba de refilón a Roy, quien, en compañía de Alexis, trataba de alcanzar la puerta. El público protestaba con siseos y visajes de indignación. De repente, el inspector se percató de que una profunda cicatriz partía la ceja derecha del hombre y se perdía tras la montura de sus gafas de sol. El corazón se le disparó en el pecho.

—¡Deténganlo! —gritó—. ¡No le dejen salir!

Inmediatamente, se pegó el móvil a la oreja y berreó una orden:

—¡Trincadlo! ¡Creo que es *Caracortada*! ¡Trincadlo!

Neira y Jurado esprintaban hacia la parada de taxis. La voz del segundo se perdía entre jadeos:

—No llegamos a tiempo, jefe. ¡No llegamos!

El calvo abandonó cualquier atisbo de comedimiento y se abalanzó resuelto hacia la salida. Acometía con violencia a quienquiera que se interpusiera entre él y la libertad. Como Murphy es un cabrón y su ley más implacable que la de la gravedad, la emergencia pilló a todos los policías en el peor sitio posible. África y Jonás estaban sentados en una de las bancadas delanteras de la capilla. Ordóñez, en cuyo arrojo y decisión no cabía confiar, grababa a los presentes desde el punto más distante del presbiterio. Por último, Guzmán y Roy se encontraban lejos de la salida, rodeados por una espesa multitud. Solo quedaba confiar en la colaboración ciudadana:

—¡Policía! ¡Detengan a ese hombre!

Un cincuentón bajito con más civismo que musculatura trató de placar al coloso de la gabardina. Este, menos solidario y más contundente, le propinó un descomunal puñetazo en la nariz y huyó hacia el exterior del recinto. Ya fuera, siguió corriendo hasta alcanzar el primer taxi de la parada. Neira y Jurado no pudieron darle alcance, aunque llegaron a tiempo de apuntar la matrícula.

En menos de dos minutos se congregaron junto a la puerta los policías, el sacerdote, un montón de curiosos y el valiente cincuentón, de cuyo tabique nasal fracturado manaba un río de sangre. Jurado le palmeaba la espalda al tiempo que

agradecía su heroica e inútil colaboración.

Roy telefoneó a la guardia de la Brigada Judicial: había que dar aviso a los coches patrulla, cerrar la ciudad y contactar con la compañía de taxis. La experiencia le sugería que aquello no valdría de nada, pero debía quemar los últimos cartuchos.

Como moscas convocadas en torno a un tarro de miel, los periodistas no tardaron en cercar a los policías. Patricia Duque, con voz iracunda y gesto compungido, narraba para la cámara de la televisión autonómica. Al fondo de la imagen, el sacerdote taponaba la nariz del cincuentón.

—Nuevo fiasco policial. En medio de las exequias por la muerte de Rodrigo Noriega, un sospechoso elude a los agentes y huye impunemente del cementerio. Los ciudadanos de esta ciudad tenemos derecho a cuestionarnos si nuestra seguridad está en buenas manos.

Roy sintió ganas de estrangular a la reportera. La reputación del Grupo de Secuestros y Homicidios estaba siendo pisoteada en vivo y en directo. Sus jefes no tendrían piedad.

Ordóñez se acercó al inspector y lo sacó de sus cavilaciones.

—Tal vez no sea el momento, pero tengo una noticia.

—Sí que te has metido en el papel de periodista...

—He grabado al puñetero calvo. Nítido y en primer plano.

Los coches patrulla no dieron con el taxi hasta pasada media hora, cuando *Caracortada* hacía tiempo que no viajaba en él. Según declaró el taxista, el pasajero se había apeado en la Plaza Paraíso, perdiéndose entre el gentío.

Perra suerte, maldijo Roy. Por primera vez en la historia de la investigación criminal, la vigilancia en un funeral podía haber sido determinante. Y el sospechoso se les había escurrido entre las manos.

Seguro que *El Bicho* ponía el grito en el cielo.

La llamada del comisario se demoró más de lo previsto. Con voz cavernosa, Bohórquez ordenó a Roy que se presentara en su despacho de inmediato. Había llegado el momento de hacer notar el peso de los galones. El jefe de Homicidios acudió presto al requerimiento.

—A sus órdenes. Usted dirá.

El inspector permaneció en pie. *El Bicho*, acomodado en su butaca, no le invitó a sentarse.

—¿Qué ha pasado en el tanatorio?

—¿No le ha informado Badía?

—Solo por encima —mintió el comisario—. Ahora quiero que me lo cuentes tú.

Bohórquez conocía lo ocurrido, pero se sentía muy ufano en el rol de inquisidor policial. Parapetado tras el escritorio, entrelazó las manos bajo el mentón. Su rostro denotaba severidad, pero las pupilas destilaban la satisfacción de quien está a punto de contemplar la humillación de un viejo enemigo. Roy narró los hechos con tono neutro, basando su defensa en que el operativo, cuyo desenlace había sido fruto del azar, estaba bien diseñado.

—Hemos obtenido nueva información —concluyó—. Que de eso se trataba.

El comisario forzó un gruñido.

—Has obtenido información y has dejado huir a un sospechoso. Delante de los familiares y de las cámaras de televisión.

—Ninguna ha podido grabar al individuo —replicó Roy—. El incidente ha sido muy rápido.

—Y muy desafortunado. —*El Bicho* unió las yemas de los dedos—. No puedes permitirte más meteduras de pata. Mejor dicho, no te las van a permitir. Desde Madrid nos sugieren que uno de sus inspectores se haga cargo de la investigación. Si hoy nos lo sugieren, mañana nos lo impondrán. Tu credibilidad está en entredicho.

Caía la noche cuando Roy salió de la Jefatura en dirección a su casa. El inspector estaba tenso, un paseo le sentaría bien. Mientras caminaba con las manos en los bolsillos, reflexionó sobre los últimos acontecimientos.

El funeral podía haber sido crucial para la resolución del caso, pero la suerte había querido que el calvo de la cicatriz se volatilizara ante las narices de los agentes. La prensa, estimulada por la noticia y por el afán de vender papel al peso, iba a encarnizarse con la policía y con el Grupo de Secuestros y Homicidios. Roy no podía hacer nada al respecto. Era difícil explicar a un profano, y los periodistas lo eran en grado sumo, todas las vicisitudes de una investigación.

Por otro lado, las pesquisas habían avanzado. Los investigadores contaban, por fin, con imágenes de un sospechoso. Porque el inspector estaba seguro de que el jayán del jabeque en la ceja y las gafas de sol no era otro que *Caracortada*, el individuo que se había equivocado de timbre antes de llamar al telefonillo de Alí el día de su asesinato.

La actitud de *Caracortada* era extraña. ¿Por qué había acudido al funeral? La ejecución de los asesinatos había sido metódica, obsesiva, los autores apenas habían dejado rastros. ¿Por qué arriesgar la libertad en la ruleta rusa del entierro? *Caracortada* sabía, sin duda, que la Policía husmearía por el tanatorio. En ese caso, ¿cuál era la razón de su presencia en la capilla? ¿Satisfacer una curiosidad malsana?

La Operación John Wayne era una maraña inextricable. Las veladas amenazas de

Bohórquez, unidas a la presión mediática, no ayudaban a desenredarla.

En ocasiones, Roy se planteaba abandonar. Huir del estrés de las investigaciones y aguardar la jubilación vegetando en algún puesto burocrático. Pero creía en la existencia del Bien y del Mal. En su agónica y eterna batalla. Para llegar a esa convicción, no había precisado de razonamientos filosóficos ni de místicas epifanías. Había detectado el Mal en el fondo turbio de muchas pupilas. También se había topado con el Bien, casi siempre en forma de arrojo y de compañerismo. Por eso sabía que existían. Porque había presenciado su lucha, porque había intervenido en ella, porque, sin saber cómo ni cuándo, se había comprometido a muerte con uno de los bandos. Y Roy era un hombre de palabra. Por eso, al final, no desertaba. Por eso y porque, a esas alturas de la contienda, huir no tenía sentido.

El inspector cruzó el umbral de su domicilio. Al otro lado le aguardaba el silencio. Su madre, aquejada como siempre de melancolía, descansaba en el dormitorio.

Roy no tenía sueño, los sucesos de la jornada bailaban una danza frenética en su cabeza. Necesitaba aplacar la ansiedad, aletargar la conciencia. Sobre la repisa que coronaba el televisor encontró la solución. Una botella de *bourbon* sostenía lateralmente su colección de vídeos de boxeo. Seleccionó un DVD y lo introdujo en el lector. En la pantalla de plasma, Sugar Rey Leonard y Thomas Hearnns calentaban sus estilizadas musculaturas sobre el *ring* del Caesars Palace.

El inspector vertió *bourbon* en un vaso ancho y pesado. Pensó en añadirle hielo, pero prefirió que el calor áspero del alcohol le lijara la garganta. Antes de sentarse, cogió de la repisa un paquete de Marlboro y extrajo un cigarrillo. Luego se arrellanó en el sofá, mojó el filtro en el licor y encendió el pitillo.

En el Caesars Palace, Hearnns tomaba la iniciativa.

El infeliz no imaginaba lo que se le venía encima.

Capítulo quince

21 de septiembre, jueves.

Rosario Roy amaneció resacoso. El exceso de tabaco y *bourbon* le había pasado factura y hubo de enchufarse dos cafés cargados para comenzar a despejarse. Alexis Guzmán, que conocía cada matiz del semblante del inspector, detectó inmediatamente su malestar.

—¿Mala noche? —preguntó con sorna.

—La noche fue fantástica —replicó Roy—. Lo malo ha sido el despertar.

—A partir de los cuarenta hay que evitar los excesos.

—Tengo treinta y nueve.

—Para el caso...

A las diez de la mañana estaba citado en las dependencias de Homicidios Javier Rubielos, el expolicía y vecino de Alí, único testigo que, hasta el momento, había visto y oído a *Caracortada*, aunque hubiera sido a través del videoteléfono. Su testimonio iba a ser crucial para determinar si el calvo del funeral era el mismo individuo que había llamado a su timbre.

Rubielos vestía un elegante terno en tonos oscuros. Después de la diligencia en sede policial, tenía que acudir a dos vistas orales para tratar de poner en la calle, en su calidad de letrado penalista, a sendos delincuentes de escasa moralidad y abultada cuenta corriente.

El pasado policial del abogado traicionaba sus modales refinados. A pesar de llevar diez años alejado de las calles, se desenvolvía con el aplomo característico de quien, para ganarse el sustento, ha tenido que bregar con vándalos de todo pelaje. Pero, al contrario de lo que suele ocurrir con esta clase de supervivientes, en sus maneras no se apreciaba jactancia ni resquemor. Solo un entrañable escepticismo.

Según el criterio de Roy, Rubielos era un observador fiable, por lo que se propuso exprimirlo al máximo. No solo había descrito con detalle a *Caracortada* (lo que tenía mérito, pues únicamente se había comunicado con él durante unos segundos a través del portero automático), sino que había identificado, sin ningún género de dudas, al traficante Chuso Artieda en una rueda de reconocimiento de voz. Rosario tenía la sensación de que, durante la primera entrevista, no había explotado todas las

posibilidades del testigo. Ahora tenía la oportunidad de enmendar el error. El expolicía se lo puso fácil.

—He rememorado cientos de veces la voz y la imagen del telefonillo —afirmó—. Incluso he soñado con ellas. Al principio pensé que el calvo de la cicatriz...

—Lo llamamos *Caracortada* —le interrumpió Roy—, para abreviar, más que nada.

—Pensé que *Caracortada* tenía acento del este —continuó Rubielos—. Ahora estoy plenamente convencido. Pero no es acento rumano ni ruso. Esos los detecto al instante.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Durante mis años en la Policía traté con decenas de rumanos. Y tengo varios clientes rusos. Te aseguro que *Caracortada* no proviene de esos países.

—Es un dato interesante —apuntó Roy. El inspector se acordó de las esposas aparecidas en los crímenes: de la marca Varna, búlgaras—. Lo tendremos en cuenta.

—También he afinado mi memoria respecto al rostro de *Caracortada* —aseveró Rubielos—. La cicatriz que le cruza la cara tiene forma de cuatro. Y el ojo es de cristal.

Roy ya había pensado en esa posibilidad. ¿A quién demonios le brilla el globo ocular si no está llorando o este no es de cristal? Además, eso explicaría que el sospechoso hubiera llevado gafas de sol en el tanatorio. Un ojo ortopédico llama poderosamente la atención. Se encontraban, por tanto, ante un malo de caricatura: alto, musculoso, calvo y con una prótesis ocular. Eso suponía una pequeña ventaja, ya que no lo tenía sencillo para pasar desapercibido.

Ordóñez había aislado varios fotogramas de la grabación hecha en el funeral. En algunos se mostraba un plano completo de *Caracortada*. Otros eran de detalle y se centraban, ampliándola, en la cicatriz de su rostro. También había montado un extracto con imágenes en movimiento. Roy no sabía qué material enseñar primero. Fiándose del criterio del expolicía, le expuso la disyuntiva:

—Tenemos película y fotogramas. ¿En qué orden prefieres verlos?

Rubielos caviló unos instantes.

—Una primera impresión general puede resultar más natural. Si te parece, empezamos por la película.

Ordóñez manipuló el ratón. El monitor del ordenador mostró a *Caracortada* en la capilla del tanatorio. El sospechoso se movía con rigidez y su rostro estaba contraído en una mueca de desconfianza. Roy volvió a preguntarse para qué demonios habría ido al sepelio. Rubielos, por su parte, examinaba la película con detenimiento.

—Es él, sin duda —afirmó al cabo de medio minuto—. Pero una imagen cercana del perfil derecho sería determinante.

—La tenemos —informó Roy—. Ordóñez, muéstrale las fotografías de detalle.

El policía sacó una carpeta del primer cajón del escritorio, la abrió y extrajo tres fotogramas: un retrato frontal de *Caracortada*, un escorzo de la parte derecha de su rostro y un primer plano de la cicatriz.

Rubielos fue rotundo:

—Es el calvo que pulsó mi timbre. Fijaos en la cicatriz —Roy y Ordóñez se volcaron sobre la imagen—. Como os dije, tiene forma de cuatro.

El testimonio de Javier Rubielos ratificaba las sospechas de Roy. *Caracortada* estaba vinculado con el asesinato de Alí, al menos con la escena del crimen o sus proximidades. Y salvo que tuviera la extravagante afición de acudir a las exequias de desconocidos, también con el de Rodrigo Noriega.

Los remordimientos hostigaron de nuevo al inspector: si *Caracortada* estaba implicado, en mayor o menor medida, en ambos crímenes, ¿no sería cierta la versión de los hechos ofrecida por Chuso Artieda? Porque, a primera vista, había circunstancias que no casaban. *Caracortada* había transitado por la finca de Alí a las dos de la mañana, probablemente con aviesas intenciones. En ese caso, ¿para qué había acudido Artieda a las tres? ¿Para rematar al muerto? No tenía sentido.

Las declaraciones del traficante comenzaban a ser verosímiles. En su contra jugaban las impresiones digitales en la foto de John Wayne y los berridos emitidos en el rellano, pero tales extremos no eran incompatibles con su inocencia. ¿Y si era verdad que el camello había tenido mala suerte y había visitado a Alí en el peor momento? Tal hipótesis no era descabellada, por lo que el inspector decidió contactar más tarde con Elisa Gayarre para que esta determinara lo pertinente. Que para esc están los jueces y sus puñetas.

Roy acompañó a Rubielos hasta la puerta de la oficina. Antes de despedirse, le agradeció la ayuda prestada. El abogado y expolicía se quitó importancia:

—Así purgo mis pecados —dijo con cierta pesadumbre—. Defender a los delincuentes da dinero, pero no se aviene muy bien con la conciencia de un policía.

—Uno nunca deja de serlo, ¿verdad?

Rubielos miró fijamente al inspector.

—Puedes jurarlo.

Roy telefoneó a Elisa Gayarre y la puso al corriente de las novedades. También le confesó sus dudas acerca de la participación de *La Atalaya* en la muerte de Alí. Su señoría estuvo de acuerdo en que la implicación del traficante perdía consistencia, pero se mantuvo firme en su decisión de no ponerlo en libertad.

—El señor Artieda irrumpió en el domicilio de la víctima, dejó sus huellas sobre la fotografía hallada en el cadáver y fue sorprendido con noventa y cinco gramos de

cocaína. No se apure, inspector. Tengo argumentos sólidos para mantener la prisión preventiva. En cualquier caso, la responsabilidad es mía.

—Por supuesto, señorita —respondió Roy—. No soy quién para cuestionar sus decisiones. Mis reparos no son jurídicos, sino de conciencia.

—Pues ya ha descargado sus escrúpulos sobre la mía, así que deje de mortificarse. Céntrese en la investigación y olvídense de lo demás. Sé que está haciendo un buen trabajo en unas circunstancias más bien hostiles. Siga así.

La conversación con la jueza sosegó a Rosario. Al transmitirle sus impresiones, el inspector se había quitado un lastre de encima. La libertad de Chuso Artieda ya no dependía de él, sino de instancias superiores. Lo cual era un alivio. El peso que puede soportar una conciencia es limitado, siempre se agradece que parte de él descansa en hombros ajenos.

Las entrevistas con los amigos, vecinos y clientes de Rodrigo Noriega no aportaron nada sustancial. El empresario era visto por todos como una persona de hábitos prosaicos y nada proclive a la enemistad o al conflicto. A todos sorprendió el asesinato. Ninguno recelaba nada. Nadie sospechaba de nadie.

El análisis del ordenador, el móvil y los dispositivos electrónicos incautados en la Sauna Nordik y en el domicilio de la víctima tampoco arrojó datos esclarecedores. Las llamadas efectuadas, las páginas *web* visitadas, los wasaps y el resto de material digital eran reflejo de una vida convencional en la que nada hacía prever su fatal desenlace.

Como siempre que afrontaba un secuestro o un homicidio, Roy se había reservado detalles sustanciales, hurtándolos a los medios de comunicación. Esta es una de las prevenciones clásicas en cualquier investigación. Mantener en secreto algunas circunstancias permite contrastar la veracidad de las llamadas anónimas, acusaciones y autoinculpaciones que siempre acaban por acaecer si las pesquisas se prolongan en el tiempo. En los asesinatos de Alí y Noriega, los datos reservados eran varios y relevantes. Entre otras informaciones, Roy había decidido no trasladar a la prensa la marca y procedencia de los grilletos que maniataban a las víctimas. Tampoco se habían difundido las imágenes de *Caracortada* registradas por Ordóñez; por fortuna, los reporteros presentes en el funeral de Noriega no habían tenido tiempo de filmar al sospechoso.

Ante la falta de pistas fiables que condujeran a la pronta resolución de los asesinatos, entre los investigadores se abrió el debate sobre la conveniencia de hacer público alguno de los indicios. Ordóñez postulaba la difusión de las imágenes de *Caracortada* y la consecuente solicitud de colaboración ciudadana. Su postura estaba

motivada, en parte, por el afán de protagonismo, al haber sido él quien había obtenido las grabaciones. Neira y Jurado, siempre ávidos de acción, apoyaban a su compañero. Jonás abogaba por hacer pública la pista búlgara. No confiaba mucho en la eficacia de la medida, pero en su favor argüía que apenas comprometía las pesquisas. Alexis Guzmán, más prudente, prefería no tomar decisiones precipitadas.

Roy los escuchó a todos y resolvió guiarse por las palabras de san Ignacio: «en tiempos de tribulación, no hacer mudanza». Las evidencias contra *Caracortada* eran débiles y quizá todavía se sintiera seguro. En tal caso, no convenía quebrar su confianza. Si se divulgaba su imagen, pondría pies en polvorosa, frustrando la investigación. Lo mismo ocurría con el resto de indicios. Las prisas son malas consejeras, pensó Roy, y la paciencia, la mejor arma del policía.

Marc Fontcuberta, el cliente de la Nordik que había fotografiado a Rodrigo Noriega y Jerónimo Gargallo el día del cumpleaños del segundo, se presentó por la tarde en las dependencias policiales para ser oído en declaración. Marc, que rondaba la cincuentena, apareció ataviado con un traje mostaza y una camisa a juego. Se peinaba con gomina y a tiralíneas, al estilo mafioso de los felices años veinte. Bronceado, esbelto y elegante, el señor Fontcuberta tenía más trazas de galán hollywoodiense que de viajante de comercio. Desde luego, no tenía pinta de gay, si es que los gais tienen alguna pinta que los caracterice.

Con una sonrisa de circunstancias y un marcado acento catalán, saludó a Roy mientras le estrechaba vigorosamente la mano:

—Me gustaría haberles atendido antes —se disculpó—, pero he llegado esta mañana de Tarragona. El trabajo es lo primero.

—Lo entiendo —respondió Roy—. Sentimos tener que molestarle.

Alexis y Fontcuberta acompañaron al inspector hasta su despacho. Roy se sentó en la butaca, tras el escritorio. Alexis y Fontcuberta se acomodaron en las sillas del otro lado de la mesa. Ninguno de los dos investigadores albergaba demasiadas esperanzas acerca de los resultados de la entrevista, pero la labor policial, para rendir frutos, ha de ser exhaustiva. A veces, no muchas, la clave se esconde tras la diligencia más rutinaria.

—Usted fue una de las últimas personas que vio a Rodrigo Noriega con vida —comenzó Roy—. ¿Sería tan amable de relatarnos con precisión qué pasó aquella tarde?

Marc Fontcuberta se lanzó a una prolija narración sobre lo ocurrido horas antes del crimen. En lo esencial, su testimonio no difería del prestado por Jerónimo Gargallo, aunque añadía una serie de informaciones colaterales que Roy hubiera preferido

evitar. Fontcuberta se encontraba en la Nordik, en el interior de la sauna finlandesa, donde coincidió con Jesús Zárate. En un momento dado, Jerónimo Gargallo abrió la puerta. Fontcuberta agradeció la irrupción del recepcionista, porque Zárate estaba especialmente pegajoso aquella tarde. A pesar de su edad y de su deplorable estado de conservación, Zárate era el gay más hiperactivo de la ciudad. De hecho, cuando Jerónimo se asomó a la sauna para invitarlos a cava y pastel, el viejo rijoso, desazonado por las negativas de Fontcuberta a sus requerimientos sexuales, pero aún excitado, había comenzado a masturbarse. La aparición del recepcionista frustró (más bien pospuso) sus evoluciones manuales.

Fontcuberta relataba estos pormenores con una asombrosa naturalidad, como si estuviera leyendo la lista de la compra o contándole a un conocido sus últimas vacaciones en Benidorm. Roy se sentía incómodo, y al azoramiento unía un vago sentimiento de culpa por su falta de indulgencia con el mundo homosexual. No obstante, alivió sus complejos al examinar fugazmente el semblante de Alexis. Su compañero era la viva imagen de la vergüenza, un intenso color malva le trepaba por las mejillas. Si el subinspector se abochornaba ante la procaz exposición, aquello no era cuestión de homofobia, sino de un elemental sentido del pudor.

—Quizá no sean necesarios tantos detalles —sugirió Roy.

—Bueno —titubeó Fontcuberta—, ustedes me pidieron precisión.

—Pues desde este momento le pedimos síntesis —zanjó Alexis—. Será mejor que vaya al grano.

Al grano había ido, se dijo Roy, y de qué manera. El inspector agradeció la intervención de Alexis. Su tono tajante surtió el efecto deseado y Fontcuberta se ciñó a los hechos relevantes: la tarta, las treinta y nueve velas, Noriega entonando el *Cumpleaños Feliz...* Nada fuera de lo declarado días atrás por Jerónimo Gargallo.

—Hay muchas probabilidades de que la fotografía que tomó sea la última de la víctima —afirmó Roy.

—La tengo en el móvil. ¿Quieren verla?

—Por favor.

El testigo extrajo del bolsillo derecho de su americana un *iPhone* último modelo cuya carcasa reverberaba con una inquietante luminiscencia irisada. A los ojos de Roy, aquel detalle desvirtuaba por completo la fachada elegante y viril tras la que se parapetaba Fontcuberta. Había que ser muy gay para personalizar un artilugio tan caro con un acabado tan *kitsch*. Muy gay o muy horterera.

Fontcuberta accedió al archivo de fotos y rebuscó en su contenido. A los treinta segundos dio con la imagen deseada.

—Aquí está.

Roy y Alexis se inclinaron sobre la pantalla. A primera vista, no mostraba nada de

particular. Jerónimo Gargallo abrazaba a Rodrigo Noriega, quien exhibía una sonrisa postiza. El escenario era idéntico al del *selfie* que Jerónimo les había enseñado días atrás. Aun así, el inspector decidió guardar la instantánea.

—Con su permiso, la descargo en el ordenador.

Roy conectó el *iPhone* a su ordenador mediante un cable USB y copió la fotografía en una carpeta del escritorio. Luego clicó sobre el icono del archivo para maximizar la imagen. Jerónimo Gargallo y Rodrigo Noriega sonreían desde el otro lado del monitor.

—No le molestamos más, señor Fontcuberta —dijo Roy a modo de despedida.

—*No ha estat cap molèstia*[\[15\]](#) —respondió el aludido.

—*Tot i així, li estem molt agraïts*[\[16\]](#).

—Disculpe, inspector, acabo de volver de Tarragona y el catalán me sale solo. Por cierto, me sorprende que lo hable usted tan bien.

—Estuve destinado en Barcelona —explicó Roy—. Aún me acuerdo del idioma.

—Espero que también de los hablantes.

—Solo de una parte de ellos. La mitad, aproximadamente. Del resto prefiero olvidarme.

El viajante de comercio tragó saliva y trató de balbucir una respuesta que se le murió a media garganta. Alexis, para evitar conflictos, lo tomó del brazo con suavidad y lo condujo hasta la puerta del despacho.

—Lo dicho, señor Fontcuberta. —El subinspector armó la mejor de sus sonrisas—. Le agradecemos su colaboración.

Desconcertado, el testigo se despidió y salió de la estancia trastabillando. Alexis cerró la puerta y se encaró con su superior:

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Roy, agitado, volvió a sentarse. Después de unos segundos, sacudió despacio la cabeza. Era consciente de que se había excedido.

—No sé qué me pasa, Alexis... Estoy nervioso y Fontcuberta me ha sacado de mis casillas con sus historias de mariquita de sauna.

Apenas pronunciadas, el inspector se arrepintió de sus palabras e hizo un gesto con la mano como si quisiera borrarlas. Alexis, aunque molesto, aceptó las disculpas.

—Estoy estresado, duermo mal —se excusó Roy—. No entiendo nada de este maldito caso. Hemos metido en la trena a un tipo cuya implicación en las muertes es más que dudosa. Lo único que tenemos es un cachas con ojo ortopédico del que desconocemos nombre, dirección, oficio y nacionalidad. Solo sabemos, y tampoco con certeza, que puede ser del este. A veces temo que su presencia en este asunto no sea más que una puta casualidad.

Alexis pasó al otro lado del escritorio y palmeó la espalda de su jefe.

—Tranquilo, hombre. El mejor escribano echa un borrón. Respecto a la presencia de *Caracortada* en los crímenes, tengo la certeza de que no es mero azar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por esta imagen.

Alexis señaló el monitor. Jerónimo Gargallo y Rodrigo Noriega posaban en el vestíbulo de la Nordik, de espaldas a la puerta de cristal que comunicaba con el exterior. Sus figuras ocupaban casi toda la pantalla.

Rosario interrogó al subinspector con la mirada.

—Hay una tercera persona en esta fotografía —aseguró Alexis—. A ver si la encuentras.

Roy examinó la imagen y, al cabo de unos segundos, reparó en un detalle que no había advertido con anterioridad: a través del vidrio de la puerta se apreciaba, al otro lado de la calle, la presencia de un bulto humano.

Recostado contra la pared e iluminado por el halo artificial de una farola cercana *Caracortada* vigilaba el interior del establecimiento.

Capítulo dieciséis

África residía en un apartamento de un solo ambiente. La vivienda estaba ubicada en una finca de la Avenida de América, arteria principal del, como suelen denominar los noticieros, *populoso* barrio de Torrero.

Es curioso el uso, generalmente eufemístico, que damos a algunos epítetos, reflexionó Roy. *Populoso* significa, literalmente, que está muy poblado. Y muy poblados están los barrios de Sarriá y Sant Gervasi en Barcelona, y el barrio de Salamanca en Madrid, aunque, según recordaba el inspector, nadie los hubiera adjetivado jamás como *populosos*. Para Roy, la conclusión lógica era que cuando los periodistas hablan de un barrio populoso, lo que en realidad quieren transmitir es que se trata de un barrio obrero, desfavorecido o, más llanamente, pobre. P-O-B-R-E. Una de las notas características de la posmodernidad y que más asqueaba a Roy es que nadie llama a las cosas por su nombre, ni dice lo que piensa, ni piensa lo que no le han dicho que piense.

El inspector reflexionaba sobre estos extremos tumbado en la cama *King size* (léase *muy grande*) que África Trinidad había instalado en un rincón del apartamento. El lecho estaba resguardado del resto de la vivienda por una celosía de madera barnizada en tonos claros. La mujer, con las manos impregnadas en aceite corporal y sentada a horcajadas sobre el varón, le masajeaba vigorosamente la espalda. Sus ansiolíticas manos, unidas al relax poscoital, ahuyentaron los pensamientos filológicos de Rosario y lo acunaron en una nube de calma y placidez. Para evitar que se amodorrara, África le preparó un *bourbon* con hielo y le acercó un cenicero. Rosario encendió un Marlboro y alternó el humo del tabaco rubio con el paladeo del *bourbon* helado. Momentos así hacían soportable la vida.

—Ya es tarde —observó África—. ¿Te quedas a dormir?

—No he traído ropa de recambio —dijo Roy.

—Puedes pasar por tu casa a primera hora.

El inspector dio una calada a la que siguió un largo sorbo de licor. Virginia en la garganta y Kentucky en la boca: el maridaje perfecto. Sin duda, los lamentos de su madre malograrían el bienestar cultivado durante la estancia en el pequeño apartamento. Y sería una grosería abandonar el calor de aquellas sábanas después de haber cenado, amado y dormitado por obra y gracia de su anfitriona.

Rosario volvió a saborear el aroma a roble del *bourbon* y se sorprendió envidiándose a sí mismo.

—Tienes razón —contestó—. Me quedo a dormir; aunque te advierto que ronco.

África lo arropó y le besó en los labios:

—Ese es el menor de tus defectos.

—¿Y el mayor? —preguntó el inspector asiendo a su pareja por las caderas y atrayéndola hacia sí—. ¿Cuál es el mayor?

—Tu aversión a las relaciones normales.

Rosario apagó el cigarrillo en el cenicero y hundió la cara en el cabello de África. Olía a juventud y a champú de almendras. Despacio, deslizó las manos por la espalda curva de la mujer. Tenía la piel suave y los músculos torneados. Luego llevó sus caricias más abajo. El culo de África era firme y templado. En segundo plano, el segundero de un despertador antiguo acompañaba el silencio.

Era bueno estar así, se dijo Rosario, abrazado a África, sumergiendo la nariz en los pliegues de su cuerpo. No era magnífico, apasionante ni arrebatador. Era bueno, simplemente bueno. Y en el día a día del inspector los buenos momentos no se prodigaban. Vivir de aquella manera tenía que ser agradable. Relajarse juntos, parlotear haciéndose arrumacos, ver una película tendidos sobre la cama, antes o después de hacer el amor. Dejar correr las manecillas del reloj y las preocupaciones invariablemente banales de la existencia. Olvidarse un poco de uno mismo, de ese yo monótono y reiterativo que susurra sin descanso sus eternas obsesiones y sus miedos.

Pero esos intervalos de paz, ese bienestar, ¿no mudarían con el tiempo? ¿No se tornarían rutina, luego obligación y finalmente condena? Y la violencia que el inspector creía adormecida en sus genes, ¿no despertaría y arremetería contra la mujer amada?

África se acurrucó a su costado. Su respiración, lenta y pausada, simulaba un rumor de olas en el oído de Rosario. Arrullado por su cadencia, el inspector se quedó dormido.

Al despuntar la mañana, la luz se filtró entre las lamas de las persianas. Rosario se incorporó con sigilo, se vistió y salió del apartamento. Antes de atravesar el umbral, volvió la vista hacia la cama. A través de los huecos de la celosía, observó el cuerpo desnudo de África. La mujer dormía bocabajo y los rayos de sol hacían brillar su pelo. La sábana le cubría las piernas y dejaba al descubierto la espalda sinuosa y el nacimiento de sus caderas.

Rosario experimentó una mezcla de ternura y excitación.

Después de pasar por su domicilio para acicalarse, Roy se encaminó a paso ligero hacia la Jefatura. El sol brillaba en el cielo y la atmósfera resplandecía limpia y despejada. Con semejante escenario, se le antojaba absurdo encerrarse en el despacho, así que telefoneó a Guzmán.

—Buenos días, Alexis. ¿Ya estás en la oficina?

—Hace más de media hora —contestó el subinspector—. A mí no se me han pegado las sábanas.

Roy soltó una carcajada.

—¿Hay alguna novedad?

—Han llegado los informes de la Científica —informó Alexis.

—Pues baja a la terraza del Giorgio y me pones al corriente. Hace una mañana espléndida.

La cafetería Giorgio era uno de esos establecimientos impersonales donde lo mismo te sirven café con leche que gambas con gabardina, y en los que, inexplicablemente, ambos productos saben y huelen parecido. Pero estaba cerca de Jefatura y disponía de una terraza exterior soleada y circuida por un toldo, lo que la hacía óptima para fumadores compulsivos y parroquianos frioleros. La influencia italiana solo se dejaba notar en el nombre; allí jamás se había cocinado *pizza* ni *risotto*, y al último cliente que había pedido un capuchino se le sugirió que lo buscara en la iglesia franciscana de San Antonio de Padua.

Alexis Guzmán apareció sonriente y con una gruesa carpeta bajo el brazo. Tras pedir un cortado, se sentó en una silla metálica frente a Roy. Los rayos de sol atravesaban las ventanas de plástico transparente, templando el pequeño espacio delimitado por la carpa.

—Esto parece un invernadero —espetó a modo de saludo. Luego observó el rostro de su jefe—. Déjame adivinar... Has dormido fuera de casa y en compañía femenina.

El gesto de sorpresa de Roy fue un reconocimiento a la clarividencia del subinspector.

—¿De dónde sacas tú eso?

—De tu lenguaje corporal: espalda enhiesta, amplia sonrisa, voz segura y estentórea... Las señales típicas del macho satisfecho. Espero que la afortunada haya sido África.

—¿Y a qué se debe ese deseo?

—Llámanos sentimentales, pero Fredy y yo le hemos tomado cariño.

Roy sacudió la cabeza, sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo interior de su chaqueta y cogió un pitillo. Mientras lo encendía se percató de que aquella conversación le hacía sentir incómodo.

—Vamos con esos informes —ordenó—. Espero que sean buenas noticias.

Alexis entreabrió la carpeta y extrajo tres legajos de su interior.

—El de balística confirma lo que ya suponíamos. La pistola utilizada para asesinar a Noriega es la misma con la que mataron a Alí. —Alexis ojeó la primera página del dossier. Había olvidado la marca y el modelo del arma—. Una Arcus 98 DA, fabricada en Bulgaria. Los proyectiles son del calibre nueve milímetros Luger, idénticos a los del primer asesinato. Esta vez el asesino usó silenciador.

—Parece que fue el mismo tipo que mató a Alí.

—Los mismos tipos —corrigió Alexis—, y ahí enlace con el segundo informe, el de Trazas Instrumentales. Como recordarás, encontramos pisadas sobre la sangre coagulada del suelo de la Nordik. Pues bien, los muchachos de Trazas han introducido las fotografías de las huellas en el SICAR, la base de datos de suelas de calzado. Los resultados pueden ayudarnos.

Alexis hurgó en el segundo legajo y asió unos folios grapados por un extremo. Pasó varias páginas hasta llegar a una en la que aparecían dos imágenes dispuestas sobre sendos pies de foto. La primera mostraba una zapatilla deportiva de tonos azules adornada con ribetes claros de piel vuelta. En la segunda aparecía una bota de seguridad de color negro. Tenía una gruesa suela de goma y una llamativa lengüeta exterior, cerrada con velcro, que protegía y ocultaba los cordones. Una etiqueta con la leyenda Herock remataba el lateral de la lengüeta.

El índice del subinspector señaló la primera fotografía:

—Una de las pisadas se corresponde con este modelo de zapatilla. Es de la marca Bulldozer, modelo 6063, talla cuarenta y seis.

—El dueño del pie tiene que ser alto —reflexionó Roy—. Podría tratarse de *Caracortada*.

—Me apuesto la nómina —afirmó Alexis—. Sobre todo porque sabemos que la marca Bulldozer es búlgara.

Roy arqueó las cejas y movió afirmativamente la cabeza mientras aplastaba la colilla contra el cristal del cenicero. Acto seguido, contraviniendo su costumbre de no fumar dos cigarrillos seguidos, cogió otro Marlboro de la cajetilla y se lo puso en la boca. Tardó unos segundos en encenderlo.

—Debemos ponernos en contacto con Interpol y solicitar a Bulgaria información sobre *Caracortada*. Hay que mandarles los fotogramas y una descripción detallada de la altura, complexión y demás características físicas del sospechoso.

—No tenemos nombre ni datos de filiación —lamentó Alexis.

—Cierto. Pero no creo que pululen por Bulgaria muchos calvos musculosos con ojo de cristal y una cicatriz en forma de cuatro. Si está fichado, podrán decirnos algo.

—Dios quiera que sea así —deseó el subinspector—. Pasemos al segundo calzado.

Se trata de una bota de seguridad de la talla cuarenta y cinco con protección antiperforación, suela antideslizante y puntera reforzada. Es una Herock, modelo *Volcanus* y puede comprarse en nuestro país.

A Roy aquellas botas le resultaban familiares, aunque no sabía por qué. Rebuscó en los recovecos de su memoria, pero fue en vano.

—Si se vende en España...

—Menos da una piedra —replicó Alexis—. No hay mucha gente que compre ese tipo de bota. Puede ser una buena pista en un momento dado.

Roy pensó que su compañero tenía razón. Bien visto, el viernes había amanecido fructífero. El círculo de indicios en torno a *Caracortada* se estrechaba y las evidencias confirmaban la intervención de una segunda persona en la ejecución material de los asesinatos. La investigación avanzaba a ritmo lento pero constante. Aunque esa velocidad, válida para los homicidios convencionales, no era suficiente para neutralizar a asesinos en serie. El riesgo de nuevas muertes era muy alto y la urgencia de detener a los culpables apremiaba a los investigadores. A ello había que añadir la presión de los jefes y de los medios de comunicación.

El inspector observó la carpeta que Alexis sostenía entre las manos.

—Veo que tienes un tercer legajo —señaló.

—Es el informe lofoscópico.

—Qué raro —exclamó Roy—. África no me ha adelantado nada.

—Es que las huellas las ha procesado Novato y el informe lo ha redactado un oficial de la Científica.

—Dime que tenemos algo.

—Me gustaría, pero no puedo. Las impresiones digitales recogidas en el escritorio de Noriega son ilegibles. Lo único que tenemos son trazas de guantes. De dos tipos de guantes, para ser más exactos. La huella parcial que África detectó en los grilletes es tan pequeña que no sirve para nada.

Roy apuró el cigarrillo y lo retorció contra el cenicero.

—También encontramos trazas de dos pares de guantes en el domicilio de Alí —recordó.

—Es cierto.

El firmamento se oscureció de repente. Unos nubarrones grises cubrieron el sol y el frío se adueñó de la avenida. El inspector remató de un sorbo el café y dejó unas monedas sobre el velador. Luego se incorporó.

—En marcha, colega —dijo mientras se sacudía las perneras de los vaqueros—. Hay mucho trabajo.

Los viernes en la Policía, más incluso que en el resto de instituciones públicas, suelen ser días de sosiego. La inminencia del fin de semana aconseja posponer determinadas gestiones. Aquella mañana, sin embargo, fue una sucesión incesante de informes y novedades. A los dosieres de la Policía Científica se unieron los análisis sobre el semen hallado en los cadáveres, así como un abultado expediente en el que se registraban los teléfonos móviles activos cerca del domicilio de Alí y de la Sauna Nordik durante la comisión de ambos homicidios. El expediente se dividía en dos listados, uno por cada crimen. Había que compararlos para encontrar números coincidentes.

Roy y Guzmán se acomodaron en el despacho del primero. Antes de examinar los resultados del laboratorio, el inspector citó a Jonás y Ordóñez y les encomendó el estudio del expediente de los móviles. Les acució para que concluyeran la tarea en el transcurso de la mañana. Jonás, acostumbrado a las exigencias que comporta la investigación criminal, aceptó la orden sin rechistar. Ordóñez, por el contrario, dejó constancia de su disconformidad:

—¿Por qué nosotros, jefe? ¿Y por qué tanta urgencia?

El inspector resistió la tentación de responder haciendo referencia explícita a sus gónadas.

—A la primera cuestión te responderé que Jurado y Neira están ocupados en otros menesteres, así que solo me quedáis vosotros, porque no pienso poner a trabajar al subinspector en labores auxiliares. —Alexis agradeció la deferencia con una inclinación de cabeza—. A la segunda contestaré diciendo que sería cojonudo encontrar un teléfono móvil que hubiera estado activo en los dos escenarios de los crímenes, porque lo intervendríamos de inmediato para dar con su propietario, el cual, seguramente, estaría implicado en el asunto. Te recuerdo que estamos ante un caso de asesinatos en serie, por lo que huelga recalcar la necesidad de resolverlo con prontitud.

»Además es viernes, los departamentos jurídicos de las compañías de teléfonos cierran los fines de semana y, si queremos pinchar un canuto hoy, tenemos que darnos una prisa que te cagas. Y te hago saber que tú eres un policía novato y yo un inspector veterano, así que haces lo que se te manda y punto.

Ordóñez enmudeció ante la contestación; un velo de color púrpura cubrió de vergüenza sus mejillas. Jonás le administró unos piadosos golpecitos en la espalda al tiempo que lo acompañaba fuera del despacho.

—Este chico no calla ni debajo del agua —comentó Alexis.

—Pues tendrá que aprender a hacerlo —dijo Roy—, o va a tener muchos problemas en esta empresa.

—No lo creo, su papá es Comisario General.

—Pero un día se jubilará, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues eso.

El inspector cogió el legajo con los resultados de los análisis de semen y lo depositó sobre el escritorio. El informe comenzaba con unas farragosas consideraciones científicas y finalizaba con un no menos alambicado párrafo de conclusiones. Roy obvió las primeras y leyó en silencio el segundo.

—Nada que no esperáramos —informó finalmente a Alexis—. El semen de ambos cuerpos pertenece al mismo varón y su ADN no está registrado en nuestros archivos.

El subinspector hincó los codos en el tablero, apoyando la barbilla sobre los dedos entrelazados.

—¿Recapitulamos?

Roy respondió afirmativamente:

—Recapitulemos.

Los datos de una investigación se van sumando unos a otros, de manera habitualmente confusa, formando un cuerpo cuyo volumen y contorno varían a lo largo del proceso. Para no perder la perspectiva conviene, cada cierto tiempo, hacer balance de lo obtenido. De lo contrario, las informaciones se acumulan sin orden ni concierto y no rinden el resultado apetecido.

Las conjeturas sobre los asesinatos de Alí Mohamed Hach y Rodrigo Noriega habían mudado de manera radical, oscilando entre la hipótesis inicial del ajuste de cuentas y la teoría del asesinato homófobo en serie, que, en aquel momento, parecía más plausible. Durante los últimos días, además, las diligencias policiales y las pericias científicas habían aportado nuevos elementos de juicio que urgía evaluar.

Para Roy y Guzmán, la *recapitulación* (nombre que gustaban dar al análisis general del estado de la investigación) era una tarea de dos que se sustentaba mediante la vieja técnica de la tormenta de ideas y que concluía con la redacción final de un memorándum de uso interno y carácter meramente orientativo.

Recopilaron los documentos del caso y los amontonaron sobre el escritorio. Roy ordenó a Jonás que no se les interrumpiera salvo caso de fuerza mayor. Cerró la puerta del despacho, silenciaron los móviles y desconectaron el teléfono fijo.

Una vez aislados, emprendieron el repaso de la documentación, que interrumpían de vez en cuando para solicitar del otro alguna aclaración o plantear ideas nuevas. La revisión del papeleo, incluidos los informes más recientes, se prolongó por espacio de dos horas. Después, inspector y subinspector se lanzaron a la formulación de una batería ingente de preguntas, teorías y sospechas, de la que dimanaría el informe con las hipótesis de trabajo y las líneas a seguir en la investigación.

A la una en punto, Roy tecleaba en su ordenador el primer esquema del

memorándum:

Alí Mohamed Hach aparece asesinado en su piso el 26 de agosto. Se detiene a Chuso Artieda, traficante de poca monta, como responsable de su muerte. Alí era cliente suyo y le adeudaba una importante cantidad de dinero. Se encuentra una huella dactilar de Chuso en el piso y hay testigos que lo sitúan en la escena del crimen. Un vecino ve y oye a otro individuo (Caracortada, acento del este) a través del telefonillo. La puerta de entrada al domicilio de Alí está entornada y sin signos de haber sido forzada.

1.- *¿Están relacionados Chuso y Caracortada?*

—*Difícil de determinar.*

2.- *¿Conocía Alí a su asesino y por eso le franqueó la entrada al piso?*

—*Verosímil.*

El 7 de septiembre, con Chuso ya en la cárcel, se encuentra el cuerpo tiroteado de Rodrigo Noriega, dueño de la Sauna Nordik. Alí y Rodrigo habían mantenido una relación sentimental en el pasado. Alí había seguido frecuentando la sauna hasta que fue eliminado.

3.- *¿Los asesinos conocen la Nordik?*

—*Verosímil.*

4.- *El hecho de que Alí y Rodrigo mantuvieran una amistad ¿es relevante?*

—*Verosímil.*

Tanto Alí como Rodrigo son homosexuales y muy conocidos entre la comunidad gay de Zaragoza. Sobre sus cadáveres, los autores dejan sendas fotografías de John Wayne. Parece que quieren dirigir a la Policía hacia la hipótesis de un serial killer homófobo, ya que, en Estados Unidos un tal John Wayne Tracy perpetró decenas de homicidios de gais antes de ser capturado.

Además, un individuo disfrazado de John Wayne tomó parte, junto a Alí, en una fiesta de disfraces que tuvo lugar en la Nordik. Onofre Lapuerta, ingeniero de minas y cliente del establecimiento, también acudió a la fiesta. Onofre se fotografió junto a Alí y John Wayne. Está en paradero desconocido.

5.- *¿Nos encontramos ante una serie de asesinatos homófobos?*

—*Verosímil.*

6.- *¿Es la fotografía de John Wayne una pista demasiado obvia? ¿Pretenden los asesinos engañar a la Policía conduciéndola a una línea errónea de investigación o solo evidenciar el móvil de los crímenes?*

—*Difícil de determinar.*

7.- *¿Está relacionado el John Wayne de la fiesta con los asesinatos?*

—*No hay pruebas a favor ni en contra, pero parece demasiada coincidencia.*

8.- *¿Papel de Onofre Lapuerta?*

—*Difícil de determinar.*

Chuso Artieda y Rodrigo Noriega no tienen ningún vínculo.

9.- *¿Queda descartado Chuso como autor del primer asesinato?*

—*Verosímil.*

En ambos homicidios aparecen una serie de evidencias comunes:

a) *Modus operandi (posición y desnudez de los cadáveres, dos tiros en la cabeza, uso de silenciador).*

b) *Grilletes marca Varna, búlgaros.*

c) *Proyectiles nueve milímetros Luger, disparados con pistola Arcus (marca búlgara).*

d) *Trazas de dos tipos distintos de guantes.*

e) *Semen del mismo individuo en el recto de las víctimas. Las autopsias no pueden confirmar si hubo relaciones sexuales consentidas, bajo amenazas o post mortem.*

f) *Foto de John Wayne.*

10.- *¿Son al menos dos los asesinos?*

—*Verosímil.*

11.- *¿Son búlgaros?*

—*Verosímil.*

12.- *¿El semen implica algún móvil sexual en los crímenes?*

—*Verosímil. O puede que solo sea parte de un rito homófobo.*

En el asesinato de Rodrigo aparecen huellas de calzado (unas zapatillas de la marca búlgara Bulldozer y unas botas de seguridad de la marca Herock).

13.- *Reiteración pregunta décima: ¿son al menos dos los asesinos?*

—*Verosímil +.*

14.- *Reiteración pregunta undécima: ¿son búlgaros?*

—*Verosímil + (al menos uno de ellos).*

En el teléfono de uno de los clientes de la Nordik hay una foto en la que se ve a Caracortada vigilando el establecimiento. También se le detecta en el funeral de Noriega.

15.- *¿Es Caracortada un elemento común a ambos asesinatos?*

—*Cierto.*

16.- *¿Es Caracortada búlgaro?*

—*Verosímil. Pendiente de confirmación.*

Concluido el primer borrador del memorándum, Roy se lo dio a leer a Alexis, quien lo estudió detenidamente antes de formular nuevas preguntas y sugerencias.

El inspector se quedó a solas en el despacho para dar cuerpo al escrito y convertir aquella recopilación provisional en un texto más exhaustivo. Trabajar sobre lo trabajado, releerlo y reescribirlo, le aliviaba la tensión y le ayudaba a aclarar las ideas. Ante un caso de aquella magnitud, la peor opción era la inactividad. Por eso Roy seguía dándole vueltas a los datos, rumiándolos sin cesar. Contemplar todos los puntos de vista, valorar las alternativas, plantearse distintos interrogantes (aunque alguno parezca absurdo) es fundamental en la resolución de un crimen complejo. El policía ha de ser obsesivo y tener las pesquisas siempre en la cabeza. Ha de comer masticando el caso, dormir soñando con el caso, respirar olfateando el caso. Este enfoque maniaco desgasta, pero es el único que posibilita el éxito.

A la una y media, Roy puso punto final a la enésima corrección del memorándum. El trabajo con el ordenador le había provocado jaqueca. Giró la butaca hasta encararse con la ventana del despacho. El cielo seguía encapotado y las nubes, de un intenso gris oscuro, se cernían desafiantes sobre la ciudad. Los gorriones, como si presintieran el aguacero, volaban bajo en busca de la protección ofrecida por las ramas de los sicomoros. El cierzo soplabá con furia, levantando remolinos de hojas a su paso.

Los primeros goterones repicaron contra la ventana. Enseguida velaron la visión del inspector. La lluvia le entristecía y le tornaba pesimista. Seguía mascando mentalmente el memorándum y sus conclusiones no eran positivas. Hasta la fecha, solo disponían de pistas contradictorias, evidencias aisladas, datos deslavazados. La sospecha más consistente recaía sobre un individuo del que desconocían casi todo. Faltaban las herramientas que cimientan cualquier investigación: teléfonos, matrículas, nombres, movimientos bancarios... Las incertidumbres abarcaban desde la filiación de *Caracortada* hasta el móvil real de los asesinatos. Y los indicios de culpabilidad del único encarcelado perdían solidez a marchas forzadas.

El golpeteo de unos nudillos al otro lado de la puerta arrancó a Roy de sus cavilaciones. El inspector consultó el reloj: eran las dos de la tarde. La última media hora se le había evaporado elaborando sombríos augurios al son de las gotas de lluvia.

—Adelante.

La puerta se abrió, dando paso a Jonás y Ordóñez. Este, exultante, blandía en la

mano derecha los listados de las compañías telefónicas. Jonás iba a abrir la boca, pero Ordóñez lo frenó con la zurda.

—Déjame a mí —susurró.

Roy enarcó las cejas y se recostó en el asiento.

—¿Se puede saber qué pasa?

Ordóñez sonrió con malicia.

—Tenemos buenas noticias.

—Pues ya estáis tardando en comunicármelas.

—Hemos analizado todos los números de ambos listados: hay uno que está presente en los dos. Efectúa dos llamadas en cada escenario, con un intervalo de quince minutos entre llamada y llamada. Y las cuatro son al mismo número.

El corazón de Roy palpó con fuerza. Esa podía ser la palanca que precisaba la investigación: un teléfono presente en las dos escenas del crimen que realizaba llamadas al mismo terminal. ¿Podían ser contactos de seguridad, comunicaciones establecidas con un jefe o un compinche, la primera para avisar de la inminencia de la acción y la segunda para informar sobre el resultado de la misma? Si esta hipótesis era cierta, habían dado por fin con un hilo firme del que tirar.

Sin embargo, la mente del inspector, curtida en la cautela, procuraba mantener la ecuanimidad. Un móvil que telefoneaba a otro en los lugares y horas de los dos crímenes podía implicar muchas cosas, entre ellas una puñetera casualidad. No sería la primera vez. Roy trataba de meditar de forma desapasionada, decantándose por las opciones menos halagüeñas. La experiencia le indicaba que ese era el método más seguro y que menos disgustos deparaba. Finalmente, decidió consultar con Guzmán.

—Que venga Alexis.

Ordóñez salió del despacho para regresar poco después con el subinspector. Roy expuso los hechos y pidió su opinión.

—¿Mi opinión? —exclamó Alexis—. Mi opinión es que por fin tenemos algo.

—¿No crees en las casualidades? —inquirió Roy.

—Claro que sí. Y en la Santísima Trinidad, pero nunca se me ha aparecido. Que me reviente la aorta si esos teléfonos no pertenecen a los malos.

Jonás, que hasta entonces había guardado silencio, intervino con cara de fastidio:

—Siento aguar un poco la fiesta, pero no todo son buenas noticias.

—¿A qué te refieres?

—Las tarjetas están a nombre de nonagenarios, lo que significa que quizá no sean los usuarios reales de los terminales. Los habrán perdido o se los habrán sustraído y no los han dado de baja. O habrán muerto. Además, hemos tirado de contactos en las compañías telefónicas. Nos han adelantado que los dos teléfonos, tanto el que llama como el que recibe, permanecen casi siempre apagados. De hecho, solo se han

activado tres veces en los últimas cuatro semanas: los días de los asesinatos de Alí y de Noriega, y hace casi un mes, el jueves veinticuatro de agosto.

—Más a mi favor —apostilló Alexis—. Eso confirma que son teléfonos de seguridad y que solo los utilizan cuando van a hacer maldades.

—Pero si no están activos, van a ser difíciles de rastrear —apuntó Jonás.

—Más difícil es rastrear la nada —dijo el subinspector—, que es lo que hemos estado haciendo hasta ahora. Ya que habéis tirado de contactos, ¿habéis averiguado desde qué lugar concreto operaban los terminales?

—En los asesinatos de Alí y de Noriega, el que llamaba lo hacía en los alrededores de los lugares de los crímenes, y el que recibía, en el Parque del Tío Jorge o sus inmediaciones.

Una sospecha cruzó la mente de Roy. Jonás había dicho que en el último mes los teléfonos se habían encendido tres veces. La segunda y la tercera habían coincidido con los asesinatos de Alí y de Noriega. En ambas ocasiones, el teléfono que llamaba lo hacía desde los escenarios de los crímenes, mientras que el que recibía transmitía desde el Parque del Tío Jorge. El inspector tuvo un mal presentimiento:

—¿Desde dónde operaron los teléfonos el veinticuatro de agosto?

Jonás extrajo el cuadernillo de notas que guardaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros, lo abrió y buscó el dato solicitado.

—La antena que gestionó la señal del terminal emisor está en Illueca, a unos ochenta kilómetros de Zaragoza. El móvil receptor se encontraba, otra vez, en el Parque del Tío Jorge.

En el mismo lugar, pensó Roy, en el que días después había esperado noticias sobre los asesinatos de Alí y de Noriega. Chungo.

El inspector giró la butaca hacia la ventana. La lluvia seguía hiriendo el cristal y el manto de nubes que cubría el firmamento se había vuelto más denso y negro. Un viento racheado sacudía las ramas de los sicomoros y proyectaba sus hojas muertas contra el suelo.

La tempestad arreciaba, e iba a ser duradera.

Capítulo diecisiete

23 de septiembre, sábado.

Rosario Roy respiraba al compás de sus zancadas. Como tenía por costumbre, había comenzado la sesión con suavidad, a seis minutos el kilómetro, para lubricar poco a poco las articulaciones y calentar la musculatura. A ese ritmo, la respiración (tres zancadas para inspirar, tres para espirar) fluía suave y la caja torácica se expandía ligeramente, sin forzar su capacidad. Cuando hubo cubierto los primeros cuatro kilómetros, aumentó la intensidad hasta alcanzar, según el moderno pulsómetro que África le había regalado, los cinco minutos por kilómetro. Con esa velocidad, el compás respiratorio se acortaba (dos zancadas para la inspiración, dos para la espiración) y los pulmones apuraban su cabida, dilatándose al máximo. Esa era la cadencia de carrera que Roy denominaba *meditativa*, puesto que, sin exprimir sus prestaciones corporales, le obligaba a mantener la atención fija en el entrenamiento y alejada de cualquier otra consideración. Las preocupaciones, las obligaciones y los remordimientos decaían; pasaban, en su panorama mental, de puntos centrales a meros elementos decorativos.

El inspector se sentía vigoroso. Había dormido bien, la fascitis no le molestaba y su cuerpo respondía con solvencia a las exigencias del ejercicio. Tras completar cinco vueltas al Recorrido del Tren (un circuito llano de mil quinientos metros por el que, desde tiempos inmemoriales, circulaba un tractor travestido de locomotora que tiraba de dos remolques con asientos), se encaminó hacia las pronunciadas cuestas que serpenteaban en dirección al Parque de Atracciones. Sus piernas acusaron la primera pendiente, pero pronto se acostumbraron al esfuerzo. Roy adecuó el ritmo a la orografía. Sabía que un exceso de entusiasmo le dejaría exhausto y en la cuneta sin haber cumplido su plan de carrera. A las montuosas subidas seguían vertiginosas bajadas que llevaban al límite la resistencia pliométrica de sus cuádriceps. Los pulmones, ahora sí, agotaban al extremo sus posibilidades, y el corazón le batía a ciento ochenta pulsaciones por minuto. Su cerebro era una oquedad en la que solo había lugar para el eco apagado de sus zancadas, el resuello forzado y un zumbido monocorde que alertaba de que su organismo estaba próximo al umbral de lo soportable. Instalado en un segundo plano de su propia conciencia, el inspector se

dejaba mecer por el goce del tormento físico. Solo en sus más duros combates de boxeo, muchos años atrás, había llegado a alcanzar una sensación parecida de agonía.

Fatigado, alcanzó la cima del cerro, desde donde vislumbró la vieja noria del Parque de Atracciones, cuya silueta emergía confusa entre los pinares. Una escena de la infancia brotó del fondo de su memoria.

Era un día de primavera o verano, hacía calor. Rosario, a la sazón un niño de cinco años, hundía la boca en una nube de algodón de azúcar. El abuelo Damián le asía de la mano y su madre, unos metros por delante, immortalizaba el momento con una cámara de fotos. La noria giraba con parsimonia. A lo lejos se oía la fanfarria metálica de las vagonetas que se deslizaban por los raíles de la montaña rusa. El pequeño Rosario trataba de seguir con la vista las evoluciones de la noria, pero el sol le cegaba. A pesar de usar la mano libre como visera, los ojos le escocían por el exceso de luz y por el sudor que le chorreaba de la frente. Rompió a llorar. Mercedes se acercó, lo abrazó y le plantó un beso húmedo en la mejilla. Aquel era uno de los escasos besos maternos que aún guardaba en el recuerdo.

Roy sacudió la cabeza. Las gotas de sudor salieron despedidas describiendo un arco que se deshizo al contacto con el asfalto. Rodeó el monumento a la Legión y continuó la carrera en dirección opuesta. Los siguientes kilómetros los afrontó con más sosiego. El ritmo cardíaco descendió hasta las ciento setenta pulsaciones por minuto, la respiración se hizo más cómoda y estable. Para rematar el entrenamiento, dio tres vueltas al Recorrido del Tren, seguidas de cinco minutos a paso lento.

Después de los estiramientos se tendió sobre el césped. El sol que se filtraba entre las hojas satinadas de los magnolios le iluminaba a intervalos el rostro. El cielo estaba despejado y la atmósfera, superado el frío inicial de la alborada, era templada y acogedora. Parecía que el otoño posponía sus rigores. El inspector hurgó en el interior de su riñonera en busca del teléfono móvil. Lo encontró debajo de la pistola, enredado entre una maraña de lazos de seguridad. Recuperado el sosiego físico, era hora de volver a la realidad.

Para un policía de Homicidios, los sábados no se diferencian mucho del resto de la semana. Las posibilidades de pillar a un asesino son idénticas en ambos casos. Además, Roy sabía que el riesgo de que *Caracortada* volviera a matar no era menor una jornada festiva que en un día laborable. Pero ahora, gracias a la diligencia de doña Elisa Gyarre, los investigadores contaban con dos teléfonos intervenidos. La jueza había urgido a las compañías telefónicas, bajo amenazas más o menos veladas de procesamiento, a practicar las intervenciones en menos de doce horas. Las compañías habían obedecido.

El inspector dispuso un operativo que combinaba las escuchas telefónicas con la vigilancia. Un agente de Homicidios estaba de guardia permanente en la jefatura, a la

espera de que se activara alguno de los dos móviles pinchados. Cuando esto ocurriera, los investigadores contarían con dos valiosas informaciones: el mensaje transmitido vía telefónica y la ubicación de los terminales implicados. Ambas se gestionaban a través de la aplicación SITEL y se recibían en un ordenador destinado al efecto. Por otro lado, un par de policías de paisano controlaban el Parque del Tío Jorge, porque cuando los teléfonos se pusieran en funcionamiento, uno de ellos, si se reproducía el patrón de las tres ocasiones precedentes, lo haría desde allí.

Roy deslizó el índice sobre la pantalla del móvil y telefonó a Jonás, que cubría la guardia matutina de escuchas. El policía descolgó de inmediato:

—A la orden, jefe.

—Buenos días, Jonás. ¿Alguna novedad?

—Por el momento, nada de nada. Los dos móviles permanecen apagados o fuera de cobertura.

—¿El sistema funciona correctamente?

—A la perfección. SITEL no falla. En algo hemos mejorado con el tiempo.

El inspector sabía que la paciencia era ahora su aliada. Si los móviles solo se habían activado tres veces en el último mes, nada hacía pensar que de repente fueran a comunicarse con asiduidad. Eran teléfonos de seguridad: los asesinos solo los emplearían cuando fuera imprescindible. Por tanto, el dispositivo podía alargarse durante semanas, tal vez meses.

Se despidió de Jonás y volvió a rebuscar en la agenda del teléfono hasta dar con el número de Jurado.

—¿Cómo va la cosa por el Tío Jorge?

—Aburrida. Aquí no hay más que viejos y niños en patinete.

—Tendrás que aguantar —señaló Roy—. Esto va para largo.

—No hay problema, pasé tres años en el Tercio. «Cumplirá su deber, obedecerá hasta morir[17]». Aunque yo soy más de matar, todo hay que decirlo.

—¿Qué tal el colega de Vigilancia?

—En su salsa. Parece que está hibernando, pero vigila como los cocodrilos, con los ojos entornados y el colmillo alerta.

—¿Quién te hace el relevo?

—Ordóñez.

—Que sea leve.

Roy trotó de vuelta a casa, donde su madre le esperaba con la cabeza coronada de rulos y el desayuno preparado sobre la mesa. El inspector se duchó a toda velocidad y se vistió con lo primero que encontró en el armario. La agenda matutina venía apretada: visita a la consulta del fisioterapeuta, cita de trabajo con Alexis... El tiempo apremiaba.

—Esa camisa está sin planchar —observó Mercedes mientras su hijo se sentaba a la mesa.

—Da igual, mamá. No voy a ninguna fiesta.

La mujer trajo una sartén de la cocina y la depositó sobre un protector de esparto. Con la ayuda de la espumadera, sirvió un par de huevos fritos en un plato y se lo alcanzó a Rosario.

—Si me sigues haciendo estos desayunos, se me van a taponar las arterias —protestó este.

—Tonterías, son huevos ecológicos. Además, has perdido mucho peso. ¿Se puede saber qué te ronda por la cabeza?

—Un par de tipos tiroteados, unos asesinos en serie... Nada del otro mundo.

Mercedes interpretó la respuesta como un reproche.

—Perdona. Sé que tienes motivos para estar estresado. Pero quedarte en los huesos no te ayudará a resolver ningún caso. De todos modos, ten la conciencia tranquila. Esta familia ya soportó su cuota de delincuencia. Y bien cara que la pagó.

Rosario miró extrañado a su madre. Mercedes lucía un semblante imperturbable, solo desmentido por el brillo amargo de tristeza que se adivinaba en el fondo de sus pupilas. El inspector hubiera querido responder algo reconfortante, pero las frases que acudían a su mente sonaban tópicas. Hay dolencias que no tienen cura, pensó, y enfermos que no quieren desprenderse del sufrimiento.

Condujo el Focus hasta el garaje de la Jefatura. Los frenos chirriaban como golondrinas y el tubo de escape expelía un humo negro que tiznaba de carbonilla la carrocería. Aparcó y tomó el ascensor. En el despacho cambió las llaves de su utilitario por las del Opel Vectra oficial. Después pasó por *El Palomar*, que era como los policías denominaban al tabuco en que se ubicaban los ordenadores de las intervenciones telefónicas. Jonás, único ocupante de la estancia, mataba el tiempo leyendo una novela de Michael Connelly en un dispositivo electrónico. Roy le preguntó por los teléfonos. Seguían inactivos. Intercambiaron impresiones sobre el estado de la investigación y Rosario se interesó por el modo en que funcionaba la aplicación SITEL. La visita del inspector, en realidad, era mera cortesía. Le gustaba que sus subordinados se sintieran acompañados cuando tocaba apechugar en sábado o festivo.

—¿De qué va el argumento? —preguntó en referencia a la novela.

—De un homicida en serie que siembra de fiambres la ciudad.

—¿No tienes bastantes muertos con los del trabajo?

—Aquí dentro no huelen —dijo el policía señalando el *e-book*—. Y la pasma

siempre pilla al asesino.

Roy abandonó la jefatura a bordo del Vectra, condujo durante cinco minutos y aparcó en la calle Maestro Marquina, no muy lejos de la clínica de fisioterapia. Al traspasar el umbral del establecimiento, le recibió la luminosa sonrisa de Mara, quien, según advirtió, llevaba todos los botones de la blusa perfectamente abrochados. Era la cuarta vez que el inspector visitaba el local. Después de la primera cita, en la que cortó por lo sano lo que creyó un inicio de cortejo por parte de la recepcionista, esta no había intentado nuevos acercamientos.

—Buenos días, señor agente. ¿Cómo va esa fascitis?

Los ojos rasgados de la muchacha reflejaban profesionalidad. Su voz no denotaba intereses románticos, sino la simpatía aséptica e impostada que suelen exhibir quienes trabajan de cara al público. No hizo amago de traspasar el mostrador, ni acertó la distancia entre ambos. Miraba con neutralidad a los ojos de su interlocutor y nada en su lenguaje corporal indicaba que le atrajera. Roy pensó que había malinterpretado el comportamiento de la chica al término de la primera visita. Esto le provocó, al mismo tiempo, alivio, bochorno y una ligera sensación de fiasco.

—Mucho mejor, gracias. —El inspector señaló hacia la puerta de la sala de rehabilitación—. Ese sádico goza ensañándose con mi talón, pero los resultados son buenos.

—Serían mejores si dejaras de corretear por el mundo como si tuvieras trece años.

—Queda menos de un mes para la maratón. En cuanto la corra, dejaré de entrenar por una temporada.

—Tú sabrás —dijo Mara—. Ahora pasa a la sala, Filípides, que Míster Hyde te está esperando.

A Roy le sorprendió que Mara conociese el nombre del primer maratoniano de la historia. La muchacha siempre había destacado más por sus atributos físicos que por sus inquietudes intelectuales. El policía concluyó que, probablemente, alguien habría citado al personaje en alguna edición de Gran Hermano. Los designios de la cultura son inescrutables.

El fisioterapeuta fue despiadado pero incruento. Trabajaba en silencio, concentrado, hundiendo con vigor sus dedos robustos entre los escasos pliegues que el zancajo del inspector ofrecía. El dolor era tan agudo que, en ocasiones, Roy no podía reprimir un alarido. Cada vez que esto ocurría, el sanitario esbozaba una sonrisa de satisfacción.

—Si dejara de correr, no tendría que soportar esto.

Media hora de estrujones y gruñidos después, el talón quedó amasado como una

hogaza. Llegaba el momento de las punciones secas. Comparadas con el encarnizamiento manual de los masajes, las agujas eran cosa de niños. Los pinchazos provocaban unos espasmos que, por razones que Roy ignoraba, conseguían destensar la fascia. Transcurridos veinte minutos, un auxiliar trajo una palangana con hielo y el inspector sumergió el pie entre los cubitos. La sesión de tortura había terminado.

Con el talón insensible a causa del frío, Roy se calzó y abandonó la sala de rehabilitación. En el vestíbulo, Mara, sentada tras el mostrador, hablaba por teléfono. Con un gesto de la mano, pidió a Rosario que aguardara. Este reparó en la blusa de la chica: igual que la primera vez, la recepcionista se había desabrochado los dos últimos botones. El inicio de las rotundas sinuosidades que trazaban sus pechos se ofrecía sugerente a la vista del policía. Finalizada la conversación telefónica, Mara colgó el auricular y se puso en pie. No llevaba sujetador. Con el movimiento, los senos se bambolearon pesadamente bajo la ropa.

—¿Cómo ha ido la visita? —inquirió con voz inocente.

Roy carraspeó.

—Torquemada ha sido feroz —respondió—, pero he sobrevivido.

—No sabes cuánto me alegro.

La chica salió del mostrador para aproximarse al inspector. Este se forzó a mirarla a la cara, pero no pudo evitar un vistazo fugaz al vertiginoso balcón de su escote.

—Quería decirte una cosa —continuó Mara—. El primer día que viniste me llevé una sorpresa. Hacía mucho tiempo que no te veía... Quizá me mostré demasiado lanzada.

—No noté nada —mintió Roy.

—Sí lo notaste. Te pido perdón si te hice sentir incómodo.

—No tiene importancia.

—También quería decirte que a veces pienso que lo nuestro, en otras circunstancias, podía haber sido algo más que una simple aventura.

Roy había pensado lo mismo en alguna ocasión, pero no juzgó conveniente manifestarlo. La urbanidad inicial de la recepcionista había dado paso a una situación embarazosa que el inspector no quería alimentar con confesiones nostálgicas ni con tributos al amor frustrado.

Un silencio denso se instaló entre ambos. Inopinadamente, Mara le cogió de la mano. Roy sintió un escalofrío de deseo recorriéndole el espinazo.

—Desde que viniste por aquí no dejo de pensar en ti —susurró la chica.

Venciendo los dictados del instinto, Roy se desasíó con suavidad. Resultaba que su primera impresión, como casi siempre, había sido certera: la bella recepcionista intentaba reavivar las brasas. Por increíble que fuera, el inspector no iba a aprovechar la coyuntura. La muchacha se percató de ello y el desencanto afloró en sus

ojos.

—Antes te gustaba —murmuró.

—Ahora también. Pero las cosas han cambiado.

—¿Tienes una relación?

Esa misma pregunta se la hacía él mismo a diario. ¿Tenía una relación con África? A pesar de su empeño por huir del compromiso, todos los indicios apuntaban a una respuesta afirmativa. De lo contrario, ¿por qué habría de rechazar la tentadora invitación de Mara? África había tendido, tal vez sin pretenderlo, una tela de araña que inmovilizaba su corazón y le impedía desear a otra mujer sin experimentar sentimientos de culpa. Lo peor era que esa férula había sido dispuesta sin forzamientos, sin violencia ni imposiciones. El tiempo, el cariño y unos pocos reproches susurrados al oído habían conseguido lo que, unos años atrás, hubiera parecido imposible.

Roy notó palpitaciones en el pecho y una indefinible sensación de nerviosismo. La ansiedad le galopaba en el pecho y no supo si achacarla a la libido instigada por las maniobras de Mara o al pánico que le asaltaba cada vez que ceñían su cuello las férreas garras de la monogamia.

—Sí —respondió por fin—. Supongo que sí, que tengo una relación.

—¿Supones?

El inspector sintió la imperiosa necesidad de salir al aire libre.

—Sí —repitió—, supongo. Ya sabes que no se me dan muy bien las relaciones serias, pero creo que estoy empezando una.

La inquina sustituyó a la decepción como emoción dominante en el ánimo de la recepcionista. Las mujeres, en general, asumen mal el rechazo sexual. Las atractivas, en particular, lo toman como una afrenta personal.

De la garganta de Mara surgió un hilo de voz metálica:

—¿Se puede saber qué tiene ella que yo no tenga?

La pregunta del millón, se dijo Roy. ¿Qué tenía África que no tuvieran las otras? ¿Qué virtudes exclusivas la adornaban? Por mucho que porfiara, el inspector no hallaba la respuesta. En una ocasión había visto un documental televisivo, uno de esos que ponen en La 2 para fomentar la hispánica costumbre de la siesta. En él se afirmaba que la elección de la pareja sentimental se fundamenta, por encima de otros factores, en el olor subliminal que desprenden las feromonas del candidato. Si atrae, hay conciliación de los sistemas inmunológicos y, consecuentemente, altas probabilidades de engendrar una prole sana. Si repele, la pareja es incompatible para la procreación.

—Quién sabe —contestó Roy—. Misterios de la bioquímica.

Capítulo dieciocho

Rosario salió a la calle y respiró hondo. Por un lado, las promesas sugeridas por el nutrido escote de Mara y el contacto de su mano le habían disparado el corazón. Por otro, el temor de estar cayendo preso en las convencionales redes de la fidelidad había mermado sus facultades de ventilación pulmonar. Durante el trayecto a pie desde la Clínica Kine hasta el Opel Vectra recuperó el ritmo cardíaco y la capacidad respiratoria. La mañana era soleada y el cielo vibraba con un azul intenso. Al montar en el vehículo, sacudió la cabeza para ahuyentar los pensamientos superfluos. Tenía que concentrarse en la Operación John Wayne. Había mucho trabajo por delante.

Encendió la radio y sintonizó una cadena que emitía música de los noventa. Para el inspector, después de esa década solo se había compuesto basura. Ese mismo canon melancólico de calidad era el que aplicaba a la literatura, el cine y el boxeo. Y a la política, actividad en la que apenas invertía energía cerebral. A veces se preguntaba si no estaría convirtiéndose en un viejo gruñón prematuro.

Mientras tarareaba una canción de Los Secretos, guio el coche hasta la calle Violante de Hungría. Alexis esperaba junto al portal de su domicilio con una bolsa de papel de estraza en la zurda y dos vasos de plástico en la diestra. El subinspector saludó con la cabeza y subió al vehículo con cuidado para no derramar el contenido de los vasos.

—¿Explorando las últimas tendencias musicales? —dijo a modo de saludo. Roy no contestó—. He traído chocolate y una docena de churros.

—¿Habéis urdido una conspiración para que me suba el colesterol? —preguntó el inspector. Alexis le interrogó con la mirada—. Mi madre ya me ha cebado por la mañana.

—No te preocupes, me lo como yo todo.

—Y una mierda.

Roy condujo el Vectra por la calle Violante de Hungría en dirección al Parque Grande. El sol otoñal destellaba sobre las cabrillas de la cascada artificial construida al final de la Avenida de San Sebastián. En la Plaza Emperador Carlos, el Vectra giró a la derecha.

—Guárdame el chocolate hasta que entremos en la autopista —ordenó Roy.

—No sufras.

Circularon unos minutos por la Ronda Hispanidad y se incorporaron a la A-2. Tenían ochenta kilómetros por delante hasta llegar al desvío de Illueca. Había poco tráfico y viajaban a la velocidad que marcaba la vía.

—Venga —dijo Alexis—, yo te sostengo el vaso y tú mojas el churro.

Roy escrutó el semblante impávido del subinspector, preguntándose si la frase era inocente.

—¿Me estás vacilando?

Alexis no pestañeó:

—¿A qué te refieres?

Rosario volvió a examinar a su compañero, cuyo rostro era una máscara indescifrable.

—A nada. Olvídalo.

El inspector dio cuenta de su ración sin apartar la vista de la calzada. El chocolate con churros siempre le retrotraía a la infancia, a la época en que el cierzo se le calaba hasta el tuétano y su madre lo resguardaba del frío enfundándolo en pasamontañas, manoplas y una trenka de lana gruesa que le llegaba a las rodillas. En aquel tiempo, Rosario no sabía nada de La Violación y mamá y el abuelo aún guardaban las formas. Durante el invierno, un remolque blanco con fluorescentes brillantes se instalaba junto a la puerta de su casa. Una señora de permanente rubia y brazos rollizos pregonaba el género (churros rellenos, porras, chocolate, patatas fritas) mientras trajinaba entre los cacharros. La mujer olía a azúcar y a aceite caliente. Rosario entonces no lo sabía, pero era un niño feliz. O quizá por eso era feliz, porque no lo sabía.

El recuerdo de la infancia y la sobredosis de glucosa le pusieron de buen humor. Nostálgico, pero de buen humor.

Alexis, ajeno al viaje mental de Roy por el baúl de los recuerdos, metió los vasos vacíos en la bolsa de estraza e hizo un gurrullo informe que depositó provisionalmente sobre la alfombrilla.

—¿Qué buscamos en Illueca? —preguntó.

Roy se encogió de hombros:

—Todo y nada. Iremos hasta la antena repetidora y trazaremos círculos concéntricos en busca de alguna pista que nos ilumine. Esa antena captó la señal del móvil emisor en el primero de los tres pares de llamadas que tenemos registrados. Los dos últimos coincidieron con sendos asesinatos, así que es lógico pensar que el primero también tuviera alguna finalidad... importante. O algún desenlace infeliz.

—En estos pueblos hay pocas antenas —aseveró Guzmán—, es posible que alguna sea compartida por más de un municipio.

—Lo sé —afirmó el inspector. Luego abrió un poco la ventanilla y se colocó un Marlboro en la boca. Obtenida la autorización gestual de Alexis, prendió el cigarrillo

y exhaló el humo por la rendija—. Por eso hoy toca turismo por la comarca del Aranda.

Cuando llevaban cuarenta minutos avanzando por la autovía, tomaron la salida de El Frasno y se incorporaron a una carretera de doble sentido que discurría por un paisaje de monte bajo y escasa vegetación. Solo algunos pinares arbolaban las crestas de los cerros lejanos. Los campos de cultivo (cereales, olivos y algunos frutales) jalonaban los márgenes de la calzada. Al cabo de veinte kilómetros, el Vectra enfilaba la entrada de Illueca.

La antena repetidora estaba instalada sobre el edificio más alto del municipio, un bloque de viviendas cúbico y descolorido situado en las afueras, cerca de un polígono industrial. Roy y Guzmán lo tomaron como epicentro del área de rastreo y comenzaron a trazar círculos a su alrededor en busca de alguna empresa, vivienda o establecimiento que pudiera aportar pistas sobre la primera llamada registrada entre los móviles intervenidos.

En menos de una hora pasaron del polígono industrial y el arrabal al ensanche y a la zona centro, sin que ninguno de los lugares examinados activase la inspiración de los agentes. Al contrario de lo que se deduce de la literatura y el cine policíacos, la investigación no es una actividad trepidante, sino una tarea rutinaria en la que son cruciales la meticulosidad y la perseverancia. De cada cien gestiones practicadas, solo cinco aportan resultados. Por eso la paciencia prima sobre la audacia y la resistencia sobre la premura. Y por eso los *policías de acción* suelen resultar pésimos investigadores.

Concluido el primer rastreo del pueblo, decidieron aparcar y darse un descanso. Se sentaron al sol en una terraza próxima al Castillo del Papa Luna.

—Voy a la barra a pedir un café—dijo Roy—. ¿Quieres algo?

—Una cola *light*, por favor.

Al regresar, el inspector contempló con calma el lugar. La fortaleza, una monumental construcción mudéjar edificada en el siglo XIV, se asentaba sobre un promontorio rocoso desde el que se dominaba todo el municipio y se vislumbraban los meandros del río Aranda y las lejanas estribaciones del Sistema Ibérico.

Según refirió Guzmán, allí había nacido Benedicto XIII, el papa Luna, quien nombrado pontífice en circunstancias anómalas, daría pie a la expresión «mantenerse en sus trece» por su negativa a abdicar del papado y someterse a la autoridad de Martín V.

—¿Cómo sabes tú eso? —inquirió Roy.

—Culturilla que tiene uno.

Al inspector no le convenció la respuesta. Una cosa era que Alexis fuera uno de los pocos policías que prefería *El Quijote* al *Marca* y otra bien distinta que conociera los

pormenores del Concilio de Constanza.

—A mí no me la das —afirmó—. Déjame tu móvil.

Después de un breve remoloneo, Alexis le alcanzó el teléfono. Roy clicó el icono de Internet y abrió la pestaña del historial. Una sonrisa de triunfo asomó a su rostro:

—Lo sabía. Has aprovechado mi ausencia para buscar papa Luna en la Wikipedia.

—Solo quería confirmar un dato —se excusó Alexis.

—Ya.

Roy dio un sorbo a su café con hielo mientras contemplaba los tejados de las casas del pueblo. En una azotea cercana, un gato gris, enroscado junto al conducto de la chimenea, dormitaba al sol. El silencio era tal que casi podía oírse el ronroneo del felino.

—¿Qué cojones vinieron a hacer los malos aquí? —reflexionó el inspector.

—Ni idea —respondió Guzmán—. No hemos detectado nada raro durante la batida en coche, ni se cometió crimen alguno en Illueca en la fecha de la llamada.

Roy encendió un Marlboro y fumó unos segundos en silencio. Algo no cuadraba en ese primer par de llamadas. El guion había sido el mismo que en los dos siguientes: telefonazo al móvil situado en el Parque del Tío Jorge, pausa de quince o veinte minutos, y nuevo telefonazo al móvil del parque. En el segundo y tercer par de llamadas sabían qué había ocurrido durante los intervalos: los asesinatos de Alí y de Rodrigo Noriega. Era lógico suponer que la primera comunicación anunciaba la inminencia de la acción criminal y la segunda daba cuenta de su resultado. Semejante disciplina telefónica invitaba a pensar que el receptor, el que aguardaba en el Parque del Tío Jorge, pudiera ostentar un estatus criminal superior a los ejecutores de los homicidios.

El inspector puso voz a sus pensamientos:

—Creo que aquí se cometió un asesinato.

Alexis espantó una mosca que bailoteaba ante sus ojos:

—Si fue así, el cadáver no ha aparecido.

Roy dio una última calada al cigarrillo y aplastó la colilla con la suela del zapato. Luego se puso en pie.

—Vamos a dar otra batida.

El segundo registro de Illueca lo realizaron en sentido inverso. Circularon despacio por las callejas que dibujaban el laberíntico contorno del casco viejo, por las calzadas anchas y rectilíneas del ensanche, por las desangeladas vías del polígono industrial. No encontraron anomalías. No hallaron pistas ni indicios. Nada llamaba la atención.

Alexis hizo una llamada al contacto que tenía en la compañía telefónica propietaria de la antena. Este le informó de que el poste también daba cobertura a los municipios

de Sestrica y Brea de Aragón. Esperanzados, los policías hicieron un exhaustivo reconocimiento de ambos pueblos, pero el resultado fue igualmente infructuoso.

A pesar de que las horas pasaban sin aportar información, Roy tenía la certeza de que allí había ocurrido algo. El subinspector llamó de nuevo a su contacto, quien le recordó que los postes repetidores no funcionan con precisión matemática. En ocasiones, las áreas de cobertura se superponen. Otras veces, un poste se satura y las llamadas se derivan a antenas cercanas. Una emisión puede ser cubierta por la antena de Illueca y provenir realmente de otra localidad, limítrofe o no, que cuenta con dispositivo propio. Fuera del ámbito urbano, la geolocalización por postes repetidores es una ciencia oculta.

A las cinco de la tarde, Roy y Guzmán todavía no habían comido. Fatigados, recorrieron unos kilómetros por la A-2 hasta dar con la primera área de servicio. En el restaurante pidieron unos bocadillos de calamares a un camarero obeso y malcarado que tomó nota con gesto de desagrado. Debía de creerse merecedor de un puesto de trabajo de mayor nivel. Embajador de la Marca España, por ejemplo. C seleccionador nacional. Los agentes estaban a lo suyo y no prestaron atención a los malos modales del empleado.

—Estamos estancados —murmuró Roy, a quien el fiasco de las antenas había disipado el buen humor con que había comenzado el día.

—No estoy de acuerdo —le contradijo Alexis—. Sospechamos que por aquí se coció algo; hemos intervenido dos móviles y montado un dispositivo; le hemos visto la cara a uno de los malos y tenemos base para pensar que viene de Bulgaria.

—¿Rellenaste el formulario para Interpol?

—Sí, lo remití junto con un fotograma de *Caracortada* y una ficha con su descripción física. Como el tema es prioritario, me puse en contacto con nuestra oficina central de Interpol. Me prometieron que agilizarían al máximo los trámites, pero me advirtieron de que la policía búlgara no destaca por su velocidad de respuesta.

—¿Cuánto tardarán?

—No me lo quisieron concretar, pero me aconsejaron que nos lo tomáramos con calma.

El camarero regresó con una bandeja y dejó caer los platos y las bebidas ruidosamente sobre la mesa. Roy dio un mordisco al bocadillo. El pan estaba correoso y los calamares rezumaban un líquido negruzco plagado de tropezones. El inspector interpeló al empleado:

—¿El aceite es de la freidora o habéis calentado los calamares en el cárter de un camión?

Mientras dirigía una mirada inexpresiva a Roy, el camarero sacudió la cabeza, lo

que provocó que varios copos de caspa salieran despedidos de su cabello. Sin decir palabra, tornó a la barra. El inspector pensó en abofetearlo, pero se contuvo y, resignado, dio otro mordisco al bocadillo. En su boca se dio cita un sinfín de sensaciones con regusto a cuero viejo y carbonilla.

Sobre la mesa, su teléfono móvil comenzó a vibrar. En la pantalla apareció el número de África Trinidad.

—Buenas tardes, África.

—¿Buenas tardes? Supongo que estás acompañado.

—Estoy con Alexis, peinando la comarca del Aranda. ¿Tú no estabas de retén?

—Por eso te llamo. Hay una buena movida en la Jefatura. A mediodía, una prostituta rumana se ha personado en el Servicio de Atención a la Mujer y ha denunciado que un tipo que iba de coca hasta las cejas la retuvo toda la noche y la agredió sexualmente.

—Otro salvaje para la colección.

—Sí, lo raro viene ahora. ¿A que no sabes quién es el salvaje?

—Ni idea.

—Agárrate. Se trata del jefe de la oposición en el ayuntamiento de Zaragoza, el presidente de Tradición y Familia: Gonzalo Tejero.

Roy recordó las adustas facciones del político, su aspecto hierático. Tejero era padre de familia numerosa y oía misa diaria en la basílica del Pilar. Se jactaba de cultivar una vida ascética y de seguir a rajatabla los diez mandamientos de las tablas de Moisés. Sobre el papel, la última persona de la que cabría esperar una violación. Pero el inspector sabía que tras la respetable fachada del político se escondía al menos un vicio inconfesable: su adicción a la cocaína. Así lo atestiguaban las frecuentes llamadas que había hecho al teléfono de Chuso Artieda y una declaración, *off the record*, del traficante. Aunque eso no significaba que fuera un delincuente sexual, que una cosa es esnifar y otra violar prostitutas. De cualquier modo, el escándalo iba a ser mayúsculo.

—¿La denuncia es verosímil?

—No sé qué decirte —replicó África—. En la guardia de la Brigada Judicial no había ninguna mujer, así que me han pedido que acompañara a Ileana, la presunta víctima, al Hospital Clínico. Allí le han extraído vestigios de semen de la vagina y el recto, y le han curado las heridas que tiene en las muñecas y en el rostro. Ileana dice que Tejero la tuvo maniatada toda la noche y que la golpeó en repetidas ocasiones. La verdad es que su cara parece un mapa, pero habrá que tomar una muestra de ADN al político y esperar el resultado de los análisis.

Un doble pitido advirtió a Roy de que tenía otra llamada.

—Tengo que dejarte, África. Tengo a Badía en espera.

—Yo no te he contado nada, ¿vale?

—No te preocupes.

El inspector deslizó el índice por la pantalla para conmutar las llamadas.

—A tus órdenes, Badía. Me pillas con Alexis, trabajando por la zona de Illueca, a ver si avanzamos en la Operación John Wayne.

—Te llamo por otra cosa —anunció el jefe de la UDEV.

Badía explicó a Roy lo que este ya sabía en relación con el caso de Ileana y Gonzalo Tejero, añadiendo algunos detalles operativos que África se había dejado en el tintero. Roy fingió no conocer la noticia.

—¿Quién lo va a llevar? —preguntó—. Lo digo porque las violaciones las investiga el SAM[18], pero los secuestros son competencia de mi grupo, y la rumana dice haber sido retenida durante horas.

—Por eso te llamo. La violación prima sobre la detención ilegal, eso es al menos lo que ha determinado *El Bicho*. —Era la primera vez que Roy oía a Badía referirse al comisario Bohórquez por su apodo, por lo que dedujo que debía de haber surgido alguna fricción entre ellos—. Va a ser la inspectora Jubillo, jefa del SAM, quien lleve las riendas de la investigación.

—¿Tú estás de acuerdo con eso? Este tema va a levantar un revuelo del carajo —advirtió Roy— y la inspectora Jubillo juró el cargo anteayer. Que no digo que no sea capaz, pero...

—Mi opinión no cuenta una mierda —le interrumpió Badía—. *El Bicho* ha decidido que lo lleve el SAM, y no hay más que hablar. Solo llamo para informarte.

—Te lo agradezco, jefe.

Roy colgó el teléfono y le explicó a Alexis las novedades. Al subinspector Guzmán se le escapó un silbido:

—Caramba con el meapilas de Tejero, parecía una mosquita muerta. Cocainómano, violador... No le falta una virtud.

—Habrá que demostrar lo de la violación —señaló Roy.

—Cierto. Pero fijo que, como mínimo, contrató los servicios de la rumana. En cuyo caso es un putero. Tiempo al tiempo. De todos modos, es un homófobo de manual, no me duele mucho que se vea en este aprieto. Se pasa la vida afeando a los gais su promiscuidad y su tendencia al desenfreno, y resulta que se pone de coca hasta las trancas y es incapaz de guardar el pajarito dentro de la jaula.

Roy no hizo comentarios acerca de la homofobia de Gonzalo Tejero. Como policía, se había acostumbrado a juzgar solo los hechos, dejando de lado las opiniones y las motivaciones personales. Por otro lado, la irrupción del político en la escena criminal le escamaba. Tejero nunca había tenido problemas penales y, en menos de un mes, aparecía en dos investigaciones relevantes, en una como personaje secundario, en la

otra como imputado. El inspector no creía en el azar. Para él, el término *casualidad* no era más que un pretexto perezoso para problemas cuya causa no logramos desentrañar.

Alexis Guzmán retomó la palabra:

—¿Qué te parece que no llevemos nosotros la investigación?

Roy se demoró unos instantes.

—Al igual que la de Badía, mi opinión no cuenta una mierda.

Capítulo diecinueve

La denuncia de Ileana Farcas, una lolita de veinte años con cuerpo de adolescente, melena rubia y unos ojos verdes electrizantes que contrastaban con los rasgos aniñados de su rostro, desató una revolución en la Jefatura Superior de Policía. Como hoy en día la actualidad dura un suspiro, la Operación John Wayne quedó momentáneamente eclipsada. Rosario Roy lo agradeció, aunque intuía que las presiones mediáticas y jerárquicas no tardarían en dejarse sentir de nuevo.

La inspectora Blanca Jubillo, jefa del Servicio de Atención a la Mujer, había jurado el cargo hacía cuatro años y solo llevaba dos al mando de su unidad. Rondaba la treintena, era una mujer activa e inteligente y, hasta la fecha, nadie se había quejado de su trabajo. Aunque, en honor a la verdad, todavía no se había topado con un caso enrevesado. La irrupción de la prostituta rumana con su rocambolesca historia de secuestro y violación iba a poner a prueba las dotes policiales de la inspectora. Un investigador no solo debe tener perspicacia y conocimientos técnicos, sino también, y sobre todo, una capacidad fuera de lo común para lidiar con jefes, políticos y periodistas cuando el atestado incrimina a tipos influyentes o a personajes mediáticos.

Aquel sábado, el retén de la Brigada Judicial estaba compuesto exclusivamente por hombres, por lo que África Trinidad, que prestaba servicio de guardia en la Brigada de Policía Científica, fue designada por el Comisario de Servicio para acompañar a Ileana Farcas durante los embarazosos trámites hospitalarios. La víctima de una violación ha de someterse a un reconocimiento médico exhaustivo en el que se incluyen interrogatorio, toma de muestras de semen, examen de las cavidades anal y vaginal, y otras pruebas que, en conjunto, constituyen un penoso y vejatorio *via crucis* clínico. África, para prestar apoyo psicológico a Ileana, y a requerimiento del mando, la había acompañado, además, durante el acto de formulación de la denuncia. De hecho, había sido la primera mujer policía en contactar con la víctima y le había servido de guía profesional y de alivio emocional a lo largo de toda la jornada. La inspectora Blanca Jubillo no pensaba desaprovechar el vínculo establecido entre ambas y la información de primera mano que África hubiera podido recabar.

Eran las ocho de la tarde. El sol declinaba en el horizonte y el despacho de la inspectora se sumía poco a poco en la penumbra. Blanca Jubillo se levantó de su butaca y accionó el interruptor de la luz que había junto a la puerta. Mientras

regresaba a su asiento, África observó con envidia su figura estilizada. Blanca era joven, soltera y atractiva, y en la Brigada Judicial corrían rumores acerca de su interés por Roy. Con ojos de judoka profesional, África evaluó la fortaleza física de su supuesta rival. En caso de confrontación, concluyó, no le duraba ni cinco segundos. Ese pensamiento le reconfortó.

—¿Qué impresión tienes de Ileana? —preguntó Blanca para romper el hielo.

La policía abandonó su mundo interior de celos y de peleas. La inspectora Jubillo la miraba con franqueza a la cara; sus ojos no reflejaban más interés que el puramente profesional.

África se tomó unos segundos antes de responder.

—Ya sabes —dijo al fin—, de choros, choradas; de putas, putadas.

Se arrepintió en el acto de sus palabras. Blanca Jubillo era una chica con carrera, de buena familia, elegante... Pija, en una palabra. Aquel lenguaje arrabalero no contribuiría a causarle una grata impresión.

—Durante la declaración parecía afectada —continuó África—, pero no desesperada. De todas maneras, estas mujeres del este no son especialmente emotivas.

—Y menos si son putas —apostilló Blanca. África agradeció el lenguaje llano y contundente de la inspectora, quien tomaba notas en una moleskine de color fucsia—. ¿Cómo se comportó en el hospital?

—Con la misma sangre fría que en la Jefatura. Se mostró taciturna, triste, pero mantuvo la compostura en todo momento.

—¿Te contó algo sobre su *profesión*, dónde trabaja, para quién...?

—Más o menos lo mismo que declaró en la denuncia. Ejerce la prostitución en su domicilio, un ático espectacular situado en el Paseo de la Independencia por el que paga mil quinientos euros de alquiler. Después de las gestiones en el hospital la acompañé hasta allí. Quería ducharse y mudar de ropa.

—¿Vive algún hombre con ella?

—Creo que no —respondió África—. En el domicilio no había fotografías de ningún varón. Tampoco vi ropas masculinas, maquinillas de afeitar ni latas de cerveza desperdigadas por el salón. Juraría que vive sola. Ella afirma no tener novio, chulo ni cosa parecida.

Blanca Jubillo asintió con la cabeza. Exhibía una sonrisa cortés mientras escudriñaba los gestos y el semblante de África Trinidad, tratando de clasificarla en alguna de las tipologías humanas que había aprendido a discernir a lo largo de su breve trayectoria profesional. Los policías dividen a las personas en no más de una decena de categorías emocionales. Eso les ayuda a simplificar la realidad y a tomar decisiones rápidas cuando la urgencia apremia. También es útil para una valoración

inicial sobre la credibilidad de un testigo. África, más veterana que la inspectora, era consciente de la disección psicológica a la que estaba siendo sometida. La sensación le resultó desagradable.

Blanca continuó con el interrogatorio:

—¿Es posible que alguien la esté forzando a ejercer la prostitución?

—Lo dudo —contestó África—. Tiene las llaves de su casa, su documentación... Y ningún proxeneta alojaría a una puta en semejante jaula de oro. Creo que trabaja por su cuenta.

La inspectora volvió a hacer un gesto afirmativo. Su sonrisa se relajó y la impostada urbanidad trocó en camaradería. África Trinidad, encasillada definitivamente en el taxón de *profesional competente*, le caía bien. Y eso a pesar de los rumores que circulaban (Blanca deseaba que sin fundamento) sobre sus relaciones con Rosario Roy.

—¿Te ha contado cómo contactaron?

—Tejero llamó al videoteléfono de su portal ayer por la noche. Al verlo por la pantalla, Ileana lo reconoció como el político ultraconservador que sale en la tele, así que no desconfió y le dejó pasar. Además, anoche no tenía clientes. Una vez en el ático, Tejero le dijo que un amigo le había dado la dirección.

—¿Reveló el nombre del amigo?

—No —respondió África—, Ileana se lo preguntó, pero él prefirió reservárselo.

—Continúa.

—Ileana le informó sobre la tarifa, quinientos euros por hora, y Tejero estuvo de acuerdo. Sacó cinco billetes de cien de su cartera y los depositó sobre la mesa del salón. Luego fueron al dormitorio. Tejero se duchó en el aseo anexo y esperó a que Ileana hiciera lo propio. Cuando la chica salía del baño, le propinó un puñetazo en la mandíbula que la dejó inconsciente. Sin mediar palabra. Al volver en sí, Ileana estaba atada con una cuerda al cabecero de la cama, boca abajo, amordazada con un fular de su propiedad y con Tejero cabalgándola por la retaguardia.

—¿Se resistió?

—Pataleó con fuerza, pero Tejero reaccionó sacudiéndole puñetazos en la cara y el cuerpo, así que desistió. Después del coito, el político se tumbó al lado de la chica y descansó durante una hora, más o menos. Luego se incorporó, se metió una raya de coca, y volvió a violarla. Esta vez Ileana optó por no defenderse, pero, aun así, fue golpeada de nuevo.

—Quién lo diría de nuestro beato concejal.

—A veces las apariencias engañan —señaló África—. Al acabar, se quedó frito. Ileana permaneció toda la noche maniatada y amordazada, durmiendo solo a ratos. Tejero despertó al amanecer, esnifó otra raya, recuperó el dinero y se largó del

domicilio. La chica tardó más de dos horas en librarse de las ligaduras.

—Luego vino a Jefatura.

—Exacto —confirmó África.

Durante unos instantes guardaron silencio. La inspectora Jubillo reflexionaba con los ojos fijos en el escritorio al tiempo que tabaleaba con el bolígrafo sobre la moleskine. África se apiadó de ella: el panorama que tenía por delante no era envidiable. Detener a un preboste municipal por el testimonio de una prostituta podía acarrearle consecuencias nefastas. Pero es lo que se hace con cualquier ciudadano de a pie. También podía no proceder al arresto, solicitar a Tejero una entrega voluntaria de ADN y esperar al análisis comparativo con el semen encontrado en el cuerpo de Ileana. Aunque eso sería interpretado por un sector de la prensa como trato de favor hacia el político. En definitiva, y como en tantas decisiones que han de tomarse en la policía, hiciera lo que hiciera, tendría problemas. De todas formas, pensó África, para eso se mete uno en la pasma. Para tener problemas. Quien prefiera un sueldo fijo sin tener que arrostrar excesivas tribulaciones, que oponga a Correos.

La inspectora asió el ratón de la computadora y clicó sobre el icono de Internet. Luego tecleó para acceder a la *web* del *Heraldo de Aragón*; quería comprobar si la denuncia se había filtrado ya a la prensa. El enorme titular que encabezaba la versión digital del rotativo la sacó de dudas:

*GONZALO TEJERO IMPLICADO EN LA
VIOLACIÓN Y SECUESTRO DE UNA
PROSTITUTA DE LUJO.*

Bajo el titular, la entradilla no era más tranquilizadora. En ella se señalaba que Federico *Fichi* Bustamante, alcalde de Zaragoza, exigía la inmediata detención del jefe de la oposición. «Si fuera repartidor de pizzas, ya estaría en el calabozo», argüía. Y no le faltaba razón.

La noticia era objeto de decenas de comentarios por parte de los internautas. La mayoría de ellos clamaba por el arresto e ingreso en prisión del presidente de Tradición y Familia y se mofaba de sus alardes de moralidad. El necesario trabajo policial y los principios de presunción de inocencia y de independencia judicial parecían no interesar a nadie. La jauría mediática tenía una nueva presa a la que acosar y la tribu de los biempensantes percutía los tambores de guerra.

Blanca giró el monitor para mostrárselo a su compañera.

—No va a ser una investigación sosegada —afirmó esta al concluir la lectura del texto.

—Puedes jurarlo —convino Blanca—. Habrá que armarse de paciencia.

A pesar de ser sábado, el salón del restaurante no tenía ocupada ni la mitad de su aforo. El *Goralai* era un establecimiento acogedor, decorado de manera sobria en tonos anaranjados y verdes, cuya carta giraba en torno a la tradición aragonesa y a tendencias culinarias de vanguardia moderada. Los precios eran asequibles, la calidad del producto alta y el personal amable y profesional. Y quedaba a solo unos metros del domicilio de Rosario, en la misma calle Santa Teresa de Jesús, muy cerca de la Plaza San Francisco. Todos estos factores lo convertían en uno de los restaurantes favoritos del inspector, a quien no acababan de convencer las veleidades cosmopolitas de los locales de última moda ubicados en la margen izquierda del Ebro.

África estaba acostumbrada a cenas frugales. El asunto de Ileana Farcas, además había mermado su escaso apetito, por lo que solo pidió merluza con salsa de uva. Rosario, por el contrario, tenía un hambre canina. No había comido nada desde el grasiento bocadillo de calamares; sus tripas demandaban combustible. Ordenó un arroz meloso de entrante y ternasco como plato principal. Para beber encargaron una botella de Enate.

Roy no creía en las teorías conspiranoicas ni en los contubernios judeomasónicos como factores motrices de las desgracias. No admitía explicaciones floridas para los asesinatos del 11-M, para la muerte de Lady Di, o para el triste final de Marilyn Monroe. En general, confiaba en las versiones oficiales y, sobre todo, no buscaba soluciones enrevesadas allí donde cabía una sencilla. No obstante, no podía quitarse de la cabeza la sospecha de que la denuncia de Ileana guardaba alguna relación, por remota que fuera, con las muertes de Alí y de Rodrigo Noriega. De momento, su conjetura no se fundamentaba en datos concretos (excepto la presencia de Gonzalo Tejero en ambos asuntos, que el inspector se resistía a achacar al azar), sino en la inquietante sensación de que en aquella foto algo o alguien salía desenfocado.

África Trinidad no alcanzaba a ver el vínculo entre la prostituta rumana y la Operación John Wayne, pero se abstuvo de llevar la contraria a su compañero. La experiencia le había demostrado que las intuiciones del inspector eran casi siempre certeras.

Después del ternasco, Roy, con la carpanta aplacada, leía por cuarta vez la copia de la denuncia formulada contra Tejero. Entre párrafo y párrafo, torcía el gesto y daba un sorbo al Enate. Al acabar la lectura, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Esta denuncia está incompleta —aseguró—. ¿Quién la tomó?

—Un policía nuevo que estaba de retén. No recuerdo su nombre. Traté de guiarle un poco, pero estaba nervioso.

—Tenía que haber esperado a que llegase personal especializado del SAM. Ni siquiera le ha preguntado a Ileana quién es su chulo y cómo localizarlo.

—Ella dice que no tiene —apuntó África—. Y en su casa no hay rastro alguno de presencia masculina.

—Ya. Así que trabaja sola. —Roy dio un sorbo a la copa y paladeó el vino antes de continuar—. ¿Qué va a hacer la jefa del SAM?

—Cuando abandoné su despacho, estaba recibiendo llamadas de todos los comisarios de la Jefatura. Mañana a primera hora decidirá algo. Todavía no sabe si arrestarlo y pasarlo a disposición judicial, u oírlo en declaración como imputado y dejarlo en libertad a la espera de los análisis del laboratorio.

El inspector se acarició el mentón. Su mente alternaba entre la confianza en su pálpito policial y el temor a que la conexión que había establecido intuitivamente entre la violación y los asesinatos se debiera más a su aversión a las casualidades (y a la falta de avances en la investigación) que a razones objetivas. Para despejar la incógnita, necesitaba husmear un poco en el atestado del SAM.

—¿Crees que Blanca Jubillo se mosqueará si le sugiero algunos pasos y le pido que me informe sobre las diligencias?

No, no se mosqueará, pensó África, más bien al contrario. Estará encantada de que un inspector veterano con fama de duro la adiestre en los trucos de la profesión. Si los rumores que corren por la brigada son ciertos, se le hará el chichi *pepsi-cola* cuando el aguerrido Rosario Roy le brinde su colaboración a cambio de estar informado de las pesquisas. Claro que no se mosqueará, maldito tonto de las pelotas. ¿Qué policía bisoña, sometida a la presión de una investigación mediática, iba a mosquearse por tener el apoyo del agente con más cuajo de la Jefatura? ¿Qué inspectora jovencita iba a rechazar el respaldo de un investigador curtido y de hombros macizos, cuyos puñetazos habían noqueado a los delincuentes más peligrosos de la ciudad?

—Quién sabe —mintió la mujer—. Parece un poco... orgullosa.

Capítulo veinte

24 de septiembre, domingo.

A las siete en punto de la mañana, Roy enfilaba el Focus por la rampa de acceso al aparcamiento de la Jefatura. El inspector sabía que el domingo iba a ser ajetreado y quería estar en el foco de la acción antes de que esta se desatase. Su palpito acerca de la relación entre los asesinatos y la violación era cada vez más fuerte, aunque no tuviera base racional sobre la que asentarlo. Por eso era un palpito, claro.

Después de estacionar el vehículo en el garaje, se dejó caer por las dependencias del SAM. Estaban cerradas a cal y canto, así que se pasó por la guardia de la brigada y preguntó. Un policía joven y somnoliento le dijo que la inspectora Jubillo llegaría a las nueve y que, de momento, nadie había decidido nada sobre la posible detención de Gonzalo Tejero.

Como tenía tiempo de sobra, regresó al garaje, cambió de coche y, a bordo del Opel Vectra, abandonó la Jefatura en dirección al Parque del Tío Jorge. El so asomaba con timidez entre los edificios del centro de la ciudad. Solo unos pocos vehículos, la mayoría taxis y autobuses, transitaban por las calles. En su interior, jóvenes con el rostro abotargado por el alcohol y la falta de sueño volvían a sus casas tras la idiotizante liturgia nocturna.

Roy aparcó junto a un quiosco de la Avenida César Augusto, se apeó del Vectra y compró el *Heraldo de Aragón*. Un par de borrachos voceaban detrás del Mercado Central, mientras los camiones de limpieza del ayuntamiento regaban el pavimento de la calle Predicadores, alfombrado de cristales rotos, vómitos y orines. Tres veinteañeros, abrazados y dando traspies, avanzaban por la calle Manifestación. Sus gargantas rotas desentonaban a gritos una jota procaz. En su fuero interno, Roy disculpaba el frenesí étlico de la muchachada. La anestesia mental era su única posibilidad de aguardar de forma pacífica la llegada de un futuro indigno y ayuno de horizontes.

El inspector regresó al vehículo y ojeó la portada del *Heraldo*. El titular principal ocupaba todo el ancho de la página:

UNA PROSTITUTA DENUNCIA A GONZALO

TEJERO POR SECUESTRO Y VIOLACIÓN.

La noticia explicaba que el acusado, recluso en su domicilio, todavía no había hecho declaraciones. Y que el alcalde de Zaragoza, el populista *Fichi* Bustamante, exigía a la Policía Nacional la inmediata detención del concejal, y a la autoridad judicial, su ingreso en prisión sin fianza. Así, sin matices procesales. Según el primer edil, *la verdadera democracia* (no ese sucedáneo con el que *la casta política* nos había estado sedando durante los últimos cuarenta años) no entendía de pirotecnias jurídicas ni de exquisiteces constitucionales. Porque *la gente* (término ambiguo con el que *Fichi* Bustamante se refería a la reducida porción del electorado que le votaba) tenía derecho a una justicia rápida en la que los tecnócratas y los leguleyos no enredaran con sus tecnicismos, siempre espurios e interesados. El alcalde anunciaba, además, que el Partido Antipolítico había convocado una concentración a las puertas del Ayuntamiento para mostrar su repulsa por la execrable agresión sexual y por el trato de favor que las fuerzas del orden estaban dispensando al inculpado.

Roy lanzó el periódico al asiento del copiloto y arrancó el motor. En un par de minutos, tras cruzar el Ebro por el Puente de Santiago y circular por la desierta Avenida de los Pirineos, estacionó junto al Parque del Tío Jorge.

A aquellas intempestivas horas del domingo, sólo dos chiflados, ataviados con mallas elásticas y camisetas fluorescentes, trotaban sudorosos por los caminos de tierra del parque. Rosario se apeó del Vectra y se encaminó hacia el gran estanque central. Una ráfaga rizó sus aguas cenagosas, que cobraron la apariencia de una enorme piel de cocodrilo. El inspector paseó alrededor del estanque tratando de localizar a Neira y al policía del Grupo de Vigilancia que debía acompañarlo en la troncha matutina. No lo logró. Atravesó la pasarela que cruzaba las aguas y desembocó en un diminuto islote poblado por media docena de pinos y cuatro bancos de madera dispuestos en corro.

Desde el centro del islote, escudriñó los alrededores. El parque estaba vacío, a excepción de los dos chiflados de las mallas elásticas. A quién se le ocurría correr un domingo a aquellas horas, pensó Roy. Luego cayó en la cuenta de que él también solía hacerlo al amanecer. De repente, los dos deportistas cambiaron de dirección y corrieron hacia el islote. Mientras cruzaban la pasarela, el inspector se percató de que uno de ellos era Neira. Unos segundos más tarde, estaban junto a él.

—A tus órdenes, jefe —saludó el policía de Homicidios—. ¿Nos habías reconocido?

—No hasta que os vi sobre el puente —confesó Roy. Acto seguido se dirigió al otro hombre—. Y tú eres...

—José Manuel Álvarez, oficial del Grupo de Vigilancia —dijo el aludido—

Pensé que cantaríamos menos en ropa de deporte. Llevamos el material aquí.

Álvarez señaló su riñonera y Roy advirtió que Neira portaba otra.

—¿Pensáis correr durante las ocho horas de troncha?

—Qué va —respondió Neira—. Ya hemos acabado. Tenemos el chándal en el coche, ahora nos lo pondremos y estiraremos unos minutos. Luego desayunaremos en una cafetería que hay aquí al lado, a la espera de que se activen los teléfonos.

—Tenemos que ser pacientes —afirmó Roy—. Esos móviles se encienden de higos a peras. El dispositivo puede prolongarse durante semanas, pero es importante que permanezcamos alerta. No olvidemos que cuando se comuniquen será porque alguien está a punto de ser asesinado.

—Por supuesto —le tranquilizó Neira—, no vamos a bajar la guardia. Por cierto, ¿qué haces tú por aquí?

—Comprobar la moral de la tropa.

—Se agradece, jefe. Pero pierde cuidado, nuestra moral es inquebrantable.

A las nueve menos diez, Roy frenó ante al disco rojo de un semáforo, a pocos metros de la Jefatura. Un enjambre de reporteros y cámaras de televisión hacía guardia frente a la puerta principal del edificio. Patricia Duque, aferrada a un micrófono, oficiaba como vociferante sacerdotisa de la santa cofradía mediática. El inspector imaginó que Gonzalo Tejero se personaría en breve y que algún policía bocazas había filtrado la noticia a la prensa.

El semáforo se puso en verde. Roy giró a la derecha y metió el coche en el garaje. Cinco minutos después picaba con los nudillos sobre la puerta del despacho de Blanca Jubillo, en las instalaciones del SAM.

—Adelante.

Roy abrió la puerta y avanzó un paso.

—¿Se puede?

La inspectora Jubillo trabajaba con el ordenador sentada tras el escritorio. Al ver a su compañero, dejó de teclear y se puso en pie a un lado de la mesa. Una amplia sonrisa iluminó su rostro juvenil.

—Por supuesto, pasa y toma asiento. ¿Qué te trae por aquí?

Rosario se sentó y esperó a que Blanca hiciera lo mismo.

—Vengo por lo de Gonzalo Tejero —respondió—. Pero lo hago a título personal, extraoficialmente. Sé que los mandos te han asignado la denuncia de la violación y no tengo nada que objetar. Pero creo que este asunto puede estar relacionado con los dos asesinatos que estoy investigando. Gonzalo Tejero y Chuso Artieda, el camello que detuvimos por el asesinato de Alí, hablaban mucho por teléfono. Chuso nos confesó,

fuera de declaración, que Tejero le compraba cocaína. Y ahora Tejero es acusado de una violación... digamos que extraña.

La inspectora miró en silencio a Roy mientras tamborileaba con los dedos sobre el tablero.

—¿Extraña... por qué? —preguntó al cabo de unos segundos.

—En sus cuarenta y ocho años de vida, Tejero no ha sido pillado en ningún delito —argumentó Roy—. No tiene antecedentes por lesiones, ni por delitos sexuales, ni por violencia de género. Por no tener, no tiene ni multas. Y, de repente, le da por agredir y violar a una prostituta a la que acaba de conocer y contra la que, en principio, no tiene nada. ¿No te parece raro?

Blanca apoyó la barbilla sobre la mano izquierda y reflexionó. Luego, con la misma mano, se atusó despacio el cabello.

—No sé —respondió—. Aquí vemos cosas raras todos los días. El hecho de que comprara coca a Chuso Artieda no deja de ser una casualidad.

—Yo no creo en las casualidades.

—De todas formas —continuó Blanca—, pensaba que habíais desechado al camello como asesino del morito.

—Prácticamente —convino Roy—, pero su señoría lo mantiene entre rejas.

La inspectora consultó algo en el ordenador.

—No te voy a negar que la denuncia de la rumana es peculiar —dijo después—; lo que no veo es el vínculo que pueda tener con tus asesinatos.

—Yo mismo no puedo explicarlo. Pero algo me dice que ambos asuntos están relacionados. Llámalo intuición.

—¿Qué sugieres?

Roy se irguió en la silla y entrelazó los dedos. Había llegado la parte espinosa de la conversación. La propuesta del *quid pro quo*. El trueque que el inspector iba a plantear a Blanca Jubillo era claro: información a cambio de experiencia. Perc plantearlo con esa crudeza podía herir el pundonor profesional de la mujer.

—Tienes a toda la prensa agolpada a las puertas de Jefatura y a los políticos de la ciudad pendientes de tus decisiones. Este asunto de la violación es muy delicado; si cometes el mínimo desliz, te van a triturar. Te ofrezco colaborar en las diligencias.

—¿A cambio de qué? —inquirió Blanca.

—Información. Quiero estar al tanto de todos los detalles.

Durante un lapso que Roy consideró excesivo, la inspectora Jubillo permaneció inmóvil, sus ojos fijos sobre los del inspector, tratando de escrutar sus verdaderas intenciones.

—Hecho.

Roy y Jubillo relejeron la denuncia de Ileana Farcas y el resto del, hasta el

momento, exiguo expediente. Examinaron las notas que Blanca había tomado durante la entrevista con África Trinidad y las completaron con los datos que Roy recordaba de su reciente charla con ella. Blanca y Rosario estaban de acuerdo en que los hechos relatados por Ileana eran atípicos. Pero, según el testimonio de Chuso Artieda, Gonzalo Tejero era cocainómano, y esta clase de enfermos puede conducirse de manera impredecible. La inspección ocular que la Policía Científica y los miembros del SAM practicaron en el ático de Ileana no había desvelado indicios de violencia ni señales de lucha. Ningún vecino de la finca había escuchado gritos; lógico, si se tiene en cuenta que la muchacha había sido maniatada y amordazada. Llamaba la atención que en la estancia no se hubieran recogido más huellas dactilares que las de la propia inquilina, ya que esta no había declarado que Tejero llevara guantes. Pero no siempre se obtienen indicios microfoscópicos de alguien que ha estado en un determinado lugar; depende de muchos factores: sudoración, superficie de apoyo, arrastre de los pulpejos... Lo que sí detectaron los policías fueron restos de cocaína sobre la mesilla en la que, según Ileana, Tejero había esnifado.

La rumana afirmó que el político había llamado directamente al videoteléfono de la finca. Esto extrañaba a Roy. Ningún individuo normal se planta en el domicilio de una lumia sin haber concertado una cita. Aunque lo cierto es que Tejero, a tenor de las últimas averiguaciones, era cualquier cosa menos normal.

El inspector formuló a Blanca la pregunta del millón:

—¿Qué piensas hacer con él?

El presidente de Tradición y Familia estaba emplazado en el SAM a las once en punto. Hasta ese momento permanecería enclaustrado en su piso, donde solo atendía las llamadas de su letrado y de la Policía. Para evitar el acoso mediático, un vehículo de la Brigada Judicial, sin distintivos y con los cristales tintados, lo trasladaría desde el domicilio hasta el garaje de la Jefatura. El abogado llegaría antes, seguramente con la intención de presionar a la instructora de las diligencias.

—Depende de cómo se porte —respondió Blanca— y de lo que me ordene el comisario Bohórquez. Si colabora, se deja tomar muestras de ADN y quiere contestar a las preguntas que se le formulen, lo oiremos en declaración y dejaremos que se marche a la espera de las pericias científicas. En caso contrario, lo detendremos, le leeremos los derechos y lo alojaremos un par de noches en el calabozo antes de enviárselo a su señoría. Pero tanto lo uno como lo otro debo consultarlo antes con *El Bicho*; quiere tener la última palabra.

Un policía de paisano abrió la puerta.

—El letrado de Tejero está aquí.

—Hazlo pasar —ordenó Blanca.

Un individuo enhiesto y trajeado cruzó el umbral y se plantó en medio del

despacho. Rondaba la cincuentena, pero conservaba una apariencia imponente. De su mano izquierda pendía un maletín de cuero negro. Roy calculó que costaría el equivalente a tres de sus nóminas de inspector.

El leguleyo se presentó:

—Soy José Luis Fernández Bouton, de *Bouton y Bouton Abogados*, represento a don Gonzalo Tejero. Me he retrasado unos minutos —dijo mientras consultaba la esfera de su Lange y Söhne—, les ruego me disculpen.

—Está usted disculpado. —Blanca se puso en pie y estrechó la mano del jurista. Roy la imitó a regañadientes—. Yo soy la inspectora Jubillo, jefa del SAM, y mi compañero es el inspector Roy, jefe del Grupo de Secuestros y Homicidios. Colabora conmigo en la investigación. —Un silencio incómodo sobrevoló la estancia—. Supongo que querrá saber de qué se acusa a su cliente.

—Supone bien.

Blanca Jubillo hizo un relato pormenorizado de la denuncia presentada por Ileana Farcas. Entretanto, Roy estudió el rostro del abogado en busca de algún gesto de emoción, pero fue en vano: Fernández Bouton tenía la misma expresividad que un caimán del Amazonas. Cuando la inspectora finalizó la exposición, el letrado dio inicio a su estrategia.

—Por lo que veo, no tienen gran cosa en contra de mi cliente.

—¿Nosotros? Nosotros no tenemos nada —afirmó Blanca—. Es la Ileana Farcas quien lo tiene.

Fernández, desairado pero digno, se limitó a emitir un gruñido.

—Usted sabe cómo funcionan estas cosas —continuó la inspectora—. Hoy en día, el testimonio de una inmigrante cuyas penosas circunstancias vitales la han forzado a ejercer la prostitución tiene más credibilidad que el de don Gonzalo Tejero. Y más impacto social.

—Mi cliente es un ciudadano ejemplar que carece de antecedentes penales —protestó Fernández.

—Su cliente es político. Una profesión en horas bajas, por si no se ha percatado.

—No creo que al juez le importe eso.

—Pero a la opinión pública sí. Y a los periodistas, ni le cuento. Presionarán todo lo que puedan para que su señoría empapele a Tejero.

José Luis Fernández Bouton, de *Bouton y Bouton Abogados*, no movió un músculo de la cara. Pero el brillo arrogante de sus ojos se había apagado y su espalda se había encorvado bajo el peso del pesimismo.

—¿Van a detenerlo? —preguntó con voz grave.

—Depende de él —contestó Blanca—. Si presta declaración y se deja tomar el ADN, saldrá en libertad. Si no colabora, irá directo al calabozo.

—Eso es chantaje.

—Es una oferta —corrigió la inspectora—. Su cliente tiene la última palabra.

Roy estaba sorprendido por los reflejos de su colega. Al inicio de la entrevista con Fernández Bouton, el inspector había augurado que se vería obligado a intervenir para evitar que Blanca cayera en las trampas jurídicas tendidas por el abogado. Nada más lejos de la realidad. La inspectora Jubillo, con un desparpajo impropio de su bisoñez, lo tenía acorralado.

Picaron a la puerta y un policía barbilampiño asomó bajo el dintel.

—Ya hemos traído a Tejero, jefa.

Fernández Bouton miró a Blanca Jubillo.

—¿Me permiten que hable con él?

—Cómo no.

El agente condujo a Bouton al pasillo, donde, sentado en una silla de plástico, Tejero se esforzaba por mostrar una digna indignación. Bouton tomó asiento a su lado y emprendió un largo monólogo a su oído. De vez en cuando, sin interrumpirlo, Tejero asentía con la cabeza. El policía los vigilaba a una distancia prudente. Al cabo de unos minutos, se pusieron en pie e intercambiaron algunas frases en voz baja. Finalmente, Bouton pidió al agente que los condujese a presencia de la jefa del SAM. Este los acompañó hasta el despacho.

Roy y Jubillo se levantaron de sus asientos y estrecharon la mano de Tejero. El político trataba de mantener la circunspección, pero las bolsas que le hamacaban los ojos y un ligero tic en la comisura de los labios delataban su nerviosismo. Vestía un traje azul, caro pero informal, y camisa gris. No llevaba corbata; quizá pensó que la ocasión no lo merecía.

Los cuatro tomaron asiento. Fernández Bouton inspiró hondo y se aclaró la garganta.

—Mi cliente accede a que se le tome una muestra de ADN —afirmó—. Asimismo, está dispuesto a prestar declaración, aunque ejercerá su derecho a no contestar a alguna de las preguntas que se le hagan. Exigimos que tales preguntas no consten en el acta.

—Voy a cooperar —intervino Tejero—, pero no puedo responder a determinadas cuestiones. Quiero que comprendan la situación en la que me encuentro. Esta denuncia puede destrozar mi carrera política y mi matrimonio.

—No si es falsa —dijo Roy.

—Es falsa —replicó Tejero—, pero responder a todo con sinceridad puede perjudicarme.

Previa llamada de Blanca Jubillo a Bohórquez para recabar el fiat de la superioridad, el pacto entre los inspectores y Gonzalo Tejero quedó sellado. El

político se dejaría tomar una muestra de ADN y prestaría declaración respecto a lo fundamental de la denuncia, pero se reservaría algunos detalles personales o los revelaría fuera del acta, sin que se consignaran por escrito. A cambio, sería puesto en libertad a la espera de los resultados de los análisis científicos y del resto de pruebas practicadas o por practicar. En sus circunstancias, ahorrarse un par de noches de calabozo no era cuestión baladí, así que podía darse por satisfecho con el acuerdo.

Blanca Jubillo le informó de los derechos que le asistían como investigado y dio inicio formal a la declaración. Tejero contestó veloz a las generales de la ley. Posteriormente, expuso su versión de los hechos. En resumidas cuentas, afirmó que no conocía de nada a la rumana, que jamás había contratado sus servicios, que no la había violado y que nunca había visitado su ático del Paseo de la Independencia.

—¿Dónde estuvo el viernes por la noche? —interrogó Roy.

—En mi domicilio.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—No —respondió Tejero—, mi mujer y mis hijos habían marchado a Salou, al apartamento que tenemos en la playa. Estuve solo, leyendo y viendo la tele.

—Ya —murmuró el inspector—. ¿Consume usted cocaína, señor Tejero?

El político se ruborizó.

—¿Qué tiene eso que ver con el caso?

—La víctima dice que usted esnifó unas rayas en su presencia.

—Ya le he dicho que no la conozco de nada, jamás he estado en ese ático.

—Lo recuerdo —dijo Roy—. Lo que quiero saber es si usted consume cocaína.

Tejero titubeó y miró a su abogado en demanda de auxilio. Este terció en el interrogatorio:

—Esta es una de las preguntas a las que mi cliente prefiere no contestar y que exigimos no consten en el acta de declaración.

Blanca Jubillo, los dedos suspendidos sobre el teclado, consultó a Roy con un ademán. El inspector se encogió de hombros antes de decidir.

—Un pacto es un pacto —concedió—, la pregunta no constará en acta. —Esperó a que Blanca eliminara las últimas palabras del ordenador—. Prosigamos, señor Tejero. ¿Usa usted servicios de prostitución?

El político se sonrojó y volvió a mirar a Bouton. El letrado percibió de inmediato su incomodidad.

—Esta es otra de esas preguntas a las que no vamos a contestar —intervino.

—Entiendo —dijo Roy—; deduzco que la moral privada del deponente es bastante más relajada que la que suele exhibir en público.

—Eso no tiene ninguna relación con la causa —replicó Bouton.

—No creo que el tribunal lo vaya a ver así. De cualquier modo, tampoco

registraremos esta pregunta.

Gonzalo Tejero se mostraba abatido, las dos últimas cuestiones le habían afectado. Su adicción a la cocaína ya era conocida por Roy, no así su querencia por el sexo de pago. En España muchos hombres frecuentan la prostitución, pero airear tal hábito en la prensa podía resultar nefasto para un servidor público como el presidente de Tradición y Familia, cuyo sustento y ambiciones dependían de la volátil opinión del electorado y de la aureola de incorruptibilidad que, con paciencia y habilidad, había creado en torno a su persona. Era natural que la sola mención del asunto le provocara urticaria. No obstante, Roy detectó en Tejero una reacción más cercana al pánico que a la desazón: no sabía ocultar determinadas emociones, y esa era una baza a explotar.

El inspector decidió rebajar la intensidad del cuestionario con una serie de preguntas rutinarias. Tejero recobró poco a poco la calma y su rostro retornó a la altivez que le caracterizaba. Hablaba con seguridad, gesticulando de manera sobria con las manos para recalcar los puntos clave de su discurso. Bouton sonreía aliviado al interpretar que la fase crítica de la declaración había sido superada con éxito. Pero cuando todo indicaba que la diligencia tocaba a su fin, Rosario volvió a la carga:

—Señor Tejero, ¿siente atracción sexual por las lolitas?

El político se quedó paralizado, una cortina escarlata le veló de nuevo el cutis. Sus manos se entrelazaron con fuerza y las comisuras de sus labios tornaron a palpitar en un tic apenas perceptible.

—¿A qué viene esto? —preguntó Bouton.

Roy se demoró en la respuesta. En un interrogatorio, el silencio es un arma letal. Gonzalo Tejero permaneció mudo con la mirada fija en el suelo. Al poco, comenzó a trasudar; una película húmeda y viscosa brillaba sobre su frente. Tras una tensa pausa, el inspector respondió al abogado sin apartar los ojos del político:

—La víctima acaba de cumplir los veinte, pero no aparenta más de diecisiete.

—Mi cliente ya le ha dicho que no la conoce de nada. Exijo que esta pregunta no figure en diligencias.

Después de una fingida reflexión, Roy hizo un gesto a Blanca Jubillo para que eliminara la última cuestión.

—Para concluir —dijo Roy—, ¿tiene usted inclinaciones homosexuales?

Tejero rompió abruptamente su silencio.

—¿Cómo se atreve? —rugió—. ¿Está poniendo en duda mi virilidad? ¿Insinúa que soy un degenerado?

La respuesta airada del político contrastó con su hermetismo anterior. Rosario sabía que, en virtud de lo acordado, aquella pregunta y la posterior contestación no se redactarían, pero quería observar la reacción de Tejero.

—Hoy en día es una opción sexual tan sana y libre como cualquier otra.

—¡Y un carajo! —exclamó el declarante—. Eso es lo que quieren hacernos creer toda esa patulea de rojos y perversos. La homosexualidad es una aberración, un vicio *contra natura*. ¿O es que no sabe usted que el sexo tiene como única función biológica la procreación? ¿Acaso es posible concebir niños mediante la introducción del pene de un señor en el recto de otro? ¿Qué puede sacarse del ano de un fulano? ¿Un embrión, un feto, un bebé? De ningún modo. ¡Lo único que puede salir del culo de un sarasa es mierda! ¡Una asquerosa mierda de maricón! La sodomía es repugnante, además de perniciosa.

—Señor inspector —terció Bouton—, exijo que esta cuestión...

—No se preocupe —interrumpió Roy—, no constará en el acta. Por mi parte, no hay más preguntas. No sé si la inspectora Jubillo quiere añadir alguna cosa.

—No —respondió la aludida—, creo que hemos concluido. Si el señor letrado está de acuerdo...

—Por mi parte, todo correcto —afirmó Bouton.

—En ese caso, imprimo las copias, las firmamos y procedemos a la toma de ADN.

—Están perdiendo el tiempo —murmuró Tejero—. No he visto en mi vida a esa rumana.

Aquella historia de la violación tenía a Roy perplejo. Carecía de sentido que Gonzalo Tejero se plantara sin cita previa en el domicilio de una prostituta de lujo, la inmovilizara contra su voluntad y la sometiera a toda suerte de vejaciones. Pero sería absurdo que la muchacha se inventara semejante patraña, fácilmente desmontable mediante la práctica de la prueba de ADN. Y si Tejero hubiera tenido sexo de pago con Ileana, y esta, aprovechando la notoriedad del cliente, pretendiera extorsionarle con la presentación de una denuncia falsa, lo lógico sería que el político hubiera reconocido la relación, siquiera confidencialmente, ante los investigadores.

De la denuncia y el posterior interrogatorio al investigado, Roy solo extraía tres conclusiones claras: Tejero era cocainómano, frecuentaba el trato con putas y sentía cierta debilidad por nínfulas y lolitas. Restaba por ver si esta información podía ser útil para el avance de la Operación John Wayne.

Cumplimentados los trámites documentales y la toma de ADN, Gonzalo Tejero salió en libertad. Para evitar el acoso de los periodistas arremolinados a la puerta de la Jefatura, el político, después de alisarse el traje y atusarse los cabellos, y ya repuesto en su dignidad, montó en un vehículo [K\[19\]](#) y fue sacado de las instalaciones a través de la rampa del garaje.

Roy y Jubillo se quedaron a solas en el despacho. La inspectora ordenó los papeles de la declaración y los archivó en una carpeta con el membrete de la Dirección General de la Policía. Luego la depositó en un cajón del escritorio.

—¿Qué opinas? —preguntó mirando a su compañero.

Roy tardó unos segundos en responder.

—No sé si Tejero es culpable o inocente —dijo al fin—. Pero el asunto es raro de cojones.

Capítulo veintiuno

25 de septiembre, lunes.

Roy amaneció con un dolor agudo en el talón. El día anterior había hecho veintiún kilómetros alrededor del Recorrido del Tren. Como resultado del entrenamiento, por la noche se había resentido del pie, aunque, acostumbrado a los dolores superlativos del boxeo de competición, le restó importancia. Pero el lunes por la mañana, cuando se levantó de la cama y dio los primeros pasos, el dolor de la fascitis le mortificó.

Las sesiones de fisioterapia no habían curado la lesión, por lo que se imponía la necesidad de acometer medidas más contundentes. Siguiendo el consejo de un veterano corredor, Roy resolvió acudir al traumatólogo. Al margen de los aspectos puramente terapéuticos, en su decisión también había pesado el temor a que una nueva acometida de Mara acabara por derribar su muro de monogamia y fidelidad. Quien evita la tentación, evita el peligro, y conforme uno se va haciendo mayor, es preferible la prosaica placidez de la rutina a la siempre impredecible excitación de la aventura.

Tirando de contactos, consiguió cita a las nueve de la mañana. El doctor Trías Barbens atendía en el Hospital Quirón, a solo tres minutos en coche de su domicilio. Roy aparcó el Focus en los aledaños del hospital y cojeó hasta la recepción, donde le informaron de que la consulta del traumatólogo se encontraba en el segundo piso.

El doctor Trías Barbens era un hombre menudo y delgado, de unos cuarenta y cinco años, cuyas facciones graves y afiladas transmitían una reconfortante sensación de profesionalidad. Sometió a Rosario a un exhaustivo interrogatorio y lo remitió a la sección de radiología. A los diez minutos, el inspector estaba de vuelta en la consulta. El doctor se colocó unas pequeñas lentes en la punta de la nariz y examinó la radiografía a la luz del negatoscopio. Después se quitó las gafas y chasqueó la lengua.

—Esta fascitis se está cronificando —dictaminó—. Tendremos que infiltrar corticoides una vez por semana. Si en un mes no se ha recuperado, habrá que pasar por el quirófano.

Roy, que era rudo pero aprehensivo, asociaba la palabra *quirófano* a *carnicería*, de ahí que, en comparación con la posibilidad de ser operado, las infiltraciones le parecieran incluso deseables. El doctor Trías decidió aplicar aquel mismo día la

primera.

—Descálcese y tumbese boca abajo.

El inspector se quitó el zapato y el calcetín, y se tendió de bruces sobre una desvencijada camilla cubierta por una funda desechable. A sus espaldas, el traumatólogo tomó una jeringuilla, introdujo la aguja en el vial y desplazó hacia atrás el émbolo. Con la aguja en alto, se aproximó a Roy y le asió del pie.

—Me va a doler un poco, ¿verdad? —preguntó el paciente.

El doctor Trías emitió un bufido sarcástico.

—Le va a doler una barbaridad.

Según la experiencia de Roy, la intensidad del dolor predicha por un facultativo siempre es menor al sufrimiento efectivamente experimentado por el paciente. Siguiendo ese razonamiento, la frase del doctor Trías auguraba un tormento de proporciones bíblicas.

El inspector se aferró a los laterales de la camilla y apretó los dientes.

—Notará el pinchazo en tres segundos, dos, uno...

Aliviado, se dejó caer en la butaca del despacho. Su humor había mejorado. El dolor producido por la infiltración había estado a punto de provocarle un desmayo, pero las molestias del talón habían desaparecido.

Roy reflexionaba sobre la conveniencia de prohibir el acceso con armas a lugares donde hubiera jeringuillas: de no ser porque en el momento del pinchazo se encontraba bocabajo y porque la perspectiva de veinte años a la sombra le resultaba demasiado monótona, media hora atrás él mismo le habría pegado, sin remordimientos, tres tiros al traumatólogo. Ahora se alegraba de no haberlo hecho; su pie estaba en perfectas condiciones y, después de varias semanas, por fin caminaba con normalidad.

Alexis Guzmán entró en la habitación y se sentó frente a su jefe. Acababa de leer el expediente de Gonzalo Tejero, y no veía clara (ni oscura) la relación intuida por Roy entre la violación y los asesinatos.

—Creo que debemos centrarnos en lo que tenemos —opinó—. El dispositivo de control de los teléfonos, la respuesta que nos dé Bulgaria sobre *Caracortada*... Lo demás son especulaciones.

—Una cosa no quita la otra —replicó Roy—. Respecto a nuestras propias gestiones, ahora solo cabe esperar. La activación de los teléfonos intervenidos no depende de nosotros y el informe de la policía búlgara tampoco.

—He vuelto a llamar a nuestra oficina de Interpol para que metan prisa a los búlgaros.

—Perfecto. Mientras tanto, tenemos que husmear en el atestado de la violación.

Alexis suspiró con resignación.

—Lo he leído y releído, y no encuentro nada extraño.

—Porque solo reparas en lo grueso; pasas por alto los matices. En esas diligencias hay detalles en apariencia triviales que pueden ser de gran importancia.

Alexis Guzmán aguardó una explicación más exhaustiva, pero el inspector enmudeció, sumido, al parecer, en profundas cavilaciones. Lo cual es un pleonismo, claro, porque una cavilación, para ser tal, ha de ser profunda; de lo contrario es una ocurrencia. Al cabo de un minuto, el subinspector se cansó de esperar:

—¿Me ilustras acerca de esos detalles?

Roy dio un respingo y regresó a la zona convencional del continuo espacio-tiempo.

—Sí, perdona —se excusó—; los detalles... En primer lugar, es inusual que un hombre aparezca sin cita previa en el domicilio de una prostituta a la que no conoce. Lo normal sería que la hubiera telefonado antes. El segundo detalle relevante, aunque no figure en el atestado, es el bochorno con el que Tejero reaccionó a mi pregunta sobre su posible atracción por las lolitas, y su negativa a responderla. Estoy seguro de que nos oculta algo. Por otro lado, me escama que no haya huellas dactilares de Tejero en el ático de Ileana.

Alexis reflexionó sobre los tres puntos señalados por Roy. Al inspector no le faltaba razón: aquella denuncia era rara. Tal vez ni Ileana Farcas ni Gonzalo Tejero habían sido del todo sinceros con la Policía, aunque en ese tipo de enredos nadie lo era. Alexis seguía sin apreciar el nexo entre la violación y la Operación John Wayne, pero coincidía con su jefe en que la denuncia por agresión sexual rebosaba de elementos que invitaban a la suspicacia.

A las dos y media, Roy, fatigado, levantó la vista de las montañas de papeles que yacían sobre el escritorio. Después de releer por enésima vez el atestado y demás documentos relacionados con la denuncia de Ileana Farcas, había invertido el resto de la mañana estudiando el legajo de la Operación John Wayne. A aquellas alturas era capaz de recitar de memoria los nombres de todos los testigos, los resúmenes de sus declaraciones, largos fragmentos de los informes periciales y centenares de datos, más o menos inteligibles, algunos de los cuales solo servían para engrosar el expediente. Además, había llegado el informe de Trazas Instrumentales sobre las huellas de guantes encontradas en las escenas de los asesinatos: según los expertos, las impresiones de los tejidos no eran nítidas, por lo que resultaba imposible establecer comparaciones concluyentes.

Cada vez que repasaba la documentación, Roy caía en el desánimo. ¿Quién querría

matar a dos homosexuales absolutamente inofensivos? ¿Era la homofobia el único móvil de los crímenes? ¿A qué venía el ritual de las ataduras, la posición humillante de los cuerpos y las fotografías de estudio del *Duque*? La difusa pista búlgara y la implicación de *Caracortada* no contribuían a despejar las incógnitas. ¿Qué pintaba un búlgaro, en el supuesto de que *Caracortada* lo fuera, eliminando homosexuales en España? Si lo que pretendía era dar rienda suelta a su homofobia, ¿no podía hacerlo en su país?

Jonás irrumpió en el despacho. Entre las manos portaba un sobre en cuyo reverso se leía el nombre del remitente: *OCN Interpol España*. Sabía que su jefe esperaba esa carta, así que, en cuanto el secretario de la Brigada Judicial se la hubo entregado, la trasladó al inspector sin pérdida de tiempo. Roy tomó el sobre y lo sopesó. No era muy voluminoso, aunque eso no significaba nada. Nada bueno, sobre todo. Suspiró e hizo un gesto con la cabeza indicando a Jonás que tomara asiento. Tanto si el documento contenía buenas nuevas como si estas eran aciagas, prefería conocerlas acompañado.

Cogió un estilete que reposaba en una taza llena de bolígrafos y lo introdujo entre las junturas del sobre. Rasgó el papel, devolvió el estilete a la taza y extrajo tres folios doblados por la mitad. El primero exhibía en la esquina superior izquierda el anagrama de Interpol: una esfera terrestre atravesada por una espada, superpuesta a los platillos nivelados de una balanza. El dibujo se completaba con una larga sopa de siglas y una corona de hojas de acanto.

El inspector leyó en voz alta:

*Para el Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial
Jefatura Superior de Policía de Aragón.*

Estimados compañeros:

A la presente adjuntamos el documento original de respuesta emitido por el Servicio Nacional de Policía búlgaro. Junto al documento original, remitimos una copia traducida al castellano.

Es preciso subrayar que el Servicio Nacional de Policía es el órgano encargado de la investigación relacionada con la delincuencia común, y que en Bulgaria existen otros operadores de seguridad como el Servicio Nacional de Investigación, la Oficina Central para la lucha contra la Delincuencia Organizada, el Servicio de Policía de Fronteras, la Gendarmería Nacional, la Agencia Estatal para la Seguridad Nacional y el Servicio Nacional de Inteligencia.

—Como en España, vamos —dijo Roy.

Jonás sonrió y el inspector continuó leyendo:

En circunstancias normales, OCN Interpol España habría esperado a recopilar la información de todas las agencias de seguridad búlgaras y os la habría hecho llegar de una vez, pero debido a la premura que imponen las circunstancias, hemos optado por entregaros los informes de los distintos órganos a medida que vayamos recibiendo.

Sin otro particular, etcétera.

Roy depositó el primer folio sobre la mesa y desdobló el segundo. Estaba escrito en caracteres cirílicos, o eso supuso el inspector. Lo dejó a un lado y desplegó el tercer papel, que contenía un escueto texto en castellano:

Para OCN Interpol España.

Queridos colegas:

Sentimos informaros de que, tras analizar la fotografía y los datos antropométricos que nos aportasteis, difundirlos entre las distintas unidades de nuestra corporación y cotejarlos con nuestras bases de datos, no hemos hallado ningún candidato que responda al perfil físico requerido.

Os deseamos suerte en vuestras pesquisas y quedamos a vuestra disposición para cualquier gestión que estiméis pertinente.

El inspector dejó caer el documento sobre el tablero y hundió la cara entre las manos. Mientras se restregaba los ojos con las yemas de los dedos, Jonás, con su proverbial sentido de la oportunidad, se levantó del asiento y abandonó discretamente el despacho.

Otro cartucho quemado, reflexionaba Roy. Y cada vez quedaba menos munición. Las opciones se iban reduciendo y la investigación se ponía cuesta arriba. El inspector sabía que hasta que los teléfonos intervenidos no se activaran la Operación John Wayne no avanzaría. Entretanto, su única baza, más intuitiva que racional, era confiar en una improbable conexión entre los crímenes y la violación denunciada por Ileana.

Unos pitidos agudos e intermitentes le sacaron de sus cavilaciones. Alguien llamaba al teléfono fijo.

—Dígame —murmuró Rosario.

—¿El inspector Roy? —La voz, atildada y andrógina, le resultó familiar—. Soy Jerónimo Gargallo, el recepcionista de la Sauna Nordik. No sé si le pillo mal.

—En absoluto. ¿Cómo van las cosas? ¿La sauna sigue en funcionamiento?

—Sí, gracias a Dios. Los herederos de Rodrigo quieren continuar con el negocio

me han pedido que sea el encargado.

—Me alegro por usted. —Roy no supo qué añadir. Durante unos segundos, el silencio se instaló a ambos lados del hilo telefónico—. ¿Cuál es el motivo de su llamada? —preguntó finalmente el agente.

Jerónimo Gargallo tardó en responder.

—Imagino que será una tontería —balbuceó—, pero no quiero quedarme con la duda. Me he enterado de la violación de la chica rumana y tengo una información que tal vez pueda interesarles.

—Usted dirá.

—Un día escuché una conversación entre Alí y Onofre en el vestuario de la Nordik. ¿Se acuerda de Onofre, verdad?

—El ingeniero de minas, sí. Nos está resultando difícil localizarlo.

—Como les dije, creo que está de vacaciones. A lo que iba —prosiguió Jerónimo—: Alí y Onofre charlaban mientras se desvestían junto a las taquillas. Yo estaba en la zona de las duchas, recogiendo las toallas usadas que los clientes depositan en el cubo. Entre las duchas y las taquillas hay un murete de cortesía, por lo que no podían saber que yo estaba del otro lado. ¿Me sigue?

—Le sigo.

—Le aseguro que nunca cotilleo ni espío conversaciones ajenas, pero tampoco soy sordo —se excusó—. No sé si me entiende.

—Perfectamente —contestó Roy. El prólogo de Jerónimo Gargallo había logrado intrigarle.

—Alí estaba rajando sobre Gonzalo Tejero. Como usted sabrá, el señor Tejero es un homófobo recalcitrante y no se recata en manifestarlo. En nuestro ambiente, no es un político muy apreciado; es habitual que hablemos de él, sobre todo para despellejarlo. La intolerancia está firmemente anclada en nuestra sociedad, y hasta que la comunidad gay española no consiga...

—¿Puede ir al grano? —apremió Roy.

—Sí, perdone. —Jerónimo carraspeó antes de retomar el hilo—. Alí le estaba contando a Onofre que Tejero, a pesar de su misa diaria, su familia numerosa y su ética ultraconservadora, hacía meses que se tiraba a una puta. Creo que se refería a la rumana.

—¿Por qué precisamente a la rumana? En Zaragoza hay prostitutas a patadas.

—Sí, claro. Pero Alí dijo que la de Tejero era una lolita, casi una niña, y que era muy... exuberante. Así es como describen a la denunciante en el *Heraldo*. —El recepcionista hizo una pausa—. ¿Demasiada coincidencia, no?

Jerónimo Gargallo estaba en lo cierto: demasiada coincidencia. Roy le agradeció la información y se despidió. Al colgar el auricular, la cabeza del inspector entró en

ebullición. ¿Cómo se había enterado Alí de las relaciones entre Gonzalo Tejero e Ileana Farcas? Zaragoza no era Manhattan, pero tampoco Fermoselle. ¿Y por qué el político y la prostituta negaban conocerse? Según se desprendía de lo relatado por Jerónimo Gargallo, la relación entre ambos venía de tiempo atrás. ¿O acaso Alí se había referido a otra nífula de saldo y esquina?

En la mente de Roy, una luz se abría paso entre las tinieblas del pesimismo. Contra toda lógica, y basándose solo en la intuición, el inspector había presentado la existencia de un vínculo entre la denuncia de Ileana Farcas y los asesinatos de la Operación John Wayne. La información aportada por Jerónimo Gargallo no confirmaba tal nexo, pero abría un resquicio a la esperanza.

Que, tal como estaban las cosas, no era moco de pavo.

Capítulo veintidós

26 de septiembre, martes.

Rosario Roy y Alexis Guzmán se sentaron en sendas sillas de hierro que hacían juego con una mesa redonda de patas retorcidas. Sobre ellos, la cúpula del cenador proyectaba una sombra irregular tamizada por las buganvillas y las enredaderas. Alrededor de la lonjeta, los macizos de petunias dibujaban formas caprichosas sobre el césped. Un jardinero entrado en años y guarecido del sol por un sombrero de paja podaba un seto mientras silbaba una tonada popular.

—Así da gusto jubilarse —dijo Alexis—. Esto parece un *resort* de lujo.

Roy sabía que la residencia Edad Dorada provocaba una primera impresión de placidez. Pero cuando se frecuentaba era imposible sustraerse a la inquietante sensación de derrota que transmitían los rostros de sus inquilinos. La proximidad de la hora final nos hace clarividentes: cuando la juventud no es más que una gota en el océano de los recuerdos y la carcoma de la vejez comienza a roernos el alma, entendemos por fin que la vida es un combate amañado del que nadie sale victorioso. Y eso se refleja en la cara.

El exsubcomisario Damián Roy, erguido como un mástil a pesar de sus setenta y ocho navidades, se acercó con pasos enérgicos empujando la silla de ruedas. Debía de ser el único habitante de aquel geriátrico a quien la fatalidad de la existencia aún no había conseguido doblegar, y eso que, por sus circunstancias vitales y profesionales, había conocido las simas más profundas de la maldad humana y del sufrimiento. Llegó al pie del breve tramo de escaleras que daba acceso a la tarima del cenador, levantó la silla a pulso y subió los peldaños con agilidad. Forzando la respiración para simular una fatiga que no le aquejaba, depositó la silla sobre el entablado y se dejó caer en ella. Luego, mirando a los ojos de su nieto, hizo la pregunta de rigor:

—¿Cómo está tu madre?

—Está muy bien, abuelo. Te manda recuerdos.

Oída la consabida trola, el subcomisario Roy se concentró en adoptar un semblante que transmitiese decrepitud, al tiempo que cubría sus piernas con una manta de lana. Con el paso del tiempo y la fuerza de la costumbre, su caracterización como jubilado

senil estaba alcanzando unas cotas de perfección acreedoras de premio Tony.

El anciano escrutó a Guzmán.

—Así que aquí tenemos las nuevas generaciones de la Policía. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Alexis Guzmán —respondió el interpelado mientras se incorporaba para estrechar la mano del subcomisario. Damián Roy volvió la mirada hacia su nieto:

—Ah, este es el subinspector...

—El subinspector con el que trabajo —se apresuró a decir Rosario antes de que su abuelo terminara la frase.

—El subinspector homosexual —precisó Alexis—. O marica, o gay, como usted guste. Yo prefiero el primer epíteto. El segundo es peyorativo y el tercero anglosajón. Y yo siempre he sido muy castizo.

Una carcajada erupcionó en la garganta de Damián, pero a Rosario le asaltó el recuerdo de la tensa conversación habida en la mezquita, semanas atrás, entre Alexis y el imán Yusuf. Aquello no había ido a más gracias a las buenas artes del empresario Lamalmi y a que el subinspector, por aquel entonces, disfrutaba de un saludable equilibrio emocional. En esta ocasión, Lamalmi no estaba presente, y el estrés de Guzmán, al igual que el del resto de componentes de Homicidios, andaba por las nubes a causa de las exigencias que imponía la investigación.

—Perdona, Alexis —dijo el abuelo—. No era mi intención ofenderte. En mis tiempos hubiera sido impensable que un homosexual trabajara en la Policía. O, al menos, que un policía reconociera su homosexualidad. Pero créeme, no tengo prejuicios.

—Le creo. —El subinspector sonreía conciliador—. No tiene importancia.

—Pero supongo que no habréis venido hasta aquí para escuchar mis meteduras de pata.

—Supones bien —admitió Rosario, aliviado por la pacífica resolución de lo que podía haber derivado en conflicto—. Hemos venido para contarte las novedades de la Operación John Wayne.

—Soy todo oídos.

El inspector relató al subcomisario los últimos avances, si es que podían calificarse así, registrados en la investigación, haciendo hincapié en la denuncia de Ileana Farcas y en su posible vinculación con los asesinatos. El anciano escuchó con los ojos entornados.

—¿Qué opinas? —preguntó Rosario una vez concluida la exposición.

El subcomisario abrió los ojos y miró fijamente a su nieto. Una chispa de luz brillaba entre las carnosidades de sus párpados.

—¿Qué quieres que te diga?

—Si ves relación entre los asesinatos y la violación.

—Por supuesto —afirmó el expolicía—. Una coincidencia puede deberse a la casualidad, dos son siempre causalidad. ¿Quién se va a tragar que un tipo como Gonzalo Tejero, cuyo mayor crimen hasta la fecha era haber llegado tarde un domingo a misa, pase de repente a estar en boca de todos los policías de Zaragoza por putero, cocainómano y violador? ¿Que un facha estirado, que en cuarenta y ocho años de casta y aburrida existencia jamás figuró en ningún atestado, sea ahora protagonista de uno y actor secundario de otro?

—No es tan raro que un hombre de mediana edad esnife coca y se vaya de putas —objetó Alexis.

—No —admitió Damián—. Lo llamativo es que en pocas semanas hayamos averiguado lo que la sociedad zaragozana había ignorado durante lustros. A mí eso me escama.

—Solo tenemos sospechas —insistió Guzmán—. No podemos establecer vínculos objetivos que expliquen la aparición de Gonzalo Tejero en las dos investigaciones.

—Eso es porque solo usáis la cabeza para sostener el pelo —espetó Damián—, y siento informaros de que, antes de lo que creéis, ni siquiera os servirá para eso. La conexión entre ambas investigaciones es evidente: Alí Mohamed Hach. El marroquí sabía de la relación de Gonzalo Tejero con una prostituta muy joven, ¿no?

—Sí, pero Ileana dice que era la primera vez que se veía con Tejero, y este, que no la conoce de nada.

—Pues están escondiendo algo —dijo Damián—. En cualquier caso, hurgad en la vida de la chica y encontraréis algún punto de coincidencia con Alí: amistades, hábitos, lugares frecuentados.

—Alí pudo haberse enterado de lo de Ileana a través de Chuso Artieda —apuntó Rosario—. El camello pasaba coca tanto al magrebí como al político.

—En efecto —afirmó el subcomisario—. Y como sospechamos que Tejero siente atracción por las lolitas, podemos elaborar la siguiente hipótesis:

»Gonzalo Tejero le pide a Chuso Artieda que le consiga una prostituta aniñada. Un político famoso no puede andar de lupanar en lupanar buscando fulanas con apariencia infantil; ya sabéis, los votantes suelen ser puntillosos al respecto. Por eso recaba la ayuda de su camello, con el que tiene cierta confianza. Chuso, que de cocaína sabe mucho, pero de putas no tanto, decide que sea Alí, que al fin y al cabo es prostituto, quien encuentre una profesional con las características requeridas. Alí da con Ileana y le propone el *bisnes*. La chica acepta y comienza la relación. Fin de la hipótesis.

Rosario y Alexis cruzaron las miradas. En sus ojos se reflejaba el asombro por la capacidad deductiva (o de invención, el tiempo lo diría) del viejo subcomisario y el

bochorno por no haber sido capaces de formular una teoría análoga.

No obstante, el inspector aún albergaba dudas.

—¿Qué ganaba Alí colaborando con Artieda? —preguntó.

—Alguna reducción en la deuda de coca —respondió el subcomisario.

Rosario asintió despacio con la cabeza.

—¿Y cómo encontró a Ileana?

Damián Roy retiró la manta de sus piernas y comenzó a plegarla con cuidado.

—Para eso os da el Estado una placa, una pistola y la condición de agentes de la autoridad —dijo—: para que investiguéis. Ileana y Alí tenían algo en común. Encontradlo. De todas formas, tened en cuenta que lo que acabo de exponer es una mera suposición; puede que no responda a la realidad y sea solo una aproximación. O ni siquiera eso.

Damián se levantó, alzó en vilo la silla de ruedas y descendió con ella a pulso las escaleras del cenador. A modo de despedida, tocó con la mano derecha la inexistente ala de un imaginario sombrero. Marcial cual legionario, se alejó a trancos ágiles y vigorosos.

El cielo estaba sucio y gris como ala de paloma. Un cierzo enrabiado ululaba entre los edificios y agitaba las ramas de los sicomoros. Rosario Roy, absorto frente a la ventana del despacho, contemplaba cómo la tremolina arrastraba las hojas de los árboles, proyectándolas contra las paredes y el mobiliario urbano del paseo María Agustín. El sol se ocultaba por el oeste, y el paisaje (una impersonal amalgama de cemento, vidrio y asfalto) se diluía poco a poco en la penumbra.

A última hora de la mañana, el SAM había recibido el listado de llamadas de Gonzalo Tejero y de Ileana Farcas, así como sus respectivos tráficos de navegación por Internet. Roy se ofreció a Blanca Jubillo para analizarlos. La inspectora, lejos de poner objeciones, accedió gustosa a que el jefe de Homicidios la descargase de aquella rutinaria tarea. Después de comer un plato combinado en el Giorgio, Roy tornó a su despacho para analizar la nueva información.

Acomodado en la butaca y con los gruesos informes remitidos por las compañías telefónicas colocados sobre el escritorio, lo primero que hizo el inspector fue examinar el tráfico de la IP de Ileana. Las consultas de la rumana en Internet eran abundantes pero inanes. Visitaba páginas de moda y belleza, periódicos digitales de su país y *webs* de compañías aéreas. Utilizaba *Skype* casi a diario para conversar con usuarios residentes en Rumanía. No había conexiones con Gonzalo Tejero, con Chusc Artieda, con Alí ni con ninguno de los implicados en la Operación John Wayne. No consumía porno, no accedía a la Darknet[20] y no tenía relación alguna con páginas o

internautas que pudieran considerarse sospechosos. Su vida virtual era casi virtuosa.

La circulación de la IP de Tejero, por el contrario, no era tan inocua: el edil no había visitado la *web* en la que Ileana anunciaba sus servicios, pero sí frecuentaba páginas semiclandestinas en las que jovencitas apenas llegadas a la pubertad mostraban con semblante angelical sus recién aflorados encantos. Pedofilia de bajo impacto.

El inspector analizó después los tráficos telefónicos. No había llamadas entre Ileana y Tejero, y ninguno de ellos se había comunicado con Alí Hach Mohamed. El posicionamiento del móvil del edil durante la noche de la violación no esclarecía si había visitado el ático de Ileana o si, por el contrario, y tal como había declarado, había permanecido en su domicilio. Ello se debía a que su piso se encontraba muy próximo al ático de la prostituta. Las señales telefónicas, en uno u otro caso, habrían sido recogidas por las mismas antenas.

Antes de dar por terminado el examen de los listados, Roy transcribió en una hoja Excel todos los números de teléfono a los que Ileana y Tejero habían llamado en los últimos meses. En esa misma hoja figuraban ya las llamadas efectuadas por Artieda, Alí, Noriega y el resto de implicados en la Operación John Wayne. La tarea, en la que el inspector depositaba pocas esperanzas, le llevó un buen rato. O, al menos, a Roy se le hizo eterno: su fobia por las tareas mecánicas provocaba que cualquiera de estas se le antojara el castigo de Sísifo. No obstante, contrariando su pronóstico, el trabajo rentó. Había un mismo número con el que tanto Ileana Farcas como Alí Mohamed Hach habían contactado, la chica en dos ocasiones y Alí tan solo en una. Era el 976 52 02 55. La predicción del abuelo Damián («hurgad en la vida de la chica y encontraréis algún punto de coincidencia con Alí») había resultado cierta.

Quizá esa coincidencia no significara nada. El 976 52 02 55 podía ser el teléfono de *Telepizza*. Pero el ritmo cardíaco del inspector se disparó a causa de la emoción. Antes de hacer más comprobaciones, llamó al móvil de Alexis. El subinspector, que estaba en la oficina contigua en compañía de Neira y de Ordóñez, compareció de inmediato en el despacho de su jefe.

—¿Qué ocurre? —preguntó nada más traspasar el umbral—. ¿Hay novedades?

Roy le explicó las operaciones que había realizado y la concurrencia del mismo número de teléfono en los listados de Alí y de Ileana.

—¿A quién pertenece? —inquirió el subinspector.

—Lo desconozco.

—¿Y a qué esperas para meterlo en *Google*?

—No lo sé. ¿Tal vez a que mi subinspector esté a mi lado para compartir conmigo un momento importante de la investigación?

Alexis compuso un mohín displicente y señaló con ademanes imperiosos la pantalla

del ordenador. El inspector reclamó calma con las manos. Acto seguido, manipuló el ratón, clicó en el icono de Internet y copió el número de teléfono en la página principal de *Google*. La respuesta no se hizo esperar.

—Es el teléfono del Centro Natación Helios —anunció—. El club deportivo al que acudía Alí.

Una sonrisa dejó a la vista la resplandeciente dentadura de Alexis Guzmán.

—Fijo que la rumana también entrena allí —aseguró—. ¿Lo comprobamos?

Roy descolgó el auricular del teléfono fijo y marcó el número. Luego conectó el altavoz. Al poco se escuchó una voz masculina:

—Centro Natación Helios. ¿En qué puedo ayudarle?

El inspector engoló la voz hasta alcanzar una tesitura suficientemente institucional:

—Le llamo de la Jefatura Superior de Policía en relación con una investigación de cierta relevancia.

—¿Y cómo sé que llama de la Policía? —inquirió el telefonista.

—Nos ha salido suspicaz —susurró Alexis. Con un gesto categórico, Roy le ordenó silencio.

—Si quiere asegurarse, cuelgue ahora, llame a la centralita de la Jefatura Superior y pida que le pasen con el Grupo de Secuestros y Homicidios.

—¿Homicidios? Está bien, ahora mismo les llamo.

El individuo cortó la comunicación. Al cabo de unos segundos, se escuchó el tono de llamada del fijo. Roy descolgó antes del segundo pitido.

—Homicidios. Inspector Roy al habla.

—Soy el recepcionista del Centro Natación Helios. Usted dirá.

Roy activó de nuevo el altavoz.

—Quiero saber si tienen entre sus clientes a una tal Ileana Farcas. ¿Necesita que se lo delectree?

El recepcionista se demoró antes de contestar.

—Lo que necesito es una orden judicial —respondió al fin—. No estoy facultado para desvelar información confidencial.

Roy abrió unos ojos como platos mientras se preguntaba por qué todos los tontos del mundo se creen en la obligación de boicotear el trabajo de la Policía. No encontró la respuesta, pero resolvió hacer un esfuerzo por mantener la compostura.

—La información que le pido no es confidencial, caballero.

—¿Ah, no? —replicó el recepcionista viniéndose arriba—. ¿Qué es para usted información confidencial, si puede saberse?

En vez de perder los estribos, Roy optó por la mordacidad:

—El emplazamiento de los misiles nucleares, el teléfono móvil del presidente del Gobierno, la fórmula secreta de la *Coca-Cola*...

—¿Me toma el pelo?

Aquel tipo era inmune al sarcasmo. El inspector decidió abandonar las florituras.

—Escúcheme, gilipollas. Si sigue tocándome los cojones, me plantaré allí, hablaré con su jefe y le sugeriré que lo mande a tomar por el culo, cosa que hará gustoso si no quiere que le clausuremos el negocio por alguna de las mil irregularidades que sin duda descubriremos cuando pongamos su local patas arriba.

El recepcionista tardó en responder. La posibilidad de perder el empleo había hecho mella en su espíritu belicoso. Que la rebeldía está muy bien, siempre que no pague peaje. Roy, a su vez, deseó que su interlocutor no estuviera grabando la conversación. Insultar a un ciudadano y amenazarlo con promover su despido no es el tipo de actitud que ayuda a un policía nacional a ascender en la escala jerárquica.

—¿Puede deletrear ese nombre? —pidió el recepcionista al cabo de unos segundos. Su voz destilaba una mezcla de miedo y resignación.

Roy suspiró aliviado e hizo lo que el individuo le solicitaba. Al otro lado de la línea se escuchó el tabaleo de un teclado.

—A ver... Ileana Farcas, sí. Aquí la tengo. Hace un año que es socia. La dirección que nos consta es Paseo de la Independencia, número 43, ático. Paga la cuota mensual en efectivo. ¿Quiere algo más?

—No, gracias. —Roy trató de recuperar el tono institucional, pero sus palabras sonaron irónicas—: Ha sido usted muy amable y de gran ayuda para la investigación. Le ruego absoluta reserva acerca de esta conversación. Buenas tardes.

El inspector colgó y cruzó su mirada con la de Alexis. Afuera había caído la noche y los débiles gemidos que se filtraban por el quicio de la ventana indicaban que el cierzo había amainado. Una calma expectante se adueñaba de la ciudad, su tenso sosiego se extendía al interior del despacho. Roy y Guzmán no se dijeron nada. No hacía falta.

La investigación había superado el punto muerto.

Capítulo veintitrés

27 de septiembre, miércoles.

Roy finalizó el entrenamiento empapado en sudor. Había alternado series rápidas de dos mil metros, en las que incrementaba progresivamente la intensidad de la carrera hasta finalizar casi al esprint, con recuperaciones de ocho minutos al trote. Cuando comenzó a correr, el sol era un nimbo de luz apenas intuido tras los cerros poblados de pinares. Ahora iluminaba un cielo salpicado de nubes blancas y esponjosas como torundas de algodón. Tumbado sobre la hierba, el inspector recobraba el ritmo cardíaco mientras dejaba su vista vagar por el firmamento.

Su teléfono comenzó a vibrar dentro de la riñonera. Al meter la mano para sacarlo, rozó el cañón de la HK.

África saludó nerviosa:

—Buenos días, Rosario.

—Buenos días. ¿Ocurre algo?

—Acabo de llegar a la Brigada Científica —explicó la mujer— y he encontrado sobre mi mesa el informe con los resultados del ADN de Gonzalo Tejero. Le he pasado una copia a Blanca.

—¿Su ADN coincide con el del semen encontrado en el cuerpo de Ileana Farcas?

—Sí.

—Eso no es ninguna sorpresa.

—Eso no —confirmó África—. El resto del informe, sí. Mejor te lo cuento luego tomando un café. Te va a hacer falta.

Los agentes se citaron en la cafetería del Pignatelli. El edificio, situado al costado de la Jefatura Superior de Policía, albergaba la sede del Gobierno de Aragón. Se trataba de una sobria construcción del siglo XVIII con fachada neoclásica y una iglesia central de reminiscencias bizantinas. La cafetería, ubicada en el sótano, tenía paredes de mampostería y un techo abovedado que proporcionaba a la estancia el aspecto de una catacumba.

Rosario divisó a África en la mesa más alejada de la entrada. La mujer manoseaba

un legajo con el anagrama de la Policía Nacional. En una esquina de la mesa reposaba una taza vacía.

—¿Otro café? —preguntó el inspector cuando llegó a su altura.

—No, gracias —repuso África—, ya me chuté mi dosis.

Rosario marchó hacia la barra. Al cabo de un minuto, regresó con un cortado y se sentó frente a su compañera. Los ojos de la chica traslucían tensión.

—¿Cuál es la sorpresa? —inquirió el inspector.

África Trinidad blandió el legajo en su mano izquierda.

—Como te dije, el ADN que extrajimos a Tejero se corresponde con el del semen del cuerpo de Ileana. Pero las coincidencias no acaban aquí. —África echó una ojeada en derredor—. ¿Estás preparado?

—Siempre —replicó impaciente Roy—. Dispara.

África inspiró hondo y miró a los ojos de su interlocutor. Lo que estaba a punto de revelar iba a trastocar todos los parámetros de la Operación John Wayne, amén de provocar un terremoto mediático colosal. Nerviosa, pronunció las palabras en voz baja:

—Al cruzar los datos en CODIS^[21], el sistema ha descubierto que el semen encontrado en los fiambres de Alí Mohamed Hach y Rodrigo Noriega también pertenece a Gonzalo Tejero.

Roy se convirtió en un fotograma, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa. La taza quedó pendiente de su mano, a medio camino entre la mesa y la boca, y su rostro, inmóvil, era el vivo retrato de la estupefacción. Durante unos segundos no pudo reaccionar. Luego, en silencio, dejó la taza sobre el platillo, se puso en pie y emprendió el camino hacia la Jefatura.

A diferencia de otras fuerzas de seguridad, más preocupadas por el espacio que ocupan en televisión que por el servicio que prestan al ciudadano, la Policía Nacional no acostumbra a exhibir como triunfo corporativo lo que no es sino el resultado lógico de la aplicación de las rutinas profesionales. Por eso todos los componentes de Homicidios y del SAM se opusieron a las insinuaciones del comisario Bohórquez.

Hacía poco, otro cuerpo policial había detenido a un canalla por violar y asesinar, diecinueve años atrás, a una chiquilla. El delito había estado a punto de prescribir sin que los agentes tuvieran la menor idea acerca de quién era el culpable. Afortunadamente, un cruce en las bases de datos de ADN les puso sobre la pista del cabrón, al que arrestaron ante las cámaras y pasearon en un convoy blindado, escoltado por efectivos de operaciones especiales, como si el pobre diablo fuera el mismísimo Bin Laden y Al Qaeda hubiera planeado liberarlo. Todo a expensas del

admirado contribuyente. El portavoz oficial de turno afirmó, sin ponerse colorado, que la detención se había debido a la infatigable labor de los investigadores, quienes no habían desfallecido durante los casi cuatro lustros de pesquisas. Lo cierto es que estas se habían abandonado a los pocos años de la muerte de la niña y que, de no ser por los avances en materia de ADN y de archivística digitalizada, el crimen habría prescrito de manera irremediable. El caso se resolvió de chiripa, pero los mandos de la fuerza en cuestión, lejos de guardar un decoroso silencio, decidieron pregonar a los cuatro vientos una versión corregida y aumentada de su trabajo.

Pues bien, *El Bicho* sugirió emular aquella venta de humo y filtrar a los medios de comunicación que la recién descubierta relación de Tejero con los asesinatos de Alí y de Noriega se debía a la sagacidad de los *sabuesos policiales* (empleó esta expresión) y no a la aplicación prosaica de los protocolos de investigación. Un par de siseos despectivos y las unánimes miradas de desprecio de los *sabuesos* le hicieron desistir.

Las dependencias del SAM, habitualmente tranquilas, bullían como un gallinero. Los ajetreteados funcionarios trajinaban dosieres y expedientes que, en su mayoría, no aportaban nada al embrollo en que había derivado la denuncia de Ileana Farcas. Pero, a falta de mejor ocupación, el movimiento, aun descabezado, transmite una tranquilizadora sensación de eficacia, máxime cuando el gallo del corral cacarea en busca de culpables. El gallo era el comisario Bohórquez, quien, abochornado por el inesperado fracaso que su política de comunicación había cosechado entre los subordinados, irrumpió por segunda vez en las oficinas del SAM, profiriendo una catarata de injurias y maldiciendo la falta de profesionalidad de los allí presentes y su nulo olfato policial. Según *El Bicho*, los agentes del SAM tenían que haber detenido a Gonzalo Tejero en cuanto recibieron la denuncia de Ileana, y haberle metido tres noches en el calabozo. En el ínterin habrían llegado los resultados del ADN y los asesinatos se habrían resuelto con el político en dependencias policiales, lo que habría permitido a la Brigada Judicial marcarse un buen tanto. Sin embargo, ¿qué iba a pensar ahora la sociedad zaragozana sobre la lenidad con que la Policía Nacional trataba a los delincuentes influyentes? El comisario olvidaba interesadamente que él mismo había acordado con Blanca Jubillo la toma de declaración del político y su posterior puesta en libertad. Es más, ante la sugerencia de la inspectora, se había negado en redondo a que un prohombre como Tejero pernoctara una sola noche en el pulguero.

Para alivio de Blanca, Roy traspasó en ese momento el umbral de acceso al SAM monopolizando la atención del *Bicho*.

—A ti te quería yo ver —bramó el comisario—. Pasa ahora mismo al despacho de Jubillo. Y tú también —añadió señalando a la inspectora.

Blanca y Rosario entraron en la habitación y aguardaron a que *El Bicho* tomara asiento. Este lo hizo en la butaca de la jefa del SAM, lo que, en el manual de usos y costumbres policiales, supone una grosería inadmisibles. A un gesto de su superior, los inspectores se sentaron en las dos sillas del otro lado de la mesa. Bohórquez taladró a Roy con sus pequeños ojos de rata.

—He comisionado a dos funcionarios del SAM para que detengan a Tejero —murmuró—. Reza para que lo localicen. ¿Se puede saber qué has estado investigando? ¡Después de varias semanas no tenías ni idea de quién era el asesino! ¡Ni idea! Los crímenes se van a resolver de puñetera casualidad. —El comisario escupía las palabras con rabia—. Si es por ti, ese cabrón hubiera seguido matando hasta el fin de los tiempos.

Gonzalo Tejero fue detenido cuando salía de su portal camino del ayuntamiento. No opuso resistencia. Los policías le engrilletaron las muñecas a la espalda y le informaron del motivo del arresto. Cuando escuchó que se le acusaba de dos asesinatos, le flojearon las piernas; si no llega a ser por los agentes que lo flanqueaban, hubiera caído al suelo.

En diez minutos, el Renault Megane del SAM frenó ante el disco rojo del semáforo situado junto a la Jefatura. En las escaleras del inmueble se había congregado un nutrido número de reporteros que fumaban sin cesar mientras despotricaban contra la opaca política informativa de las autoridades policiales. Patricia Duque fue la primera en detectar a Tejero sentado en el asiento trasero del Megane. Tras propinar un codazo al cámara de su equipo, se lanzó escaleras abajo. En pocos segundos se plantó junto al lateral derecho del *K*. Gonzalo vio a la periodista y giró la cabeza para preservar su intimidad. Patricia Duque se atusó la melena rubia, algo despeinada por la fugaz carrera, y comenzó a disparar preguntas:

—¿Reconoce haber matado a dos personas después de haberlas violado analmente? ¿Desde cuándo lleva usted una doble vida? ¿Su mujer estaba al corriente de sus atrocidades?

El semáforo se puso en verde, pero el resto de la tropa informativa, que había salido en tromba detrás de Patricia Duque, tenía cercado el coche. Los periodistas hicieron caso omiso de las señales acústicas y luminosas activadas por el policía que ocupaba el asiento del copiloto. Los estentóreos pitidos del claxon tampoco tuvieron éxito. Un jabardillo enloquecido de cámaras, fotógrafos y reporteros asediaba el *K*. Las preguntas se mezclaban con insultos y provocaciones en busca de alguna incontinencia verbal del detenido. Este, sumido en su propia pesadilla, agachaba la frente para hurtar su rostro a la voracidad de los objetivos.

El conductor, con el cambio de marchas en punto muerto, pisó a fondo el acelerador. Pretendía ahuyentar a la marabunta con el rugido del motor. Temerosos, los que obstaculizaban la calzada se echaron atrás. El piloto aprovechó para engranar la primera e imprimir un pequeño acelerón que los periodistas, a voz en grito, interpretaron como un intento de atropello. Al segundo amago, la turba despejó el camino y el Renault Megane pudo eludir el acoso, torcer a la derecha y enfilarse a toda velocidad la rampa del garaje.

Blanca Jubillo y Rosario Roy hubieron de emplearse a fondo para convencer al comisario Bohórquez sobre la conveniencia (más bien imperiosa necesidad) de que no estuviera presente en el interrogatorio. Los jefes, incluso aquellos que han sido buenos policías en el pasado (y el comisario ni lo había sido ni lo había pretendido), suelen representar un estorbo en este tipo de diligencias, pues a la oxidación operativa que sufren como consecuencia de su burocrática misión, suelen añadir un excesivo afán de protagonismo. Por eso, cuando *El Bicho* abandonó a regañadientes el despacho de la jefa del SAM, los inspectores respiraron aliviados.

Recuperada la butaca usurpada por Bohórquez, Blanca Jubillo trató de reflexionar con calma. El hecho de que el semen hallado en los cadáveres de Alí y de Noriega perteneciera a Tejero trastocaba radicalmente el panorama.

—Ya no estamos ante un mero violador —señaló—, sino ante un homicida múltiple. Deberías ser tú quien se hiciera cargo de la investigación.

—Tienes razón —reconoció Roy—, pero la denuncia de la rumana sigue estando ahí. Si quieres, puedes colaborar.

La inspectora negó con la cabeza.

—No tengo experiencia en homicidios, solo serviría de incordio. Me conformo con que me mantengas informada de lo que pueda afectar a la violación de Ileana.

—Así lo haré.

—El detenido ha sido ingresado en el calabozo —continuó la mujer—. Llamaré para comunicar que está a tu disposición. —Antes de descolgar el auricular, miró a Rosario a los ojos—. Que tengas suerte con este asunto —añadió—, la vas a necesitar.

Elisa Gayarre no daba crédito a lo que estaba escuchando a través del teléfono móvil. En sus más de veinte años de ejercicio de la judicatura, jamás se había topado con un caso semejante. El relato casi inverosímil del inspector Roy obligaba a su señoría a reconsiderar determinadas decisiones. Lo primero que debía dilucidar era el estatus

procesal de Chuso Artieda. La cocaína encontrada en su domicilio justificaba su permanencia en prisión, pero ¿había llegado la hora de retirar la acusación por homicidio que pesaba sobre él? Después de una ponderación urgente de pros y contras, resolvió que, de momento, lo mejor era mantenerlo entre rejas y no modificar las imputaciones.

Roy tenía dificultades para hilar la narración con coherencia. No en vano trataba de explicar lo que para él mismo resultaba inexplicable. Los giros experimentados por la Operación John Wayne eran más propios de una novela de Jo Nesbø que de un atestado real.

—Supongo que querrán registrar el domicilio de Tejero —aventuró la jueza.

—Ya hemos redactado el oficio de solicitud —confirmó Roy—. Se lo haré llegar en breve.

—Le voy a decir algo —anunció Elisa Gayarre—: las cosas no suceden por casualidad, y menos aún en el mundo del crimen.

—Soy de la misma opinión, señoría.

—La aparente implicación del señor Artieda, la denuncia por violación de la rumana, *Caracortada* y la pista búlgara, la irrupción en escena de don Gonzalo Tejero... ¿Qué le sugieren?

—Una película de acción, si quiere que le sea sincero.

—En efecto, inspector. Esto es un auténtico guion de cine. —Elisa Gayarre se demoró unos segundos antes de continuar. Su mente intentaba formular hipótesis compatibles con el sentido común—. ¿Y quién está detrás de un guion de cine?

Roy respondió a la gallega:

—¿Un guionista?

—Correcto —repuso la magistrada arrastrando las sílabas—, un guionista. Todo este embrollo ha sido diseñado por un criminal con mentalidad de guionista. Su trabajo, señor Roy, es encontrarlo.

Horas después, acomodado en la butaca de su despacho, el inspector Roy escuchaba a Alexis, que había tomado asiento frente a él. Los funcionarios de Homicidios habían concluido el registro en el piso de Tejero, sin resultados reseñables. El subinspector estaba atónito. Hasta la fecha, ninguna de las pruebas recopiladas en los asesinatos apuntaba a Gonzalo Tejero como autor. Y eso no le gustaba.

—No aparece en ningún sitio —repitió por enésima vez—, ni fue visto por ningún testigo. Su único vínculo con el primer asesinato es que Chuso Artieda era su camello. Con el segundo, ni eso. Y en su domicilio no se han hallado indicios que lo relacionen con las muertes.

—Te entiendo —replicó Roy—, pero su semen está en los cadáveres.

—Eso solo significa que tuvo sexo con ellos —afirmó el subinspector—. Tejero es un pichabrava, y ni Alí ni Noriega eran lo que se dice castos. Pero eso no implica que los matara. Además, ¿qué pasa con *Caracortada* y la puta pista búlgara? ¿Y con los teléfonos intervenidos que se comunicaban justo antes y después de los asesinatos? ¿Qué ocurre con las huellas de dos calzados distintos encontradas sobre la sangre coagulada de Noriega en la inspección ocular de la Nordik? ¿Nos olvidamos de todas esas pruebas?

Roy apoyó los codos en el escritorio y hundió la cara entre las manos. Mientras se frotaba los ojos, porfiaba por encontrar un sentido a aquel enredo inextricable.

—Yo no me olvido de nada —repuso al fin—. De hecho, recuerdo un punto en la declaración de Rodrigo Noriega: el dueño de la Nordik nos dijo que Alí estaba aterrizado porque había descubierto algo importante. Puede que ese *algo* estuviera relacionado con Tejero; hasta hace unos días era un tipo muy influyente en esta ciudad.

—Vale —concedió Alexis—. Alí descubre un oscuro secreto sobre Tejero y este se lo carga. ¿Y a Noriega? ¿Por qué decidió Tejero matar a Noriega?

Roy se encogió de hombros.

—Tendría miedo de que Alí le hubiera revelado su secreto.

—Ya —ironizó el subinspector—. Y antes de matarlos decide sodomizarlos. Lo típico, ¿no?

Roy respiró despacio al tiempo que se masajeaba las sienas. Era difícil establecer teorías; la Operación John Wayne era un maremágnum de testimonios, suposiciones y conjeturas. Aparte del ADN, los investigadores no disponían de pruebas científicas. Hasta el momento, solo habían conseguido datos inconexos, informaciones ambiguas, rostros sin nombres. Se hallaban perdidos en una enorme cueva oscura, tanteando las paredes para encontrar la salida. En medio de esa desorientación, la hipótesis de Tejero como autor de los asesinatos era la más consistente, sobre todo porque su material genético, que constituía la única evidencia incontestable, había aparecido en la violación de Ileana Farcas y en los cuerpos de los dos homosexuales asesinados.

—Hay mil posibilidades —murmuró el inspector—. No sé... A lo mejor es un puñetero psicópata, o un marica disfrazado de homófobo que ha sucumbido a la presión de su doble vida, o un esquizofrénico. Tal vez Alí descubrió algo terrible y Tejero decidió eliminarlo, y también a Noriega, sembrando pistas falsas que nos condujesen hasta *Caracortada* y la pista búlgara. Quizá jamás imaginó que acabaríamos tomándole una muestra de ADN. Con lo que sabemos, es imposible trazar un relato congruente.

Jurado llamó a la puerta, la entornó y asomó la cabeza.

—Ya hemos subido al señor Tejero. Está aquí.

—Hazlo pasar.

Gonzalo Tejero era la encarnación de la derrota. Su traje claro de corte impecable, la corbata a juego y la camisa azul de seda italiana no eran sino lienzos luctuosos que amortajaban a un muerto en vida. Había perdido la altivez. Su figura, antes enhiesta, se encogía bajo el peso amargo del desastre. Apenas reparó en los agentes; su mirada flotaba sobre algún punto impreciso del suelo.

—Quítale los grilletes.

Jurado introdujo la llave en el ojo de la cerradura. Después de manipular el mecanismo, retiró las esposas. El detenido se frotó distraídamente las muñecas, enrojecidas por el roce del acero.

—Siéntese, por favor.

Tejero, absorto en su mundo interior, no obedeció. Ni siquiera había escuchado. Jurado lo condujo hasta la silla que quedaba libre y le ayudó a tomar asiento. Después, el policía salió del despacho.

—¿Se encuentra bien? —se interesó Roy.

El político tardó en responder.

—No. —Su voz sonó débil y distante—. Por supuesto que no. Yo no he hecho nada malo.

Roy y Guzmán cruzaron las miradas. La experiencia les había enseñado que no debían fiarse de la imagen proyectada por un detenido. Los hay que lloran por haber sido injustamente arrestados, los hay que se lamentan, simplemente, por haber sido pillados. Es imposible discernir cuándo un investigado miente o cuándo dice verdad. El hombre moderno usa tantas caretas en su vida diaria que a menudo olvida cuál es su verdadero rostro y acaba convirtiendo la impostura en su estado natural. En cualquier caso, si su padecimiento era fingido, Gonzalo Tejero merecía el Oscar a la mejor interpretación masculina.

—¿Sabe por qué está aquí? —continuó Roy.

Por primera vez desde que había entrado en el despacho, Tejero levantó la vista. Temblando, posó sus ojos en los de su interrogador.

—Me acusan de dos homicidios —balbuceó—. Pero yo no he matado a nadie, inspector, y no conozco a ninguna de las víctimas.

—¿Está seguro?

—Por completo.

Alexis quería intervenir. Roy le concedió permiso con un movimiento de cejas.

—¿Sabe usted quién era Alí Mohamed Hach? —preguntó Guzmán.

—El chapero que mataron a finales de agosto —repuso Tejero—. Lo sabe cualquiera que lea los periódicos.

—¿Habló usted alguna vez con él?

La contestación del político fue categórica:

—Nunca.

Alexis miró de soslayo a su jefe. Este le indicó con un ademán que continuara.

—Antes de leer la noticia de su muerte en la prensa, ¿había oído a alguien hablar de Alí?

—No.

—¿Tiene algún amigo o conocido en común con el fallecido?

—Imposible —contestó Tejero con un rescoldo de su antigua arrogancia—. Creo que el señor Alí y un servidor frecuentábamos ambientes distintos.

—¿Siempre?

El político, dubitativo, escrutó al subinspector. Luego, como si demandara instrucciones, desvió la mirada hacia Roy, que permaneció inmutable. Tejero tornó a encarar a Alexis.

—Sí, siempre. No sé a qué se refiere.

—Me refiero a que compartían una afición y a que era la misma persona la que les ayudaba a cultivarla.

—No entiendo...

—Cocaína, señor Tejero. —Alexis Guzmán alzó la voz—. Le estoy hablando de cocaína. Usted y Alí Mohamed Hach consumían, cada uno por su cuenta, ingentes cantidades de cocaína. Y se la compraban al mismo tipo.

—Eso es completamente falso —protestó el detenido.

—Eso es completamente cierto —contravino Alexis—. No se trata de una hipótesis, sino de un dato contrastado. Si nos miente sobre sus vicios nasales, que al fin y al cabo no constituyen delito, ¿cómo vamos a creerle cuando se declara inocente de los dos asesinatos? Le voy a dar un consejo, señor Tejero: está usted en una situación muy delicada, lo que menos debe preocuparle es el tema de la coca. Olvídense de su reputación. Ya no la tiene. Yo, en su lugar, me concentraría en salir bien parado de las acusaciones de violación y asesinato.

Gonzalo Tejero agachó la cabeza. Transcurridos unos segundos, rompió a llorar. A Roy le llamó la atención que no se cubriera el rostro con las manos. Pensó que al atribulado gerifalte no le quedaba ni un vestigio de dignidad. Un hombre que no puede controlar su llanto en público y que ni siquiera trata de enjugarse las lágrimas es un hombre que ha tocado fondo.

El inspector decidió aprovechar la coyuntura para arrancarle la verdad. En el improvisado reparto de roles a que habían conducido las circunstancias, a Roy le había tocado el de poli bueno. Por eso su voz sonó conciliadora:

—Señor Tejero, sincérese. Si, como dice, es inocente de los crímenes, no tiene

nada que perder.

—En eso tiene razón —reconoció el aludido sorbiéndose la nariz—. No tengo nada que perder, porque ya lo he perdido todo. La denuncia de la rumana ha destrozado mi matrimonio y ha tirado mi carrera política por el retrete. Y, por si fuera poco, ahora me acusan del asesinato de unos fulanos a los que no he visto en mi vida. Esto es una pesadilla.

—¿Conoce usted a Chuso Artieda? —interrogó Roy.

El detenido miró alternativamente a ambos policías. Estaba valorando la conveniencia de confesar lo que, hasta el momento, había intentado mantener oculto.

—Supongo que ya no tiene importancia —murmuró al fin—. Sí, lo conozco. Es mi camello. Hace años que me pasa la coca.

—¿Por qué nos ocultó esto en su primera declaración?

—Porque sé que está en la cárcel acusado de la muerte de Alí. —Tejero alzó la frente hacia el inspector—. Entonces aún creía que podría salir indemne de la denuncia de Ileana, que mi carrera no iba a hundirse. Y a ningún político con ambiciones le agrada verse relacionado con un homicida.

—¿Le consiguió Chuso Artieda alguna otra cosa aparte de la cocaína?

—No.

—¿No fue él quien le puso en contacto con Ileana Farcas?

—Ya les dije que no conozco a esa mujer.

—¿No es cierto que frecuenta la compañía de prostitutas y que las que más le gustan son las de aspecto aniñado? —insistió Roy.

El inspector detectó en los labios de Tejero el mismo tic que ya había advertido durante las preguntas más incómodas del primer interrogatorio. El detenido se sentía acorralado, el asunto de la prostitución activaba en él fibras particularmente sensibles.

—Eso forma parte de mi intimidad —farfulló abatido—. No tengo por qué airearlo.

El inspector hizo un mohín afirmativo fingiendo comprenderle. Enseguida volvió a la carga:

—Y a Alí, ¿lo conocía?

—De nada —repuso el político—. La primera vez que supe de él fue cuando leí la noticia de su muerte.

—Sí, claro —apostilló Alexis con un deje de ironía. Luego cambió el tono de voz—. Supongo que en el momento de la detención los compañeros le habrán hecho saber que, según los análisis del laboratorio, es su semen el que apareció en los cadáveres de Alí y de Noriega.

Gonzalo Tejero se giró hacia el subinspector. Al parecer, nadie le había informado de eso. Los policías que le pusieron las esposas solo le habían comunicado su

imputación por los dos asesinatos. Tras un gesto inicial de sorpresa, su semblante se contrajo en una mueca de repugnancia.

—Mire, agente. No voy a negar que tengo ciertos vicios. Me encantan las mujeres jóvenes y estoy enganchado a la cocaína. Pero le aseguro que nunca he sido sarasa. Pregunten por ahí, ustedes que lo averiguan todo. No encontrarán a nadie que les diga que soy marica. Así que ya me contarán cómo, de repente, me dio por tirarme a un moro de mierda y al dueño de una sauna de bujarrones. Me dan náuseas solo de pensarlo. De todos modos, ¿qué motivos tendría para matarlos?

Alexis Guzmán clavó sus ojos en el político, su voz resonó con un eco metálico:

—Por los epítetos que aplica a las víctimas se me ocurren dos: racismo y homofobia. Que, por cierto, se corresponden con el discurso jurásico que usted y su partido mantienen. Le voy a decir más: creo que es usted homosexual y que ha reprimido durante demasiado tiempo sus instintos. Las consecuencias, a la vista está, han sido trágicas.

Gonzalo Tejero sostuvo la mirada del subinspector. En el último tramo del interrogatorio se había venido arriba.

—No seguiré hablando sin mi abogado —anunció—. Piensen ustedes lo que quieran. Pero hagan su puto trabajo.

Capítulo veinticuatro

Concluido el interrogatorio, Jurado se hizo cargo de Tejero y lo condujo de vuelta al calabozo. Roy y Guzmán evaluaban mentalmente las palabras del detenido antes de emitir una opinión.

Los interrogatorios son un arte en desuso. Hasta hace poco, la obtención de una confesión era el principal objetivo de todo investigador, la condición *sine qua non* del éxito. Aseguraba una sentencia condenatoria y garantizaba al agente que la conseguía un puesto de privilegio en el cuadro de honor del Olimpo policial. Con los años, la jurisprudencia española enervó la relevancia de la confesión, por lo que la Policía dejó de obsesionarse con ella. No obstante, sigue utilizándose como medio para conseguir otros indicios que, una vez contrastados, devengan en auténticas pruebas de cargo.

Alexis Guzmán rompió el silencio:

—¿Qué piensas?

Roy forzó un visaje ambiguo.

—No sé qué decirte. Habrá que preguntarle dónde y con quién se encontraba en el momento de los crímenes, y comprobar las coartadas.

—¿Cuándo le tomamos declaración por escrito?

—Tenemos setenta y dos horas, ¿no? Pues vamos a agotarlas.

El teléfono fijo que yacía sobre el escritorio emitió un pitido estridente. Roy asió el auricular; al otro lado, Neira le anunció que José Luis Fernández Bouton, de *Bouton y Bouton Abogados*, había llegado a la oficina del Grupo de Secuestros y Homicidios con su prohibitivo maletín de cuero y cara de muy pocos amigos.

—Está bien, que pase.

Fernández Bouton entró en el despacho luciendo su semblante más grave y profesional. Estrechó las manos de Roy y Guzmán y se quedó en pie en medio de la estancia. Quería dejar constancia visual de su apostura y del lujo solemne de su vestimenta. El terno azul del abogado y sus zapatos de piel con nombre de escudería ponían en evidencia los vaqueros baratos y la camisa de algodón que el inspector Roy había adquirido, como hacía con casi toda su ropa, en unos grandes almacenes del extrarradio. Guzmán, más estiloso que su jefe, también se sintió abochornado ante la elegante estampa del abogado. Asegurado el impacto estético, Fernández Bouton

extrajo libreta y estilográfica del maletín, depositó este sobre el suelo y tomó asiento.

—¿Pueden explicarme por qué han arrestado de nuevo a mi cliente?

Roy expuso al abogado las causas de la detención y le comunicó que no tomarían declaración formal a Gonzalo Tejero hasta dos días después. Bouton, concentrado, tomaba notas. Cuando Roy hubo concluido, el abogado creyó llegada la hora de justificar su sueldo de la manera en que los de su oficio suelen hacerlo, esto es, dando por saco a la Policía.

—Quiero entrevistarme ahora mismo con mi defendido —instó.

Sorprendido por la demanda del letrado, Roy arqueó las cejas antes de aclararle lo que sin duda no ignoraba:

—Esa entrevista no es preceptiva hasta momentos antes de la declaración escrita.

—El otro día me la permitieron.

—Cierto —reconoció el inspector—, se la permitimos. Lo cual no significa que tuviéramos la obligación de hacerlo. Las circunstancias han cambiado.

—¿En qué sentido?

—En un sentido que desaconseja que charle con el detenido.

Fernández Bouton garabateó sobre la libreta. Roy sabía que solo ganaba tiempo para reflexionar sobre la siguiente reclamación.

—Exijo que me trasladen copia de los informes periciales que incriminan a mi cliente, así como de todo el expediente de la investigación.

—¿Está de broma? —exclamó Roy—. Sabe que no podemos darle ninguna documentación.

—Según la última reforma de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, la Policía debe facilitar al detenido y a su abogado todos los datos que puedan fundamentar una reclamación por detención ilegal. ¿Todavía no la ha leído?

El tonillo autosuficiente del penalista exasperó al inspector. Aquel debate jurídico se estaba prolongando demasiado.

—Aún no he tenido tiempo —replicó—. He estado ocupado tratando de capturar a asesinos como su cliente. No vamos a entregarle ningún papel, señor Bouton.

—Pues tendré que personarme en el juzgado para informar sobre este extremo.

—Haga lo que estime oportuno.

Fernández Bouton, de *Bouton y Bouton Abogados*, plegó la libreta y se guardó la estilográfica en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego se incorporó despacio, alisó con las manos las perneras del pantalón y asió el maletín.

—Empiezo a sospechar que la detención de mi cliente no se ha llevado a cabo con arreglo a la legalidad —dijo en tono admonitorio—. Creo que voy a presentar un *habeas corpus* [\[22\]](#).

Roy amagó una sonrisa.

—Por mí como si presenta un *Corpus Christi*.

Después de un café solo y un cruasán en el Giorgio, el inspector Roy regresó a su despacho. En la parte central del escritorio encontró un sobre proveniente de Interpol. Adherido a él, un *post-it* con la letra de Jonás explicaba que había llegado a media mañana. El inspector recordó el paupérrimo contenido del primer dossier búlgaro sobre *Caracortada*. Exhaló un suspiro, rasgó el envoltorio y extrajo los folios.

Para el Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial Jefatura Superior de Policía de Aragón.

Estimados compañeros:

Como continuación al informe precedente, os enviamos los documentos originales de respuesta emitidos por la Oficina Central para la Lucha Contra la Delincuencia Organizada y por el Servicio Nacional de Investigación búlgaros. Adjuntamos asimismo sendas traducciones al castellano.

Os recordamos que quedan pendientes las contestaciones del Servicio de Policía de Fronteras, la Gendarmería Nacional, la Agencia Estatal para la Seguridad Nacional y el Servicio Nacional de Inteligencia, contestaciones que os haremos llegar conforme vayamos recibiendo en nuestra sede.

Atentamente, etcétera.

Roy apartó los documentos escritos en búlgaro y tomó el folio que contenía la primera traducción.

Para OCN Interpol España.

Compañeros:

Desde la Oficina Central para la Lucha Contra la Delincuencia Organizada sentimos informar de que no figura en nuestras bases de datos ningún individuo que responda a las características físicas aportadas por la Policía Nacional española.

No dudéis en requerir nuestra colaboración si bla, bla, bla...

La segunda traducción correspondía al documento expedido por el Servicio Nacional de Investigación.

Informe sobre solicitud de OCN Interpol España.

Estimados colegas:

En los archivos pertenecientes al SNI no consta ningún asiento relativo al

individuo cuya fotografía y datos físicos remitió la Policía Nacional del Reino de España.

Quedamos a vuestra disposición para etcétera, etcétera.

Roy no se inmutó. Después de la decepción que le había ocasionado el primer documento de Interpol, estaba convencido de que el requerimiento de colaboración internacional contaba con escasas probabilidades de éxito. Mandar una fotografía a Bulgaria y confiar en que la Policía de aquel país le asignara una identidad era como lanzar un mensaje al espacio y aguardar la respuesta de los marcianos. La solución a los problemas de la Operación John Wayne no iba a llegar por esa vía.

Roy y Guzmán compartían mesa y mantel en el restaurante del edificio Pignatelli. El subinspector comentaba que el techo abovedado, las paredes empedradas y su ubicación en los sótanos del edificio conferían al refectorio la apariencia de un figón medieval o de un lazareto antiguo. Guzmán no tenía muy claro qué era un lazareto y mucho menos un figón, pero le parecían palabras con resonancias arcaicas, y eso le bastaba para disertar sobre el particular y ampliar el bagaje léxico de su jefe, a quien, por lo demás, aquellas cuestiones le traían sin cuidado.

Aparte de las epifanías terminológicas, Alexis Guzmán estaba experimentando un episodio transitorio de optimismo. Sin razones que la apoyasen, sostenía la idea de que, si creían en ellos mismos y seguían al pie de la letra los protocolos de investigación, algún suceso inesperado acabaría por allanar el camino hacia la resolución de los asesinatos. Habría leído recientemente algún libro de autoayuda, se dijo Roy, o uno de esos artículos de suplemento dominical en los que se mezcla neurociencia con pensamiento mágico y que se escriben para hacer creer al lector que solo con anhelar un objetivo y dedicarle quince minutos al día el éxito está garantizado. Que Alexis, un hombre cabal, sufriera esos ataques de candidez decía mucho acerca del avasallador proceso de infantilización que modela las estructuras mentales de la sociedad moderna.

Al llegar a los cafés, Roy programó la tarde.

—Tenemos una gestión urgente —anunció.

—A saber.

—Hemos de entrevistarnos con Chuso Artieda en la cárcel y tantearlo acerca de la afición de Tejero por las prostitutas.

—¿Hemos me incluye a mí? —preguntó el subinspector—. Ya sabes que no soporto el talego.

—Por supuesto que te incluye. ¿Qué haríamos el uno sin el otro?

—Sí, claro —rezongó Alexis—; somos como Zipi y Zape.

Roy guiñó un ojo.

—Más bien como Batman y Robin.

El Opel Vectra dejó atrás la Autovía Mudéjar y enfiló la salida 328 en dirección al Centro Penitenciario de Zuera. Después de un corto recorrido, trazó la última curva hasta darse de bruces con el complejo carcelario. Presidiendo la vasta explanada central, una torre panóptica se erigía con la severidad de un vigía insobornable. A Alexis Guzmán se le pusieron los pelos de punta.

Estacionaron el vehículo en el aparcamiento de funcionarios y se dirigieron al mostrador de la recepción. Exhibieron sus placas a un vigilante del tamaño de un portaaviones, quien los condujo hasta una habitación dotada con un armero de seguridad en el que los agentes depositaron sus pistolas. El vigilante rellenó un recibo y los acompañó hasta una sala de entrevistas.

Sentado de espaldas a la puerta, Chuso *La Atalaya* Artieda aguardaba a los investigadores. El traficante estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre la mesa metálica anclada al suelo y la poderosa cabeza reposando sobre las manos engrilletadas. Roy reparó en la robustez de sus trapecios, que le brotaban debajo de las orejas y hundían sus estribaciones en el lejano nacimiento de los deltoides.

—Veo que no has dejado de levantar hierro —afirmó el inspector a modo de saludo.

Chuso Artieda no se giró para contestar.

—Aquí no sobran las distracciones.

Roy y Guzmán cruzaron la estancia y se sentaron al otro lado de la mesa. Al inspector le impactó el deterioro facial de *La Atalaya*. Sus mandíbulas seguían siendo recias y afiladas, pero las mejillas se habían descarnado y las ojeras violáceas embolsaban unos ojos en los que no parecía brillar la chispa de la esperanza. Chuso Artieda puso voz al pensamiento del policía:

—Cómo envejece el talego, ¿verdad?

—Imagino que tiene que ser duro —repuso Roy.

—Sobre todo cuando estás por la cara.

Roy, incómodo, emitió un gruñido indescifrable. Adivinaba que a Chuso Artieda no le faltaba razón, y aquello le remordía la conciencia. Alexis Guzmán, en desacuerdo con la inocencia vindicada por el recluso, quiso poner los puntos sobre las íes:

—¿Escondimos nosotros la coca en tu domicilio, eh? ¿La escondimos nosotros?

Artieda chasqueó la lengua y negó despacio con la cabeza.

—No estoy aquí por eso, sino por Alí. Y ahora resulta que, según los periódicos y la televisión, fue un político quien lo mató. A él y al dueño de la Nordik. No tengo nada que ver con el asesinato del morito, y lo sabéis.

—En eso te equivocas —replicó Guzmán—. No podemos asegurar que seas el asesino, pero tenemos la certeza de que, de una manera u otra, has intervenido en su muerte.

—No sé a qué te refieres.

Guzmán miró a su jefe.

—¿Procedo?

Roy extendió las palmas de las manos.

—Cuando quieras.

El subinspector tamborileó con los dedos antes de iniciar el relato de las últimas novedades. Un relato somero e incompleto, por supuesto, y elaborado, como mandan los cánones, a base de irrelevancias, omisiones y medias verdades. Había datos que no debían ser comunicados al traficante (la mayoría, en realidad) y otros que no eran de su incumbencia. Con una maestría que Roy no pudo por menos que admirar, Alexis trenzó un informe, a caballo entre la realidad y la ficción, que no comprometía la investigación y que, y esto era lo reseñable, consiguió inquietar a Artieda. Las conjeturas del exsubcomisario Damián Roy, en el sentido de que Chuso hubiera encargado a Alí la búsqueda de una lolita de alquiler para Tejero, aparecieron en el discurso de Alexis como una evidencia irrefutable.

Durante unos segundos, el traficante rechinó los dientes al ritmo tenso de sus mandíbulas. Luego mordisqueó el pulpejo de sus pulgares, mientras zapateaba nervioso contra el linóleo que cubría el suelo. Roy aprovechó para echar una ojeada a su alrededor. No había muebles ni decoración más allá de la mesa de metal y de las tres sillas. La atmósfera era densa, cargada. No existían ventanas y la exigua ventilación de la sala provenía de un estrecho conducto de aluminio encastrado en el ángulo que formaban techo y pared. El suelo era gris oscuro y el resto de la estancia estaba pintado de un blanco desvaído. Las paredes, salpicadas de rojo por los aplastamientos de mosquitos que nadie se había molestado en limpiar, inducían una deprimente sensación de sordidez. Tenía que ser jodido vivir allí.

—De acuerdo —admitió el camello después de un duro debate interno—, no voy a negar que tengo algo que ver con este puto asunto, pero yo no he matado a nadie. Estoy pagando una preventiva que no me corresponde.

—En tus manos está librarte del asesinato y comerte solo el tráfico —afirmó Roy—. Cuéntanos la verdad. Si nos convences, haremos lo posible por quitarte de encima la parte de ruina[23] que no te corresponda.

La Atalaya se encogió de hombros en un gesto que podía significar cualquier cosa,

pero que en el lenguaje corporal del hampa viene a decir *ya no tengo nada que perder*. De manera lenta y ordenada, fue revelando lo que sabía. En efecto, tenía relación con Alí y con Tejero, pero ellos no se conocían, jamás se habían visto. El político esnifaba farlopa desde que Franco era corneta; de un tiempo a esta parte, coincidiendo con su meteórico ascenso, se la metía a diario y en cantidades industriales, muchas veces en casa de Artieda. Como este tipo de hábitos une mucho, entre Tejero y el traficante se estableció un vínculo de confianza. Confianza *underground*, se entiende: nunca habían jugado juntos al golf ni compartido un *brunch* en el *chill out* del Real Club Equestre. Que una cosa es una cosa, y seis, media docena.

Fruto de esa confianza, Artieda conoció algunos de los secretos mejor guardados del político. Por ejemplo, que tenía más vicios aparte de la *perica*, entre los que destacaba el deseo obsesivo que sentía hacia las jovencitas, una especie de compulsión que había logrado mantener soterrada y bajo control hasta que el estrés propio de la política municipal la hizo aflorar en todo su esplendor. Como el electorado, de naturaleza generalmente suspicaz, no habría visto con buenos ojos que el edil explorara lupanares clandestinos en busca de carne a medio madurar, Tejero encargó a Artieda la satisfacción de sus fantasías de Peter Pan. Y es ahí donde entraba Alí.

El consumo de cocaína del magrebí podría figurar en el Libro Guinness de los Récords. Pagaba cuando y como podía, o sea, pocas veces y mal, por lo que su deuda cada vez era más abultada. Esto generó conflictos financieros entre las partes, alguno de los cuales se saldó con una pedagógica corrección física administrada efusivamente por el camello. Pero el chapero le conseguía buenos clientes y demostraba voluntad de liquidar la factura, por lo que Artieda le seguía suministrando material. Cuando Tejero puso sus sueños eróticos en manos del traficante, este pensó enseguida en Alí y le encargó la tarea de encontrar una lumia atractiva y aniñada. A cambio, le reduciría un porcentaje de la deuda. Alí, que de sexo de pago sabía un rato, no invirtió más de una semana en hallar a la candidata y negociar al detalle tarifas y servicios. Alcanzado el acuerdo, pasó el teléfono de la chica a Artieda y este se lo dio a Tejero.

—Pero nunca vi a la puta ni hablé con ella —concluyó *La Atalaya*—. No sé dónde vive ni cómo se llama.

—¿Guardas su número de teléfono? —preguntó Roy.

—No.

—¿Te habló Tejero de la chica?

—Por encima —respondió el recluso—. Solo para darme las gracias. Según sus palabras, era lo que buscaba.

—¿Sabes cuántas citas tuvieron?

—Lo ignoro. Pero creo que se veían con frecuencia.

—¿Alí contactó con Tejero?

—No. Tejero llamó directamente a la puta sin conocer siquiera la existencia del chapero.

—La prostituta que ha denunciado la violación se llama Ileana Farcas, es rumana, vive en un ático del Paseo de la Independencia y cobra a razón de quinientos euros la hora. ¿Te suena alguno de estos datos?

—Lo único que sé, porque me lo dijo el difunto Alí, es que la chica que le agenció a Tejero era extranjera y muy jovencita. Pero no le pregunté cuánto cobraba ni dónde vivía. No me interesaba.

—¿Sabes dónde la encontró?

—Ni idea —respondió Artieda—. Alí se movía por todo tipo de ambientes. Pudo haber dado con ella en cualquier sitio.

Roy ponderó la información aportada por el traficante. Según todos los indicios, el abuelo Damián había acertado: Tejero comisionó a Artieda para que le consiguiera una lolita de pago y este delegó en Alí la ejecución del encargo. Lo que no estaba tan claro es que Ileana Farcas y la lolita fichada por el marroquí fueran la misma persona. Porque si lo eran, ¿qué sentido tenía que Ileana afirmara ante la Policía no haber conocido a Tejero hasta la noche de la violación? La jovencita que Alí concertó para Tejero habría tenido, antes de esa fecha, varios encuentros sexuales con el político. Si se trataba de la rumana, ¿qué ganaba ocultando la verdad?

Por otro lado, si lo declarado por *La Atalaya* era cierto (y Roy así lo creía), la relación del camello con los crímenes era puramente circunstancial. Pero antes de mover ficha para que la autoridad judicial reconsiderase la situación penal del recluso, había que aclarar algunos puntos.

—¿Conoces a un búlgaro de parecida complexión a la tuya, calvo, con un ojo de cristal y una cicatriz que le cruza la ceja?

—Coño, debe de ligar que te cagas —dijo Artieda. Era la primera vez que los agentes lo veían bromear. En dos segundos retornó a su seriedad habitual.— No, no lo conozco.

—Dices que Gonzalo Tejero se metía rayas en tu casa —continuó Roy. Artieda asintió—. Imagino que te haría confidencias más allá de sus preferencias sexuales.

—Me contaba chascarrillos políticos y, cuando iba muy puesto, despotricaba contra *Fichi* Bustamante y su Partido Antipolítico. Pese a ser un *farlopero* [\[24\]](#) de aúpa y un putero casi pederasta, defendía a muerte sus ideales políticos. Al menos de boquilla.

—¿Crees que pudiera tener tendencias homosexuales? —intervino Alexis.

La Atalaya meditó unos instantes. En su semblante se dibujó la incertidumbre.

—No me insinuó nada al respecto, pero la verdad es que... podría ser. Los gustos sexuales de Tejero no son normales. Estoy seguro de que roza la pedofilia, pero nunca tendría relaciones con una niña de, digamos, nueve años.

—¿Sugieres que la homosexualidad y la pederastia están relacionadas? —El rictus en el rostro de Alexis denotaba indignación. Roy suspiró con disimulo: el subinspector volvía a hurgar en sus obsesiones.

—No —replicó Artieda—. Lo que digo es que a la mayoría de los hombres nos gustan las tías mayores de edad, no las niñas. Si un pavo busca niñas, es que tiene una sexualidad anormal. Y quien es anormal para una cosa, puede serlo para otra.

—La homosexualidad te parece anormal —dedujo Alexis.

Artieda hizo un mohín de extrañeza y miró a Roy en demanda de explicaciones, pero este se mantuvo al margen.

—¿A qué coño viene esto? —inquirió el preso—. Lo normal es que a un hombre le gusten las mujeres —arguyó—, y lo que no es normal, es anormal. Vamos, digo yo.

Roy decidió que aquello estaba yendo demasiado lejos y optó por concluir la entrevista con una última pregunta.

—Tú conoces bien a Tejero. ¿Crees que pudo haber cometido los crímenes?

Chuso Artieda tardó en responder. Acusar o absolver a alguien del asesinato de dos personas no es algo que deba tomarse a la ligera. Ni siquiera por parte de un traficante de drogas que está en prisión preventiva acusado de un crimen que afirma no haber cometido.

—Gonzalo es una caja de sorpresas —dijo despacio—. Ofrece una imagen pública muy alejada de su verdadera personalidad y lo peor es que se cree sus propias mentiras. No está muy bien de la cabeza.

—¿Pero pudo haber cometido los crímenes? —insistió Roy.

—El exceso de coca le estaba royendo el cerebro —respondió Artieda—. No sé si lo hizo o no, pero en los últimos meses estaba tan desquiciado que empezó a visitar a un psiquiatra. Según me dijo, le diagnosticó una enfermedad extraña. Ansiedad paranoide, o algo así.

Mientras conducía el Vectra en dirección a la autovía Mudéjar, Alexis echaba ojeadas por el retrovisor para cerciorarse de que la torre panóptica quedaba atrás. La oscuridad de la noche se cernía sobre un cielo encapotado que auguraba tormenta.

Cuando el complejo carcelario desapareció tras el último recodo de la calzada, el subinspector respiró aliviado. Desde que Roy habló de visitar la prisión, su corazón había estado en un puño. No soportaba la cárcel. En las noches de insomnio, le

angustiaba la posibilidad de haber metido en ella, por error, a algún inocente. O de acabar encerrado entre sus muros. Nadie es dueño de sus obsesiones; las de Alexis Guzmán, al menos, no extendían sus perjuicios más allá de su propia persona.

Un rayo iluminó las lejanas estribaciones de los montes de Castejón. Al poco, el fragor de un trueno prologó la lluvia y unas gotas gruesas como escupitajos golpearon la carrocería del coche, deshaciendo el polvo acumulado y arrastrándolo en finos hilos de barro. El Vectra se incorporó a la Autovía y aceleró hasta los ciento veinte kilómetros por hora. El repiqueteo de la lluvia contra el cristal acompañó las palabras de Alexis:

—Tú no consideras anormal la homosexualidad, ¿verdad?

—Claro que no —mintió Roy.

En realidad, el inspector estimaba que la homosexualidad era una condición minoritaria y que por tanto cumplía, en términos estadísticos, con las exigencias semánticas de la palabra *anormal*, una de cuyas acepciones, según tenía entendido, aludía a la baja frecuencia de un fenómeno determinado. Lo cual no implicaba en absoluto que el referido fenómeno fuera malo, perverso o dañino. Pero estas disquisiciones lingüísticas no iban a ser bien toleradas por su compañero, así que Roy optó por la mentira piadosa.

—Estoy convencido de que la homosexualidad es tan normal como la heterosexualidad —continuó. Luego se percató de que el tono había sido demasiado solemne y añadió una coletilla humorística—: Aunque pelín más asquerosa.

El subinspector sonrió ante la broma de su jefe y no volvió sobre el tema. Roy cogió el móvil para llamar a doña Elisa Gayarre. La voz fatigada de la jueza indicaba que también ella estaba soportando lo suyo.

—Buenas tardes, inspector. ¿Alguna novedad?

Roy le explicó las últimas gestiones, sobre todo la entrevista mantenida con Chuso Artieda. Subrayó que *La Atalaya* se había mostrado colaborador y sostuvo que no tenía responsabilidad directa en los asesinatos.

—¿Está usted seguro? —preguntó su señoría.

—Todo lo seguro que se puede estar en esta endiablada investigación.

Al otro lado de la línea, se hizo un largo silencio que el inspector interpretó como una pausa deliberativa.

—En ese caso —decidió la magistrada—, ordenaré su puesta en libertad. No añadamos al estrés el peso de la mala conciencia.

El Vectra devoraba kilómetros mientras la luz de sus faros hendía la densidad de la noche. Rosario se recostó en el asiento con la cabeza girada hacia la derecha. Los

árboles se sucedían veloces y las gotas de lluvia herían oblicuamente el cristal.
Arrullado por el zumbido del motor, el inspector se quedó dormido.

Capítulo veinticinco

28 de septiembre, jueves.

Roy había abandonado el lecho a las cinco de la mañana. Después de correr una hora y media el agua de la ducha acariciaba su cuerpo como un bálsamo. Ya vestido, comprobó con alivio que su pie izquierdo estaba indemne: la curación de la fascitis plantar progresaba adecuadamente.

Pero el buen humor se le esfumó enseguida. Al entrar en el salón comprobó que su madre, cuyo descanso había sido un duermevela entreverado de pesadillas, había dispuesto el desayuno y le aguardaba con semblante sombrío. Nada más verla, supo que Mercedes iba a afrontar otra de sus innumerables jornadas de postración.

Su progenitora se estaba convirtiendo en el epítome doliente del género humano. Y la opinión de Roy sobre sus semejantes no era demasiado halagüeña. En el particular esquema filosófico del inspector, la raza humana no era más que un conjunto de animales paradójicos cuya insignificancia no mermaba la infinita intensidad de su aflicción. Para Roy, las personas tenían conciencia de casi todo, pero apenas controlaban nada. Se mostraban (él también) incapaces de dominar siquiera sus propias emociones, y siendo poco más que chispazos fugaces en la inmensidad oscura del universo, sufrían, sin embargo, de una insatisfacción inabarcable. Somos, en el mejor de los casos, lágrimas melancólicas inapreciables en el aguacero, tristes motas de polvo arrastradas por el viento. Y su madre constituía el paradigma de esa tragedia sentimental, que, para más inri, se traviste a menudo de comedia.

Tras haber observado durante años el extraño comportamiento de sus congéneres, Roy había concluido que los seres humanos tendemos de manera instintiva a la contradicción, hasta el punto de erigirnos en retruécanos de nosotros mismos, como una canción de Fito Páez o la enojosa idearrea[25] de un nacionalista de izquierdas. Quizá no seamos sino un oxímoron de la divinidad, una incongruencia de Dios, un error cósmico. ¿No llegamos al mundo por casualidad y desaparecemos por accidente, sin que en el ínterin, en la mayoría de los casos, nos hayamos coscado de nada? Encarnamos una lógica absurda que malvive entre mentiras correctas y verdades de boquilla. Constituimos, en resumidas cuentas, un hatajo de inocentes gilipollas.

El propio Rosario se reputaba a sí mismo como el arquetipo del disparate: un hijo concebido por violación, odiado y querido a partes iguales, que se había convertido en un hombre inseguro garante de la seguridad ajena. Un policía fiable que desconfiaba de su propio comportamiento y de la carga explosiva de sus genes. Alguien que se esforzaba por amar y por huir del ser amado. Una lágrima en el aguacero, polvo en el viento, que sólo a base de una consciente inconsciencia conseguía, a veces, evitar el sufrimiento.

Mercedes desayunó entre suspiros y sollozos. Rosario adivinó que pretendía representar un nuevo capítulo del sempiterno monólogo sobre sus desgracias particulares y los sinsabores generales de la existencia. El inspector no estaba para culebrones, por lo que no le dio pábulo. Se apiadaba de mamá y de su desdichado pasado, pero le irritaba su falta de voluntad para exorcizar traumas y temores. Bastante tenía él con sus complejos y con las exigencias de una investigación desconcertante.

Apremiado por la inminente exposición materna de quejas y agravios, comió a toda prisa y se encaminó hacia la puerta. Cuando tenía la mano en el picaporte, escuchó un lamento proveniente del comedor:

—Otro día sola, encerrada entre cuatro paredes.

Rosario volvió sobre sus pasos y se asomó al umbral de la sala:

—Podrías visitar al abuelo.

Mercedes sacó un pañuelo y se enjugó una lágrima imaginaria. Solo ganaba tiempo para pergeñar una respuesta agorera.

—No creo que eso me ayudara —replicó—. Mi padre es parte del problema, no de la solución.

Rosario se acercó a su madre y posó una mano sobre su hombro.

—El abuelo te echa de menos —le susurró al oído—. Y te quiere.

Luego la besó en la mejilla y salió del piso.

Mientras se sentaba a la mesa del despacho, sonó su móvil. La pantalla mostraba el número de Elisa Gayarre.

—Buenos días, señorita.

—Buenos días, inspector. Le llamo para informarle de dos cuestiones.

—Usted dirá.

—Acaba de personarse en mi juzgado Bouton, el abogado de Gonzalo Tejero. Venía a quejarse del trato que le dispensaron ayer en la Jefatura Superior de Policía.

—El trato fue correctísimo. En cualquier caso, fui yo quien lo dispensó. Lo digo por si hay exigencia de responsabilidades.

—No van por ahí los tiros —afirmó la jueza—. Bouton solo quiere meter presión. Sabe que las pruebas de ADN son irrefutables y trata de crear confusión por otras vías. Fundamentará la defensa en supuestos errores procesales. Por eso ha solicitado un *habeas corpus* alegando no sé qué irregularidades en la detención de su cliente.

—¿Qué va a resolver, señoría?

—Lo voy a denegar, por supuesto. Solo quería comunicárselo. Eso y que he dictado auto de libertad para Chuso Artieda. No tiene sentido mantenerlo en prisión cuando todas las pruebas apuntan a Tejero.

—Gracias por informarme, doña Elisa.

La estampa de Tejero tras su primera noche en el calabozo era deplorable. Su traje claro estaba arrugado y un par de manchas oscuras, mezcla de grasa y humedad, deslucían la pechera de la camisa. No llevaba corbata ni el cinturón a juego del día anterior. Se los habían retirado, como se hacía con todos los detenidos, junto con los cordones de los zapatos y cualquier otro elemento susceptible de ser utilizado para el suicidio o la autolesión. Una barba incipiente, tupida como el musgo, ensombrecía sus facciones, dando una pincelada plebeya al otrora noble rostro del político zaragozano.

—Siéntalo ahí —indicó Roy.

Jonás atravesó el umbral del despacho y condujo a Gonzalo Tejero junto a la silla contigua a la que ocupaba Alexis Guzmán. Al otro lado del escritorio, Roy contemplaba con lástima al detenido.

—¿Le quito las esposas? —consultó Jonás.

Roy hizo un gesto afirmativo. El policía manipuló los grilletes y liberó las manos de Tejero, a quien ayudó a tomar asiento.

—Puedes marcharte —dijo el inspector. Jonás abandonó el despacho.

Roy escrutó al político y meditó sobre lo sencillo que es despojar a un individuo de su dignidad. Nuestra autoestima es siempre precaria, decae ante el más leve imprevisto. Bastan una imputación, los grilletes lacerando las muñecas y una noche insomne en el calabozo, para que el empaque y la solemnidad de un triunfador desaparezcan sin dejar rastro. Cuesta años construir una reputación, una fama, una fachada. Destruirlas es cuestión de minutos. Por eso, para el inspector, los esfuerzos del hombre moderno por exhibirse ante sus semejantes como un ser perfecto, envidiable y feliz eran de una futilidad rayana en el ridículo. Y podían resultar contraproducentes, sobre todo si se representaban en ese vertedero de odios y vanidades en que había degenerado Internet.

—Señor Tejero —comenzó Roy—, han pasado veinticuatro horas desde su detención. Tal vez ahora vea las cosas de otra forma y quiera comunicarnos algo.

El aludido se encogió de hombros.

—No tengo nada que añadir a lo que dije ayer —señaló—. Soy inocente. Ni siquiera conocía a las víctimas.

—Veo que no ha cambiado de opinión.

—Es que mi inocencia no es una opinión. Es un hecho.

—Las pruebas de ADN también son un hecho —dijo Guzmán—. Un hecho incontrovertible. Además, ya le hemos pillado en alguna mentira.

—¿Se refiere a mi adicción a la cocaína? Mentí, de acuerdo. Pero ¿qué tiene que ver la coca con los asesinatos? —protestó Tejero.

—Más de lo que parece —terció Roy—. En cualquier caso, debemos interrogarle.

—Adelante. No tengo nada que ocultar.

El inspector tomó un bolígrafo y extrajo un folio del cajón.

—¿Que talla de zapato usa?

Gonzalo Tejero se quedó atónito. No esperaba esa pregunta; pensó que se trataba de algún truco policial.

—Un cuarenta y cinco. ¿Qué interés tiene eso?

—¿Me permite su zapato?

El político se descalzó del pie izquierdo y entregó el zapato a Roy, que se había levantado de su asiento. Tras corroborar que usaba un cuarenta y cinco, el inspector le devolvió el calzado y tornó a su butaca.

—¿Dónde se encontraba la madrugada del sábado veintiséis de agosto, fecha de comisión del primer crimen? —inquirió. Tejero respondió en el acto:

—Durmiendo en mi casa. Recuerdo que por la mañana, al encender la radio, escuché la noticia del asesinato de Alí.

—¿Puede alguien corroborar ese dato?

—No. Estaba solo. Mi mujer y mis hijos se encontraban de vacaciones en Salou. Pero supongo que ustedes tendrán medios técnicos para comprobar mi coartada, ¿no?

—Sí —ironizó Guzmán—, la tabla güija y una bola de cristal.

Tejero frunció el entrecejo. No estaba acostumbrado a ser tratado de aquella manera. Para un magnate cuyos zapatos solo conocían moqueta no era agradable verse zaherido de palabra por un vulgar subinspector de la Policía Nacional. Pero, poco a poco, el político iba tomando conciencia de su aciaga situación. Si un milagro no lo remediaba, iba a pasar unos cuantos años recibiendo órdenes, desprecio, comentarios despectivos. La ropa de diseño daría paso al chándal y los almuerzos en el Gayarre serían sustituidos por un cazo de pollo con arroz arrojado sobre una bandeja multifunción en la fila del comedor penitenciario.

Por su parte, Alexis Guzmán se sentía desazonado. A pesar de las apariencias, detestaba el rol de poli duro y procaz. Aunque alguien tenía que hacerlo y, desde el

primer interrogatorio, ese era el papel que las circunstancias le habían asignado.

—Me está faltando al respeto —murmuró Tejero sin convicción.

—Es lo que suelo hacer con los asesinos.

El político humilló la frente, como si claudicara en su empeño por reclamar un mínimo de dignidad. La contemplación de aquella sumisión acabó de deprimir a Alexis.

—Volvamos a las fechas de los crímenes —intervino Roy—. Señor Tejero, ¿dónde estaba usted la noche del lunes dieciocho de septiembre, fecha del segundo asesinato?

El detenido, con la cabeza hundida entre las manos, se mesaba los cabellos. Su voz sonó lejana:

—En mi casa. Pero tampoco puedo demostrarlo. Mi mujer y mis hijos seguían en Salou. Los niños no empezaban las clases hasta el día veintiuno.

Alexis repiqueteó con los dedos sobre la mesa.

—Pues pintan bastos, amigo. Su semen está en los cuerpos de las víctimas, no tiene coartadas comprobables y le hemos cazado en más de una mentira. ¿Sabe cómo se llama eso en jerga jurídica?

Gonzalo Tejero negó despacio con la cabeza.

—Se llama Treinta Años de Talego —prosiguió Alexis—. Treinta Años con todos sus meses, sus días y sus horas. Treinta Años que, a su edad, significan el resto de la vida.

El político, que permanecía con la testa oculta entre las manos, no contestó, pero unos gemidos agudos, casi femeninos, surgieron de su garganta como hilos de dolor. Durante unos instantes, en el despacho solo se oyeron sus sollozos.

Roy estaba conmovido. Impactaba ver a un hombre antaño poderoso llorando como un perrillo abandonado. El inspector había sido testigo de muchos derrumbes humanos; el que estaba presenciando, rotundo y sin paliativos, los superaba a todos.

—Señor Tejero, ¿sufre usted algún trastorno mental?

El detenido alzó la vista y se enjugó las lágrimas.

—No estoy loco, si es a lo que se refiere. Aunque sí he padecido estrés, sobre todo en los últimos años.

—¿Puede ser que ese estrés, unido al consumo de cocaína, haya derivado en alguna patología psíquica?

Tejero volvió a abatir la cabeza mientras los hipidos escapaban de su garganta. Roy tuvo la impresión de hallarse ante un hombre desquiciado.

—¿Ha acudido recientemente al psiquiatra? —insistió.

—Al doctor José Luis Lázaro —balbuceó el detenido—. Me diagnosticó un desorden neurótico.

—¿No sería más bien un trastorno de ansiedad paranoide?

Tejero escarbó con los dedos las hebras de su cabello y trazó círculos en torno a las sienes. El masaje no le aquietó. Por el contrario, un espasmo nervioso se apoderó de su ceja izquierda, agitándola convulsivamente.

—No me encuentro bien, agente. ¿Podrían llevarme al médico?

Mientras Gonzalo Tejero era trasladado al hospital para ser reconocido por el facultativo de guardia, Rosario telefoneó a África Trinidad. La policía solía tener, respecto a las personas y las situaciones, un punto de vista distinto al del inspector y, en muchas ocasiones, complementario. La Operación John Wayne precisaba de ese complemento.

—¿Estás ocupada?

—En este momento, no.

—Te propongo una cita romántica. Ahora.

—¿En horario laboral? —preguntó África ilusionada—. Tú estás perdiendo la cabeza.

—Correcto. Por eso vas a acompañarme al psiquiatra.

Roy conducía el Opel Vectra en dirección a la consulta del doctor José Luis Lázaro ubicada en el número cinco de la calle Arquitecto Yarza, cerca del Paseo de la Constitución. Arrellanada en el asiento del copiloto, África no ocultaba su enojo. Para evitar la confrontación visual, tenía la cabeza girada hacia su derecha. Al otro lado de la ventanilla, los viandantes se guarecían del cierzo tras el embozo de sus abrigos. Las hojas secas de los sicomoros ascendían en remolinos. Alcanzada su máxima altura, se dispersaban azotando paredes y vehículos.

El ánimo de África sintonizaba con el viento. Cuando recibió la llamada de Roy, había creído que este le proponía un encuentro clandestino. Al descubrir que se trataba de una broma y que la cita era laboral y no amorosa, la rabia y el bochorno se enseñorearon de su persona. Hacía días que la pareja no disfrutaba de un momento de solaz y a aquel majadero no se le ocurría nada mejor que chotearse. Los hombres no se caracterizan por su detallismo. En el caso de Roy, a la falta de delicadeza propia de los de su sexo se unía un descomunal sentido de la inoportunidad.

El inspector, por el contrario, gozaba de un humor excelente. Según su criterio, había sido un acierto invitar a África a la entrevista con el doctor Lázaro. La chica lo interpretaría, sin duda, como un síntoma de la alta estima personal y profesional en que la tenía. Y la chacota del encuentro romántico había sido una idea original. Lo que no entendía muy bien era por qué África parecía irritada. Probablemente tenía la

regla, o la menopausia (¿a qué edad comenzaría?) o cualquiera de las mil dolencias que alborotan las hormonas de las mujeres enturbiando su estado de ánimo y convirtiéndolas en seres incomprensibles para el pragmático cerebro masculino.

Después de callejear por el centro de la ciudad, estacionaron el Vectra en la zona azul pintada frente al domicilio profesional del psiquiatra. Rosario colocó el lanzadestellos sobre el salpicadero del *K* para que los celosos vigilantes de la ORA supieran que se trataba de un vehículo policial y se abstuvieran de extender la multa de rigor.

Un pequeño frontispicio de inspiración neoclásica coronaba la entrada del portal. La finca, antigua y señorial, lucía suelos de mármol vetado y molduras de escayola que servían de remate a las paredes. El ascensor era una de esas viejas cabinas de madera a las que se accede por una puerta de hierro forjado y en las que uno espera encontrar a un empleado ataviado con librea y pajarita. Rosario y África entraron en el habitáculo, el inspector pulsó el botón del segundo piso. La maquinaria arrancó con brusquedad, emitiendo un quejido mecánico que se prolongó durante toda la subida.

La consulta del doctor Lázaro armonizaba con el resto del edificio. En el recibidor, decorado con sólidas piezas de madera, los agentes se identificaron ante la recepcionista, quien los guio a lo largo del pasillo.

El psiquiatra les esperaba en una estancia vasta y luminosa cuyo centro estaba ocupado por un diván de cuero.

—Pensé que ya no se estilaba —afirmó Roy señalando el mueble.

—Algunos psicoanalistas todavía lo usamos —respondió el doctor—. Por favor, tomen asiento.

Los policías se acomodaron en un tresillo de piel oscura y el psiquiatra en una butaca del mismo material. José Luis Lázaro era un hombre de unos cincuenta y cinco años, estatura media y complexión atlética. Tenía el pelo plateado y cortado a cepillo, y usaba unas lentes diminutas con montura metálica que se ponía y quitaba al ritmo de su discurso. Roy reparó en que tenía un notable parecido con Robert De Niro, más por los gestos que por las facciones.

—Estamos aquí para preguntarle por un paciente suyo —anunció el inspector—, don Gonzalo Tejero.

El doctor Lázaro asintió.

—Entiendo —dijo—. Y me gustaría ayudarles, pero debo mantener una reserva absoluta en relación con mis pacientes. Solo estoy autorizado a hablar de ellos si lo ordena la autoridad judicial.

—Lo sabemos —replicó Roy—, su señoría le citará a su debido tiempo. Pero nos preguntábamos si usted podría despejarnos ahora algunas dudas.

—Si son de carácter general, sin referencia concreta a ningún paciente, no hay

problema.

Los labios del psiquiatra se curvaron en un amago de sonrisa y su frente se frunció en surcos irregulares, lo que acentuó su parecido con De Niro. El semblante irónico indicaba que colaboraría con los agentes siempre que estos respetasen las formalidades. Roy sintió una simpatía instintiva por el galeno.

—¿La adicción a la cocaína puede provocar enfermedades mentales? —preguntó el inspector para abrir fuego.

El psiquiatra respondió al instante:

—Por supuesto. No es raro que produzca trastornos de ansiedad, por ejemplo, o ponga de manifiesto tendencias patológicas subyacentes en la psique.

—¿Es capaz de convertir a una persona normal en asesina?

—No diría yo tanto. Pero, a veces, individuos con inclinaciones esquizoides o paranoides que desarrollarían una vida normal sin drogas activan psicosis latentes a causa de un consumo excesivo.

—¿Estas psicosis pueden conducir al asesinato?

—En algunos sujetos, sí.

—Supongo que los psicóticos homicidas recuerdan sus crímenes —apuntó África.

El psiquiatra se acarició la barbilla.

—La mayoría de ellos, sí —aseveró—. El psicótico no es responsable jurídicamente de sus actos, puesto que o bien no sabe que obra mal, o bien no es capaz de evitarlo. Aunque esto no implica que no guarde memoria de ellos.

—¿Pero podría ocurrir que no los recordara? —insistió la policía.

—Podría ocurrir —contestó el doctor—. No es habitual, pero tampoco imposible.

Roy no había pensado en la cuestión formulada por África y eso le inquietó. Pero lo que más le preocupó fue la respuesta del psiquiatra, que abría una nueva vía en la investigación, por retorcida y remota que fuera. Lejos de clarificarse, con cada nueva gestión practicada la Operación John Wayne se complicaba un poco más.

Ante el mutismo del inspector, África optó por continuar con el interrogatorio:

—Doctor, ¿qué es la ansiedad paranoide?

El psiquiatra se revolvió en el asiento en busca de una postura más cómoda. Luego se acodó en los brazos de la butaca y entrelazó las manos. Se tomó unos segundos para meditar. No es sencillo transmitir con brevedad nociones a las que uno ha dedicado años de estudio.

—La ansiedad paranoide es un concepto que solo aplicamos los defensores de ciertas corrientes psicoanalíticas —dijo a modo de preámbulo—. Para la psiquiatría dominante, tal trastorno no existe. Así que si preguntan por él, la mayoría de los psiquiatras les dirán que no lo conocen, ya que no está contemplado dentro del DSM, que es el manual diagnóstico y estadístico de enfermedades mentales. Pero según la

escuela de psicoanálisis que yo cultivo, la ansiedad paranoide es una patología grave, una disfunción psíquica que hunde sus raíces en la infancia y que dificulta sobremedida la vida del paciente.

—¿En qué consiste exactamente?

—El individuo que sufre de ansiedad paranoide siente que hay objetos o personas que lo amenazan y que quieren aniquilarlo. Proyecta la pulsión de muerte sobre esos objetos o personas. Esto le ocasiona una intensa zozobra.

Rosario y África se miraron con disimulo. La expresión confusa de sus rostros revelaba que no habían entendido nada. En lugar de confesarlo, Roy siguió preguntando:

—Los objetos o personas amenazantes, ¿son concretos o difusos, son siempre los mismos o varían?

—Son seres concretos —respondió el doctor Lázaro— y no suelen variar, o lo hacen al cabo de mucho tiempo.

—¿Es factible que estos seres amenazantes constituyan un colectivo determinado?

—Sí.

El inspector se rascó el cráneo. Poco a poco, iba captando la idea, al tiempo que se preguntaba por qué la psiquiatría complica con expresiones sofisticadas conceptos que, despojados de palabrería, resultan sencillos.

—¿Sería posible, por ejemplo, que un enfermo de ansiedad paranoide percibiera que los homosexuales le amenazan o quieren liquidarlo?

—Perfectamente.

Los agentes volvieron a cruzar sus miradas. Esta vez, una chispa de emoción brillaba en sus pupilas, ahuyentando la sombra de estolidez que había oscurecido sus semblantes. África lanzó la última pregunta:

—¿Se han dado casos en que tales enfermos intentaran eliminar a las personas o colectivos que percibían como amenazantes?

El doctor Lázaro frunció las cejas y apretó los labios en una fina curva ascendente. El irónico visaje de Robert De Niro regresó a su semblante. Sabía a qué y a quién se referían los agentes, aunque estos no habían pronunciado ningún nombre.

—Se han dado casos como los que usted apunta —respondió—, sobre todo en Estados Unidos. En Chicago hubo un asesino en serie, hace muchos años, que eliminó a decenas de homosexuales. Después de matarlos, los enterraba en el patio trasero de su casa. En mi opinión, el individuo en cuestión sufría una ansiedad paranoide de manual. Tal vez hayan leído algo sobre él.

»Se llamaba John Wayne Tracy.

Capítulo veintiséis

29 de septiembre, viernes.

Naturalmente, la Policía Nacional no es ajena al esnobismo anglófilo imperante en la sociedad española. Por esta razón, Roy, en lugar de convocar una reunión de trabajo, citó a sus hombres para un *briefing*. La finalidad de dicho encuentro ya no era, como antaño, la puesta en común de ideas y opiniones, sino la rutilante escenificación de una... *brainstorm*[\[26\]](#).

El inspector, bajo cuyo rudimentario bagaje cultural latía el pulso firme del sentido común, sospechaba que aquella palabrería extranjerizante cumplía una doble misión: hacer pasar por nuevo lo viejo y enmascarar el trabajo cotidiano bajo un aura de sofisticación de la que en realidad carece. Pero como nadie atraviesa palos en las ruedas de su propio carro, al menos de manera consciente, hacía tiempo que Roy, venciendo su hipertrofiado sentido del ridículo, había claudicado ante la avalancha de neologismos superfluos arrastrados hasta nuestras orillas por la estupefaciente riada de Internet. No fuera a suceder que aquellos que ignoraban quién había sido Viriato o qué se había dirimido en la batalla de Otumba, pero que sabían manejar un *PowerPoint* y cuantificar *targets*[\[27\]](#) a través de una hoja Excel, lo tomaran por un cateto y boicotearan sus ya de por sí escasas probabilidades de ascenso.

Después de su sesión de entrenamiento, el inspector dedicó las primeras horas de la mañana a esos engorrosos trámites (acudir al banco, pasar la ITV) que hacen de la existencia humana una prosaica sucesión de obligaciones. Cuando se está inmerso en una complicada operación policial, tales gestiones suelen quedar postergadas *ad calendas graecas*. A la postre, el investigador de turno atrapa al malvado y recoge los laureles del éxito junto con un par de avisos de embargo y alguna multa de tráfico con propina de demora. Roy ya había pasado por eso y no tenía intención de repetir.

Concluida la cuota de deberes domésticos que se había impuesto para aquella jornada, el inspector se dirigió a pie hacia la Jefatura. Había convocado el *briefing* a mediodía y necesitaba pasear para orear la mente y poner en orden sus ideas. Recorrió el Paseo Fernando el Católico y la Gran Vía enfrascado en sus pensamientos, que giraban, cómo no, en torno a la Operación John Wayne y sus estrambóticas alternativas. Al llegar a la Plaza Basilio Paraíso, torció a la izquierda

para enfilear el Paseo de Pamplona. En la escalinata de la antigua Facultad de Medicina, un exiguo grupo de individuos hoscos y concienzudamente desharrapados protagonizaba una concentración silenciosa. En primera fila, una pancarta explicaba el motivo:

*EL MUNDO DE LA CULTURA EN CONTRA
DE LA HOMOFOBIA.
BASTA YA DE ASESINATOS.*

La detención de Gonzalo Tejero había calmado las aguas mediáticas y la sensación de pánico instalada entre la ciudadanía. No obstante, seguía siendo una oportunidad de oro para que los adalides de la indignación y los adictos a la ubre pública hicieran ostentación de su beligerante civismo. Para Roy, la alusión al «MUNDO DE LA CULTURA» no hacía sino confirmar que algunas palabras, en el siglo XXI, han pasado a ser significantes vacíos.

El inspector reconoció a alguno de los concentrados: una actriz secundaria de películas subvencionadas, un amante del bricolaje con ínfulas de artista urbano y dos pensadores locales que, a juzgar por el rigor gramatical de sus textos, habían leído menos de lo que habían escrito. El cantautor Daniel Sescucha, insobornable activista que vivía de torturar los tímpanos del contribuyente en las fiestas de los municipios regidos por sus camaradas, leyó con voz torácica el manifiesto de rigor. Con envidiable sentido de la precisión, salmodió todos los mantras y tópicos de la modernidad, sin dejarse uno solo en el tintero. Tras aplaudirse a sí mismos, los concentrados rompieron filas, deshicieron los ceños y se fueron al Europeo para almorzar calamares y pinchos morunos.

África Trinidad y los componentes del Grupo de Secuestros y Homicidios se encontraban ya en la oficina común de la unidad cuando Roy, acompañado por el inspector jefe Badía, entró en la estancia. Satisfecha la habitual ceremonia de saludos y taconazos, Badía tomó asiento en un rincón, dispuesto a intervenir lo mínimo posible. Sabía que la función principal de un jefe de sección es pasar desapercibido. Roy, con el tafanario apoyado en el borde de la mesa, tomó la palabra.

Según el inspector, durante la primera fase de la investigación Chuso Artieda había sido el principal sospechoso del asesinato de Alí, debido a que en su contra concurrían motivo y oportunidad. El motivo era la deuda contraída por la víctima. La oportunidad la brindaba la irrupción de *La Atalaya* en el domicilio del marroquí a las tres de la mañana del día del crimen, tal como atestiguaron el inquilino del 1^o2^a, que

se había topado con el traficante en el portal, y el expolicía Javier Rubielos, que había reconocido su voz. Además, sus huellas dactilares estaban sobre la foto de John Wayne y los posicionamientos telefónicos lo ubicaban en el lugar del homicidio en un intervalo horario compatible con su comisión. Consecuentemente, fue detenido e ingresado en prisión.

Pero Javier Rubielos había aportado otra información que abría una brecha en la imputación de Chuso Artieda. A las dos de la madrugada, *Caracortada*, un calvo robusto con acento del este, profunda cicatriz en el rostro y prótesis ocular, llamó por error al videoteléfono del propio Rubielos y preguntó por Alí. Este dato, junto con los grilletes de la marca Varna y la pistola Arcus utilizados en el asesinato, inauguró la pista búlgara, cuya credibilidad se vio reforzada tras la muerte de Rodrigo Noriega.

Noriega fue asesinado mientras se encontraba a solas en la Sauna Nordik. En el transcurso de la inspección ocular, los peritos recogieron impresiones de dos clases distintas de calzado: unas zapatillas Bulldozer de la talla cuarenta y seis manufacturadas en Bulgaria y unas botas Herock Volcanus de la talla cuarenta y cinco que podían adquirirse en España. El inspector había pensado mucho en aquellas botas reforzadas. Era el tipo de calzado que emplean los soldados y los profesionales de la construcción. Roy estaba seguro de haberlas visto con anterioridad en los pies de alguna persona relacionada con la investigación, pero por mucho que se devanara la sesera no podía precisar de quién.

Las esposas halladas en el cadáver de Noriega eran también de la marca Varna y el arma empleada era la misma Arcus con silenciador que había acabado con la vida de Alí. El vínculo con los países del este se reforzaba. Abundando en esta tesis, el enigmático *Caracortada*, en una maniobra cuya finalidad Roy no acertaba a descifrar, se puso en evidencia apareciendo en el funeral y huyendo precipitadamente del mismo.

En otro orden de cosas, las huellas de calzado encontradas en la sauna, unidas a las trazas de guantes reveladas en el domicilio de Alí, invitaban a pensar en la participación de al menos dos individuos en la ejecución material de los asesinatos.

El estudio de las señales telefónicas captadas por las antenas próximas a las escenas de los crímenes manifestó la existencia de dos móviles que se ponían en contacto minutos antes y después de la perpetración de los crímenes. El resto del tiempo permanecían desconectados, por lo que era fácil deducir que se trataba de teléfonos de seguridad. Uno de ellos recibió las llamadas desde el Parque del Tío Jorge; el otro las hizo desde los alrededores del piso de Alí, en el primer homicidio, y cerca de la Sauna Nordik, en el segundo. En consecuencia, los implicados en los asesinatos eran como mínimo tres: los dos ejecutores materiales, uno de los cuales portaba el móvil emisor, y el usuario del terminal que operaba desde el parque. El

inspector Roy ordenó la intervención de ambos teléfonos y dispuso un operativo de escuchas en directo y de vigilancias en el Parque del Tío Jorge.

El análisis del tráfico de estos teléfonos determinó que solo habían sido activados en tres ocasiones: dos coincidiendo con las muertes de Alí y de Noriega, y una anterior en la que la señal del móvil emisor fue gestionada por una antena de Illueca. Los investigadores se trasladaron a esta localidad, pero el peinado del municipio y sus proximidades no arrojó ninguna luz sobre el motivo de aquella primera conexión.

A través de Interpol, se había enviado a las autoridades de Bulgaria una imagen de *Caracortada* tomada en el entierro de Noriega junto con una descripción detallada de su aspecto físico. Los operadores de seguridad de aquel país aún no habían logrado identificar al sospechoso y, según el criterio del inspector Roy, las probabilidades de que lo hicieran eran remotas.

Hasta ahí, la investigación, a pesar de ser retorcida, había seguido derroteros más o menos razonables. Pero la violación denunciada por Ileana Farcas y las implicaciones derivadas de la misma lo trastocaron todo. La Operación John Wayne sufrió un giro de ciento ochenta grados, poniendo a prueba la experiencia que los investigadores habían acumulado a lo largo de sus carreras, así como su sentido de la lógica policial.

Los análisis del semen recogido en las cavidades corporales de Ileana demostraron que, consentidas o no, la rumana había mantenido relaciones sexuales con Gonzalo Tejero, presidente de Tradición y Familia. Sin embargo, la verdadera sorpresa saltó cuando los funcionarios cumplimentaron el protocolo establecido para el tratamiento informático del ADN: los cruces en la base de datos determinaron que el esperma encontrado en los cadáveres de Alí Mohamed Hach y Rodrigo Noriega también pertenecía al político. Inopinadamente, el concejal ultraconservador se convertía en el máximo sospechoso de los asesinatos homófobos que habían sembrado el pánico en la ciudad.

Ante el nuevo estado de cosas, la jueza Elisa Gayarre dictó auto de libertad en favor de Chuso *La Atalaya* Artieda. Desde el momento de su detención, el traficante había mantenido siempre la misma versión:

A las tres de la mañana del día de autos, Chuso se había personado en el piso de Alí con intención de cobrar parte de lo que el chaperero le adeudaba. Llamó al videoteléfono, pero nadie atendió, así que franqueó el portal con las llaves que le había tomado en prenda días atrás y subió hasta la cuarta planta. En el rellano, pulsó repetidamente el timbre del magrebí. Ante la falta de respuesta, perdió los estribos y comenzó a amenazarlo a voz en grito. Cuando se hubo hartado de berrear, hizo uso de las llaves para acceder a la vivienda. Fue entonces cuando descubrió el cadáver en pompa de Alí con la macabra instantánea de John Wayne depositada sobre las nalgas. En un acto reflejo del que más tarde se arrepentiría, tomó la fotografía entre sus

manos y la observó durante un rato antes de restituirla a los glúteos del interfecto. Luego registró el piso, rapiñó el dinero que encontró y se largó sin cerrar la puerta. Al huir, se topó en el portal con el vecino del 1º2ª, que regresaba a casa tras una noche de copas.

A ojos del inspector Roy, el hallazgo del fiambre de Rodrigo Noriega desvirtuaba la implicación de Chuso Artieda en la muerte de Alí. Ambos crímenes habían sido perpetrados con idéntico *modus operandi*, lo que, salvo extrañas piruetas de la lógica, sugería una misma autoría. Y el traficante estaba entre rejas cuando Noriega fue asesinado, por lo que su participación en los homicidios quedaba descartada. Roy transmitió su opinión a la jueza Gayarre, quien decretó la inmediata puesta en libertad de *La Atalaya*.

Otro elemento a tomar en consideración era el intenso temor que se había adueñado de Alí semanas antes de su muerte. En la mezquita a la que solía acudir conocían ese miedo, aunque ignoraban su causa. Así lo habían atestiguado el imán Yusuf y el empresario Lamalmi. En ese mismo sentido, Alí Mohamed Hach había confesado a Rodrigo Noriega, según relató este a los agentes, estar aterrorizado a causa de un secreto al que habría tenido acceso y cuyo conocimiento le devoraba la conciencia. El contenido de este secreto, así como su relación con el asesinato del magrebí, era algo que los investigadores aún no habían logrado determinar.

Asimismo, Chuso Artieda manifestó a los policías que Gonzalo Tejero, a quien proveía periódicamente de cocaína, le había encargado la búsqueda de una prostituta con aspecto de lolita. Chuso delegó esta tarea en Alí, que dio enseguida con la candidata. El morito negoció la tarifa, contrató los servicios de la muchacha y pasó su número de teléfono al traficante. Este, a su vez, entregó el número a Tejero y se desentendió del asunto. Lo único que *La Atalaya* supo de la meretriz es que se trataba de una jovencita extranjera y que el político la frecuentaba a plena satisfacción. ¿Era esta prostituta Ileana Farcas? Eso parecía, aunque, para los investigadores, la ausencia de datos más concretos planteaba algunas dudas sobre su identidad.

Al inspector Roy le escamaba la inesperada irrupción en escena de Gonzalo Tejero. A lo largo de su trayectoria pública, el político había destacado siempre por ser un hombre riguroso en lo ético y formal en lo estético. Espartano en sus costumbres, solo había mostrado pasión por el *footing*, el senderismo (durante las campañas electorales se dejaba grabar pateando caminos y montañas) y una catolicísima y edificante vida en familia. Jamás había dado que hablar y, de buenas a primeras, aparecía ante el sistema penal como un asesino cocainómano, putero y violador, relacionado, directa o indirectamente, con dos hampones de manual como el traficante Chuso Artieda y el chapero Alí Mohamed Hach.

Ciertamente, todos los indicios materiales apuntaban al edil, pero en tal caso,

¿dónde quedaban *Caracortada* y la conexión búlgara? Si Tejero había perpetrado los crímenes en solitario, ¿por qué se habían hallado trazas de dos tipos de guantes en el domicilio de Alí, e impresiones de dos modelos distintos de calzado (uno de ellos del número usado por el político) sobre la sangre derramada por Rodrigo Noriega en el suelo de la Sauna Nordik? ¿Y qué había de las llamadas registradas por los postes repetidores?

Aparte de las dudas enumeradas, a Roy le torturaban otros misterios menores: ¿dónde carajo paraba Onofre Lapuerta, el ingeniero de minas y fervoroso cliente de Alí que durante la fiesta de disfraces de la Nordik había sido retratado en compañía del marroquí y de un tipo disfrazado de John Wayne? Lo último que se sabía de él es que había marchado de vacaciones. Para complicar más las cosas, y según se desprendía de la instantánea tomada en la fiesta, el individuo caracterizado como *El Duque* compartía altura y complexión física con Chuso Artieda y con *Caracortada*. Y, rizando el rizo, lucía el mismo atuendo que el actor en las fotografías depositadas sobre los cadáveres. ¿Eran estas circunstancias casuales? Parecía poco probable.

Una vez formuladas estas incógnitas ante sus hombres, Roy dio paso a la tormenta de ideas. Ordóñez, que pese a su bisoñez, o tal vez por ella, era el más audaz del grupo, fue el primero en intervenir.

—No descartemos aún a Chuso Artieda —propuso—. ¿No es posible que cometiera el primer crimen en compañía de otros, y estos, cuando ingresó en prisión, perpetraran el segundo?

—¿Y el semen de Tejero en los cuerpos de las víctimas? —interpeló Roy.

—Tejero es un vicioso —replicó Ordóñez—, y tanto Alí como Noriega eran dos pedazos de maricones.

—Ese lenguaje —advirtió el inspector.

—Lo siento —mintió Ordóñez—. Lo que quiero decir es que, durante las últimas semanas, Tejero estaba disparado: coca, sexo de pago, putas jovencitas... ¿Por qué no iba a probar con un par de marilolos?

—Vigila tus palabras —insistió Roy.

—Lo dicho —continuó el policía—. Mi apuesta es que Tejero no ha cometido más delito que la violación de Ileana. Chuso Artieda y dos compinches vigilaron al político. Tras la visita sexual de este al domicilio de Alí, asesinaron al morito. Con Chuso ya en la trena, los dos compinches continuaron espiando al concejal. Descubrieron que se veía con Noriega y se picaron[28] al dueño de la Nordik después de que el político se lo tirara en el despacho de la sauna. En ambos homicidios, aprovecharon las relaciones sexuales para cargarle el muerto, o los muertos, al pardillo de Tejero.

—¿Dónde queda la pista búlgara? —inquirió Alexis Guzmán.

—Ni puta idea —reconoció Ordóñez.

Neira respondió a la pregunta del subinspector:

—Quizá *Caracortada* fuera uno de los cómplices de Artieda.

—La tesis de Ordóñez no es mala —intervino Jurado—. Pero también podríamos eliminar de ella a Artieda y, manteniendo el resto de circunstancias, suponer que los crímenes los cometió *Caracortada* en compañía de otro individuo.

—¿Cuál sería el móvil? —interrogó Roy.

—En la muerte de Alí, evitar que desvelara el secreto que había descubierto y que tanto le atemorizaba. Y lo mismo en el caso de Noriega: sospecharon que el morito le había contado algo y quisieron evitar que se fuera de la lengua.

—Se me ocurre otra posibilidad —anunció Jonás—: las dos víctimas fueron eliminadas por Tejero y *Caracortada*. Yo opino como el jefe, Chuso Artieda no participó en los asesinatos. Descartado el traficante, la connivencia entre Tejero y *Caracortada* constituye la hipótesis más completa, puesto que respeta los resultados de los análisis de ADN e incluye la pista búlgara.

Roy observó al policía mientras reflexionaba sobre su sugerencia. Jonás era el decano del Grupo de Secuestros y Homicidios. Gracias a su experiencia, sus juicios eran siempre ponderados. Hasta aquel instante, su propuesta era la que más convencía al inspector.

—Y tú, África, ¿por qué teoría te decantas?

La aludida respondió sin vacilar.

—Yo solo me fío de las evidencias científicas y estas señalan a Tejero como autor de los asesinatos. Las trazas de guantes y las impresiones de calzado insinúan la concurrencia de al menos otro partícipe material. Quién sea este aún está por determinar. Uno de los malos calza un cuarenta y cinco, el mismo número que nuestro concejal, así que, de momento, este tiene todos los boletos para la rifa. Aunque, salvando las pruebas de ADN, no dejamos de movernos en el terreno de la especulación.

—Pero para eso es esta reunión —apostilló Ordóñez—, para especular.

El tonillo displicente irritó a Rosario, pero el policía tenía razón. La finalidad del *briefing* era el aporte indiscriminado de hipótesis más o menos descabelladas. Todos los asistentes, a excepción de Badía, habían expuesto las suyas. Roy se dirigió al máximo responsable de la UDEV:

— ¿Cuál es tu opinión, jefe?

A pesar de que no solía inmiscuirse en las dinámicas operativas de los grupos de su sección, Badía había aceptado la invitación de Roy para asistir a la tormenta de ideas. Ahora no le quedaba otra que manifestar su parecer.

—Yo opino como Trinidad —señaló—. Lo único seguro, a tenor de las pericias

científicas, es que Gonzalo Tejero es responsable de los homicidios. Puede que los cometiera en colaboración con otro u otros delincuentes, pero eso habrá que demostrarlo. Sugiero continuar con el dispositivo de escuchas telefónicas y de vigilancias en el Parque del Tío Jorge. Después del asesinato de Alí, con Artieda ya detenido, nadie imaginó que habría otra muerte, y la hubo. No cometamos el mismo error de nuevo.

»Por otro lado, insistiría en la antena de Illueca, la que captó la primera llamada registrada entre los teléfonos sospechosos. No estaría de más peinar zonas más alejadas, a ver si encontramos algo que nos llame la atención.

»De todos modos, el tema está resuelto. Tenemos al autor de los hechos, o al menos a uno de ellos. Mañana cumple el plazo de detención. En cuanto lo pasemos a disposición judicial, su señoría lo meterá entre rejas y la presión mediática aflojará. Eso nos permitirá trabajar con calma en la búsqueda de algún compinche.

Roy agradeció los consejos de Badía, con los que estaba de acuerdo. El inspector ya tenía previsto prolongar el dispositivo del Tío Jorge y regresar a Illueca para registrar la zona a conciencia, pero coincidir con la opinión de un policía tan experimentado como el jefe de la UDEV le tranquilizaba. Badía también tenía razón cuando pronosticaba el ingreso en prisión de Tejero y la consiguiente relajación de la prensa, bastante sosegada ya con la detención del político.

Roy solo discrepaba de su jefe en su entusiasta afirmación de que el tema estaba resuelto. Su sexto sentido, siempre certero, le decía que aún quedaba mucha tela por cortar.

Capítulo veintisiete

30 de septiembre, sábado.

Gonzalo Tejero pasó a disposición judicial a las ocho de la mañana, tan solo unas horas antes de que se agotara el plazo legal de la detención en dependencias policiales. Las pruebas e indicios recogidos en el atestado fueron suficientes para que Elisa Gayarre decretara su prisión provisional sin fianza.

Relativamente aliviado, Rosario se propuso recuperar el pulso normal de su vida, siquiera por un fin de semana. Le apetecía compartir aquellas cuarenta y ocho horas con la única persona a cuyo lado experimentaba una sensación próxima a la paz. No obstante, el maratón pilarista estaba próximo, por lo que, antes de abandonarse a la molicie, emuló a Emil Zatopek con una hora de entrenamiento interválico por los caminos de tierra del Parque Grande. Tumbado sobre el césped tras los estiramientos, telefoneó a África.

—¿Qué está haciendo mi chica preferida?

—Ni idea —contestó la mujer—. Pero, por si te interesa, yo estoy saliendo del Club de Judo Las Fuentes.

—¿Vuelves al tatami?

—Todavía no lo he decidido. Pero me hacía falta sudar el kimono y me he dejado caer por aquí para hacer un entrenamiento suave.

—¿Cómo te has encontrado?

—Oxidada, después de tanto tiempo. Pero viva.

—Me alegro —dijo Rosario—. Porque lo que he planeado para este fin de semana no es apto para muertos.

—¿Qué has preparado? —preguntó África escamada—. ¿Otra bromita como la del psiquiatra?

Rosario estaba aprendiendo, tarde y a marchas forzadas, las significativas diferencias entre los cerebros masculino y femenino. Los varones solo catalogan como afrentas dignas de consideración aquellas relacionadas con su honradez, su virilidad o la ocupación profesional de sus progenitoras (en pleno siglo XXI, sigue siendo preferible que las madres impartan clases de latín a que practiquen felaciones en el Club Momentos). Y, salvo casos excepcionales, se olvidan de ellas (de las

afrentas, no de las madres) en el plazo máximo de una semana, y eso siempre que en el ínterin no medien comilonas, copas con los amigos o un Real Madrid-Barça emitido en abierto. El encéfalo de las féminas, por el contrario, tiende a ser más puntilloso en lo tocante a agravios, incluyendo dentro de este epígrafe una amplia gama que va desde la sugerencia de que unos vaqueros las hacen más gordas, hasta la inocente afirmación de que la madre de uno (otra vez las madres) preparaba unas croquetas cojonudas. Y, lo que es más importante, el cerebro femenino, que para otros menesteres trabaja como una perfecta computadora, carece, en lo relativo a ofensas, de funciones tan elementales como las de *reseteo* y borrado. Las humillaciones permanecen eternamente activas en su sesera, sin que exista papelera de reciclaje donde apartarlas, ni posibilidad alguna de formatear el disco duro.

—Esta vez va en serio —respondió el inspector—. Le he echado el ojo a una casa rural en Villanúa.

—¿Dónde queda eso?

—Cerca de Jaca. Podemos visitar la Estación Internacional de Canfranc, hacer senderismo por la ribera del Aragón y hartarnos de ternasco y de Somontano.

—Turismo, ejercicio y colesterol —resumió África—. No pinta mal. Pero te aviso: como sea otra de tus coñas, te estrangulo.

—Viniendo de una excampeona de Europa de judo, la amenaza es preocupante —bromeó Rosario—. Hago un par de gestiones y te recojo en una hora.

Una vez contratado el alojamiento por Internet, Rosario montó en el Focus y condujo hasta el domicilio de África. La policía le esperaba en el portal. Vestía prendas deportivas de montaña, de esas que se estilan entre los escaladores, los amantes del *trekking* y los nacionalistas vascos de izquierdas.

Una mochila descomunal reposaba a sus pies.

—¿Has descuartizado un cadáver? —preguntó Rosario.

—He traído lo indispensable.

El viaje transcurrió sin más incidencias que los quejumbrosos rugidos del motor al enfilarse las cuestas más pronunciadas de la Autovía Mudéjar. En menos de dos horas, incluida la pausa para repostar, el Focus traqueteaba por el casco urbano de Villanúa en dirección a la Plaza Mayor, donde estacionaron.

La casa alquilada por Rosario estaba junto a la plaza. Se trataba de un viejo pajar rehabilitado como alojamiento turístico. Tenía detalles en piedra, como el muro de mampostería del salón, y vigas de madera en el techo de las habitaciones.

La gobernanta entregó a Rosario las llaves y marchó del inmueble. La pareja subió el equipaje hasta la habitación principal, situada en la primera planta, y lo depositó

sobre el suelo de terrazo. La estancia olía a sábanas recién planchadas y a ese aroma antiguo, mezcla de musgo y piedra mojada, característico de las aldeas pirenaicas.

—¿Te gusta la casa? —interrogó Rosario.

—Me encanta. Aunque es muy grande para dos personas.

—Las había más pequeñas, pero estaban alejadas del centro. Oye, ¿no hace un poco de frío?

—La verdad es que sí. Es lo que tienen los pueblos de montaña, ¿no?

—Deshago el equipaje y bajo a encender la calefacción —señaló Rosario.

África se aproximó despacio a su compañero.

—¿No dicen que el mejor calor es el que proviene del ser humano? —preguntó con voz melosa.

—Eso dicen.

La mujer se arrodilló frente a Rosario y le desciñó el cinturón. El inspector notó una apremiante pulsión en la zona inguinal que se acentuó cuando África desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera de la bragueta. Después de los prolegómenos, África condujo a su compañero hasta el colchón, se puso a horcajadas sobre él y, con maestría amazónica, comenzó a cabalgarlo.

Absorto en las evoluciones hípicas de su amante, Rosario decidió que, bien pensado, la calefacción podía esperar.

1 de octubre, domingo.

El fin de semana fue plácido y contribuyó a reforzar los lazos afectivos de la pareja, algo descuidados durante las últimas semanas debido al exceso de trabajo. La excursión al pico de la Collarada, una caminata a la vera del río Aragón y la liberación de adrenalina producida por los descensos en tirolina hicieron que África y Rosario compartieran tiempo e intensidad lejos del ámbito profesional en el que solían desenvolverse. A lo largo de los dos días no hablaron ni una sola vez de trabajo. Para el inspector, aquello constituyó una epifanía: más allá de los muertos *mataos*, aguardaba todo un mundo de posibilidades.

Desde que decidiera conceder una oportunidad a la monogamia, la opinión de Rosario sobre la institución había variado. Las mujeres en general (y la suya en particular) no eran infatigables máquinas de queja y control, aunque albergaran una querencia natural hacia esas actividades. Según había comprobado, podían constituir una grata compañía dotada de efectos balsámicos y de originales puntos de vista sobre temas en los que el inspector jamás había reparado. Muchos de los cuales, es cierto, no le interesaban (como la moda de baño, las películas románticas o la vida

sentimental de Angelina Jolie), si bien tampoco le provocaban urticaria. Asimismo, y para sosiego de Roy, la temible amenaza supuestamente agazapada tras sus genes no había dado, hasta la fecha, señales de vida.

Durante el viaje de vuelta a Zaragoza, África se quedó dormida en el asiento del acompañante. A ello contribuyó la fatiga inducida por el exceso de actividad física (no toda ella de índole deportiva) y el homenaje gastronómico que, a modo de colofón, se habían tributado en la jacetana Tasca de Ana. El motor del Focus, aliviado por las pendientes negativas de la carretera, respetó el sueño de la pasajera.

Al percatarse de que su compañera reposaba en los brazos de Morfeo, Rosaric bajó el volumen de la música. Los altavoces filtraban la voz gastada de Enrique Urquijo:

*... solo decirte: gracias por elegirme,
gracias por escucharme
y fingir que lo que digo es importante;
por seguir aquí a mi lado, sin guardar ningún rencor,
y cambiar por alegría mi dolor.*

Rosario recordaba la canción. Estuvo de moda en el verano de 2003, cuando el inspector tonteaba con Mara, la recepcionista del centro de fisioterapia, y protagonizaba con ella tórridos intercambios sexuales de los que ninguno sacaba nada en limpio, más allá de la satisfacción de los apetitos carnales. Por aquella época, sus elecciones eran fruto del instinto y la cópula un desahogo mecánico e indolente. Rosario mediaba la veintena, sus pensamientos estaban mediatizados por la testosterona y la estrofa de Los Secretos carecía de significado para él. Al escucharla ahora, la canción cobraba sentido. No todo empeora con la edad.

Cuando llevaban una hora de trayecto, Rosario tomó la salida 318 de la autovía. Había preparado una sorpresa para África. El sol declinaba tras las suaves lomas que cercaban el horizonte, acariciando con sus rayos los tejados de Zuera.

El inspector tocó el codo de su compañera.

—Despierta, cariño.

África Trinidad se revolvió perezosa en el asiento. Poco a poco regresó al estado de vigilia.

—No te lo vas a creer —murmuró—, he soñado que me llamabas *cariño*.

Una sonrisa afloró en los labios de Rosario. Apreciaba la ironía en el sexo opuesto, tan poco dado a ella.

—¿Dónde estamos? —preguntó la mujer.

—He tomado la salida de Zuera. Quiero que veamos a... alguien.

—¿No estaremos yendo a la cárcel, verdad?

—¿A la cárcel? —repitió Rosario— ¿Para qué demonios querría llevarte a la cárcel?

—Para entrevistarnos con Gonzalo Tejero —replicó África—. Que yo sepa, es el único *alguien* que conocemos en Zuera, aunque sea un *alguien* recluido.

—No vamos a encontrarnos con Tejero. Ni siquiera había pensado en él.

—¿A quién vamos a ver entonces, si puede saberse?

—Es una sorpresa —dijo Rosario—. Y no solo para ti.

Rosario estacionó el Focus en una de las plazas libres de la explanada. El sol se había retirado tras las estribaciones de los Montes de Castejón, pero su reverbero todavía se proyectaba contra el firmamento, orlando de malva el horizonte. Los grillos chirriaban entre los matorrales y Venus titilaba en la bóveda celeste mientras la penumbra avanzaba con la parsimonia del aceite derramado.

El inspector tomó del brazo a África y, flanqueando el edificio, la condujo a través del césped y los parterres hasta el cenador que ocupaba el centro del jardín. De su cúpula pendía una lámpara cuya luz se filtraba a través de la celosía, tapizada de buganvillas y enredaderas.

En el centro del cenador, ataviado con un terno gris de raya diplomática, Damián Roy esperaba de pie.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó.

Rosario y África subieron los tres peldaños que separaban la lonjeta de la hierba.

—Ocupada con sus cosas, ya sabes —respondió el inspector—. Te manda un beso.

—Dale otro de mi parte.

Rosario hizo un gesto indefinido.

—Abuelo, esta es África, la compañera de trabajo de la que te he hablado en alguna ocasión.

—Encantado, señorita.

Damián inclinó el tronco y estrechó la mano de la mujer. Para el abuelo Roy, besuquear las mejillas de señoras a las que acababa de conocer constituía una grosería rayana en la obscenidad.

—Veo que Rosario va mejorando en la selección de sus colegas —añadió.

—¿Por qué lo dice? —inquirió África.

—La última vez que me visitó, lo hizo en compañía de un subinspector... gay. Muy simpático... pero gay. Llegué a temer por la, ¿cómo lo llaman ahora?... por la orientación sexual de mi nieto. Aunque, con lo tosco que es, dudo que fuera del gusto de ningún homosexual. Tengo entendido que son muy exigentes.

—No crea —replicó la policía—, los hay de todo tipo. Aunque, para su tranquilidad, le diré que el subinspector Alexis Guzmán tiene pareja estable. Se llama Fredy.

—¿Como Fredy Krueger?

—Como Fredy Mercury, más bien.

La pareja y el subcomisario tomaron asiento en torno a la pesada mesa de hierro que ocupaba el centro de la tarima. África estaba azorada. Las presentaciones ante la familia de la pareja sentimental siempre abochornan, máxime cuando una es huérfana y se ha criado alejada de padres, tíos, primos y demás grados de parentesco. Aun así, la muchacha procuraba ser locuaz:

—¿Usted sabía que su nieto venía acompañado?

—En absoluto —contestó Damián—. Me llamó hace una hora para decirme que se pasaría por aquí, pero supuse que lo haría solo.

—Telefonéé mientras roncabas en el coche —aclaró Rosario, guiñando un ojo a África. Esta replicó con energía:

—¡Yo no he roncado en mi vida! ¡Serás mentiroso!

Rosario palmeó el muslo de la mujer y la tomó de la mano. Luego se giró hacia su abuelo:

—Hemos pasado el fin de semana en Villanúa, quería aprovechar el viaje de vuelta para presentártela.

—¿En calidad de qué? —preguntó con sorna Damián.

El que se azoró ahora fue Rosario. Tanto África como el abuelo Roy tenían sus ojos fijos en él, expectantes ante la respuesta. El inspector intuyó que las palabras que estaba a punto de pronunciar iban a repercutir en su inmediato futuro sentimental. Por eso las rumió antes de hacerlas sonido.

—En calidad de... ¿novia?

Emitida la contestación, buscó con la mirada la aprobación de la interesada. Esta, satisfecha con el enunciado pero no con la entonación, se limitó a enarcar las cejas. Rosario espiró con disimulo. Según su criterio, había eludido con solvencia la trampa tendida por el abuelo. El vocablo elegido para definir a África le comprometía, cierto, pero el tono interrogativo dejaba a salvo una vía de escape en caso de que surgieran emergencias emocionales en forma de agobio o ansiedad. Sin embargo, las mismas razones que servían de alivio para el inspector, lo convertían, a juicio de África Trinidad, en un solemne mameluco. Tal es la variedad de interpretaciones a que está sometido el humano proceder.

—Pues me alegro por ti —afirmó Damián— y por la supervivencia del apellido Roy. La verdad es que no has podido buscarla más bonita.

—Las ha buscado —rectificó África—, pero ha tenido que conformarse conmigo.

El subcomisario Roy rio la ocurrencia de la chica y valoró el garbo con que había gestionado su malicioso comentario sobre la perpetuación de la familia.

—Y además ingeniosa —apostilló—. Por cierto, ¿no te habrá traído el zoquete de mi nieto en esa tartana de color crema a la que llama vehículo, verdad?

—Me temo que sí.

—¡Qué poca clase! —Damián encaró a Rosario—. La próxima vez tráela en un John Deere. Tiene el mismo glamur... y más equipamiento.

—Sí, como tu silla de ruedas —dijo Rosario—. ¿Por qué no la llevas hoy?

—Pregonar los achaques de la edad es una ordinariez —contestó Damián—, sobre todo en presencia de una dama.

A África Trinidad el subcomisario le resultaba simpático. Si el determinismo genético se manifestaba con rigor, Rosario heredaría, al cabo de los años, la digna fachada de su ancestro y el mismo temperamento jovial. Aunque, pensándolo bien, tal augurio era improbable. Sobre todo en lo tocante al temperamento. El de Rosario tiraba a hosco y, salvo avances de ciencia-ficción en la manipulación de cromosomas adultos, el futuro no lo endulzaría.

El abuelo Roy interrumpió las elucubraciones de la mujer:

—Has participado en la Operación John Wayne, ¿me equivoco?

—He participado, sí. Pero estoy adscrita a la Brigada de Policía Científica, no a Grupo de Homicidios.

—Eso es relativo —matizó Rosario—. África coopera con nosotros en todos los casos importantes.

Damián asintió. En sus tiempos también trabajaban codo con codo profesionales de distintas especialidades.

—Hoy ha salido el alcalde en el informativo autonómico —informó.

—¿Ensalzando la labor policial? —ironizó Rosario.

—Quiá. Enmerdando a Tejero y al partido que dirige. O dirigía. Según *Fichi* Bustamante, la homofobia del edil detenido no es sino una pequeña muestra del fascismo retrógrado de Tradición y Familia. Quiere promover una revisión a fondo de los estatutos de la formación, para ilegalizarla si se detecta el más mínimo atisbo de inconstitucionalidad. Y exige que Tejero devuelva de inmediato su acta de concejal.

—¿Y la presunción de inocencia?

—En el mismo muladar que el sistema educativo, la independencia del poder judicial y el respeto al castellano en las autonomías bilingües.

—Te veo muy preocupado por la política —señaló Rosario.

—Por el país, más bien —precisó el subcomisario—. Pero, volviendo a la Operación John Wayne, supongo que después de la detención de Tejero estaréis más relajados.

Rosario conocía a su abuelo y sabía que bajo sus palabras, en apariencia triviales, latía alguna inquietud. Cuando charlaba sobre banalidades, el semblante y los ademanes del subcomisario concordaban fielmente con su edad. En esas ocasiones se conducía como un hombre anciano. Pero cuando alguna comezón le roía la conciencia, la chispa de una remota juventud brillaba en el fondo de sus pupilas y Rosario acertaba a discernir, tras las arrugas y las mejillas descarnadas de Damián Roy, al policía de acción que el tiempo no había conseguido soterrar.

—¿Podemos estarlo? —interrogó el inspector.

El subcomisario se encogió de hombros.

—Solo tú tienes la respuesta.

La noche había opacado la bóveda celeste y el silencio en torno a la lonjeta amplificaba el chirrido de los grillos. Rosario percibió en su piel la misma brisa que agitaba las buganvillas y pensó que aquel lugar, pese a todo, era una aceptable antesala de la muerte.

—¿Sabes qué me dijo la jueza hace unos días?

Damián Roy permaneció en silencio.

—Que esta investigación parecía la trama de un *thriller* americano —continuó Rosario.

—No le falta razón.

—Y que detrás de una trama cinematográfica hay siempre un guionista.

—Obvio.

Rosario contempló el firmamento. Los primeros luceros punteaban tímidamente la noche.

—¿Cuál es tu opinión? —interrogó el inspector.

—Estos crímenes son el caso más atípico que he conocido —aseveró Damián—. En la historia criminal de Zaragoza, jamás se vio cosa parecida. Mi experiencia, por tanto, no sirve de mucho, aunque me sugiere que todavía no habéis llegado al fondo del asunto.

—Eso ya lo sabemos —apuntó Rosario—, aún tenemos que identificar y detener al menos a un cómplice.

—Al menos a dos —rectificó Damián—. Al que acompañaba a Tejero en la ejecución de los asesinatos y al que se comunicaba por teléfono con los autores materiales desde el Parque del Tío Jorge.

—Correcto.

—Pero, incluso así, no esclareceríais completamente los hechos.

—¿A qué te refieres?

—Habéis pillado a Tejero por los análisis de ADN. Con un poco de suerte, podréis imputar a algún otro compinche si lográis relacionarlo con las impresiones de calzado

de la Nordik, los teléfonos intervenidos o alguna otra prueba recogida en las inspecciones oculares. Pero de lo que no tenéis indicio alguno es del móvil de los asesinatos.

—Es verdad —concedió Rosario—. De momento solo hemos elaborado conjeturas.

—¿Cuáles?

—Básicamente dos: la homofobia y la locura. O una mezcla de ambas.

—Yo descartaría la locura —dijo Damián—. Salvo casos excepcionales, la hipótesis de una psicosis como causa de asesinato solo es válida cuando el autor actúa en solitario. Aquí nos encontramos ante un mínimo de tres partícipes.

—Entonces solo nos queda la homofobia.

—Que no deja de ser un género específico de trastorno mental.

—Si tú lo dices...

La brisa arreció, transformándose en un cierzo húmedo y desabrido. Las nubes bajas que se arremolinaban sobre la cúpula del cenador presagiaban tormenta.

—Será mejor que os marchéis —sugirió el subcomisario—. Parece que va a llover.

Después de unas débiles protestas de cortesía, la pareja se despidió del anciano y se encaminó hacia el aparcamiento. Cuando llegaron junto al vehículo, un relámpago iluminó la noche.

África se aferró al brazo de Rosario.

—¿Cuál era la especialidad de tu abuelo?

—Pasó por muchos sitios. Pero la mayor parte de su carrera transcurrió en la Brigada Judicial.

—¿Trabajó en Homicidios?

—Veinte años —respondió Rosario—. Quince de ellos como jefe de grupo.

Capítulo veintiocho

2 de octubre, lunes.

En Zaragoza, octubre siempre ha sido un mes atípico para la Policía Nacional. Arranca con la fiesta de la corporación, que tiene lugar el segundo día del mes, y continúa con los Pilares, que se prolongan durante más de una semana. Para Rosaric Roy, aquel octubre tenía un aliciente añadido. El jueves doce, durante el día grande de las fiestas de la ciudad y coincidiendo con las últimas horas de la multitudinaria ofrenda a la Virgen, participaría en la maratón que recorrería las calles más emblemáticas del municipio y que, en su tramo final, atravesaría la Plaza del Pilar, pasando junto a la pirámide de flores erigida en honor a Nuestra Señora.

A pesar de que ese lunes era festivo para los policías nacionales, Rosario madrugó. Tenía por delante una jornada ajetreada. A primera hora, cuando el sol apenas se había asomado al firmamento, el inspector exprimía sus piernas por los caminos de tierra del Parque Grande. Era uno de sus últimos entrenamientos y quiso forzar el ritmo antes de rebajarlo en los días previos a la competición.

Tras la ducha, el desayuno y la jeremiaca relación de quejas expuesta por su madre, Rosario se dirigió a la consulta del doctor Trías, quien le inyectó una nueva y dolorosa dosis de corticoides, evidenciando que los logros exigen sufrimiento y que quien bien te cura te hará llorar. Complimentados estos trámites, marchó a la Jefatura, donde se había citado con África.

Desde 1926, año en que el papa Pío XI los declaró patronos de la institución, cada dos de octubre la Policía Nacional celebraba la festividad de los Santos Ángeles Custodios. Roy, que contaba ya con unos cuantos trienios en la empresa, se enternecía al recordar la ilusión y el desmadre con que había vivido la efemérides en sus años mozos. También recordaba que, por aquella época, el anticlericalismo era una doctrina marginal en la que solo militaban algunos desnortados, y la libertad religiosa, un valor vigente y tolerado. Por eso, sin temor a ser tildados de reaccionarios, muchos policías acudían a la eucaristía que tenía lugar en la basílica del Pilar. El culto era oficiado por el Arzobispo de Zaragoza, aunque, en ocasiones, y

en atención a los orígenes militares de la Policía Nacional, era el mitrado castrense quien lo presidía. Y no pasaba nada. Después, los agentes se trasladaban al recinto designado por la superioridad, distinto cada año, para escuchar los discursos de rigor y asistir a la entrega de condecoraciones. Finalizado el acto civil, trocaban sus uniformes de gala por ropas de paisano y se congregaban en diversos restaurantes para homenajear a los Ángeles Custodios haciendo lo que estos tienen vedado por su seráfica condición: comer y beber como si no hubiera mañana. La sobremesa se prolongaba hasta la cena, y a esta le sucedía una larga sesión de baile y coqueo en alguna discoteca de la ciudad.

Las costumbres mudan, no siempre para mejor, y la celebración del Día de la Policía había derivado, con el paso del tiempo, en un acto frío y poco concurrido del que se había desterrado el rito religioso y en el que solo habían sobrevivido el plomazo de los discursos y la letanía anestésica de las medallas. Años hubo, incluso, en que alguna autoridad política, impelida por el odio que sentía hacia el país que administraba, había vetado la interpretación del himno nacional al inicio de la ceremonia. Todo muy emotivo, vamos.

Pero Roy era un romántico y se resistía a claudicar de sus escasas convicciones y de las dos o tres emociones sinceras que aún albergaba en su interior. Así que, como hacía en cada *patrón* (así denominaban los policías la celebración de los Ángeles Custodios), se vistió de gala y prendió del pecho de su guerrera la única condecoración que atesoraba: una cruz blanca al mérito policial obtenida una década atrás por noquear (ventajas de tener un *crochet* contundente) a un sicario kosovar que mostraba cierta renuencia a ser detenido y que hizo fuego contra los agentes con una Smith&Wesson del treinta y ocho.

En compañía de una hosca África Trinidad, el inspector montó en el Opel Vectra y abandonó el edificio de la Jefatura en dirección al norte de la ciudad.

—Estás preciosa de uniforme —dijo mirando a la mujer.

—Sí —contestó esta—, como Tejero pero sin bigote.

El Espacio Ebro, ubicado en el Parque del Agua, era el lugar escogido para acoger los actos institucionales. Se trataba de una vasta construcción cuadrangular rodeada de zonas de césped. En un lateral había una explanada destinada al aparcamiento de vehículos. Cuando Rosario y África llegaron, todavía quedaban plazas libres.

El salón del Espacio Ebro era una enorme estancia *multiusos*. Es decir, de uso desconocido o habitualmente en desuso. Los organizadores habían emplazado, con meticulosidad prusiana, veinte hileras de sillas frente a un estrado dotado de púlpito y mesa central desde el que las autoridades políticas y policiales presidirían el evento.

África y Rosario se acomodaron en una de las últimas filas. Las sillas habían sido engalanadas con fundas de tela blanca y gruesos lazos del mismo color, por lo que el

inspector dedujo que el decorador no tenía clara la diferencia entre un acto oficial de la Policía y una boda por el rito balinés. Los agentes, acompañados por familiares y amigos, entraban poco a poco en el salón y se sentaban donde les parecía. Los invitados ajenos a la empresa, entre los que figuraban jueces, fiscales, abogados, periodistas y empresarios, se acomodaban en asientos reservados. Cinco minutos antes de la hora prevista para el inicio, el lugar hormigueaba de policías con guerrera, caballeros asfixiados por lustrosas corbatas de seda y damas enjoyadas recién salidas de la peluquería. Un murmullo ininteligible, sazonado de taconazos y tintineo de medallas, dominaba el ambiente.

Las autoridades entraron en fila india por la puerta principal, provocando que el rumor cesara de manera abrupta. El Delegado del Gobierno, el alcalde de Zaragoza el Presidente de la Audiencia Provincial y todos los comisarios de la Jefatura Superior procesionaron hasta el estrado, donde permanecieron en pie junto a sus asientos.

Las primeras notas de la Marcha Real rompieron el silencio; los policías se cuadraron y las autoridades, erguidas, adoptaron un continente respetuoso. Con la teatral excepción del alcalde: Federico *Fichi* Bustamante, que había acudido a la celebración en vaqueros y deportivas, hundía las manos en los bolsillos y mascaba chicle con ostentosa delectación. Roy sintió lástima de él y pensó que se había convertido en esclavo de su propio personaje. También pensó en encaramarse al estrado y darle dos hostias, pero su sentido del decoro y un oportuno arranque de prudencia se lo desaconsejaron.

Los actos institucionales se desarrollaron con la monótona precisión prevista en el programa. El delegado del Gobierno peroró de manera anodina sobre los tópicos más manidos de la Constitución Española y sacó pecho por la genial gestión que el poder ejecutivo estaba protagonizando en materia de seguridad ciudadana. Cuando el aburrimiento había alcanzado el paroxismo y todos los presentes hubieran preferido el suicidio a una nueva disertación, el Jefe Superior tomó la palabra, recitando una retahíla de datos estadísticos que demostró, a quienes lograron permanecer despiertos, que las infracciones penales habían decrecido en un cuatro y medio por ciento, mientras, paradójicamente, el número de detenidos aumentaba en análoga proporción. Año tras año, el Jefe Superior blasonaba de las mismas o parecidas cifras. Roy dedujo que, a no mucho tardar, la Comunidad Autónoma alcanzaría los cero delitos y el millón de detenidos. Porque en una estadística, los números, convenientemente torturados, acaban confesando lo que en cada momento interese a quien la encarga.

En el epígrafe de los discursos, solo *Fichi* Bustamante puso una nota de color al proponer que la Policía Nacional mudase su denominación actual por la más

democrática de Policía del Pueblo. Según el alcalde, el epíteto *nacional* aludía a una realidad que, en el mejor de los casos, era inexistente y, en el peor, opresiva y retrógrada. Su sugerencia, aunque divertida, fue inteligentemente ignorada por la concurrencia. Y es que, a pesar de los denodados esfuerzos de ciertos políticos por reestructurar los esquemas afectivos y mentales de la población, todavía subsisten individuos recalcitrantes que consideran a España una nación y, lo que es más preocupante, que la aman.

La solemnidad concluyó con el Homenaje a los Caídos, durante el cual hasta *Fichi Bustamante* mostró la debida consideración, y la interpretación del Himno de la Policía.

Terminado el acto, era costumbre que las brigadas y comisarías comieran cada una por su cuenta antes de volver a reunirse en alguna discoteca para proseguir la fiesta. En aquella ocasión, los componentes de la Brigada de Policía Judicial, aún narcotizados por las peroratas de las autoridades, marcharon al Servet, un restaurante cercano, donde dieron cuenta de un menú variado a base de alcahofas a la plancha, tallos de borraja, caldereta de merluza y lechazo asado. Después de los cafés, el alcohol comenzó a alterar las funciones neuronales de los comensales. En ese momento, *El Bicho* se puso en pie, demandó silencio y soltó una elegante alocución en la que aprovechó para arrogarse, con discreción y habilidad, la paternidad de todos los éxitos de la brigada. Además de sibilino, el comisario Bohórquez era un bocaflor[29] cuando se lo proponía. Su intervención, cercana y emotiva, podía hacer pensar a algún observador poco avisado que su vocación era profunda y la preocupación por sus hombres sincera. Hasta patriota parecía el tío, cuando lo cierto es que no tenía más nación que su codicia, ni había librado más batallas que las estrictamente burocráticas. Con sus palabras se dio por finalizado el ágape, abriéndose el turno de los licores.

África y Rosario tomaron sendos *gin-tonics* y se retiraron del jolgorio. La fiesta continuaba en el Oasis, un local situado en la parte vieja de la ciudad, pero el inspector estaba fatigado a causa del entrenamiento matinal y África aborrecía los garitos con música a todo volumen.

—¿Quieres que conduzca yo? —sugirió esta—. Mi copa no estaba cargada.

—Si no te importa...

El sol agonizaba en el horizonte alhajando las aguas del Ebro con reflejos crepusculares. El tráfico avanzaba denso y demoroso a lo largo del Puente de Santiago; al volante, hombres malcarados y mujeres de rostro marchito regresaban exhaustos del trabajo. Roy recordó la conversación que había mantenido con el abuelo Damián el sábado anterior. El subcomisario tenía razón: los investigadores de la Operación John Wayne ignoraban el móvil de los crímenes y ni siquiera eran

capaces de establecer una hipótesis consistente. Al inspector le atormentaba esa incógnita, que constituía la clave de la trama. ¿Cuál era la razón de los asesinatos? Miró hacia la basílica del Pilar en busca de inspiración, pero no la halló. Luego dirigió la vista al Ebro por encima del pretil. El río guardó silencio.

El Vectra circuló por la avenida César Augusto hasta llegar a la Puerta del Carmen. Allí torció a la derecha para enfilarse el Paseo María Agustín. A la altura de la calle General Mayandía, a pocos metros de la Jefatura Superior, África dio un respingo.

—¿Ves a la chica de la esquina? Al otro lado de la calle.

Roy salió de su ensimismamiento.

—¿La rubia?

—Esa misma —ratificó África mientras activaba los intermitentes y detenía el vehículo junto al bordillo—. ¿No es Ileana Farcas?

—No sé qué decirte. Solo la he visto una vez, y de refilón.

—Sí, es Ileana —aseveró la policía—. ¿Qué estará haciendo ahí parada?

—Parece estar vigilando la entrada de la Jefatura.

—Voy a hablar con ella.

—¿Te acompaño?

África echó un vistazo al inspector: los hombros robustos, el mentón sólido como un yunque y la guerrera del uniforme, en la que refulgían placa, divisas y medalla, resultaban más disuasorios que tranquilizadores. Ella también vestía uniforme, pero, al contrario que Roy, estaba lejos de parecer un *Navy Seal*.

—Mejor quédate aquí —dijo apeándose del coche.

Los vehículos rodaban veloces por la avenida, África no encontraba hueco para cruzarla. Arrimada al Vectra para evitar un atropello, reparó en que Ileana la miraba desde la acera. La rumana la había reconocido.

—¡Espera, Ileana!

La prostituta saludó con un ademán sutil, pero no avanzó. Por el contrario, miró a derecha e izquierda y se retiró unos pasos, camuflándose entre las sombras de la calle General Mayandía.

—¡Espera! —repitió África— ¡Quédate ahí!

En lugar de obedecer, Ileana dio media vuelta y se alejó a paso ligero.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roy con la puerta entreabierta.

—No lo sé. Creo que huye.

El inspector bajó del vehículo y, jugándose el pellejo, atravesó la avenida a la carrera. En el último carril, el retrovisor de una furgoneta estuvo a punto de derribarlo. África, cuyas tendencias suicidas eran más moderadas, cruzaba la vía con precaución:

—¡Hacia El Portillo! —indicó—. ¡Ha marchado hacia El Portillo!

Rosario cubrió al esprint la calle General Mayandía y desembocó en Anselmo Clavé, frente a la antigua estación ferroviaria del Portillo. Excitado por la carrera, escrutó los alrededores, pero no halló rastro alguno de Ileana. Al mirar hacia atrás, comprobó que África llegaba corriendo hasta su posición.

—¿Por dónde se fue? —interrogó el inspector.

—Ni idea.

Durante unos segundos, los jadeos de ambos se impusieron al rumor del tráfico. Rosario no tardó en reaccionar:

—Yo por la izquierda, tú por la derecha.

Echaron a correr en las direcciones señaladas. Los vehículos colapsaban la calzada y las aceras estaban atestadas de peatones. El cierzo sacudía las farolas mientras silbaba siniestro entre las ramas de los pinos. Al cabo de unos minutos, África telefoneó a Rosario:

—Me van a reventar los pulmones.

—¿La has localizado?

—Negativo.

—Yo tampoco —dijo el inspector—. Volvamos al vehículo.

Cuando se encontraron, los chorretones de sudor se precipitaban por las sienes de Rosario. La melena de África, lisa y brillante al comenzar el día, se había descompuesto en húmedas guedejas. Montaron en el Vectra.

—¿Estás segura de que se trataba de Ileana?

—Segurísima. Si hasta me ha saludado antes de salir pitando.

—Qué cosa más rara.

África arrancó el vehículo y se incorporó a la circulación; restaban menos de cien metros para llegar a la Jefatura.

Cuando viraba a la derecha para acceder al garaje, una sombra se movió despacio bajo la marquesina del autobús. Sumergido el *K* en las entrañas del edificio, la sombra se incorporó. Se trataba de un individuo alto y fornido ataviado con ropas oscuras. Un autobús se aproximó a la parada; el hombre alzó las solapas de su abrigo y hundió el mentón en el embozo. Tenía el cráneo rapado y una cicatriz antigua le surcaba la ceja derecha.

Lentamente se alejó de la marquesina. Deambulaba por la avenida con las manos en los bolsillos. Al cabo de unos metros, torció a la izquierda; la penumbra de la calle Gómez Salvo difuminó su figura. Antes de ser engullido por el dédalo de callejuelas que circundan el Coso de la Misericordia, el jayán se detuvo. Con semblante inexpresivo, oteó el edificio de la Jefatura. Los focos de un vehículo iluminaron su rostro.

En su ojo derecho relampagueó, amenazante, un destello cristalino.

Sentados en el despacho de Roy, y ya repuestos en sus atuendos civiles, África y el inspector trataban de arrojar luz sobre lo sucedido. África juraba que la rubia que se les había escurrido entre el tráfico y los transeúntes era, sin ningún género de duda, Ileana Farcas. La insistencia de Roy sobre una posible confusión llegó a exasperar a la policía.

—Te aseguro que era ella.

—En ocasiones la mente nos juega malas pasadas —advirtió el inspector.

—Eso será a tu edad, a la mía aún se recuerdan las caras. Era Ileana Farcas.

—Vamos a comprobarlo.

Roy se puso en pie y abrió el primer cajón del archivador metálico situado junto a la ventana. Con dedos ágiles, rebuscó entre las carpetas hasta dar con el expediente de la rumana. Regresó al asiento, depositó la documentación sobre el escritorio y la ojeó. Enseguida encontró el dato deseado.

—Marca este número —dijo apremiante—. Es el móvil de Ileana.

África descolgó el auricular del teléfono fijo que yacía sobre la mesa. Activó el sistema de manos libres y tecleó el número de la prostituta. Una voz enlatada les informó de que el terminal estaba apagado o fuera de cobertura.

—«Deje su mensaje después de oír la señal».

Lo intentaron cuatro veces, con el mismo resultado. Roy comenzó a mosquearse. Si la rubia que se les había esfumado ante los ojos era en verdad Ileana, su actitud resultaba extraña. El lugar en el que la habían detectado permitía conjeturar que vigilaba la Jefatura a la espera de que algún funcionario, probablemente la propia África, apareciera por ahí. Por eso, cuando esta se apeó del Vectra, Ileana la saludó con disimulo. El inspector imaginaba que la prostituta albergaba algún temor y que necesitaba la ayuda de la agente. No en vano África había sido la primera policía con la que había establecido contacto tras la violación y quien le había servido de guía y alivio a lo largo de los penosos trámites burocráticos a los que había tenido que someterse.

África consideraba verosímil la suposición de Roy, de ahí que no alcanzara a comprender la razón de su huida.

—¿Por qué se ha largado de ese modo? —se preguntó en voz alta—. No tiene sentido.

Rosario se restregó los ojos. La inesperada carrera por las calles de Zaragoza había eliminado de su sangre los últimos vestigios de alcohol, provocando que la resaca campara a sus anchas.

—Cuando no encontramos la respuesta —murmuró—, lo mejor es cambiar de

pregunta.

—Muy profundo, Confucio —replicó África—. ¿A qué demonios te refieres?

El inspector entendía la irritación de su compañera. El día había sido largo y no había concluido, ni tenía visos de hacerlo, como la pareja había planeado. Además, África ofició como cicerone de Ileana cuando esta se presentó por primera vez ante la Policía, y esto había creado un vínculo afectivo, aunque fuera efímero, entre las dos mujeres. Roy comenzaba a conocer a la agente Trinidad y sabía que se sentía concernida por la suerte de la rumana.

—Tal vez la cuestión no sea por qué se ha largado —explicó el inspector—, sino por quién.

—¿Crees que quieren hacerle daño?

—Es la explicación más razonable para su presencia en las proximidades de la Jefatura. Puede que alguien quiera lastimarla y haya decidido pedir ayuda.

—¿Por qué no ha llamado al 091, como hace todo el mundo?

—Porque Ileana no es como todo el mundo. Y tampoco lo es el individuo que pretende dañarla.

—¿De dónde sacas esas conclusiones?

—No son conclusiones —repuso Rosario—, sino conjeturas. La Operación John Wayne no es una investigación común y los implicados en ella no son gente corriente. Ileana iba a comunicarte algo de manera reservada, pero al verte de uniforme ha preferido largarse. Sospecho que alguien la está vigilando y que ella lo sabe.

África asintió sin mucha convicción.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo mejor será que comisionemos a una patrulla de paisano para que trate de localizarla en su domicilio. Aunque algo me dice que ya no reside allí.

El inspector tomó el auricular para llamar a la comisaría de Centro. El Coordinador de Servicios que cubría el turno de noche era un viejo compañero de promoción. Roy le resumió los hechos y requirió que un indicativo *K* hiciera pasadas periódicas por el ático de Ileana para intentar ponerse en contacto con ella. El Coordinador se comprometió a informarle en caso positivo.

Después de colgar el teléfono, Roy meditó en silencio. Estar inmerso en una investigación de aquel cariz era como encontrarse en medio de un laberinto con los ojos vendados y las manos ligadas a la espalda. Entre los sentimientos que le bombardeaban, prevalecía la impotencia. Tenía ante sí un intrincado ovillo en el que resultaba imposible discernir los cabos. De vez en cuando surgía un dato que parecía desenredar la madeja, pero, al poco tiempo, un nuevo acontecimiento compactaba la maraña, transformándola en un inmenso nudo gordiano.

En cuanto percibió la zozobra del inspector, África se contagió de su malestar. La

mujer era partícipe activa de la investigación y su subconsciente reclamaba la cuota de frustración que como tal le correspondía. Para su desgracia, disponía de una empatía fuera de lo común, casi siempre orientada hacia la comunión emocional con aquellos que sufrían. Y la Operación John Wayne supuraba sufrimiento. No había más que reparar en el semblante de Roy para percatarse de ello.

—¿Te vienes a dormir a casa?

Tras cerrar con llave las dependencias del Grupo de Secuestros y Homicidios, la pareja se trasladó al minúsculo estudio de la Avenida de América. Nefastos augurios sobrevolaban la mente de Roy como buitres acechando la carroña.

Aquella noche no hicieron el amor, no cotillearon ni vieron películas románticas. Rosario no fumó tabaco rubio ni paladeó *bourbon* con hielo. La ansiedad y un temor difuso frustraron el solaz de los amantes, forzándolos a un ensimismamiento denso, melancólico. Cenaron en silencio y se metieron en la cama.

En el lecho, Rosario apoyó la cabeza en el regazo de África para que esta le acariciara el cabello.

De no ser por las manos de la mujer, el inspector no habría conciliado el sueño.

Capítulo veintinueve

3 de octubre, martes.

El inspector Roy no recibió ninguna comunicación en el transcurso de la noche. Lo cierto es que lo contrario le hubiera sorprendido. A las siete horas y treinta minutos sonó la alarma de su móvil. Sobreponiéndose al instinto, abandonó el calor de las sábanas para entrar en el aseo. África seguía dormida.

Hubo de hacer contorsionismo para encajarse en el cubículo de la ducha. Al cerrar la mampara, se sintió embutido en plexiglás. Tuvo dificultades para alojar la alcachofa en el soporte atornillado a la pared, que amenazaba con sacarle un ojo. Finalmente, abrió al máximo el grifo. Sus músculos, agarrotados por el estrés, se desentumecieron bajo el chorro de agua templada.

Mientras se secaba, alguien llamó a su teléfono. El inspector salió del baño con la toalla anudada a la cintura. Observó que África se desperezaba despacio sobre el lecho. El móvil, abandonado en una estantería, mostraba el número de la Comisaría de Centro. El Coordinador de Servicios estaba a punto de concluir su turno y le informó de que, a lo largo de la noche, un indicativo *K* había llamado tres veces al timbre de Ileana. Los policías no habían obtenido respuesta ni sentido ruidos en el interior del ático.

Roy dio las gracias al Coordinador y cortó la conexión. Durante un rato, se quedó contemplando la piel blanca y firme de África. La joven yacía de costado con los pechos desparramados sobre el colchón.

Ojalá hubiera sido domingo.

—¿Quién ha llamado? —preguntó África.

Rosario tardó unos segundos en responder. Le costaba dejar de admirar aquella desnudez rotunda.

—El Coordinador de Centro —dijo al cabo—. Ileana no ha pernoctado en su domicilio.

—Como habías previsto, ¿no?

El inspector chasqueó la lengua. Su don para los vaticinios era asombroso, pero nefasto: jamás pronosticaba acontecimientos felices, tan solo desgracias que casi siempre se cumplían con meticulosa fatalidad. Por eso en la Jefatura algunos lo

tildaban de gafe, aunque procuraban hacerlo a sus espaldas. Rosario sabía de su reputación, sobradamente fundada. Y sospechaba que su habilidad para la predicción de calamidades se debía, al igual que su tendencia a la confrontación física, al inmisericorde dictado de los genes.

África se cubrió con una bata corta y se dispuso a hacer el desayuno. La cocina, de un tamaño liliputiense, se abría por completo al resto del apartamento. Desde el fregadero se veía el colchón. El inspector pensó que la perspectiva de toda una vida enclaustrada en aquel tabuco debía de pesar en el ánimo de la mujer. África había comprado el estudio durante el apogeo de la burbuja inmobiliaria; ahora, salvo que un pleno al quince la redimiese, no podía abandonarlo. O salvo que un marido con sueldo fijo coadyuvara a la mudanza. La idea golpeó como un mazo la mente de Rosario, provocándole taquicardia.

África salió de la cocina y depositó la bandeja del desayuno sobre la única mesa del apartamento. La ansiedad de Rosario se aplacó ante el aroma a café.

—¿Qué piensas hacer respecto a Ileana? —interrogó la chica.

Rosario llenó su taza. Antes de contestar, añadió tres terrones de azúcar. Una buena ración de carbohidratos multiplicaría el efecto energizante de la cafeína. El tintineo metálico de la cucharilla acompañó su respuesta:

—Consultaremos el tráfico de su teléfono móvil, husmearemos por su gimnasio, chequearemos la aplicación de hospederías, los movimientos bancarios... Averiguaremos dónde coño se ha metido.

Roy distribuyó el trabajo entre sus subordinados. Jurado redactaría el oficio solicitando el tráfico de llamadas de Ileana, pero como tenía contactos en la mayoría de compañías telefónicas intentaría obtener dicha información, de manera extraoficial, antes de que su señoría librase el auto. Ordóñez se desplazaría al Centro Natación Helios para preguntar cuándo fue la última vez que la rumana pasó por allí. Jonás consultaría sus movimientos bancarios y la aplicación informática de hospederías, donde queda registrada la identidad de todas las personas alojadas en los hoteles del país. En función del resultado de estas pesquisas, los investigadores recabarían información de las empresas de transporte, por si Ileana hubiera abandonado la ciudad.

Rosario y Alexis se trasladaron al ático de la prostituta en un último intento de localizarla. De paso, interrogarían a los vecinos. A tal efecto, el subinspector portaba una carpeta con las fotografías de los principales implicados en la investigación.

El tráfico era denso, por lo que tardaron más de lo habitual en llegar al lugar. Después de mil vueltas infructuosas en busca de aparcamiento, estacionaron el Vectra

en una zona de carga de la calle Zurita.

El Paseo de la Independencia bullía de peatones y vehículos. Los comercios eran un incesante trasiego de clientes. El centro de Zaragoza rebosaba de actividad, y los viandantes, ajenos a lo que no fueran sus propias preocupaciones, trajinaban como un ejército de hormigas desorientadas. Ubicuos turistas japoneses, con el semblante de plácida inocencia que los caracteriza, buscaban en los mapas los monumentos más emblemáticos. Los tranvías se deslizaban silenciosos a lo largo de los raíles, portando en sus entrañas su carga humana de trabajadores, jubilados y amas de casa.

Nada en el ambiente indicaba que un asesino en serie anduviera suelto por la ciudad.

Los policías cruzaron la calzada y avanzaron bajo los soportales del paseo. El portal de la rumana lindaba con los cines Palafox, donde un cartel de proporciones descomunales anunciaba el estreno de *Serial Killer*, una película en la que una pareja de detectives del Departamento de Policía de Nueva York (rudo y feo el mayor, atractivo y risueño el más joven) *traspasaba los límites de la legalidad* para detener a un psicópata homicida que pretendía exterminar a los transexuales de Manhattan. Al pie del cartel, se describía el método profesional de los protagonistas:

SOLO RESPETAN UNAS REGLAS: LAS SUYAS.

Sobre la leyenda promocional, los agentes neoyorquinos posaban con estudiada indiferencia. Roy y Guzmán se miraron en silencio, pero en los labios del segundo apuntaba una sonrisa. El muy cabrón, pensó Roy, se identificaba con el detective guaperas.

Ya frente al portal de Ileana Farcas, el subinspector aseguró la carpeta bajo la axila y pulsó el timbre del ático 1^a. No hubo respuesta. Una anciana de aspecto adorable (a partir de cierta edad, las mujeres suelen tenerlo, aunque en su juventud hayan torturado monjitas en los sótanos de una checa) salió del interior del edificio.

—Disculpe, señora. —Alexis exhibió su placa y una sonrisa de yerno perfecto—. Somos policías. ¿Ha visto usted recientemente a la inquilina del ático 1^a?

—¿Se refiere a una jovencita alemana? —inquirió la anciana con voz quebradiza.

—Rumana —precisó Alexis.

—Eso, sí, alemana. Ahora que lo dice, hace una semana que no la veo. Y es raro.

—¿Por qué es raro?

—Porque coincidimos a menudo en un restaurante de Puerta Cinegia. ¿Sabe dónde está Puerta Cinegia?

—Sí, señora —respondió el subinspector.

—Está en la Plaza de España, aquí al ladito. Hay varios establecimientos, aunque

el que más me gusta es La Loberica. Y a la alemana también.

—Rumana.

—Lo que sea. En La Loberica sirven un menú por trece euros que está muy, pero que muy bien. ¡Por trece euros! Con copa de vino incluida.

—Entiendo, señora. Me pregunto si...

—Que no es que yo beba vino, Dios me libre, pero una copita al día es muy buena para la salud.

—Claro que sí. ¿Sería tan amable de...?

—Es por los taninos, ¿sabe usted? Tienen un efecto antioxidante que para qué le cuento. Mano de santo, oiga. Yo bebo una copita al día y me conservo divinamente. Porque, dígame joven, ¿cuántos años me calcula?

—No lo sé —titubeó Alexis—, ¿sesenta y ocho?

—¡Pero qué zalamero es usted! Ochenta y tres navidades cumplo, caballere. ¡Ochenta y tres! Y ni un resfriado he tenido, mire usted. Que digo yo que algo tendrá que ver la dieta, ¿verdad?

—Supongo que sí. El caso es que...

—Pues a lo que iba. En La Loberica, por trece euros, preparan un menú de lo más variado: costillas de lechal, perdiz escabechada, paletilla, setas, quesos de todo tipo... En fin, de lo más variado.

—Suena bien —dijo el subinspector plantando una fotografía de Ileana ante los ojos de la anciana—. ¿Es esta la inquilina del ático 1ª?

La anciana frunció los párpados para enfocar mejor.

—Sí, es la alemana.

—Rumana.

—Eso he dicho —replicó enérgica la señora. Acto seguido, suavizó la voz—: ¿A que no sabe usted cuánto cuesta el menú en La Loberica?

Los policías tomaron el ascensor hasta el ático. El rellano, amplio y diáfano, enfrentaba dos sólidas puertas de roble. Aunque sabía que nadie iba a abrir, Rosario llamó al timbre del ático 1ª. No hubo respuesta. Al cabo de unos segundos, pulsó el del ático 2ª. Los agentes escucharon ruido de pasos y observaron cómo la mirilla, antes iluminada, se opacaba. El morador de la vivienda los estaba examinando.

Alexis mostró su placa.

—Policía —voceó—, abra, por favor.

La puerta se entreabrió, dando paso al rostro abotargado de un hombre de edad indefinida que parecía debatirse entre la vigilia y el sueño. El individuo llevaba una bata raída, pantalones de pijama y un par de pantuflas con el escudo del Barça. Roy

sintió una aversión instintiva hacia aquel tipo. Por las pantuflas, más que nada. Al fondo se distinguía una amplia terraza ocupada por numerosas macetas de plantas sin flores.

—Queríamos hacerle unas preguntas —explicó el subinspector.

El hombre posó su mirada bovina sobre los ojos del agente. De repente, empujó con fuerza la puerta para cerrársela en las narices. Pero Alexis reaccionó a tiempo y coló el pie en el umbral. Luego introdujo la mano derecha en la rendija, logró abrir hueco y lanzó al morador hacia el interior de la vivienda, entrando tras él. Roy se acercó a su compañero.

—¿Qué haces, Harry Callahan[30]? —El inspector hablaba en susurros—. *¿Traspasar los límites de la legalidad?* No podemos entrar en un domicilio sin orden judicial.

Alexis respondió en voz alta:

—Sí, en caso de delito flagrante.

—¿Y dónde ves tú el delito? —siseó el inspector.

Alexis Guzmán, sin dejar de vigilar al tipo de la bata, apuntó con el mentón hacia la terraza. Roy no comprendía nada.

—Solo veo plantas —farfulló—. Veinte o treinta macetas con arbustos.

—Con marihuana, jefe. Veinte o treinta macetas con marihuana.

El ocupante de la vivienda salió de su mutismo:

—Son para consumo personal —afirmó—. Yo no trafico.

—¿Quieres que lo decida un juez? —propuso el subinspector.

El hombre sopesó las consecuencias de la amenaza.

—Creo que no.

Bernardo García Vaquero vivía solo en el ático 2^a desde que su madre, neurocirujana jubilada y dueña del inmueble, se mudara a Mallorca, según le comunicó, para gozar de una vejez templada por el sol mediterráneo. La verdadera razón del traslado de la doctora era que no soportaba al haragán de Bernardo, quien, a sus cuarenta y siete años, pretendía seguir viviendo del peculio materno sin que en su horizonte vital se vislumbrara voluntad alguna de ingresar en el mercado laboral. No obstante, mamá no lo dejó desamparado: además de hacerse cargo de los gastos del ático, le pasaba mensualmente una asignación suficiente para la supervivencia. Las plantas de la terraza hacían el resto.

El piso precisaba de una urgente reforma. Las paredes, cubiertas de una pátina amarillenta, presentaban desconchados y manchas de origen incierto. La atmósfera era espesa, pesada. Olía a sudor rancio y tabaco barato.

Alexis Guzmán depositó la foto de Ileana sobre el hule que cubría la mesa del salón.

—¿La conoces?

Una sonrisa bobalicona asomó en las facciones de Bernardo.

—Sí, claro. Es la vecina.

A Roy le repugnó el rostro plebeyo del testigo y la lascivia con que había arrastrado las últimas sílabas. Fijo que se la había meneado mil veces fantaseando con la rumana. ¿Qué otra cosa se puede esperar de un fumeta cuarentón que calza pantuflas del Barça?

—¿Cuándo fue la última vez que la viste? —prosiguió el subinspector.

—Hace una semana, más o menos. Estaba tomando el sol en su terraza. —El semblante del fumeta se incendió a causa del recuerdo—. En toples.

—¿Sabes dónde para ahora?

—Ni idea. Ileana no me dirigía la palabra —lamentó—. No sé por qué.

Que no sabía por qué, se dijo Roy. Quizá porque te la cascás como un mono espíandola tras las cortinas mientras toma el sol semidesnuda. O porque salivas como un perro hambriento cuando te cruzas con ella en la escalera.

De repente, Bernardo pareció recordar algo. Una chispa de inteligencia brilló en sus pupilas apagadas.

—No sé si tendrá relación con lo que están investigando —aseveró—, pero, en un par de ocasiones, antes de que Ileana desapareciera, vi a un cachas deambulando por la acera. Creo que vigilaba el portal. Incluso me topé con él una vez en el rellano.

Los policías no pudieron disimular cierto sobresalto. Al final, el fumeta iba a resultar útil. Dios escribe recto en renglones torcidos y pone informaciones cruciales en boca de auténticos mamelucos. Por eso hay que escuchar a todo el mundo, solía decir el abuelo Damián. Por eso y porque sale gratis.

—¿Un cachas? —repitió Alexis.

—Un tío con el pelo rapado al cero y una cicatriz en la jeta.

El subinspector rebuscó en la carpeta hasta encontrar el fotograma de *Caracortada*. Fingiendo indiferencia, lo dejó caer sobre la mesa:

—¿Podía ser este tío?

Bernardo asintió con rotundidad.

—*Era* este tío.

Rosario y Alexis entraron en el Giorgio. El establecimiento estaba a tope, así que se apresuraron a ocupar la única mesa libre antes de que alguien se la arrebatara. El inspector, más rápido que su compañero, se sentó en la silla que daba hacia la

entrada. Los policías se sienten inseguros si no tienen control visual sobre el acceso de los locales. Por eso, en cuanto cruzan la puerta de uno, aprietan el paso para apoderarse de los lugares estratégicos.

—¿Tú me cubres la retaguardia? —preguntó el subinspector, sentándose frente a su jefe.

—Yo te cubro las espaldas —replicó Roy—, la retaguardia que te la cubra tu novio.

Alexis soltó una carcajada.

—Lo hace a menudo, no creas.

—Ahórrame los detalles.

El camarero, acuciado por el exceso de comensales, se acercó a la mesa con la libreta en la mano y un bolígrafo alojado en la oreja. Recitó de carrerilla el menú del día, tomó nota de la comanda, desapareció. Un *boina verde* de la restauración.

Mientras esperaban la comida, los policías evaluaron la información suministrada por el vecino de Ileana. El inspector Roy siempre había sospechado que la violación estaba relacionada con los asesinatos; el testimonio de Bernardo lo confirmaba. *Caracortada*, cuya ubicuidad era digna de análisis teológico, había rondado a Ileana a la espera del momento propicio para abordarla, amenazarla o liquidarla. ¿Por qué? Roy lo desconocía. Al subinspector Guzmán tampoco se le ocurría ninguna hipótesis plausible. Lo único seguro era que la agresión sexual perpetrada por Tejero tenía relevancia para el calvo de la cicatriz y que Ileana estaba asustada.

Después de los cafés se dirigieron a la Jefatura. En la oficina común del Grupo de Secuestros y Homicidios, Jonás les esperaba con el resultado de las gestiones que Roy había ordenado a primera hora de la mañana.

El teléfono móvil de Ileana no había registrado actividad durante los últimos ocho días y era imposible de localizar, ya que se encontraba apagado. Por otro lado, hacía una semana que la rumana no se dejaba caer por el Centro Natación Helios. En ese mismo periodo, su cuenta bancaria y su tarjeta de crédito no se habían movido.

La consulta de la aplicación de hospederías mostró que Ileana Farcas se había alojado una semana en el Git, un hotel de tres estrellas situado al norte de la ciudad. Pagó la cuenta en efectivo. Los empleados dijeron que pasaba el tiempo encerrada en su habitación, de donde solo salía para comer y para visitar el gimnasio. Llegó al establecimiento el veinticuatro de septiembre y lo abandonó el dos de octubre, el mismo lunes en que África y Rosario la detectaron en las proximidades de la Jefatura.

—Apuesto a que ha huido de Zaragoza —aventuró el inspector.

—Pues apuestas bien —dijo Jonás—. En el aeropuerto nos han informado de que esta mañana tomó un vuelo a Bucarest. A estas horas debe de estar deshaciendo el equipaje.

Capítulo treinta

4 de octubre, miércoles.

La fila de atletas recorría la planta de deportes y serpenteaba por las escaleras del centro comercial hasta desembocar en la vía pública. En la Glorieta Sasera, conocida popularmente como Plaza de los Cañones, Rosario Roy aguardaba su turno. El plazo de inscripción para la maratón se había abierto dos semanas antes, pero las exigencias laborales no le habían dado tregua. Ahora le tocaba hacer cola. Delante y detrás de él, hombres y mujeres de todas las edades charlaban animadamente sobre sus entrenamientos y lesiones. Preponderaban los tipos delgados, barbudos y de mejillas descarnadas; Roy sonrió al pensar que aquello parecía un simposio de faquires.

Hubo de esperar una hora y media antes de apoquinar los veinticinco euros requeridos. Luego marchó a pie hasta la cercana Jefatura. Alexis Guzmán, arrellanado en una silla de su despacho, lo saludó simulando indolencia.

—A tus órdenes, jefe —dijo sin levantarse. Luego consultó su reloj—. A alguien se le han pegado las sábanas.

Roy se desprendió de la chaqueta y la colgó en el perchero.

—¿No tienes planes para hoy? —preguntó mientras se dejaba caer en su butaca.

El subinspector engoló la voz:

—Había pensado en jugar al golf, almorzar en el Club Ecuestre y, por la noche, asistir a la representación de Rigoletto desde mi palco particular en el Liceo.

Roy cruzó los brazos, posó dos dedos sobre los labios y asintió despacio con la cabeza.

—Pinta bien —murmuró—. Sin embargo, preferiría que me acompañaras a Illueca para volver a rastrear el entorno de la antena repetidora.

—La verdad es que no soporto la ópera —contestó Alexis.

Antes de partir, Roy descolgó el teléfono para encargar a Jonás el envío de una solicitud a la oficina española de Interpol. Urgía que la policía rumana localizara a Ileana Farcas: había que interrogarla sobre las razones de su precipitada marcha de España. Jonás estaba de troncha en el Tío Jorge junto con un policía del Grupo de Vigilancia, pero se comprometió a cumplir la orden en cuanto regresara a base.

—Este operativo del parque nos está haciendo perder muchas horas —dijo Alexis,

que había estado atento a la conversación—. Hemos detenido a Gonzalo Tejero, ¿para qué quemar más a nuestra gente? ¿Solo por pillar a algún cómplice que, de todos modos, caerá por otros medios?

—Puede que los malos pretendan seguir matando —respondió Roy.

—¿Después de que uno de los suyos haya ingresado en prisión y sin saber si los ha delatado? ¿De veras lo crees?

El inspector resopló nervioso.

—Ya no sé qué creer en este asunto.

Alexis se compadeció de la desazón de su jefe. Era cierto que la detención de Tejero, a pesar de haber apaciguado los ánimos del personal, no había esclarecido los entresijos de la investigación. El móvil de los crímenes seguía siendo un enigma. Pero el subinspector no confiaba en que la vigilancia del parque contribuyera a aclararlo.

—Los teléfonos intervenidos siguen desactivados —dijo en tono conciliador—. Los compañeros empiezan a cansarse de tanta espera.

Roy torció el gesto. No le gustaba nada que comenzaran a abrirse grietas en la moral del grupo.

—Esos teléfonos se han activado tres veces —replicó—, dos de ellas coincidiendo con sendos asesinatos.

—Efectivamente —apostilló Alexis—, *coincidiendo*.

—¿Qué insinúas?

—Que la relación temporal entre las llamadas telefónicas y los dos asesinatos puede ser fruto del azar.

El inspector no daba crédito a sus oídos: su principal colaborador estaba cuestionando las líneas estratégicas de la investigación.

—Tenemos llamadas entre el móvil A y el móvil B cinco minutos antes y después del asesinato número uno —afirmó, tratando de contenerse—. Y llamadas entre el móvil A y el móvil B cinco minutos antes y después del asesinato número dos. El móvil B, en ambas ocasiones, está en la zona de los crímenes. ¿En serio opinas que eso es fruto del azar?

Alexis Guzmán respiró hondo antes de responder.

—También tenemos llamadas entre el móvil A y el móvil B registradas por la antena de Illueca, cinco minutos antes y después de... nada.

Contra su voluntad, la frase del subinspector había sonado irónica. Roy acusó el golpe dialéctico. En el fondo, también él albergaba dudas.

—Eso es lo que quiero comprobar.

Alexis Guzmán condujo por el carril izquierdo durante la mayor parte del trayecto. Una procesión de camiones transportaba mercancías en dirección a la capital de España. Los remolques traqueteaban con estruendo metálico haciendo temblar el pavimento. El sol, suspendido en lo alto del firmamento, caía a plomo sobre los áridos campos que flanqueaban la carretera.

Los policías viajaban en silencio. El escepticismo de Alexis había hecho mella en el ánimo del inspector, y ambos intuían, después de años de trabajo en común, que era mejor no forzar la conversación. A Roy le constaba la lealtad del subinspector. La había demostrado en múltiples ocasiones. Alexis vertía sus opiniones en el convencimiento de que esa era su responsabilidad. Y, en verdad, lo era. Pero eso no atenuaba el malestar del jefe de Homicidios.

Después de remontar el Alto de la Perdiz, tomaron la salida de El Frasno para embocar la carretera de Illueca. Estuvieron más de quince minutos trazando curvas por la cimbreada pista de alquitrán. Finalmente, Alexis quebró el silencio:

—Estamos cerca de Illueca —masculló.

—Ajá.

—¿Rastreamos de nuevo el casco urbano?

—Negativo —dijo Roy—. Jurado hizo averiguaciones con sus contactos de las compañías telefónicas. Hay tres municipios cercanos cuyas señales de móvil son captadas, en ocasiones, por la antena repetidora de Illueca: Gotor, Jarque y Tierga.

—¿A cuál vamos primero?

—Gotor es el más próximo.

Gotor estaba habitado por trescientas almas y medio centenar de perros. Los policías no tardaron mucho en peinar la aldea, que se reducía a una piña de casas disparejas, un par de tascas vacías y un convento. No había comercios, escuela ni fábricas. En sus callejuelas solo se escuchaban los aullidos de los chuchos y el cacareo de las gallinas.

Roy decidió pasar al siguiente pueblo.

Comparado con Gotor, Jarque era Nueva York, a pesar de que apenas rebasaba los quinientos habitantes. Desde el promontorio más elevado, los paredones de un castillo en ruinas se cernían sobre el cúmulo de casas desvencijadas que conformaban el centro de la villa. El restaurante, dos colmados y un club de jubilados animaban la vida social del vecindario. El Vectra dio unas vueltas en busca de sabe Dios qué. Como no lo encontró, tornó a la carretera.

—A Tierga —indicó Rosario desalentado.

El municipio de Tierga quedaba un poco más retirado. Los policías circularon unos veinte kilómetros por una carretera angosta y sinuosa que hizo que a Roy se le revoliera el estómago. El pueblo era muy parecido a los dos anteriores: un puñado

de casas con tejados abombados arremolinadas sobre el suave declive de una colina. Solo la iglesia, con su torre mudéjar, destacaba sobre el desvaído amasijo de piedras y ladrillos.

Los agentes recorrieron las calles sin que nada llamara su atención. La búsqueda estaba resultando inútil. Decepcionados y hambrientos, estacionaron en la Plaza Mayor y caminaron en busca de algún lugar donde comer. A los pocos metros, dieron con una fonda cuyo cartel exhibía el menú del día. Subieron las escaleras y penetraron en un salón amplio y mal iluminado, decorado a base de mesas rústicas y sillas de esparto. Dos parroquianos artríticos en avanzado estado de descomposición apuraban sendas copas de coñac. Al escuchar el chirrido de la puerta, se giraron a cámara lenta para examinar a los recién llegados. Detrás de la barra, una mujer marchita secaba vasos de cristal con un paño mugriento.

—Buenas, señores. ¿Quieren comer?

Roy hizo un gesto afirmativo.

—Siéntense donde gusten.

Con el paño al hombro, la camarera salió de la barra en dirección a la mesa elegida por los policías. Del bolsillo de su blusa raída extrajo una libreta para tomar nota. Pero antes decidió indagar un poco en las vidas de los forasteros. Para una mujer aburrida, dos caras nuevas en un pueblo viejo constituyen una tentación irresistible.

—¿Trabajan ustedes en la mina?

La pregunta hizo chispear un recuerdo en la mente de Roy. Un recuerdo relacionado con la investigación.

—¿A qué mina se refiere?

—A la Santa Rosa, pensé que vendrían de allí.

—¿Dónde queda?

—A unos cinco kilómetros. Aunque cerró a finales de agosto.

—¿Por vacaciones?

—Más o menos —respondió la camarera—. Hasta ahora, en la Santa Rosa se sacaba solo hierro. Pero detectaron oro en el subsuelo y están a la espera de que llegue la maquinaria adecuada para explotarlo. Obligaron a los trabajadores a cogerse las vacaciones. El paro, mejor dicho. Les comunicaron que ya los llamarían cuando todo estuviese listo.

—¿Cómo se llega a la explotación? —inquirió el inspector poniéndose en pie.

Cuando la mujer les hubo explicado la ruta, Roy ya estaba en el umbral del establecimiento. Alexis le seguía sin entender nada. A toda velocidad, desanduvieron el camino hasta el Vectra. Roy se sentó al volante.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó el subinspector.

—Una mina —respondió Roy—, eso es lo que pasa.

—¿Y eso es motivo para largarnos sin comer?

—¿Te acuerdas de Onofre Lapuerta?

—Sí, es el tipo que salía junto a Alí y al misterioso John Wayne en la foto de la Sauna Nordik. El que no conseguimos localizar.

—Correcto —dijo Roy—. ¿Y recuerdas cuál es su profesión?

Alexis Guzmán compuso un mohín ambiguo.

—¿Ingeniero?

—Efectivamente —confirmó el inspector—. Ingeniero de minas.

La mina Santa Rosa era una explotación a cielo abierto a la que se accedía por un camino sin asfaltar. Los agujeros practicados en la roca semejaban bostezos de la tierra. Desperdigados entre las pendientes, varios galpones albergaban las oficinas y los almacenes de la empresa. Un polvo fino y rojizo cubría los tejados y la maquinaria dispersa en las explanadas.

Roy aparcó frente a la puerta de la verja que circundaba el complejo. Estaba asegurada con un candado. Un cartel escrito a mano anunciaba que la mina reabriría a mediados de octubre.

—¿Hay alguien? —gritó el inspector.

No hubo respuesta.

—¡Policía! ¿Hay alguien ahí?

Roy se encaramó a la valla y la salvó de un salto; Alexis lo imitó con algo menos de agilidad.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el subinspector mientras sacudía el polvillo rojo que se había adherido a sus vaqueros Giorgio Armani.

—Sígueme.

La pareja avanzó por el camino que conducía a la primera construcción. En la puerta, cerrada con llave, había un letrero en el que se leía «Dirección». Continuaron adelante hasta un cobertizo rectangular cuya entrada estaba asegurada con pestillo, al igual que las ventanas. Un rótulo indicaba que aquello eran los vestuarios. Deambulando por los alrededores dieron con el almacén de utensilios y con el depósito de mena. Ambos con la llave echada.

—Vamos allí —dijo Roy.

El inspector señaló una caseta de ladrillo, relativamente limpia y moderna, pintada en tonos claros. A unos metros, un utilitario acumulaba polvo de semanas. De la pared del edificio sobresalía un aparato de aire acondicionado. Un zumbido monocorde indicaba que estaba en funcionamiento. Junto a la entrada, había una placa de latón

con una sola palabra: «Ingeniero». Roy golpeó la puerta con el puño:

—¡Policía! —gritó—. ¿Hay alguien dentro?

Nadie contestó. Solo el ronroneo del aire acondicionado rompía el silencio proveniente del interior. Roy apoyó la mano sobre la puerta, miró a Alexis y contuvo la respiración. Con la mano derecha aferrada a la culata de su HK, giró despacio el pomo. El cerrojo no estaba echado y la hoja, de madera maciza, se entreabrió con un débil quejido de los goznes. El inspector asomó la cabeza con cuidado.

Lo que vio confirmó sus peores presagios.

Un cadáver desnudo, con dos orificios en la nuca y las manos engrilletadas a la espalda, reposaba a horcajadas en el suelo de la oficina. Junto a él había dos casquillos de bala. Se había iniciado la momificación; el rostro del fiambre era una máscara irreconocible y coriácea. Sobre las nalgas, una fotografía mostraba a John Wayne vestido con camisa salmón, pañuelo amarillo y un sombrero de ala ancha. Era la misma fotografía depositada sobre los culos inertes de Alí y de Rodrigo Noriega. La mirada acerada del actor se burlaba (otra vez) de los investigadores.

El suelo estaba cubierto con una costra de sangre oscura. A simple vista, se apreciaban las huellas de dos clases distintas de calzado.

Ambas familiares para los agentes.

El inicio de la inspección ocular precisó de más de dos horas de espera y de no menos de quince llamadas telefónicas. Para no contaminar la escena del crimen, Roy y Guzmán permanecieron en el exterior hasta que llegaron los compañeros de la Policía Científica, capitaneados por África Trinidad. Poco después, se personó la comisión judicial.

Elisa Gayarre no había tardado mucho en convencer al juez de guardia de La Almunia de Doña Godina, partido al que se adscribía el municipio de Tierga, para que se inhibiera en su favor. Acto seguido, comunicó a la Guardia Civil que, a pesar de que el muerto había aparecido en su demarcación, las pesquisas serían desarrolladas por la Policía Nacional. Todo apuntaba a los mismos autores de los dos asesinatos de Zaragoza, y no convenía fragmentar las investigaciones.

La jueza arribó a las instalaciones acompañada por el secretario de su juzgado y por el inefable *Don Ratón*. El intercambio de saludos fue escueto: la coyuntura no exigía etiqueta.

—¿Es Onofre Lapuerta? —preguntó su señoría señalando el cadáver.

—Eso parece —respondió el inspector Roy—. Según nos ha confirmado el encargado de la empresa, esta era su oficina. El utilitario de afuera está a su nombre: los de la Científica han intentado sacarle huellas, pero no han tenido suerte. Quizá

alguien se tomó la molestia de limpiarlas.

Roy explicó las circunstancias del caso. La mina Santa Rosa había cesado su actividad a la espera de que llegase una nueva maquinaria con la que poder explotar el yacimiento de oro detectado meses atrás en el subsuelo. Desde el veintitrés de agosto, allí no trabajaba nadie. Pero Onofre Lapuerta, en su calidad de ingeniero, disponía de llaves del recinto.

Según las declaraciones de los clientes y trabajadores de la Sauna Nordik, Onofre había afirmado que el veinticinco marchaba a Italia de vacaciones. Eso, unido a la fecha en que se cerró la empresa minera, permitía conjeturar que la muerte del ingeniero había tenido lugar entre los días veintitrés y veinticinco de agosto.

Por tanto, había sido, por orden cronológico, el primero de los tres crímenes de la Operación John Wayne.

Abundando en esa tesis, Roy apuntó que uno de los teléfonos pinchados había transmitido desde esa zona el día veinticuatro de agosto. Se trataba de la primera comunicación registrada entre los móviles intervenidos, comunicación que los investigadores habían estado rastreando sin éxito hasta ese momento. Por eso, y por haber sido perpetrado en una explotación minera temporalmente abandonada, el asesinato de Onofre Lapuerta había sido el último en ser descubierto.

Elisa Gayarre se dirigió a *Don Ratón*.

—¿Concuerdan esas fechas con el aspecto del cadáver?

El forense recorrió con sus ojillos negros la epidermis del interfecto.

—Es difícil de asegurar. El cuerpo ha estado expuesto al aire acondicionado y ha comenzado a momificarse. Por eso la piel tiene color pardo y apariencia de cuero curtido. La momificación, en un clima como el nuestro, suele demorarse más, pero la corriente ininterrumpida de aire ha acelerado el proceso.

—¿Se podrá determinar la data de la muerte?

—No con exactitud —respondió *Don Ratón*—. La momificación tiene ese inconveniente.

La piel apergaminada del cadáver dificultaba su identificación visual. Afortunadamente, los pulpejos se habían conservado y África Trinidad pudo reseñarlos sin problema. Desde la Jefatura le enviaron, vía Internet, las impresiones digitales del documento de identidad de Onofre Lapuerta. Cotejadas con las del muerto, resultaron ser idénticas: el cuerpo momificado hallado en la caseta era, sin duda, el del ingeniero de minas.

La oficina donde se había cometido el primero de los tres crímenes homófobos disponía de alarma, puerta de acceso semiblandada y sólidas rejas de hierro en las ventanas. Era el único edificio del complejo que contaba con medidas de seguridad. Su interior se dividía en un aseo y dos habitaciones. A la principal, en la que se

encontraba el cadáver, se accedía desde la puerta de entrada. Era un rectángulo de veinte metros cuadrados amueblado con un aparador, cuatro sillones y una mesita central bajo la que se extendía una alfombra con motivos geométricos. El mobiliario y las reproducciones de Gustav Klimt tenían el aspecto provisional de los artículos de IKEA. La otra habitación, algo más pequeña, era el despacho del ingeniero. La puerta que estaba abierta, disponía de cerradura. Una persiana veneciana superpuesta al ventanal tamizaba la luz solar proveniente del exterior. La estancia estaba ocupada por un vasto escritorio, una butaca ergonómica y dos sillas de oficina. El resto del menaje lo conformaban una caja fuerte empotrada, un archivador metálico y dos anaqueles sobre los que había varias cajas blancas con el rótulo TETIS escrito en rojo. También había libros sobre minería y un par de DVD enterrados bajo una pila de revistas.

El inspector se acercó a las estanterías y observó las llamativas cajas de TETIS. El nombre le sonaba a mitología griega. Una diosa de las aguas o cosa parecida. Tomó entre sus manos los DVD. En el primero, un bombero bigotudo e hipertrofiado sondeaba con su enorme miembro viril la retaguardia de un tipo trajeado. El título de la película era hartamente descriptivo: *El bombero y su manguera*. La carátula del segundo mostraba a un maestro que fustigaba las nalgas de un efebo colegial. *Chicos malos*, se leía al pie de la imagen.

La inspección ocular había concluido. Los miembros de la comisión judicial, junto con los funcionarios de la Policía Científica, intercambiaban impresiones en el exterior de la oficina. Roy devolvió las películas a su lugar y reparó en la caja fuerte. Intrigado, hizo entrar al encargado de la mina, un hombrecillo rechoncho y alopecico llamado Julián Sánchez.

—Usted dirá —dijo servilmente el individuo. Al inspector le extrañó su actitud.

—¿Qué se guarda en ese cofre?

—Explosivos para la extracción del hierro. Están contabilizados en dos actas: una la tiene el ingeniero en su archivador, la otra la tengo yo en un cajón con llave de mi oficina. Los explosivos son la razón por la que las dependencias del ingeniero cuentan con medidas de seguridad: alarma, caja fuerte, puerta reforzada y rejas.

—Esas medidas de seguridad, ¿no deberían incluir la contratación de un vigilante de explosivos?

Cuando el encargado bajó la mirada, Roy entendió la razón de sus maneras sumisas.

—Verá usted —titubeó Julián—, tenemos un vigilante de explosivos. Pero como hemos cerrado por un tiempo, la dirección de la mina decidió ahorrarse sus servicios. De todos modos, el remanente de dinamita es muy pequeño, así que no hay peligro.

—No sé si pensarán lo mismo en la Delegación del Gobierno.

Julián Sánchez rompió a sudar.

—¿Va a solicitar que nos sancionen?

—Ya veremos —dijo Roy—, ahora tengo otras cosas en las que pensar. ¿Tiene la combinación y la llave de la caja?

—La llave la guardo en un cajetín de mi oficina. La combinación la tengo en la cabeza.

—Alexis —dijo el inspector—, acompaña al señor Sánchez a su oficina y asegúrate de que regresa con la llave y la cabeza.

El subinspector tomó del brazo al encargado y salió con él de la estancia. Roy se acuclilló en una esquina, recostado contra la pared. No había comido nada desde el desayuno y el hambre le roía las tripas.

La zozobra no se limitaba a su aparato digestivo. Una sensación de impotencia y fatalidad le oprimía el corazón. ¿No iba a acabar nunca aquella pesadilla? Había acertado en lo relativo a las llamadas gestionadas por el poste repetidor de Illueca: desgraciadamente, coincidían con otro asesinato. Con el primer asesinato, para ser más exactos. Los homicidas ultimaron a Onofre Lapuerta el veinticuatro de agosto en su oficina de Minas Santa Rosa. Unos minutos antes y después del crimen telefonearon al móvil situado en el Parque del Tío Jorge para dar novedades a alguien. Dos días más tarde liquidaron a Alí Mohamed Hach en su domicilio de la Plaza de las Tenerías, observando el mismo protocolo de llamadas. Igual que sucedió el dieciocho de septiembre, fecha en la que tuvo lugar el asesinato de Rodrigo Noriega, último, hasta el momento, de la serie. Para rematar el cronograma, el veintitrés de septiembre Ileana Farcas denunció a Tejero por violación.

Esta relación de los hechos no aclaraba el móvil que los impulsaba ni la participación en los mismos de individuos como *Caracortada*, Chuso Artieda o el concejal Gonzalo Tejero. La maraña de actores (de la más variada índole: camellos, políticos, chaperos, prostitutas) se enredaba de forma endiablada, lo que dificultaba la formulación de hipótesis razonables.

Agazapado en la esquina, Roy hundía los dedos en el cabello y se frotaba despacio la cabeza. La tensión emocional se corporeizaba en su interior, un nudo le obturaba el esófago. Notó una mano sobre la suya y levantó la vista. África Trinidad lo observaba con semblante afligido.

—¿Cómo estás? —susurró.

—Pletórico, como puedes comprobar.

África depósito un beso en la frente del inspector.

—Esperaré fuera.

Nada más salir la chica, Alexis golpeó el marco de la puerta. Junto a él, Julián Sánchez, cabizbajo y contrito, aguardaba con el acta en una mano y la llave del cofre

en la otra.

—¿Se puede?

El inspector Roy se puso en pie.

—Vamos a ver qué hay en esa caja —dijo al tiempo que se sacudía los fondillos del pantalón.

Julián Sánchez avanzó hasta la caja fuerte. Con el espinazo doblado, manipuló el tambor de las combinaciones a derecha e izquierda. Luego giró la llave en el ojo de la cerradura. La puerta se entreabrió con un chirrido metálico.

—Según consta en mi acta —informó solemne—, tendría que haber seis paquetes de Dinamix, con ocho cartuchos en cada uno de ellos.

Julián abrió completamente la caja. Conforme a lo anunciado, en su interior había seis envoltorios de cartón con la leyenda Dinamix. En compañía de Alexis, los examinó uno a uno. Todos contenían sus correspondientes cartuchos.

—Como ve, el explosivo está en orden —dijo con alivio—. De todas maneras, voy a chequear el acta del difunto señor Lapuerta.

Julián Sánchez se dirigió al archivador, de donde extrajo un folio tabulado que leyó con atención. A continuación, mostró el documento a los policías:

—¿Ven? Su acta concuerda con la mía: seis paquetes de Dinamix, ocho cartuchos por paquete.

Paquete el que os va a caer a vosotros, pensó Roy escrutando en silencio al encargado. Por listos y por avaros. Y por dejar currantes en la puta calle mientras esperáis maquinaria sofisticada para explotar un yacimiento de oro.

Y porque me sale de los cojones.

Julián Sánchez no supo interpretar el mutismo del agente.

—Entiendo que, estando todo correcto, no elevarán propuesta de sanción a la Delegación del Gobierno, ¿verdad?

El inspector Roy cruzó los brazos y apoyó la barbilla sobre la mano izquierda.

—¿Qué opinas, Alexis? ¿Multamos a Minas Santa Rosa o hacemos la vista gorda?

—Depende del nivel de colaboración de su encargado, jefe.

—Ajá. —Roy se dirigió a Julián Sánchez—. Vamos a hacer lo siguiente: usted me ayudará en todo lo que le pida y yo seré indulgente respecto a la sanción. ¿Estamos?

—Estamos.

El inspector no pensaba cumplir con su parte del pacto.

—Ahora deme su número de móvil y esté pendiente de mis llamadas.

La comisión judicial y los funcionarios de la Policía Científica abandonaron el lugar camino de sus quehaceres. Aparte del inspector Roy y del subinspector Guzmán, solo

quedaban en las instalaciones dos policías de uniforme con la misión de custodiar el perímetro. Los operarios del Servicio de Levantamiento Judicial de Cadáveres se habían llevado los restos de Onofre Lapuerta para la práctica de la autopsia. Sobre el piso de la oficina, la macabra costra de sangre constituía el único vestigio del asesinato.

Las primeras conclusiones de la inspección ocular indicaban que el ingeniero había sido asesinado con el mismo *modus operandi* empleado en las muertes de Alí Mohamed Hach y de Rodrigo Noriega. La piel momificada del cadáver presentaba dos orificios en la nuca. Las esposas de la marca Varna y la foto de John Wayne eran idénticas a las halladas en los otros crímenes.

A simple vista, las huellas de calzado impresas sobre la sangre del pavimento eran similares a las encontradas en la Sauna Nordik. Roy volvió a evocar las botas de seguridad Herock. Un recuerdo nebuloso se agitó en alguna circunvolución de su cerebro. Estaba seguro de haberlas visto antes, aunque todavía no podía precisar en los pies de quién.

El inspector salió afuera; necesitaba intoxicarse los pulmones. Se sentó sobre una roca cubierta de arena ferruginosa, lejos del edificio. Sacó el paquete de Marlboro y encendió un cigarrillo. El paisaje circundante era una planicie polvorienta agujereada sin piedad por las excavadoras. Aquí y allá surgían boquetes que horadaban el suelo, dejando al descubierto sus entrañas.

Alexis llegó hasta su compañero:

—Apocalíptico, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Al paisaje.

Roy apuraba las últimas hebras del cigarrillo. Reconfortado por el chute de nicotina, se puso en pie y aplastó la colilla con la suela del zapato. El subinspector tenía razón: en aquel paraje podía rodarse una película sobre el fin del mundo.

—Vámonos de aquí.

El regreso a Zaragoza transcurrió en silencio hasta que las tripas de Roy crujieron cor estruendo. Los policías, exhaustos por la falta de alimento, hicieron un alto en un área de servicio. Sentados a una mesa del bar, se zamparon sendos bocadillos de jamón serrano.

Alexis palmeó el brazo de su jefe.

—Tenías razón —afirmó en voz queda—. Todas las llamadas de los teléfonos intervenidos estaban relacionadas con los asesinatos.

Roy miró hacia el ventanal. El sol desaparecía tras los montes bajos que orlaban el

horizonte, convirtiendo el campo en un claroscuro de perfiles indefinidos.

—Preferiría haberme equivocado.

—De todas maneras —prosiguió Alexis—, Tejero está detenido. Creo que no habrá más homicidios.

El inspector se encogió de hombros.

—El tiempo lo dirá.

Los policías volvieron al vehículo y retomaron la ruta hacia Zaragoza. Alexis iba al volante. Roy repasaba las notas de su cuadernillo, pero no dejaba de pensar que tal vez el subinspector estuviera en lo cierto. El asesinato de Onofre se perpetró el día veinticuatro de agosto, el de Alí, el veintiséis, y el de Rodrigo Noriega, el dieciocho de septiembre. Más tarde, Ileana Farcas denunció a Tejero por violación, destapando la implicación de este en los homicidios. El político había sido privado de libertad y, desde entonces, la banda no había vuelto a matar. Puede que el resto de cómplices hubiera claudicado de sus propósitos y que la serie de crímenes homófobos hubiera llegado a su fin.

Aunque también cabía la posibilidad de que existieran más cadáveres ocultos: ¿acaso Onofre Lapuerta no llevaba más de un mes muerto?

Cuando el Vectra entró en Zaragoza, la noche había caído sobre la ciudad. Roy enumeró por escrito las gestiones pendientes. Sus dudas persistían, pero la ansiedad que le acosaba había menguado. Cerró el cuadernillo y lo alojó en el bolsillo interior de su chaqueta. Rodaban por el Paseo María Agustín, muy próximos ya a la Jefatura.

—La que faltaba.

Alexis señaló las escaleras de acceso al edificio: con la melena desbaratada por el cierzo, Patricia Duque locutaba para la cámara. La reportera fruncía el ceño mientras relataba el macabro hallazgo de Minas Santa Rosa. Cuando el Vectra se detuvo en el semáforo (el maldito cacharro siempre se ponía en rojo en el peor momento), la periodista reconoció a sus ocupantes. Hizo un ademán al cámara para que la siguiera. Bajó precipitadamente las escaleras y se abalanzó sobre la puerta del acompañante.

—¡Inspector Roy! ¿Cuántas víctimas más puede deparar este caso? ¿Tienen alguna pista sobre los cómplices de Tejero?

Rosario, impertérrito, clavó sus ojos en el horizonte.

—¡Inspector, por favor! ¿Es cierto que el asesinato de Onofre Lapuerta es el primero de la serie?

El interpelado tensó las mandíbulas, pero Patricia Duque no se arredró.

—¿Cree que los responsables que aún andan sueltos pueden actuar de nuevo?

El semáforo se puso en verde y Alexis pisó el acelerador. La periodista quedó

atrás. A los pocos segundos, sus gritos eran solo un murmullo diluido en el fragor del tráfico.

Los zapatos de Roy producían un chasquido seco al golpear la acera. La calle estaba desierta y el viento ululaba entre los edificios levantando remolinos de porquería. Al llegar frente a su portal, el inspector sintió un hastío infinito. Debería haber ido a casa de África, haberse dejado arrullar por sus besos y sus palabras de consuelo. En lugar de eso, cenaría con su madre mientras esta desgranaba el interminable rosario de sus amarguras.

Para diferir el encuentro, se sentó en el sardinel de la entrada. Con la espalda apoyada en el cristal, sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Las primeras caladas le supieron a gloria. A pesar de saberlo letal, se juró en voz baja que jamás dejaría el tabaco. Fumó despacio, a cámara lenta, deleitándose con la caricia áspera del alquitrán en la garganta. Algo más relajado, aplastó la colilla contra el suelo, se puso en pie y entró en el portal.

Emboscado tras una esquina de la calle, un individuo corpulento observó cómo el inspector se perdía en la penumbra del vestíbulo. El cierzo arreciaba y el hombre alzó las solapas de su abrigo para protegerse. A pesar del embozo, la luz de la luna se reflejó en el cristal de su ojo ortopédico.

No había sido fácil seguir a Rosario Roy desde la Jefatura Superior de Policía. El inspector, perro viejo, adoptaba medidas de seguridad. Vigilaba a través de las lunas de los escaparates, echaba la vista atrás, cambiaba de ritmo. Pero Roy no era el único con experiencia en esas lides. En aquel negocio, quien más quien menos tenía su currículo. Y el de *Caracortada* no era menudo.

Finalmente, logró encerrar[\[31\]](#) a Roy en el número veintitrés de la calle Santa Teresa de Jesús.

Ahora ya sabía dónde vivía el enemigo.

Capítulo treinta y uno

5 de octubre, jueves.

Roy pretextó trabajo de oficina para librarse del repulsivo trámite de la autopsia. De todas maneras, se atrevía a vaticinar, sin apenas margen de error, cuáles iban a ser las conclusiones de la diligencia forense: semen en el ano del cadáver, dos tiros en la nuca, ausencia de señales de lucha.

En su lugar, comisionó a Alexis Guzmán, quien recibió el encargo con una sonrisa cínica que amostazó al inspector.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —espetó Roy.

—De nada —replicó el subinspector—. Pero, si lo prefieres, yo me hago cargo del papeleo y tú vas a la morgue. Lo digo porque sé que te duele perderte las pericias de *Don Ratón*.

Ambos recordaban la última vez que Roy presenció una necropsia. Víctima de unas náuseas incontenibles, el inspector hubo de abandonar la sala. Rememorar al rudo jefe de Homicidios lívido y sudoroso ante el despiece practicado por el forense reconciliaba a Guzmán con sus flaquezas y le reafirmaba en la creencia de que, como dijo Joe E. Brown en la frase final de *Con faldas y a lo loco*, «nadie es perfecto».

La autopsia reveló lo que Rosario había augurado: Onofre fue facturado al más allá con dos tiros en la base del cráneo. Los proyectiles habían quedado alojados en el cerebro. A la espera de la confirmación oficial de Balística, eran idénticos a los de los dos homicidios anteriores. En el recto se encontraron vestigios reseco de semen. *Don Ratón* extrajo una muestra y la remitió al laboratorio. Nadie en su sano juicio apostaría a que no pertenecía a Gonzalo Tejero.

El cuerpo no presentaba signos de lucha. Respecto a la fecha del óbito, era imposible datarla con exactitud, aunque podía establecerse una horquilla que abarcaba desde el veinte de agosto hasta el uno de septiembre.

Alexis informó telefónicamente sobre estos extremos a Roy y se citó con él para más tarde.

Sentado ante su escritorio, el inspector redactaba la lista de personas a las que debía tomar declaración por el asesinato de Onofre Lapuerta, así como una sinopsis de los cuestionarios. Un carraspeo femenino le sobresaltó. Al alzar la vista, vio a África Trinidad aguardando en el umbral del despacho con un portafolio entre las manos.

—Adelante.

La mujer tomó asiento frente a Rosario y depositó el portafolios sobre la mesa.

—¿Los resultados de la inspección ocular? —preguntó el inspector.

—Correcto.

—¿Algo reseñable?

África puso una cara que no significaba nada. Después abrió la carpeta y extrajo un documento con el anagrama de la Comisaría General de Policía Científica. Las impresiones de calzado encontradas en la oficina de Onofre habían sido procesadas e introducidas en la base de datos SICAR. La conclusión era inequívoca: se correspondían con unas zapatillas Bulldozer de la talla cuarenta y seis y unas botas de seguridad Herock Volcanus del número cuarenta y cinco. Las mismas marcas, modelos y tallas registrados en la inspección ocular de la Sauna Nordik. Lo que el estudio no había podido determinar era si se trataba de las mismas unidades de calzado.

—Los tres asesinatos parecen calcados —reflexionó Rosario.

—No exactamente.

El inspector examinó a África con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

La muchacha devolvió el documento al portafolio antes de tomar otro legajo en cuya portada se leía «Informe lofoscópico».

—Como recordarás —dijo en tono profesional—, en el domicilio de Alí no se encontraron pisadas.

—Eso es porque no hubo tanto derramamiento de sangre.

—Cierto. Sin embargo, existe una extraña coincidencia entre aquel asesinato y este. Al realizar las pericias lofoscópicas, en ambos encontramos trazas de dos tipos de guantes...

—Menuda sorpresa.

—... y en ambos encontramos, además, las huellas dactilares de Alí Mohamed Hach. Lo cual es normal en el caso de su propio homicidio, puesto que fue cometido en su piso. Lo que no es tan lógico es que sus dátiles aparezcan en la escena del primer crimen.

El inspector Roy tardó unos instantes en digerir la noticia.

—¿Alí estuvo en la oficina de Onofre?

—Veo que no has perdido tu proverbial perspicacia —ironizó África. Luego retomó el tono serio—. Sí, han aparecido dos huellas tuyas.

Que Alí hubiera visitado la oficina de Onofre Lapuerta Pueyo entraba dentro de lo razonable. Los investigadores sabían que el ingeniero requería habitualmente los servicios sexuales del chapero, por lo que no era descabellado conjeturar que estos hubieran tenido lugar en las instalaciones de Minas Santa Rosa. El inspector Roy se imaginó a Onofre y Alí emulando a los protagonistas de *El bombero y su manguera*. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Abochornado, se hizo el propósito de revisar su nivel de tolerancia estética hacia la homosexualidad (la ética estaba fuera de duda) y volvió a sus reflexiones sobre el caso.

El quid de la cuestión, en aquel momento, consistía en determinar cuándo había visitado Alí la oficina del ingeniero. África Trinidad explicó que las impresiones dactilares depositadas sobre un objeto están compuestas por sudor y grasa. El sudor se evapora y, al cabo de un tiempo, la grasa se degrada hasta desaparecer. Ese tiempo varía en función de la cantidad de sustancia crasa expelida por las crestas papilares, las condiciones atmosféricas, el lugar sobre el que está depositada, etcétera. Pero, sobre todo, varía en función de las manipulaciones a que se someta la superficie afectada.

Roy llamó con su móvil al encargado de la mina. Al segundo tono, activó el altavoz para que África pudiera oír la conversación. Al tercero, el encargado descolgó.

—¿Julián Sánchez?

—El mismo.

—Soy Rosario Roy, el jefe de Homicidios.

Un silencio espeso se adueñó de la línea. Julián Sánchez debía de estar tragando saliva, ya que había sido él quien, para congraciarse con la dirección de la empresa, había aconsejado a esta que se ahorrara durante unos meses el salario del vigilante de explosivos. Proletarios del mundo, uníos.

—¿Llama por lo de la multa?

—Olvídese de la multa por el momento. Necesito saber cada cuánto tiempo se limpia la oficina del ingeniero de minas.

—Cada semana —respondió Julián Sánchez aliviado—. Todos los jueves, a las seis de la mañana, sube una señora del pueblo para limpiar los despachos.

—¿Lo hace bien?

—A conciencia —contestó el encargado—. Utiliza lejía para el suelo, un detergente especial para la madera, otro para el cristal...

Roy consultó el calendario que tenía en una esquina del escritorio.

—¿Limpió el jueves, veinticuatro de agosto?

—Sí. Lo sé porque fue el último día que lo hizo. A pesar de que la mina cerró el

veintitrés, la señora vino a trabajar la mañana del veinticuatro. Lógicamente, decidimos prescindir de sus servicios hasta la reapertura.

Lógicamente, decía el descastado.

—¿Estaba dada de alta en la Seguridad Social? —interrogó el inspector.

Julián Sánchez vaciló.

—No —contestó al fin con voz trémula—. No lo estaba, no.

La respuesta era irrelevante para la investigación, pero Roy encontraba un morboso deleite en apretarle las tuercas a aquel disidente de la clase obrera. Que no es que el inspector fuera de izquierdas, pero ciertos abusos laborales le irritaban los pliegues del escroto.

—Lo suponía. —Roy hizo una pausa dramática antes de continuar—. Siga atento al teléfono, señor Sánchez. Tendrá noticias nuestras.

El inspector cortó la comunicación. Con la barbilla apoyada sobre el puño izquierdo, miró a África.

—¿Tú qué opinas?

—Que Alí estuvo en aquella oficina el día veinticuatro —respondió la mujer—, después de que se limpiara.

—¿Cómo estás tan segura de que fue justo ese día? Puede que la limpieza no fuera perfecta. Puede que subsistan huellas anteriores al día veinticuatro.

—Puede —concedió África—, pero no lo creo. Los dátiles de Alí han sido hallados en superficies que se limpian sí o sí. En la mesa del escritorio, por ejemplo. Además, antes del día veinticuatro un vigilante hacía la ronda en las instalaciones, dudo que Onofre Lapuerta protagonizara orgías gais en la oficina.

El razonamiento de África Trinidad era lógico: seguramente, Alí Mohamed Hacl había visitado la oficina de Onofre Lapuerta el veinticuatro de agosto, un día después del cierre temporal de la empresa y horas más tarde de que la señora de Tierga adecentara el despacho. La presencia del marroquí en las instalaciones de Minas Santa Rosa solo podía deberse a un motivo: el ejercicio del oficio más viejo del mundo.

A no ser que...

La chispa de una sospecha alumbró el cerebro de Roy, pero antes de extraer conclusiones decidió comprobar si África compartía sus recelos.

El inspector era un ferviente seguidor del método mayéutico. Que, en resumidas cuentas y en román paladino, viene a significar hacer preguntas sin cesar hasta que el interlocutor llega al averiguamiento de la verdad o sufre una hinchazón testicular incompatible con la continuación del interrogatorio. Seguramente, Sócrates, inventor

de la técnica, no la hubiera definido así, pero a ver quién se lo pregunta ahora.

—¿Por qué aseguras que la señora limpió a fondo —comenzó Roy— y que las huellas de Alí no son anteriores al día veinticuatro?

—Porque el escritorio fue frotado con algún producto químico. Reluce como un espejo nuevo. Por otro lado, las únicas huellas sobre el tablero son las de Alí y las de Onofre Lapuerta. Si la señora hubiera limpiado de manera negligente, habrían aparecido impresiones dactilares de otras personas.

—¿Pudo acudir Alí a la oficina del ingeniero días después del asesinato?

África Trinidad rumió la cuestión con gesto reconcentrado.

—Negativo —contestó al fin—. En todo caso, habría acudido el día veinticinco, puesto que el veintiséis fue borrado del mapa. De todos modos, la única razón para que Alí se presentara en las minas Santa Rosa era retozar con Onofre previo cobro de los honorarios pertinentes. Las llamadas de los teléfonos intervenidos sugieren que al ingeniero lo liquidaron el día veinticuatro. El crimen tuvo que ocurrir, forzosamente, después de la limpieza del despacho. De lo contrario, la señora de la limpieza habría dado la voz de alarma. Y se me antoja difícil que Onofre, muerto y amojamado, citara al chapero para un revolcón romántico.

—Varío el enunciado de la pregunta: ¿pudo acudir horas después de la muerte?

—No es descabellado —afirmó África—. Quizá había quedado con Onofre en su despacho y, cuando llegó, se lo encontró seco. —De repente, sacudió la cabeza y se desdijo—: Pero a las minas solo se puede acceder con vehículo. Alí no disponía de coche, ni siquiera tenía carné de conducir. Tuvo que ir en el del ingeniero. Quedarían en Zaragoza y viajaron juntos hasta la explotación. Y si de la manera que fuese hubiera llegado hasta allí después y se hubiera encontrado con el pastel, habría llamado a la Policía. En el vehículo de Onofre no se han encontrado huellas porque alguien las borró. Aunque a ese alguien se le olvidó hacer lo mismo en el despacho del ingeniero, o lo hizo de manera deficiente.

Era complicado establecer una razón plausible para la presencia de las impresiones digitales de Alí en la escena del crimen. Las hipótesis honestas (epíteto indulgente habida cuenta de que la prostitución permeaba todas ellas) estaban descartadas. Por lo que, a juicio de Rosario Roy, solo quedaban las deshonestas.

—¿Pudo Alí haber matado a Onofre?

—¿Usando el mismo *modus operandi* con el que palmaría él dos días después? —reflexionó África—. Demasiado rocambolesco.

Roy asintió despacio.

—Me corrijo: ¿pudo tener algo que ver con la muerte del ingeniero?

Los policías se clavaron recíprocamente las pupilas. Las convicciones arraigadas en el cerebro son pertinaces, difíciles de arrancar, máxime si tienen connotaciones

emotivas. Pero un investigador debe poseer una mente abierta. Hasta la fecha, Alí había sido el sujeto pasivo de un execrable asesinato, el primer mártir de una caza de brujas homófoba perpetrada por desquiciados inquisidores del sexo. De repente, pasaba a ser el segundo cadáver, y su rol, antes indubitado, oscilaba ahora entre el de víctima y el de victimario.

África Trinidad demoró la respuesta. Finalmente, sus palabras avalaron las sospechas del inspector:

—Es una posibilidad.

—Eres el gay más desaprensivo que conozco —masculló Roy ante la visión del almuerzo de Alexis.

—¿Por qué lo dices? —preguntó este con la boca llena.

Cuando el subinspector regresó de la morgue, detalló a su jefe los pormenores más macabros de la necropsia. Con las tripas revueltas, Roy le invitó a dar un paseo por la parte vieja de la ciudad. Durante el mismo, le informó sobre los resultados de la inspección ocular practicada por la Policía Científica. Quería su opinión acerca de las conjeturas que suscitaban. La respuesta de Alexis fue pedestre: no podía establecer una hipótesis en tanto no satisficiera el hambre calagurritana que las largas horas de autopsia le habían provocado.

Brujulearon por el entresijo de callejuelas que circunda la Plaza de San Miguel hasta dar con un establecimiento que Alexis Guzmán había frecuentado en sus años mozos. Casa Germán era una taberna pintoresca, amueblada con mesas rústicas y sillas de madera. Sus paredes, pintadas de gualda, estaban cubiertas por decenas de retratos de Elvis Presley. Sobre la barra, una vitrina protegía el abigarrado muestrario de tapas, raciones y cazuelitas. El conjunto semejaba un museo gastronómico erigido en honor al Rey del Rock. La dueña, una cincuentona de carnes generosas, trajinaba detrás del mostrador. Roy la examinó con prevención. Alguien que regentaba un negocio basado en Elvis Presley y las manitas de cerdo no podía estar en sus cabales.

El inspector pidió un refresco y comprobó que la tabernera, contra lo que indicaban las apariencias, se desenvolvía dentro de los parámetros de la normalidad. Alexis Guzmán ordenó una cerveza, media cazuela de callos a la madrileña y una ración de lengua. A Roy le admiró que pudiera engullir casquería después de asistir a una autopsia.

Apaciguada la gazuza, Alexis estuvo en disposición de razonar. Durante los últimos días había mudado de opinión. Los resultados de la inspección ocular no hacían sino confirmar sus nuevas convicciones.

—Nos están dando gato por liebre —afirmó.

—Explícate.

El subinspector revolvió el azúcar de su cortado.

—Desde el principio de la investigación, todo señalaba la homofobia como causa principal de los crímenes. Sin embargo, al analizarlos con detenimiento da la sensación de que alguien ha pergeñado una especie de obra de teatro, una *performance*.

Performance, decía el finolis. Después de zamparse media lengua de vaca.

—¿Qué necesidad tienen los malos —continuó— de manifestar sus fobias sexuales con tanta claridad?

—No sé —vaciló Roy—, supongo que será una manera de publicitar su ideario.

—Gonzalo Tejero ya disponía de una tribuna pública, la política, para hacerlo sin riesgo de dar con sus huesos en chirona.

—Tejero está como una maraca rota —dijo el inspector—. Su propio psiquiatra sugirió que la patología mental que padece es compatible con una conducta homicida.

—¿Y los demás miembros de la banda? Hasta ahora pensábamos que, además de Tejero, había al menos otros dos tipos. Hoy se suma a esta locura el bueno de Alí. ¿Dónde se conoció esta panda de orates? ¿En algún frenopático antigay?

—Lo cierto es que es poco probable que cuatro desequilibrados compartan la misma paranoia y se confabulen para matar en serie —convino Roy.

—Otra cosa —concluyó Alexis—: Alí era homosexual, ¿qué pinta colaborando en un asesinato homófobo?

Octubre avanzaba. Las hojas de los árboles se teñían de ocre, y los pecíolos, secos y frágiles, se quebraban con los susurros del viento. Roy trotaba meditabundo alrededor del circuito del Tren del Parque. Las frondas caducas caían sobre la tierra como lágrimas de papel. La epifanía melancólica del otoño terminó por abatir al inspector, ya afligido tras las últimas novedades de la investigación. Por primera vez en su trayectoria profesional se sentía impotente para cerrar un caso. La detención de Gonzalo Tejero, que había calmado la voracidad de prensa y mandos, no era suficiente para aplacar sus escrúpulos. Menos aún tras la aparición del cadáver de Onofre Lapuerta. Roy sabía que, ahítos de odio, dos asesinos (tal vez más) campaban libres por las calles de la ciudad.

Torturado por sus obsesiones, pero sin aflojar el ritmo de carrera, abandonó la comodidad del circuito de tierra. Remontó las pronunciadas cuestas que trepan hacia el Parque de Atracciones y se internó en la fragosidad de los pinares. Las breñas y los matojos le laceraban la piel de las pantorrillas, tornando la carrera ardua y tortuosa. Los rayos crepusculares quedaban atrapados en las copas entretejidas de los árboles;

la penumbra se extendía sobre la pinaza y dificultaba el avance.

El corazón del inspector latía desbocado a causa del esfuerzo. Los músculos de las piernas, congestionados, transmitían a su cerebro una aguda sensación de agonía.

Bendito fuera el sufrimiento físico, que aplacaba temporalmente la ansiedad.

Capítulo treinta y dos

6 de octubre, viernes.

Elisa Gayarre telefoneó a Roy a primera hora de la mañana. Su llamada, justificada por la necesidad de que el Grupo de Homicidios cumplimentara ciertas diligencias de cariz burocrático, era, en el fondo, un educado toque de atención. La jueza se interesó por los avances de la investigación. Ofreció toda la colaboración que fuera precisa, pero su voz tenía un tono apremiante que traslucía preocupación. Lo cual era lógico, porque en los crímenes habían participado al menos tres personas y solo una de ellas estaba en prisión. En teoría, los jueces de instrucción son los responsables legales de las investigaciones, por lo que también les toca soportar su parte de presión mediática, profesional y social.

Y la trasladan hacia abajo, como todo quisqui.

El comisario Bohórquez, desactivado durante los últimos días, decidió husmear por las dependencias de Homicidios en busca de algún incauto sobre el que verter sus frustraciones. La noticia del asesinato de Onofre Lapuerta había reavivado los rescoldos de su inquina, sobre todo porque el Comisario General de Policía Judicial le había urgido, de malos modos, a la pronta localización y detención del resto de integrantes de la banda homicida. Para más inri, Patricia Duque, que además de reportera televisiva prestaba servicio como plumífera en las páginas de sucesos del *Heraldo de Aragón*, acababa de entrevistarle para un reportaje sobre la Operación John Wayne que vería la luz en el próximo suplemento dominical. El interrogatorio había sido tenso y auguraba una crónica poco halagüeña.

—Estás aquí —rezongó el comisario al cruzar el umbral del despacho de Roy—. Mejor, tengo que hablar contigo.

El Bicho tomó asiento frente al inspector y se rascó la entrepierna con fruición mientras meditaba cómo asestar la primera puñalada. Aquella mañana su creatividad estaba fuera de cobertura, así que optó por un acometimiento a las bravas.

—Esto es una mierda —farfulló—. Una puta mierda.

Roy hizo un gesto amplio con las manos.

—¿Se refiere a mi despacho?

—Me refiero a tu investigación. Solo habéis detenido a Tejero, y no tenéis ni

pajolera idea de quiénes son sus cómplices. Por vuestra culpa, Patricia Duque nos va a triturar en el dominical del *Heraldo*. Eso sin olvidar que el Comisario General no deja de darme por el culo.

La alusión del *Bicho* a la sodomía trajo a la memoria de Roy la carátula de *El bombero y su manguera*. El inspector no pudo reprimir una sonrisa al imaginarse a su jefe y al Comisario General adoptando la entrañable postura de los protagonistas del film.

—¿De qué coño te ríes?

—Nada, cosas mías.

—Déjame el expediente —ordenó Bohórquez—. Quiero echarle un vistazo.

Roy le alcanzó el voluminoso legajo que yacía en una esquina del escritorio. El nombre con que habían bautizado la investigación, rotulado en letras rojas, suscitó la vena cómica del comisario.

—*Operación John Wayne...* —pronunció con sorna—. *Operación Elton John* habría quedado mejor, habida cuenta de la cantidad de maricones de mierda que pululan en este asunto.

Roy se alegró de que Alexis Guzmán no estuviera allí. El juego de palabras del *Bicho* no hubiera sido de su agrado.

Arrellanado en la butaca, Bohórquez desligó los balduques del legajo, dispuesto a huronear entre sus documentos. Por espacio de una hora, Roy no abrió la boca. Permaneció atento al ceño reconcentrado del comisario y a sus periódicos y despectivos chasquidos de lengua. Lo mismo descubre de una ojeada lo que los demás no hemos averiguado en semanas, pensaba el inspector. En realidad, el comisario solo pretendía aumentar la presión, en la estúpida creencia de que los seres humanos son como los caballos, que galopan más rápido cuánto más les afligen las espuelas.

Después de escudriñar el expediente, *El Bicho* estimó que había llegado la hora de ilustrar a su subordinado con la sabia voz de la experiencia.

—Aquí quedan muchas gestiones por practicar —decretó.

—¿Como cuáles?

—Habéis estado dando vueltas al mismo punto sin valorar la posibilidad de que la homofobia no fuera el único móvil de los asesinatos.

—¿Lo dice por las huellas de Alí aparecidas en el despacho del ingeniero?

—Por supuesto.

—Fue ayer cuando nos enteramos de que el marroquí había estado en la escena del primer crimen. Hasta hace veinticuatro horas era solo una víctima.

—Eso es porque habéis tardado una eternidad en localizar el cadáver de Onofre Lapuerta.

—¿Una eternidad? —protestó Roy—. ¿Descubrimos un asesinato que nadie

conocía, perpetrado, por cierto, en territorio de la Guardia Civil, y se permite recriminarme la demora? El ingeniero no tenía familia que pudiera echarlo en falta, las minas Santa Rosa estaban cerradas, él mismo había dicho a sus conocidos que marchaba de vacaciones a Italia... Nadie había denunciado la desaparición, y mucho menos el asesinato, ¿y usted me afea la tardanza?

El comisario encajó en silencio la andanada de argumentos disparada por Roy. La entrevista no se estaba desarrollando tal como la había diseñado: un monólogo reprobatorio en el que su superior criterio campara triunfal y pusiera en evidencia la ineptitud de su subordinado. En contra de lo previsto, este resistía sin descomponer la guardia y devolvía los golpes con aplomo.

La impotencia de Bohórquez explotó en forma de exabrupto:

—¡Esta investigación es un desastre! —rugió— ¡Un puto desastre! Ha estado mal dirigida desde el principio. Ahora estamos pagando las consecuencias.

—Aún está a tiempo de comandarla usted en persona.

El Bicho hizo un esfuerzo sobrehumano por dominarse. Respiró despacio y se inclinó sobre el escritorio a fin de acortar el espacio que le separaba de Roy. Antes de hablar, lo atravesó con la mirada.

—Tienes diez días para cerrar el caso —masculló—. Transcurrido ese plazo, las diligencias pasarán a la Comisaría General. A ti te expulsaré de la Brigada y te destinaré al peor puesto de la Jefatura. Quedas advertido.

El comisario Bohórquez había rubricado sus palabras con un sonoro portazo de despedida. Roy interpretó que su ultimátum cumplía una finalidad más onanista que intimidatoria. En consecuencia, resolvió no concederle importancia. De cualquier modo, si los compañeros de Madrid se hacían cargo de la operación, el detrimento en la reputación profesional del inspector se vería sobradamente compensado por la recuperación del sosiego. Como en todos los órdenes de la vida, no hay mal que por bien no venga.

—¿Se puede? —preguntó Alexis plantado bajo el dintel.

—Pasa.

El subinspector entró en el despacho y tomó asiento. En sus manos portaba un sobre grande de color sepia que depositó sobre el escritorio.

—Si son malas noticias, ya puedes salir por donde has entrado —dijo Roy señalando el envoltorio—. *El Bicho* ha agotado mi cuota diaria de paciencia.

—¿Ha estado por aquí?

—Acompañado de su mala baba.

—Ya me parecía a mí que olía a azufre. —Alexis olisqueó a su alrededor—. Y a

mierda. Respecto al sobre, lo envían desde Interpol. Supongo que será otra respuesta negativa a nuestra petición de datos sobre *Caracortada*.

El inspector tomó el sobre y lo rasgó por uno de sus extremos. En su interior había dos documentos: uno provenía de Interpol España; el otro, redactado en caracteres cirílicos, tenía grapada una adenda en castellano. Roy leyó el primero en voz alta:

Para el Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial Jefatura Superior de Policía de Aragón.

Queridos compañeros:

Como continuación a la serie de informes relativos al individuo cuya fotografía remitisteis, adjuntamos el documento original de respuesta dimanado de la Agencia Estatal para la Seguridad Nacional de Bulgaria, con su traducción al español.

Estamos a la espera de recibir las contestaciones del Servicio de Policía de Fronteras, la Gendarmería Nacional y el Servicio Nacional de Inteligencia búlgaros.

Atentamente,

Fulanito de Tal y Pascual, jefe de bla, bla, bla.

El inspector dejó el papel a un lado y tomó el informe búlgaro, en cuyo extremo inferior figuraba la reseña fotográfica de un varón joven. Luego ojeó la traducción. Era más extensa de lo que cabía suponer en una contestación negativa, circunstancia que le infundió un halo de esperanza. Antes de iniciar la lectura, carraspeó con nerviosismo.

Para OCN Interpol España.

Respetados colegas:

Habiendo recibido en esta Agencia Estatal para la Seguridad Nacional el fotograma de un individuo investigado por el Grupo de Homicidios de la J.S.P. de Aragón, nos complace comunicar lo siguiente:

—¿Nos complace? —exclamó Alexis—. Esto promete.

—No es más que una fórmula de cortesía —replicó Roy—. Y no me interrumpas, coño.

La nitidez y resolución del fotograma remitido —prosiguió el inspector— no permiten asegurarlo con un cien por cien de fiabilidad, pero el hombre que aparece en la imagen podría ser Stanislav Atanasoff, nacido en Sofía el 20 de marzo de 1971.

Roy levantó la vista del documento para posarla fugazmente sobre Alexis. En los ojos de ambos se vislumbraba la excitación. El subinspector agitó una mano con ademán apremiante, instando a Roy a continuar la lectura.

Se trata de un individuo excéntrico y de comportamiento errático que consta en nuestras bases de datos por su adscripción a diversos movimientos políticos extraparlamentarios. Durante su juventud, se dedicó a la literatura. Escribió varias novelas policíacas de poco éxito con cuyos derechos de autor apenas le alcanzaba para vivir.

—Novelista... —murmuró Alexis—. ¿Qué te sugiere eso?

—Lo que apuntó en su día la jueza Gayarre —respondió Roy—: que detrás de los asesinatos se esconde la mentalidad de un guionista.

—Novelista no es lo mismo que guionista.

—A los efectos de esta investigación, sí.

En el año 1995 fue detenido por su participación en un delito de tráfico de drogas, siendo condenado a cinco años de prisión. La reseña fotográfica que se adjunta corresponde a dicho arresto.

Roy interrumpió la lectura para examinar el tríptico fotográfico. En él se retrataba a un joven de unos veinticinco años en tres planos distintos: perfil, frontal y escorzo. Su parecido con el *Caracortada* de la Operación John Wayne era palmario, excepto la diferencia de edad, compatible con el tiempo transcurrido desde la toma de las imágenes, y el hecho de que el detenido mostrara una faz intacta, sin ojo ortopédico ni costurones.

Durante su estancia en la cárcel, se relacionó con reclusos pertenecientes a Patria Búlgara, una organización de extrema derecha, aunque en los últimos meses el vínculo se debilitó. Ya en libertad, frecuentó reuniones y manifestaciones de grupos afines al anarquismo. Tomó parte activa en algunas protestas violentas, pero nunca fue detenido ni condenado por ellas. Después se le detectó en el seno de una secta ortodoxa ultraconservadora, Eparquía de Dios, de la que fue expulsado al cabo de un tiempo.

El 23 de julio de 2004 abandonó Bulgaria en un vuelo con destino a Georgia. Ignoramos si se estableció en aquel país. Anteriormente había contactado con grupos mafiosos georgianos dedicados al tráfico de armas.

Ha entrado en Bulgaria en diversas ocasiones, siempre por carretera,

procedente de distintos estados limítrofes. Hace cuatro años renovó su pasaporte búlgaro en Sofía. Desde entonces, no sabemos nada de él.

Dentro de unos días les enviaremos la reseña decadactilar del señor Atanasoff, que ahora nos ha sido imposible adjuntar debido a un fallo temporal en nuestras bases de datos.

Esperamos que esta información sea de utilidad para sus investigaciones, etcétera.

Roy plegó el informe y lo devolvió al interior del sobre junto con el resto de documentos. Alexis Guzmán, que al cabo de los años había aprendido a leer la mente de su superior, se adelantó a las objeciones que este estaba a punto de verbalizar.

—El destrozo de la cara debió de ser posterior a la toma del tríptico fotográfico. Puede que le rompieran la crisma en prisión, o en alguna manifestación anarquista, o...

—... o sabe Dios dónde —remató el inspector—. Un sujeto que transita de la extrema derecha al anarquismo y de este a una secta ortodoxa ultraconservadora, tiene todas las papeletas para el sorteo del Gran Palizón. De todas formas, todavía no es seguro que se trate de *Caracortada*.

—Venga ya —protestó Alexis—. No seas aguafiestas.

—Los propios búlgaros advierten de que la fiabilidad no es absoluta.

—Qué otra cosa pueden decir —replicó el subinspector—. No les hemos mandado una reseña decadactilar, ni siquiera una fotografía en condiciones. Tienen que curarse en salud, pero yo lo tengo claro. Que me maten a martillazos si Stanislav Atanasoff y *Caracortada* no son la misma persona.

Roy compartía la opinión de Alexis, aunque prefería embridar el optimismo. Era consciente de que aquella identificación, caso de confirmarse, suponía un gran avance en la operación.

La supuesta filiación de *Caracortada* abría nuevas vías de investigación, además de obligar a la realización de ciertos trámites que Roy y Guzmán planificaron tras un escueto cambio de impresiones. El subinspector, entusiasmado ante la reactivación del caso, salió del despacho para irrumpir en la oficina común, donde comenzó a distribuir tareas entre los asombrados policías del grupo.

De nuevo a solas, Roy dejó aflorar la sonrisa que, por prudencia, había reprimido en presencia de Alexis. Según las autoridades búlgaras, Stanislav Atanasoff era un individuo exaltado y propenso a radicalismos ideológicos de diversa índole. Un candidato ideal para, en unión de Gonzalo Tejero y algún otro desertor de la cordura, cometer la serie de atroces asesinatos que había sumido en el terror a la comunidad gay de Zaragoza. Por otro lado, se había ganado la vida como novelista, lo que permitía suponerle, más allá de los desvaríos mentales propios del oficio, una mente

dotada para la fabulación y el engaño.

Una mente capaz de urdir la maraña asesina que el inspector trataba de desenredar.

Capítulo treinta y tres

9 de octubre, lunes.

Apoyados en el tronco de un sicomoro, Rosario y África estiraban los cuádriceps mientras mantenían el equilibrio a la pata coja. El crepúsculo se abría paso tras las colinas de pinares extendiendo un velo de luz anaranjada sobre las copas de los árboles. El frío de la mañana condensaba la respiración en vaharadas ascendentes que se difuminaban en el aire sin dejar rastro.

Rosario escrutaba el rostro de su compañera. Habían pasado el fin de semana en el minúsculo estudio de la mujer, viendo películas en blanco y negro y leyendo novelas de misterio tumbados sobre la cama sin hacer. De vez en cuando se habían abrazado en silencio, dejando que las caricias se recrearan en las curvas y los pliegues de la piel. En esos momentos, el contacto tibio de la carne caldeaba el deseo y les impelía a embestirse, a poseerse mutuamente, a derramarse el uno en el otro. Luego sobrevenía una calma edénica en la que los cuerpos, tras una breve quietud, tornaban a tantearse, y las caricias, desprovistas del prurito erótico, remoloneaban de nuevo sobre el territorio entrañable del amante.

El inspector analizaba a la judoka: trataba de adivinar en ella alguna pista sobre sus sentimientos. Desde que se conocieron, la muchacha había mantenido siempre una expresión ecuánime, una actitud equilibrada. África era una de aquellas mujeres que parecían sobrellevar con dignidad un destino trágico y conocer algo que los demás, particularmente los hombres, jamás podrían averiguar. Había un enigma en su mutismo, en su mirada avezada y serena, en sus maneras dignas y cadenciosas. Como si su infancia de orfanatos y familias provisionales la hubiera vacunado de por vida contra los avatares superficiales de la existencia. Rosario no podía evitar sentirse, a su lado, ligeramente torpe.

Aquella mañana, como casi todas, las facciones de África Trinidad no traslucían sentimiento alguno más allá de un resignado escepticismo. Quizá porque sabía, como saben las mujeres, que la voluntad del varón es flaca, y sus promesas eternas, compromisos a corto plazo. O quizá porque intuía que, con Rosario, cada momento feliz preludiaba una desdicha y cada arrullo podía ser el prólogo de una despedida. Aunque el propio Rosario lo ignorara.

Concluidos los estiramientos, se dirigieron en el Focus al estudio de la Avenida de América, donde se asearon. África preparó un desayuno frugal. El inspector, entretanto, programó las tareas de la semana. Su semblante, hasta entonces distendido, se contrajo en un rictus severo. La tregua laboral había concluido.

—¿Mucho trabajo para hoy? —preguntó África.

Rosario dio un sorbo a la taza de café.

—Tomaremos declaración a los empleados y jefes de Minas Santa Rosa, y a los vecinos y conocidos de Onofre. Aunque no creo que nos sirva de mucho.

—¿No vais a hacer nada con Stanislav Atanasoff?

—Sí, claro. Tenemos que rastrear su pista por España. Comprobar vuelos, alojamientos, alquileres de coches... Lo de siempre. Quizá de ahí saquemos algo en limpio.

—Pues tienes el día entretenido.

—Ya lo creo —convino Roy—. Y eso sin contar con la banderilla que el doctor Trías me va a administrar dentro de veinte minutos...

—Es la última inyección, ¿no?

—Eso espero. El viernes corro la maratón, luego me tomaré un largo descanso. Por cierto, supongo que me acompañarás.

—¿En el descanso? —bromeó África.

—En la salida de la maratón —replicó Rosario. Luego guiñó un ojo—. Necesitaré apoyo psicológico.

—Lo que necesitarás es una ayudante que te lleve la mochila.

—Eso también.

—Cuenta conmigo —suspiró la mujer—. ¿Quieres que porte también una pancarta con tu nombre?

—Me basta con que estés detrás de las vallas.

África se puso en pie, apiló los cacharros sobre la bandeja y se dirigió a la cocina. Llevaba un pantalón corto de andar por casa. Sus glúteos, turgentes y redondeados, forzaban las costuras y el tejido elástico de la prenda. Roy experimentó la desazón del deseo urgente. Miró el reloj: las nueve menos cuarto. Quedaban quince minutos para la cita con el traumatólogo.

Putos lunes.

El doctor Trías inyectó los corticoides con la circunspección que le caracterizaba. Después, sin mudar el semblante, ironizó sobre la obsesión de algunos cuarentones por emprender retos físicos para los que sus organismos no estaban capacitados. Retos que ocasionaban, según insistió, secuelas irreversibles.

—Lesiones narcisistas —concluyó—. En la última década han crecido en proporción directa al infantilismo y a la exaltación de la juventud como supremo valor social.

Roy diseccionó el rostro del galeno: la ceja derecha, elevada de modo apenas perceptible, reflejaba su complejo de superioridad y el desdén con que contemplaba a la sociedad del siglo XXI.

—Tiene que ser duro cargar con el peso de tanta lucidez —comentó el inspector.

—¿Cómo dice? —preguntó el médico alzando la nariz.

—Olvídelo.

Roy colgaba la chaqueta en el perchero de su despacho cuando irrumpió Alexis Guzmán.

—Tengo los resultados del ADN.

El subinspector portaba un sobre cerrado de tamaño folio. En el anverso se distinguían el anagrama del Cuerpo Nacional de Policía y las siglas de la Comisaría General de Policía Científica.

—¿Y bien?

—No los he leído todavía —dijo Alexis—. Estaba esperando a que llegases.

—Pues ya estoy aquí.

Los policías tomaron asiento. Alexis rasgó el extremo superior del envoltorio y extrajo el dossier, que se componía de varios folios grapados. Ojeó los primeros párrafos, plagados de expresiones enigmáticas como *alelos*, *genotipo* y *fragmentación*, hasta llegar al epígrafe de conclusiones. En ese momento, carraspeando solemnemente, tomó de una varilla las gafas que llevaba en el bolsillo de su camisa. Con un solo movimiento, las encastró en el puente de la nariz.

—¿Y esas gafas? —inquirió Roy.

—Me hacen interesante, ¿verdad?

El inspector sacudió la cabeza. Alexis ignoró el ademán y leyó en voz alta:

Habiéndose practicado todas las pericias con escrupulosa observancia de las normas relativas a la preservación de la cadena de custodia, cabe afirmar que la muestra de fluido extraída del recto del cadáver de don Onofre Lapuerta Pueyo es semen humano y que dicho semen pertenece, sin ningún género de duda, a don Gonzalo Tejero Muñecas.

En Madrid, a 6 de octubre de x.xxx

—*Nihil novum sub sole* —declamó el subinspector mientras plegaba el documento

y devolvía las gafas al bolsillo de la camisa. Roy emitió un gruñido afirmativo.

El informe del laboratorio reflejaba unos resultados que, no por esperados, dejaban de tener trascendencia. Se confirmaba la participación de Gonzalo Tejero en los asesinatos, lo que, entre otras gestiones, obligaba a una nueva toma de declaración al sospechoso, esta vez en prisión. Roy ordenó a Alexis que se encargara de preparar el encuentro.

—¿Y las entrevistas a los compañeros y conocidos de Onofre? —preguntó el subinspector, con la tensión disparada ante la perspectiva de una nueva visita a la cárcel.

—Que las dirija Jonás. Tú y yo nos vamos al talego.

El firmamento, negro como boca de lobo, se deshacía en densos telones de lluvia sobre el asfalto de la Autovía Mudéjar y sobre los campos yermos que la bordeaban. La rítmica fricción de los limpiaparabrisas dejó al inspector amodorrado. Solo el rugido de los camiones y los rociones de agua sucia que proyectaban contra el Vectra lograban mantenerlo despierto. Alexis Guzmán, atento a la calzada, conducía en silencio. De las colinas terrosas que delineaban el horizonte fluían regueros de barro que se encharcaban en lodazales al alcanzar el llano.

Para la entrevista con Gonzalo Tejero, Roy había recopilado todos los documentos del expediente. Porque una cosa era que el político estuviera loco como un mono borracho y otra que hubiera perdido la memoria y no pudiera reconocer alguno de los nombres, rostros o lugares que, cual telas, conformaban el mosaico de la Operación John Wayne. Cualquier dato aportado por el recluso sería crucial para la investigación.

El Vectra dejó la Autovía Mudéjar para embocar la carretera que llevaba al centro penitenciario. Tras el último giro de la calzada, apareció frente a ellos la torre panóptica desde la que los funcionarios vigilaban las instalaciones. El subinspector sintió un escalofrío.

—Da mal rollo, ¿verdad? —comentó Roy al percatarse del desasosiego de su compañero.

—Y que lo digas —confirmó Guzmán—. Se me ponen los pelos de punta.

Estacionaron en el aparcamiento reservado a funcionarios. El aguacero había arreciado y batía con furia contra los techos de los vehículos. No habían traído paraguas, así que salieron del coche y, guareciéndose bajo sus abrigos, echaron a correr hasta el edificio de la recepción. En el interior, mostraron sus identificaciones a un celador, quien les acompañó hasta el armero de seguridad, donde depositaron sus pistolas reglamentarias.

—Se porta de maravilla —afirmó el hombre.

—¿Quién? —preguntó Roy.

—Tejero, el tipo que han venido a ver. Es un preso ejemplar.

Gonzalo Tejero y el letrado Fernández Bouton aguardaban en la sala de entrevistas. El primero, sentado frente a la mesa de metal anclada al suelo, vestía chándal de marca y unas zapatillas de senderismo. Tenía las manos inmovilizadas por unos grilletes que las fijaban a una argolla de la mesa. Su mirada, ausente, vagaba por el punteado de manchas rojas que los mosquitos aplastados dibujaban en la pared. De pie junto a él, Fernández Bouton parecía ajeno a la sordidez de aquella estancia. Llevaba un traje impecable de color crema, corbata a juego y zapatos de cordón.

Roy estrechó la mano fría del abogado y le invitó a sentarse. Él y Guzmán hicieron lo propio frente al recluso.

—¿Cuál es el motivo de la entrevista? —preguntó Bouton.

Roy reparó en el semblante anodino de Gonzalo Tejero. Sus ojos estaban apagados, inertes. Por la comisura izquierda de la boca, afectada por un tic nervioso, se le derramaba un hilillo de baba.

—¿Está fingiendo? —interrogó el inspector. Inmediatamente se percató de lo estúpida que era la pregunta.

Fernández Bouton observó a su patrocinado.

—Está sufriendo —contestó—. Como sabrán, a mi cliente se le diagnosticó ansiedad paranoide hace ya algún tiempo. La autoridad judicial no ha tenido a bien, todavía, ingresar a don Gonzalo en el módulo hospitalario. Aunque, al menos, se le está administrando medicación.

—Cuando ejercía de concejal, ya estaba diagnosticado —intervino Guzmán—. Y no tenía este aspecto.

—Cuando ejercía de concejal no estaba acusado de tres asesinatos —replicó Bouton—. Porque imagino que han venido a imputarle la muerte de Onofre Lapuerta ¿Me equivoco?

—No se equivoca —confirmó Roy—. El semen extraído del cadáver del señor Lapuerta pertenece a su cliente, por lo que tenemos que acusarle de un tercer asesinato. Si le parece, el subinspector le leerá ahora los derechos.

El abogado asintió y Alexis Guzmán procedió con el formalismo. Concluido, preguntó al político si quería prestar declaración.

—Mi cliente no va a declarar —afirmó Bouton—, lo que tenga que decir, lo dirá ante su señoría.

—Está en su derecho —dijo Roy—. Pero, si usted me lo permite, me gustaría enseñarle unas fotografías.

Fernández Bouton se encogió de hombros, gesto que el inspector interpretó como un

sí. Roy hurgó en el expediente y extrajo varias instantáneas. La primera de ellas mostraba a Ileana Farcas con un vestido entallado. El inspector la deslizó sobre el tablero, acercándosela a Tejero. Este la miró sin emitir sonido alguno.

—Es la prostituta rumana que lo denunció —comentó el letrado con un deje de decepción—. Su rostro ha salido en todos los medios de comunicación.

Roy mostró la siguiente imagen. Era una fotografía aumentada del documento de identidad de Alí Mohamed Hach.

—Por favor —protestó Bouton—, este tipo fue el que asesinaron en la Plaza de las Tenerías. Ha aparecido en todos los telediarios. ¿Qué quieren que les diga mi patrocinado?

Tejero observó el rostro del marroquí antes de levantar la vista hacia los agentes. El temblor de su barbilla se acentuó y el hilillo de baba goteó sobre la superficie bruñida de la mesa.

—Alí... —murmuró.

Roy esperó a que añadiera algo, pero el recluso se sumió en un letargo próximo a la catatonia. El inspector guardó el retrato de Alí y puso sobre la mesa el fotograma en el que aparecía *Caracortada*. Tejero lo observó con indiferencia durante unos segundos. De repente, algo en la imagen llamó su atención y, excitado, se inclinó hacia adelante para examinarla mejor. Sus ojos recobraron la viveza.

—Viviana... —dijo con voz trémula.

Roy y Alexis cruzaron una mirada de sorpresa. Fernández Bouton, más comedido, se limitó a enarcar las cejas. Tras unos instantes de vacilación, susurró algo en el oído del interno. Este, cuya mirada seguía encendida, hizo un gesto afirmativo.

—Señores —señaló el letrado impostando la voz—, necesito hablar a solas con mi cliente.

Quince minutos después, el inspector Roy y el subinspector Guzmán regresaron a la sala de entrevistas. Tejero hibernaba de nuevo, con la boca entreabierta y los brazos colgando a lo largo de cuerpo. Del brillo de inteligencia que había iluminado sus ojos, no quedaba rastro. Un velo de indiferencia lo sustituía. Fernández Bouton, a su lado, se frotaba las manos.

Los agentes estaban expectantes.

—¿Algo que contarnos, letrado?

—Me temo que sí —contestó el aludido—. Aunque no sé cómo enfocarlo. Tengo una información que puede ser relevante para la causa, pero que pone a mi defendido en una situación comprometida.

—¿Más aún? —exclamó Alexis—. Le recuerdo que se le acusa de una violación y

tres asesinatos.

—La violación de una prostituta que ha huido de España (sí, en los juzgados se entera uno de todo) y el asesinato de tres individuos a los que mi cliente no ha visto en su vida.

—Las cuatro personas a las que ha citado —intervino Roy— tenían en su interior restos biológicos de su cliente.

—Lo que voy a revelarles puede explicar el origen de esos restos.

Algo titubeante, el jurista se lanzó al relato de lo que Gonzalo Tejero, entre balbuceos y lagunas de memoria, había conseguido transmitirle. Según Bouton, meses atrás, el político había pedido a Chuso Artieda que, además de suministrarle cocaína, mediara para hacer realidad una de sus fantasías sexuales.

—Eso ya lo sabíamos —interrumpió Alexis—. Artieda delegó la tarea en Alí, este encontró a Ileana Farcas, y el traficante la puso en contacto con su cliente.

Fernández Bouton chasqueó la lengua y negó despacio con la cabeza.

—Eso es lo que alguien les ha hecho creer. La chica contratada para Tejero no era Ileana Farcas, a la que mi cliente jamás ha conocido, sino una... digamos nífula del barrio de Las Fuentes, cuyo padre, un camello colombiano, explota a cambio de dinero.

Otra bomba en la línea de flotación de la Operación John Wayne, pensó el inspector.

—¿Por qué no declaró esto en la Jefatura? —preguntó.

—Porque Viviana tiene catorce primaveras —respondió el abogado—. Eso implica que mi cliente cometió unos abusos sexuales continuados, castigados con doce años de prisión, amén de un delito de prostitución de menores. Como para airearlo en dependencias policiales.

Los agentes digirieron en silencio la información, sin entender en qué medida exculpaba a Tejero de los asesinatos. Fernández Bouton trató de explicarlo:

—Al parecer, cuando el político acudía al domicilio de Viviana, una infravivienda unifamiliar de una sola planta, el padre de la criatura percibía los emolumentos pactados y hacía mutis por el foro. Ya a solas, Tejero y la niña mantenían relaciones, siempre con preservativo. Cuando concluían, la chiquilla se deshacía del condón tirándolo a la basura. Una tarde, después de aliviar las tensiones de Tejero, Viviana se metió en la ducha. El concejal, sediento, se dirigió a la cocina y abrió la nevera. Para su sorpresa, parcialmente oculto por unos yogures de marca blanca, había un bote transparente con tapa roja, uno de esos que se dispensan en las farmacias para recoger muestras de orina. El bote contenía semen. En aquel momento, Gonzalo pensó que el padre de Viviana tendría que hacerse algún análisis médico y restó importancia al hallazgo.

»Otro día, el político acudió a la cita con su lolita minutos antes de lo acordado. Desde lejos vio cómo el colombiano, apoyado en una jamba de la entrada, entregaba a un individuo corpulento y con el rostro deformado por una enorme cicatriz una bolsa de plástico que contenía un objeto pequeño. Escondido detrás de una esquina, Tejero pensó que estaba asistiendo a un pase de drogas. El individuo examinó el interior de la bolsa. Satisfecho, la guardó en un bolsillo de su abrigo. Entregó unos billetes al padre de Viviana y desapareció.

»El individuo corpulento era ese que aparece en el fotograma —concluyó Bouton—. El del ojo de cristal. ¿Creen ustedes que estaba comprando cocaína?

El diluvio no cesaba. Las gotas, gruesas como piedras de granizo, golpeaban la chapa del Vectra mientras el vehículo se alejaba del centro penitenciario. En el espejo retrovisor, la torre panóptica se difuminaba por efecto de la lluvia y la distancia.

Los policías estaban atónitos ante la inesperada confesión de Gonzalo Tejero. Atónitos e intrigados. Porque las revelaciones del político, convenientemente retorcidas, podían explicar la presencia de su esperma en los tres fiambres y en las cavidades íntimas de la prostituta Ileana Farcas.

Alexis, que iba al volante, atravesaba con la mirada las paredes de agua que envolvían el vehículo.

—¿Te parece verosímil que *Caracortada* introdujera el semen de Tejero en los cadáveres para sembrar una pista falsa? —inquirió escéptico.

—En esta investigación —dijo Roy—, todo es posible.

Alexis no estaba convencido.

—¿Y el semen en el cuerpo de Ileana Farcas?

—Es imprescindible para que Tejero caiga en la celada —argumentó el inspector—. Ileana, que no lo ha visto en su vida, se introduce el semen del político y lo denuncia por violación. Se le toman muestras del fluido en ano y vagina, se formula el ADN y se compara con los registrados en nuestra base informática. Allí, aunque todavía anónimo, ya figura el de Gonzalo Tejero, procedente del semen extraído de los cuerpos de Alí y Noriega. Al cruzarse los datos, el político, además de la violación, se come el marrón de los asesinatos.

El subinspector frunció los labios. Todavía no lo veía claro.

—En ese caso, Ileana es cómplice de *Caracortada*.

—Es lo que insinúa Bouton.

—Entonces, ¿por qué huyó a Rumanía?

—Tal vez sospechó que al tuerto no le gustan los cabos sueltos —conjeturó Roy— y temió por su vida. Su vecino afirmó haber visto a *Caracortada* merodeando por la

finca. Si Bernardo *El Fumeta* lo detectó, Ileana también pudo hacerlo.

—Pero antes de eso tuvo que convencerla de que se inyectara el semen de Tejero y se personara en Jefatura para denunciar la falsa violación. Y alguien tuvo que darle una buena somanta de palos: el parte de lesiones del hospital no miente.

—Pudo disuadirla ofreciéndole dinero o amenazándola de muerte —reflexionó el inspector—. O con los dos argumentos a la vez. Plomo o plata, como los cárteles mejicanos. En cuanto a la paliza, no creo que eso constituya ningún problema para *Caracortada*. Y recuerda una cosa: en el ático de Ileana no aparecieron las huellas dactilares de Tejero, lo que avala la tesis de la denuncia falsa.

Durante los siguientes minutos, en el habitáculo del Vectra solo se escuchó el zumbido del motor y un repiqueteo monocorde de lluvia contra metal. El vehículo avanzaba hendiendo las cortinas de agua que los limpiaparabrisas, metódicos, se afanaban en despejar.

—¿Y tú te crees ese cuento? —preguntó finalmente Alexis.

Roy se encogió de hombros.

—Stanislav Atanasoff fue novelista, ¿no? Es factible que ideara una trama compleja para cargarle los muertos a Tejero.

El inspector cogió el móvil para marcar el número de Jonás. A esa hora estaría tomando declaración a algún trabajador de las minas Santa Rosa. El policía contestó de inmediato.

—A la orden, jefe.

—Quiero que busques a una niña de catorce años que vive en una casucha de una sola planta en el barrio de Las Fuentes. Se llama Viviana. Su padre es un camello colombiano de poca monta. El muy cabrón la explota sexualmente.

—Con esos datos, no será difícil dar con ella. Preguntaré a los de *Estupas*[\[32\]](#), a ver si han investigado al colombiano. En caso negativo, indagaré en los colegios.

—Por mí como si indagas en los cuarteles de bomberos —señaló Roy—. Percuéntrala y tráela a Jefatura. Es urgente.

—¿Qué hago con el padre? —preguntó Jonás.

—Detenlo y enciérralo en el calabozo. Y, si te apetece, tira la llave al Ebro.

Roy cortó la comunicación e hizo un balance mental de la situación. La versión ofrecida por Tejero a través de su abogado permitía conciliar algunas contradicciones de la Operación John Wayne. El papel nunca había acabado de encajar en el tortuoso rompecabezas de la investigación. Si se aceptaban las recientes revelaciones del político, su participación cobraba sentido, amén de amoldarse mejor a la imagen que de él se había formado el inspector. Desde que descubrió la afición de Tejero por la coca, Roy lo había encasillado en el rol de adicto. Los drogodependientes suelen tener un escaso control de los impulsos y cierta tendencia a la satisfacción inmediata

del instinto. Estas circunstancias también concurren en los depredadores sexuales. Sin embargo, no indican propensión alguna al asesinato en serie.

Además, la nueva hipótesis corroboraba las sospechas que, desde el principio, Roy había albergado en relación con la denuncia de violación presentada por Ileana. Por otro lado, justificaba la injustificable fuga de la rumana y ayudaba a cuadrar de manera razonable las extrañas peripecias de *Caracortada*, quien ahora se erigía en el *alma mater* de la trama.

La lluvia había cesado cuando los policías entraron en Zaragoza. El firmamento, despejado y límpido tras el aguacero, ofrecía un brillante fondo azul.

Estacionaron el vehículo en el garaje de la Jefatura y se encaminaron hacia el Giorgio para tomar un tentempié. Nada más entrar en el establecimiento, el hedor a harina industrial y aceite de freidora les golpeó en las narices, por lo que resolvieron acomodarse en la terraza exterior. Allí pidieron algo de comer al camarero, quien tomó nota y desapareció en el interior del local.

Roy encendió un cigarrillo.

—Si lo que nos ha contado Bouton fuera cierto —dijo—, se aclararían muchas zonas oscuras de la investigación.

—Y se confirmarían tus teorías —apuntó Alexis.

El camarero regresó con la comanda. Los agentes aguardaron mientras depositaba vasos y platos sobre el velador de aluminio. Cuando se marchó, el subinspector inclinó el cuerpo hacia Roy.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó con voz grave.

—Que los hombres son más atractivos que las mujeres —bromeó el inspector.

Alexis ignoró la chanza.

—Que puede que estés en lo cierto —continuó—. Esta versión de los hechos es bastante lógica.

—¿Y ese cambio de opinión?

El subinspector tardó en responder.

—Tejero es un cabeza cuadrada —dijo al fin—. Carece de la imaginación necesaria para inventar un relato como ese. Lo que ha contado no puede ser falso.

Regresaron a la Jefatura con los estómagos apaciguados y el olor a rebozado impregnando sus vestimentas. Atravesaban la puerta principal del edificio cuando el teléfono del inspector comenzó a vibrar. La llamada provenía de la oficina común de Homicidios.

—Soy Jonás, jefe. Misión cumplida. El *colombiche* [33] está en el pulguero y Viviana en tu despacho, acompañada por África. Y ya hemos tomado declaración a los compañeros y conocidos de Onofre.

El inspector pensó en lo poco que suele ponderarse la existencia de gente competente.

—Buen trabajo, Jonás. Subo enseguida.

El nerviosismo de Roy crecía conforme el ascensor remontaba plantas. Al llegar a la cuarta, donde estaban los grupos de la UDEV, notó que el corazón le batía con fuerza contra las costillas. Escoltado por Alexis, entró en las dependencias de Homicidios. A la derecha, en la oficina común, Jonás levantaba el índice en dirección a su despacho. El inspector le guiñó un ojo y llamó al marco de la puerta. La voz de África sonó en su interior.

—Adelante.

Roy puso una mano en el brazo de Alexis, indicándole que se abstuviera de entrar. Demasiados hombres podían cohibir el testimonio de la adolescente. Seguidamente, forzó una sonrisa, empujó la hoja de la puerta y cruzó el umbral. África estaba sentada de espaldas a la entrada. A su lado, una cholita de formas redondeadas y rasgos infantiles se puso precipitadamente en pie.

—¿Viviana? —preguntó Roy.

La niña hizo un gesto afirmativo. Vestía vaqueros y un jersey de punto bajo el que descollaban las curvas de su incipiente feminidad. El cabello, negro y brillante, colgaba a lo largo de su espalda recogido en una coleta.

—Siéntate, por favor.

Viviana obedeció sin abrir la boca. Roy se dirigió a su lado del escritorio y se dejó caer sobre la butaca antes de adoptar lo que estimó un tono de voz dulce.

—¿Sabes por qué estás aquí?

La chiquilla vaciló. Su mirada alternaba entre los ojos de África y las manos crispadas del inspector.

—¿Por el político? —preguntó en un hilo de voz.

—Por el político, sí.

Viviana humilló la cabeza. África Trinidad le acarició el cabello mientras se fijaba en los calcetines de Hello Kitty que cubrían los tobillos de la adolescente.

—No tengas miedo —susurró la mujer—. No has hecho nada malo. El inspector Roy no va a castigarte ni a hacerte daño. Solo quiere que le cuentes qué ha ocurrido con Tejero.

Rosario se alegró de contar con África para aquel trance. Él sería incapaz de sacar nada en limpio de aquel interrogatorio. Por el contrario, la agente, a base de cariño y paciencia, logró que la pequeña colombiana desgranara poco a poco los sinsabores

de su corta existencia.

Cuando Viviana y sus progenitores llegaron a España, la niña tenía seis años. De su madre solo guardaba algunos recuerdos vagos difuminados por el paso del tiempo, que se deslizaba silenciosa por la casa o que usaba maquillaje para disimular los cardenales del rostro.

Un mal día, Viviana, al despertar, encontró sobre la mesa de la sala una nota manuscrita. Recordó que la noche anterior su madre, luciendo una sonrisa triste, le había dicho que la quería mucho y que la perdonase. Papá leyó la nota, su rostro denotó sobresalto. Seguido por Viviana, echó a correr hacia el trastero; al entornar la puerta, el hombre emitió un grito animal. Desde donde estaba, Viviana solo pudo ver la parte inferior de un cuerpo que pendía a dos palmos del suelo. Los pies, oscilantes, calzaban los zapatos de mamá.

Cuando cumplió los doce años, su padre empezó a explotarla. Al principio, los tipos que se encerraban con ella en el dormitorio se limitaban a masturbarse mientras acariciaban su piel desnuda. Papá no les permitía más. Después, las necesidades económicas del camello crecieron y la cosa fue a mayores. El primer hombre que la penetró era un viejo arrugado y maloliente. Tenía la lengua de lija. Antes de desvirgarla, le estrujó larga y dolorosamente los pezones. A aquel individuo le sucedieron más de diez, más de veinte, todos ellos jadeantes y bruscos, hasta que, después de un tiempo, su suerte cambió.

Fue un sábado por la mañana. Un individuo joven de aspecto magrebí llamó a la puerta.

—Me llamo Alí —dijo con una sonrisa—. ¿Está tu padre?

Alí y el colombiano negociaron durante más de una hora sentados a la mesa de la sala. Tras muchos regateos y condiciones, cerraron el acuerdo y Gonzalo Tejero irrumpió en la vida de la muchacha.

El político pagaba muy bien a cambio de disfrutar de Viviana en exclusiva. Comparado con los clientes que le habían precedido, era todo un caballero. La trataba con delicadeza, no le susurraba obscenidades al oído, jamás eyaculó en su cara. Además, siempre usaba preservativo.

Hecho que reportó un ingreso extra a papá.

Unas semanas después de su primera visita, Alí regresó a la casa acompañado por un calvo siniestro que tenía la cara cortada y un ojo ortopédico. Alí y el desconocido hablaron mucho rato con su padre. Luego ordenaron a Viviana que escondiera los preservativos usados por Tejero y vertiera su contenido en un bote de muestras. Insistieron en que aquello les daría mucho dinero.

Una vez por semana, Alí o el calvo de las cicatrices se pasaban por casa para recoger el bote guardado en la nevera. En algún momento, las visitas cesaron. Posteriormente, Gonzalo Tejero fue detenido por la violación de Ileana, acusado de dos homicidios e ingresado en prisión. Viviana se entristeció. Sin el dinero del político, su cuerpo volvería a rodar de mano en mano, de polla en polla. Tendría que soportar de nuevo a aquellos degenerados de aliento podrido que le magreaban los pechos con violencia y disfrutaban corriéndose en su boca. Además, le había tomado cariño al concejal.

Y no podía creer que fuera un asesino.

Julio Wellington Restrepo, padre de Viviana, negó los hechos relatados por su hija, aunque fue en vano. La confesión de Gonzalo Tejero respaldaba el testimonio de la niña, quien, cavando más hondo en la fosa penal del colombiano, reconoció a Alí Mohamed Hach y a *Caracortada* entre las decenas de fotografías que se le mostraron.

Como siempre que necesitaba poner en orden sus ideas, Rosario resolvió consultar con el abuelo Roy. Acompañado por África, montó en el Vectra y se dirigió a la residencia de ancianos.

El subcomisario, que esperaba sentado bajo la cúpula del cenador, se levantó para saludar a los recién llegados.

—¿Cómo está tu madre?

—De maravilla —respondió maquinalmente Rosario—. Te manda recuerdos.

El subcomisario examinó a África.

—Estás más guapa que la primera vez que te vi. Aún más guapa, quiero decir.

—Usted, que me mira con benevolencia.

El jubilado requebró un par de veces más a la muchacha. Luego, mientras los tres tomaban asiento, encaró a su nieto. Damián Roy seguía por la prensa las noticias de la Operación John Wayne, aunque ignoraba los entresijos más recientes de la investigación. Rosario le puso al día sobre los pormenores de la muerte de Onofre Lapuerta y sobre las sorprendentes revelaciones de Gonzalo Tejero y de la pobre Viviana. Damián Roy torció el gesto ante el relato de la explotación sexual de la niña.

Rosario delineó una hipótesis sencilla: aprovechando sus tendencias pedófilas, alguien había tendido una trampa a Tejero para que apareciese, ante los ojos de la Policía, como el autor de los tres asesinatos. Pero en esa teoría había puntos oscuros sobre los que el inspector no conseguía arrojar luz.

Damián escuchó a su nieto con atención. Las recientes novedades suponían un giro en las pesquisas, aunque eran congruentes con las sospechas que él mismo había formulado días atrás. Ahora creía estar en condiciones de elaborar una explicación

plausible de lo acontecido. Para el subcomisario, la madeja empezaba a desenredarse.

Según el abuelo Roy, Alí y *Caracortada* intervinieron en el asesinato de Onofre Lapuerta que, cronológicamente, había sido el primero de la serie. Eligieron a Tejero como cabeza de turco por una simple razón de oportunidad: sabían de las parafilias del político (no en vano había sido Alí el encargado de contratar los servicios sexuales de Viviana) y podían hacerse con su semen para tenderle la trampa. Pero Tejero había visto el bote de muestras en la nevera y asistido al mercadeo entre *Caracortada* y Julio Wellington Restrepo a la entrada de la casa del colombiano. Al principio, el concejal no concedió importancia a estos hechos. Más tarde, cuando la Policía le mostró el fotograma de *Caracortada*, dedujo que el tuerto estaba implicado en los asesinatos, ató cabos y cayó en la cuenta de que había sido víctima de un montaje.

Aparte de la oportunidad, podía haber algún motivo adicional para que los asesinos hubieran seleccionado a Tejero como chivo expiatorio. El político se había destacado siempre como un firme detractor de la homosexualidad, la inmigración, la ideología de izquierdas y el multiculturalismo. Alguna de estas circunstancias, además de la inmejorable ventaja que sus desviaciones sexuales ofrecían, debía de haber pesado en el ánimo de los asesinos.

—Creo que los hechos sucedieron de la siguiente manera —prosiguió Damián—: Chuso Artieda, ajeno a la serie de homicidios que se está gestando, encarga a Alí que encuentre una lolita para Tejero. Alí halla a Viviana y el político comienza a visitarla. *Caracortada* y el magrebí, que vienen planeando el asesinato de Onofre tiempo atrás, aprovechan la coyuntura para hacerse con el esperma del político. Después, junto a un tercer compinche, matan al ingeniero de minas e inoculan el semen de Tejero en su interior.

—¿Por qué Alí, que es homosexual, decide matar a un gay que, además, es cliente suyo? —interrumpió África.

—Buena pregunta —contestó Damián—, para la que no tengo respuesta. Quizás Alí estuviera desequilibrado o buscara purgar algún complejo. O tal vez la verdadera razón de la muerte de Onofre no fuera la homofobia.

»En cualquier caso, es evidente que Alí y *Caracortada* se conocían y que, por motivos que todavía ignoramos, habían proyectado hacerse con el esperma de Tejero y matar a Onofre Lapuerta sembrando pruebas que incriminaran al político. La ejecución del plan fue perfecta, salvo por un detalle: Alí dejó sus huellas en el despacho del ingeniero.

»Dos días después, *Caracortada* mató al chapero utilizando el mismo método empleado por ambos para deshacerse de Onofre. ¿Por qué? Porque, como atestigüé

Rodrigo Noriega, dueño de la Sauna Nordik, hacía tiempo que Alí estaba nervioso. Ese tiempo que llevaba planeando con *Caracortada* la muerte de Onofre. Ese nerviosismo tuvo que acentuarse tras la comisión del homicidio. Ante la posibilidad de que Alí se fuera de la lengua o cometiera algún error, *Caracortada* decidió eliminarlo con la ayuda del cómplice que ya había participado en el asesinato del ingeniero de minas.

—¿Y la muerte de Rodrigo Noriega? —interrogó Rosario.

—El asesinato de Noriega tiene la misma explicación —dijo Damián—: la necesidad de borrar pistas. *Caracortada* conocía la profunda amistad que había entre Alí y el dueño de la Nordik. Como he dicho antes, el marroquí había confesado al empresario estar asustado por ciertas informaciones graves a las que había tenido acceso. Creo que *Caracortada* lo vigiló y llegó a la conclusión de que, si el chapero había confesado a alguien sus cuitas, ese alguien tenía que ser Noriega. Así que ultimó también a este.

»Antes de los tres asesinatos, *Caracortada* (seguramente junto a Alí, quien habría contactado con ella en el Centro Natación Helios) ya había convencido a Ileana Farcas para que, cuando se lo ordenara, simulara ante la Policía haber sido violada por el político. Finiquitado Noriega, *Caracortada* se puso en contacto con la prostituta para que procediera según lo acordado. La rumana introdujo en su cuerpo el esperma del concejal, se autolesionó o alguien la molió a palos, y se plantó en las dependencias del SAM para denunciar la falsa agresión sexual. Cuando la Policía cotejó el ADN del político con los anónimos obrantes en las bases de datos oficiales, saltó el cruce con los asesinatos homófobos. Tejero, cuyo único crimen, aunque no pequeño, había sido el abuso sexual de una menor, se convirtió por arte de magia en el temido asesino en serie que tenía aterrorizado al colectivo gay de Zaragoza y en jaque a las fuerzas de seguridad.

Rosario rumió la tesis relatada por su abuelo, bastante parecida, aunque más elaborada, a la que él mismo había pergeñado. Luego miró a África. Esta hizo un gesto que indicaba que, a falta de mejores teorías, la del subcomisario le parecía perfecta.

Rosario encaró de nuevo al anciano.

—¿Habrá más asesinatos?

Damián unió las yemas de los dedos.

—No lo creo —respondió—. Ha transcurrido mucho tiempo desde el último. Pienso que, tras la eliminación de Rodrigo Noriega, *Caracortada* se considera a salvo. Pero lo que sí tengo claro es que ese tipo mataría a todo aquel que supusiera un riesgo para sus planes.

—¿Y cuáles son sus planes? —Roy había formulado la pregunta para sí mismo. Las conjeturas del abuelo le parecían razonables, no así su confianza en el cese definitivo de la serie homicida—. El segundo y tercer asesinatos no tenían más objetivo que asegurar la impunidad del primero, de acuerdo. Pero ¿cuál era la finalidad de este? ¿Para qué mataron al ingeniero?

El interrogante quedó flotando en el aire.

¿Por qué había muerto Onofre Lapuerta?

Capítulo treinta y cuatro

10 de octubre, martes.

El último entreno de Rosario Roy antes de la maratón del jueves fue ligero, casi agradable. El inspector se había levantado a las cinco de la mañana. Anduvo a paso vivo hasta el parque y, una vez allí, trotó durante más de dos horas al ritmo que le dictaron las piernas. El objetivo de aquella sesión no era exprimir las posibilidades físicas de su cuerpo, sino oxigenar la musculatura y apaciguar la comezón del cerebro, hiperactivo por la proximidad del gran día y por los continuos giros y revueltas de la Operación John Wayne.

Mientras estiraba en el parterre central, Roy vio una furgoneta de la empresa Tinduf. El fornido operario magrebí que trabajaba para Lamalmi estaba descargando botellas de la marca Santo Cristo en el almacén del bar Parque Grande. El inspector recordó los albores de la investigación, cuando Alí parecía una víctima inocente y su muerte no era la segunda de una serie criminal, sino el típico homicidio pasional o, en el peor de los casos, un rutinario ajuste de cuentas. Luego tuvo lugar una confusa vorágine de acontecimientos: la detención de Chuso Artieda, el asesinato de Noriega, la denuncia de Ileana Farcas, el arresto de Gonzalo Tejero, el descubrimiento de la muerte del ingeniero de minas, la posibilidad de que todo fuera un montaje urdido por *Caracortada*...

La sombra del enigmático tuerto se había proyectado sobre cada elemento de las pesquisas, convirtiendo la investigación en una oscura trama cuyo argumento de fondo escapaba a la mente del inspector. El informe de la policía búlgara sobre Stanislav Atanasoff revelaba una personalidad desequilibrada, fabuladora, proclive a radicalismos contrapuestos. Lo que, en realidad, no ayudaba a explicar nada. Y eso si se admitía que *Caracortada* era el Stanislav Atanasoff identificado por las autoridades de Sofía.

Roy sacudió la cabeza en un intento de ahuyentar las preocupaciones. Al fin y al cabo, las cosas, mal que bien, iban avanzando. Y como afirmó Elisa Gayarre en una conversación telefónica mantenida el día anterior con el inspector, eso de que Gonzalo Tejero había caído en una trampa estaba por ver. La jueza no dudaba de la sinceridad de Viviana. Pero, quizá contagiada por el retorcimiento general de los

acontecimientos, su señoría apuntó la posibilidad de que los malos, entre los que todavía incluía al político, hubieran representado un sainete frente a la niña como vía de salida en el caso de que la Policía les pisara los talones. Así que, por el momento, Gonzalo Tejero seguiría durmiendo con el pijama de rayas.

Sentado frente al escritorio de Roy, el inspector jefe Badía no daba crédito a sus oídos. El día anterior había guardado cama aquejado de una gastroenteritis aguda. La fiebre, que alcanzó los treinta y nueve grados, no le había permitido atender el teléfono, y Roy no pudo transmitirle los últimos hallazgos de la investigación. Ahora escuchaba, todavía convaleciente, el relato del jefe de Homicidios. La parecía el argumento de una novela de Lorenzo Silva.

—Entonces, ¿las pruebas que implicaban a Tejero son una farsa?

—Esa es la hipótesis más plausible —respondió Roy—, aunque la jueza no acaba de creérselo.

—En ese caso —dijo alarmado Badía—, no hemos detenido a ninguno de los autores.

—Cierto —convino Roy—, pero vamos aclarando las cosas. Sabemos que Alí y *Caracortada* participaron en el asesinato de Onofre Lapuerta, que fue el primero de la lista, y sospechamos que, un par de días después, *Caracortada* se deshizo del marroquí por miedo a que piase. Que fue el mismo motivo por el que también eliminó a Rodrigo Noriega, aunque para este último asesinato se demorase un poco más.

—Ya —murmuró el jefe de la UDEV—. ¿Y tú crees que estos avances aplacarán la ira del *Bicho*?

Roy no hubo de meditarlo mucho.

—Ni de coña.

Rosario escuchó los bufidos de Bohórquez medio minuto antes de que el comisario irrumpiera en su despacho acompañado por el inspector jefe Badía.

—Dime que lo que acaba de contarme el jefe de la UDEV no es cierto —bramó después de golpear con las manos sobre la mesa.

—Me temo que no puedo —replicó Roy.

El Bicho se irguió, ajustó el nudo de su corbata y dio unos pasos por la estancia mientras intentaba recuperar la compostura. Badía, de pie junto a la puerta, arqueaba las cejas a la espera de acontecimientos.

—¿Leíste el reportaje de Patricia Duque en el dominical del *Heraldo*? —preguntó en tono neutro el comisario. Roy negó con la cabeza—. Pues léelo, no tiene

desperdicio. Deja a la Policía Nacional en general y a mí en particular a la altura del betún. Con mucha sorna y delicadeza, pero a la altura del betún. —Bohórquez hizo una pausa para observar las metopas que colgaban de las paredes—. Estoy dando la cara por ti ante los buitres de Madrid —prosiguió al cabo de unos segundos—. He conseguido retener la investigación, aunque no sé por cuánto tiempo. Voy a serte sincero, Roy: me juego mucho en este asunto. Este año me examino para comisario principal, y una serie de asesinatos sin resolver no es la mejor carta de presentación ante el tribunal calificador.

—Entiendo.

El comisario volvió a escudriñar la espartana decoración de las paredes. Luego inspiró hondo.

—Estoy en tus manos —añadió—. Haz lo que puedas.

Roy había propuesto almorzar en el Giorgio, pero, por una vez, se impuso el criterio estético de Alexis. A mediodía, los dos investigadores estaban sentados en el Café Levante ante un velador de mármol sobre el que reposaban un plato de bollería artesanal y dos cortados. El camarero, que transitaba la misma acera que el subinspector, había trazado sendos corazones sobre la espuma blanca de los cafés.

—¡Qué monos! —exclamó Alexis al verlos.

El inspector suspiró al tiempo que sacudía la cabeza.

—Monísimos.

El sol daba de lleno sobre el establecimiento, filtrándose a través de los vitrales modernistas que componían el frontis. Un rayo teñido de azul iluminaba la carpeta de tapas duras que Guzmán había depositado en el centro de la mesa.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Roy.

—Es un envío postal de la policía rumana.

—¿Sobre Ileana Farcas?

—Supongo.

El subinspector dio un sorbo al cortado, se enjugó los labios con una servilleta de papel y tomó la carpeta. El sobre que extrajo era fino. Un breve dossier en el que se informaba acerca de la localización de Ileana Farcas y de las explicaciones ofrecidas por esta sobre su repentina fuga de España.

Los agentes de Bucarest no habían tenido problemas para encontrar a la prostituta, ya que se había alojado en el domicilio materno. Preguntada (con la debida dosis de presión) sobre el motivo de su regreso a Rumanía, la chica, titubeante al principio, acabó confesando la verdad:

A principios de agosto, dos individuos la habían abordado en el portal de su finca

en Zaragoza. Uno de ellos, con el que coincidía a menudo en el Centro Natación Helios, era de constitución atlética y aspecto magrebí; el otro, más alto, tenía un ojo ortopédico y una cicatriz que le cruzaba la ceja. Le propusieron acusar a Gonzalo Tejero de violación. A cambio le pagarían cuarenta mil euros en dos entregas, una antes y otra después de la denuncia. La rumana se negó y los echó sin contemplaciones.

Durante los siguientes días, el tuerto estuvo siguiéndola. Allá donde fuera, la acechaba en la distancia. E Ileana, naturalmente, se inquietó.

El magrebí se le acercó una mañana en el gimnasio del Centro Natación Helios. Muy nervioso, le aconsejó que no rechazara la oferta: la vida le iba en ello. Una semana más tarde, el hombre del ojo de cristal la interceptó en el rellano de su casa y le puso una pistola en el cuello. Una vez dentro del piso, dejó sobre la mesa un sobre que contenía veinte mil euros en billetes de quinientos. Luego le propinó un puñetazo en la boca del estómago. La muchacha cayó al suelo sin aire. El tuerto se inclinó sobre ella, le metió el cañón de la pistola en la boca y la agarró con fuerza del pelo. Si no obedecía, afirmó, la torturaría despacio hasta matarla. Rubricó sus palabras con una patada en las costillas y se marchó.

Durante una temporada, Ileana no vio a *Caracortada*, y pensó que las cosas habían vuelto a la normalidad. No obstante, el sobre con los veinte mil euros, oculto entre dos libros en la estantería del salón, era un recordatorio constante de lo que había ocurrido y de lo que, probablemente, habría de venir. La prostituta se planteó muchas veces acudir a la Policía para denunciar los hechos. Pero cuando más convencida estaba de la conveniencia de hacerlo, Alí fue asesinado en su piso de la Plaza de las Tenerías.

Ileana se asustó mucho con la muerte del chaperero. El susto devino en pánico al día siguiente, cuando *Caracortada* la abordó en el ascensor de casa. El tuerto le mostró una pistola. Según le dijo, era el arma con la que había liquidado a Alí y con la que pensaba eliminarla a ella si no cumplía su parte del trato.

La rumana comprendió que no tenía elección.

Poco tiempo después, Rodrigo Noriega aparecería muerto en su despacho de la Sauna Nordik. Los periódicos airearon los detalles del crimen, e Ileana supo enseguida quién estaba detrás. Pero ¿qué podía hacer?

La mañana del sábado veintitrés de septiembre, *Caracortada* llamó al timbre del ático. Ileana, aterrorizada, le franqueó el paso. El hombre llevaba un bote de muestras con semen y una jeringuilla. Ileana sabía lo que tenía que hacer: delante del delincuente, llenó la jeringa con el contenido del bote y se inyectó el fluido en la vagina y en el recto. Antes de abandonar el ático, y para reforzar la credibilidad de la denuncia, *Caracortada* le infligió una severa paliza que le dejó marcas por todo el

cuerpo y miedo en cada recoveco del alma. Luego, mientras le acariciaba las mejillas, la instruyó sobre lo que debía declarar en las dependencias del SAM.

La semana siguiente alguien deslizó un sobre con los veinte mil euros restantes por debajo de la puerta de su domicilio.

Sobrevino un tiempo de calma solo perturbado por el recuerdo del injusto encarcelamiento de Tejero. No obstante, el terror era mayor que los escrúpulos, así que intentó olvidar el asunto. Hasta que una tarde descubrió a *Caracortada* siguiéndola de lejos por una calle próxima a su casa. Convencida de que el tuerto planeaba matarla, aceleró el paso y se guareció en el portal. Ya a salvo en el ático, reservó en Internet un vuelo a Bucarest. Había decidido denunciar los hechos a la Policía y huir de España.

No detectó a *Caracortada* en los días siguientes. También los hijoputas descansan, pensó. Aprovechó para salir de su domicilio y apostarse en las proximidades de la Jefatura. Quería poner a África Trinidad al corriente de la situación. Pero cuando la vio apearse del coche vestida de uniforme, cambió de opinión. ¿Qué policía en sus cabales iba a creer aquella enrevesada historia? Y si la creían, ¿no la meterían en prisión por haber denunciado falazmente al político? Además, las probabilidades de que *Caracortada* acabara descubriendo la delación eran muy altas, con las letales consecuencias que de ello se derivarían. La muchacha, presa del terror, echó a correr. A la mañana siguiente abandonó España.

En Bucarest se sentía segura. Allí se enteró de la aparición del cadáver de Onofre Lapuerta, que recibió como el eco de una lejana noticia. Los remordimientos seguían recomiéndole el alma, pero prefería sobrellevarlos silenciosamente viva. Porque, aunque lamentaba la situación de Tejero, él solo se jugaba la cárcel. Ella, por el contrario, podía perder el pellejo.

Alexis plegó la traducción del informe rumano y la devolvió al sobre. Roy revolvía su cortado, ya frío, dejándose hipnotizar por el rítmico movimiento de la cucharilla.

El subinspector estaba asombrado.

—He de reconocerlo —afirmó—. Acertaste de pleno con Ileana. Menuda habilidad para la adivinación.

—Qué adivinación ni que niña muerta —masculló Roy—. Un poco de sentido común y algo de experiencia.

—Experiencia aprovechada —corrigió Alexis—. Porque yo también llevo años en esto y mis pronósticos no dan una.

Roy trató de ignorar el cumplido, pero la alusión a sus dotes proféticas le provocó una súbita taquicardia. Sabía que solo era capaz de vaticinar desgracias, y hacía días

que un augurio ominoso rondaba por su cerebro: a pesar de los avances en la investigación y del tiempo transcurrido desde la última muerte, intuía que los asesinatos no habían terminado.

Rosario y África se encontraron en la Puerta del Carmen después del trabajo. Habían abandonado la Jefatura por separado, ya que el inspector creía que aún era pronto para hacer pública la relación. Que una cosa es ir venciendo paulatinamente los complejos y otra muy distinta encarar a calzón quitado la normalidad. África, con la resignación que a modo de poso los siglos han decantado en el corazón de las mujeres, obvió el desaire de Rosario y se guardó las ganas de plantarle un buen par de sopapos.

La pareja deambuló por el centro histórico hasta desembocar en la calle Cádiz, donde peregrinaron de bar en bar degustando tapas y cervezas. El inspector relató a África el contenido del informe rumano. También le confesó los negros presentimientos que poblaban su mente.

África Trinidad no contradujo el pesimismo de Rosario. Al igual que Alexis Guzmán, era consciente de su enigmática clarividencia para los infortunios.

Concluido el tapeo, montaron en un taxi que los llevó a la Avenida de América. Aquella noche dormirían por separado: Rosario necesitaba estar solo. El taxi frenó frente al portal de África, quien se despidió con un beso y desapareció en el interior del zaguán. Rosario ordenó al taxista que aguardara.

—¿Continuamos? —preguntó el chófer al cabo de un par de minutos.

El inspector observó cómo se encendía la luz en el apartamento de su compañera. Al poco, esta describió una cortina y se asomó al exterior.

—Adelante —ordenó Rosario.

El taxi reanudaba la marcha por las calles desiertas de la ciudad cuando el teléfono del inspector comenzó a vibrar.

—Dime, África.

—Muy galante por tu parte esperar a que esté a salvo en mi casa.

La voz de la mujer rezumaba irritación.

—¿Te sienta mal que me preocupe por tu seguridad? —inquirió Rosario.

—Soy cinturón negro de judo y llevo una semiautomática en la cintura. No necesito que nadie me proteja.

Sin saber por qué, el inspector pidió perdón. Para él, algunas reacciones femeninas carecían de explicación (de una explicación masculina, se entiende) y lo único sensato era ignorarlas. África aceptó las disculpas antes de cortar la comunicación.

El taxi aparcó frente al número 23 de la calle Santa Teresa de Jesús. El cierzo ululaba entre las ramas de los árboles, enfriando la noche. Roy abonó la carrera y bajó del vehículo. Cuando abrió la puerta de la finca, el viento se coló en el portal, junto con un remolino de polvo y hojas secas.

El inspector tomó el ascensor hasta la tercera planta. En el rellano intentó sin éxito encender la luz, que llevaba días fundida. A ciegas, buscó la llave en su bolsillo y la introdujo en la cerradura. Al empujar la puerta, le sorprendió la oscuridad del piso. A esas horas, su madre solía estar en el salón, gimiendo ante la tele. Tal vez había sufrido alguna de sus jaquecas y se había metido en la cama.

Roy cruzó el umbral y cerró la puerta con sigilo. A sus espaldas, un sonido inconfundible lo dejó paralizado.

Era el clic de un revólver amartillándose.

El inspector se apartó a toda prisa de la puerta y, parapetado tras un tabique del recibidor, desenfundó la pistola. Luego deslizó la mano izquierda a lo largo de la pared para encender la luz. Su corazón latía desbocado. De haber llevado el pulsómetro, lo habría reventado. Después de unos segundos de tanteo, consiguió accionar el interruptor; en el mismo acto, se lanzó al suelo y rodó para tratar de localizar y abatir a su enemigo. Este había abandonado su posición inicial y se había escorado hacia la derecha. Ahora encañonaba a Rosario con un dos pulgadas del treinta y ocho. En su rostro, la tensión de las mandíbulas y el ceño fiero denotaban una decidida voluntad de matar.

—¿Abuelo?

—¿Eres tú, Rosario?

—¿Qué coño haces a oscuras empuñando un revólver? —preguntó el inspector.

El subcomisario bajó el arma mientras respiraba hondo para apaciguar el ritmo cardíaco.

—*Caracortada* ha estado por aquí.

Capítulo treinta y cinco

11 de octubre, miércoles.

Por primera vez en muchos años, el subcomisario jubilado Damián Roy desayunaba con su hija Mercedes y su nieto Rosario después de haber pernoctado en el domicilio familiar de la calle Santa Teresa. El ambiente en la mesa del salón era extraño. Los comensales se desenvolvían con cortesía, simulando normalidad, pero una especie de electricidad estática entumecía sus movimientos. Damián y su hija llevaban más de una década sin verse. La relación estaba oxidada, no sabían de qué hablar. Cualquier intercambio de palabras chirriaba como una bisagra vieja.

Y eso que lo ocurrido la jornada anterior había distendido en parte la tirantez entre padre e hija.

El martes, al atardecer, alguien había llamado al timbre. Mercedes estaba sola. Cuando abrió la puerta, se encontró con un tuerto de metro noventa, calvo y corpulento, cuyo ojo de cristal destellaba como el filo de una amenaza. La mujer sintió una punzada en el corazón. Aquel tipo (su semblante, su cicatriz, el desdén peligroso de su mirada) destilaba perfidia por todos los poros de la piel. De repente, Mercedes retrocedió en el tiempo y recreó a la quinceañera cuya inocencia había muerto en Juslibol embestida por la lascivia salvaje de una fiera con apariencia humana. Luego miró a *Caracortada*. En el fondo de su única pupila vislumbró la misma crueldad, la misma saña perversa que había visto brillar en los ojos de su agresor mientras la forzaba sobre la tierra húmeda de los galachos.

Mercedes intentó aparentar seguridad.

—¿Qué quiere?

Desde el umbral, *Caracortada* escudriñó el piso. Llevaba un abrigo largo de paño oscuro y las manos metidas en los bolsillos. Su voz silbó como una serpiente ronca:

—¿Es usted la madre del inspector Roy?

Las palabras de aquel individuo llegaban envueltas en un hálito fúnebre que heló el corazón de Mercedes.

—Sí, soy su madre —respondió, disimulando el miedo que la invadía.

Caracortada siguió con el escrutinio del vestíbulo y de la porción de salón que atisbaba desde el umbral. Por unos instantes, pareció olvidarse de la presencia de la mujer. Hasta que chasqueó la lengua y posó su mirada de buitre sobre ella.

—Su hijo ya consiguió lo que buscaba. Tejero está en la cárcel y los crímenes se han resuelto, aunque sea en parte.

—No sé de qué me habla.

Caracortada obvió la interrupción y siguió hablando con su voz gélida y cavernosa.

—Lo que tiene que hacer ahora es olvidar la Operación John Wayne y cuidar de su familia. Sobre todo de su madre.

El tuerto sacó las manos de los bolsillos. Eran descomunales, poderosas, y estaban enfundadas en unos lustrosos guantes de cuero negro. Crispó la izquierda alrededor del cuello de Mercedes, con fuerza contenida. En la derecha empuñaba una pistola que blandió ante los ojos de la señora.

—Sería una lástima que le ocurriera algo.

Después de eso, Mercedes no recordaba gran cosa. Su cerebro activó el modo automático y decidió pedir auxilio a la persona a cuyo lado, a pesar de todo, se había sentido más segura. Cuando la voluntad se colapsa, los resortes del instinto toman el timón en busca de un puerto seguro. Mercedes telefoneó a Damián: ante los balbuceos de su hija, al subcomisario se le deshizo el alma. Sin pensarlo, desempolvó el viejo Smith&Wesson y acudió presto al rescate.

Damián y Rosario ultimaban sus cafés mientras analizaban los acontecimientos. Mercedes, bastante entera si se tenían en cuenta las circunstancias, recogía los cacharros. La presencia de su padre y la recién estrenada tregua familiar le habían insuflado confianza.

Para garantizar su seguridad, el inspector Roy recabó la presencia de una patrulla en el portal del domicilio. Aun así, dudaba si no sería mejor permanecer en el hogar cuidando de la familia. El abuelo le quitó la idea de la cabeza.

—*Caracortada* no va a regresar —adujo—. La finalidad de su visita no fue otra que apartarte de la investigación. Lo que pretende ese malnacido es que te quedes junto a tu madre y, de esa manera, neutralizarte como investigador. Eso solo significa una cosa: que estás pisándole los talones. Ahora más que nunca, debes centrarte en el trabajo.

Rosario meditó las palabras del subcomisario y concluyó que tenía razón: tras la audaz jugada de *Caracortada* podía esconderse el temor a una inminente captura. La claudicación no entraba en los planes del inspector, así que decidió proseguir con sus

rutinas. La vigilancia de la patrulla en el portal y la escolta del abuelo Damián brindaban suficiente protección a Mercedes.

A las nueve de la mañana, África Trinidad y Novato Sin Apellido se personaron en el domicilio de los Roy para practicar la inspección ocular. La muchacha saludó con neutralidad profesional a la familia. Coligiendo que Mercedes no estaba al tanto de la relación entre África y su hijo, el subcomisario correspondió al saludo con la misma desapasionada urbanidad. Cada pareja tiene sus ritmos y sus convenios, y él no era quién para alterarlos.

Según el testimonio de Mercedes, el tuerto había portado guantes durante el encuentro, lo que descartaba *a priori* la presencia de huellas dactiloscópicas. No obstante, África registró minuciosamente el piso, el portal, el ascensor, las escaleras... cualquier lugar o superficie con los que *Caracortada* pudiera haber estado en contacto. La Brigada de Policía Científica había recibido, esa misma mañana, la reseña dactilar de Stanislav Atanasoff remitida por Bulgaria. Si hubiera alguna impresión digital en el inmueble, podrían cotejarla con el documento.

Después de dos horas de trabajo obsesivo, África se dirigió al salón, donde esperaba la familia.

—¿Tenemos novedades? —preguntó el inspector Roy.

—Las tenemos —respondió la mujer—. Hoy nos ha llegado la reseña dactilar de Atanasoff, aunque no nos ha servido para saber si estuvo o no en las escenas de los tres crímenes, porque allí se usaron guantes.

—El tuerto de ayer también los llevaba —afirmó Mercedes.

—Después de acceder a la finca —matizó África—. Pero no antes, cuando empujé el vidrio del portal. Supongo que estuvo esperando a que algún vecino saliera del inmueble y, cuando esto ocurrió, las prisas por colarse le hicieron postergar las precauciones.

—¿Entonces?... —murmuró Roy.

—Entonces hemos comprobado con absoluta fiabilidad que Stanislav Atanasoff es *Caracortada*. Y que ayer estuvo aquí.

Rosario Roy no había albergado muchas dudas al respecto, pero le tranquilizó la identificación plena del sospechoso. En su mente resonaron las palabras leídas en el informe de la Agencia Estatal para la Seguridad Nacional. Las autoridades búlgaras habían descrito a Stanislav como «un individuo excéntrico y de comportamiento errático» cuya ideología transitaba los más variopintos parajes del extremismo.

Ahora tenía la certeza de que aquel orate andaba suelto por la ciudad. Solo restaba averiguar por qué había elegido Zaragoza como sede de su locura homicida.

Eso y echarle el guante.

Rosario, África y Novato Sin Apellido marcharon a la Jefatura. Los transeúntes, sobre todo los más jóvenes, llevaban cachirulos anudados al cuello. Algunas calles estaban engalanadas con flores y banderines. Se aproximaban los días centrales de las fiestas del Pilar y la ciudad olía a jolgorio.

El inspector puso al día a sus jefes y a los miembros del Grupo de Secuestros y Homicidios. También telefoneó a la jueza Gayarre para relatarle la visita de *Caracortada*. Todos ellos se mostraron sorprendidos y preocupados por la audacia de Stanislav Atanasoff.

Se dirigió al Giorgio en compañía de Alexis Guzmán. Los últimos sucesos le habían abierto el apetito. Sentado en la terraza frente a unos calamares con más fritura que chicha, Roy escuchaba los argumentos de su colega.

—Estoy de acuerdo con tu abuelo —afirmaba el subinspector—: la actitud de *Caracortada* evidencia nerviosismo.

—O una imaginación fuera de lo común —apostilló Rosario—. Recuerda que fue novelista. A veces tengo la impresión de que está representando en la vida real el éxito literario que no supo escribir.

—Es una opción —convino Alexis—, pero yo me decanto por una explicación más operativa. El búlgaro está notando el aliento policial en el cogote y ha tratado de espantarte o, al menos, alejarte de la investigación.

—Eso tiene un sentido relativo. Si lo hubiera logrado, otro habría tomado el mando de la operación, y él lo sabe. La situación no habría variado de manera sustancial.

El subinspector reflexionó mientras observaba cómo su jefe masticaba trabajosamente un calamar.

—¿Quién te habría relevado? —interrogó.

Roy respondió al instante.

—Tú, por supuesto.

—Quizá fuera ese su objetivo —conjeturó Alexis—. Los tres muertos eran gais, al igual que yo, como desveló la bocazas de Patricia Duque en su último artículo. Puede que no solo quiera eliminar homosexuales, sino vencerlos también en el juego del gato y el ratón. Derrotar a un policía gay, dejando en evidencia a todo el colectivo.

—Un final de película —dijo Roy.

Los investigadores no hablaron durante los siguientes minutos. El inspector comía ensimismado y Alexis paladeaba el café al tiempo que fantaseaba con la ucronía de una Operación John Wayne dirigida por él mismo. Luego, resignado, tornó a la realidad.

—Mañana es el gran día —recordó.

—¿Qué gran día?

Con el reciente ajetreo, Roy casi había olvidado que el jueves, festividad de la Virgen del Pilar, iba a tener lugar la maratón para la que había estado preparándose durante todo el año. A veinticuatro horas de la competición, le asaltó una duda: ¿debía participar en la carrera? ¿Y si ocurría algo mientras corría?

El subinspector Guzmán fue taxativo:

—Tienes que participar, llevas mucho tiempo entrenando. Yo estaré atento al móvil y me haré cargo de la situación en caso necesario.

—No hará falta —dijo Roy después de pensarlo—. África me acompañará. Nos llevaremos un *K* y lo aparcaremos en algún garaje cercano. Siempre corro con una riñonera en la que llevo la equipación policial de emergencia, teléfono incluido. Si pasa cualquier cosa, me incorporo al trabajo de inmediato.

—¿Llevas la pistola para correr? —preguntó Alexis.

—Llevo la pistola hasta para bajar la basura.

Como no quedaban tareas pendientes en el despacho, Roy y Guzmán invirtieron la tarde en entrevistarse con la tropa. Primero subieron a la última planta de la Jefatura, al *Palomar*, para encontrarse con Ordóñez, quien, en aquel momento, era el encargado de vigilar los dos teléfonos intervenidos. Para no variar, seguían inactivos.

—No se han puesto en marcha desde que los pinchamos —murmuró en tono de reproche el policía—. Ni creo que se vayan a poner. ¿Qué os hace pensar que *Caracortada* y sus compinches pretenden volver a matar?

—Nada en concreto —respondió Roy—, y todo, según como se mire. Es solo una posibilidad más, y no podemos despreciarla.

—Nunca daremos con él —vaticinó Ordóñez—. Ese tío es más listo que nosotros.

El comentario exasperó a Alexis.

—Tienes parte de razón —dijo con voz seca—. Desde luego, es bastante más listo que tú.

Roy tomó del brazo al subinspector y, aduciendo un pretexto, lo sacó del *Palomar*. Mientras bajaban por las escaleras, Guzmán se disculpó.

—Sé que no debería haber dicho eso, pero es que me saca de mis casillas.

El inspector sonrió con disimulo. Ciertamente, aguantar los desaires de Ordóñez requería de una ecuanimidad solo al alcance de bonzos.

Los investigadores regresaron a las dependencias de Homicidios para coger las llaves del Vectra. Tenían la intención de visitar a los agentes que hacían guardia en el Parque del Tío Jorge. Alexis rebuscó en el cajetín. Entretanto, Jonás irrumpió en e

despacho blandiendo un folio.

—El día uno de junio, Stanislav Atanasoff entró en España por Barajas proveniente de Georgia —informó.

—¿Con su pasaporte búlgaro? —preguntó Roy.

—Correcto —confirmó el agente—. Y ahí le perdemos la pista. No figura alojado en ningún hotel, no ha alquilado ningún vehículo, no ha sido detenido ni multado. Es como si no existiera.

Roy no pudo dejar de admirar la habilidad de *Caracortada*. Hoy en día es casi imposible pasar inadvertido para los miles de tentáculos que las autoridades extienden por doquier. Toda acción humana deja alguna huella física o digital. Los datos personales se anotan en los hoteles, al adquirir un móvil, alquilar un coche o embarcar en un avión. Hay que exhibir la documentación para abrir una cuenta corriente o para ingresar en un hospital. Nuestros movimientos quedan registrados en los cajeros automáticos, en los pagos con tarjeta en restaurantes, en las cámaras instaladas en la vía pública, en las llamadas de teléfono. No podemos sustraernos al ojo ubicuo del Gran Hermano gubernamental. No podemos engañar a Leviatán.

O sí. Porque, hasta la fecha, *Caracortada* lo había conseguido. Lo que implicaba que, además de ser escurridizo como una anguila, disponía de documentación falsa o contaba con una sólida red de apoyo. Los investigadores sabían que al menos tres personas habían colaborado con Atanasoff: Alí (en el asesinato de Onofre Lapuerta), el individuo con guantes que le había acompañado en la ejecución de los tres crímenes y el interlocutor a quien informaban por teléfono antes y después de los homicidios. Podían ser suficientes, si disponían de dinero y capacidad organizativa.

Alexis estacionó el Opel Vectra en un lateral del Tío Jorge. El parque bullía de niños vociferantes. Con motivo de las fiestas, el ayuntamiento había dispuesto toda suerte de entretenimientos para los más pequeños: un guiñol, camas elásticas, tres castillos de aire, carreras de bicicletas. En medio de aquel alboroto, Neira y Jurado pasaban desapercibidos.

—¿Hoy no os disfrazáis de corredores? —interrogó Roy cuando hubo llegado a su lado. Los dos policías estaban sentados en un banco frente al lago. Jurado fumaba un cigarrillo y Neira lanzaba migas de pan a las palomas.

—No, jefe —contestó el primero—. Hoy toca caracterizarse de abuelos. ¿No ve a este —señaló a su compañero— alimentando a las ratas voladoras?

—Es que no había ninguna obra cerca —se excusó Neira—. Donde haya una buena zanja, que se quiten todas las palomas.

Rosario y Alexis sonrieron. Aquella pareja siempre estaba de buen humor, no como

el malasombra de Ordóñez. Jurado aplastó la colilla contra la suela de su bota y la depositó en una papelera cercana.

—Aparte de la visita del puñetero búlgaro —dijo cuando regresó al banco—, ¿hay alguna novedad que los soldados debamos conocer?

—Ninguna —respondió Roy—. Solo veníamos a ver cómo estabais y a recordaros que aún confiamos en la operatividad de este servicio.

—Pues si ustedes confían, nosotros no somos quiénes para objetar.

—¿Cuándo tenéis la siguiente guardia? —preguntó Alexis.

—Mañana por la tarde.

Un jabardillo de bicicletas zumbó frente a los policías. Los niños, portando dorsales a la espalda, pedaleaban y reían alrededor de la laguna. Algunos todavía se ayudaban de ruedines, pero esprintaban como si estuviera en juego el Tour de Francia. Un monitor con chaleco reflectante y gesto grave oficiaba de árbitro. Neira siguió a los críos con la vista.

—El premio es un rompecabezas de *Peppa Pig* y tres libros de *Dora la Exploradora* —explicó—. Se celebran dos carreras al día, una por la mañana y otra por la tarde.

—Estás muy bien informado —observó Roy.

—Mi hija no deja de darme la tabarra para que la traiga.

Alexis advirtió la pesadumbre en el semblante del policía. El subinspector no tenía mocosos, pero imaginaba la ilusión que esa clase de festejos despierta en ellos.

—Mañana vengo en tu lugar —dijo—, así traes a tu hija a las carreras de bicis, o la llevas a la Pilarica, a ver la ofrenda de flores.

—De ninguna manera —protestó Neira—. Es mi turno y lo cumplo.

Alexis Guzmán insistió:

—Salvo que el inspector Roy me contradiga, vendré con Jurado por la tarde. Es una orden.

Roy guardó silencio y Neira palmeó el brazo del subinspector en señal de agradecimiento.

—Cuánta ternura —ironizó Jurado—. Se me va a correr el rímel.

El sol declinaba tras la ventana del despacho, tiñendo de ocre la estancia. Roy apagó el ordenador y se retrepó en la butaca. Llamó a su casa para verificar que la patrulla continuaba en el portal y el abuelo Damián al frente del fuerte. Todo estaba en orden.

Por la mañana, antes de salir hacia el trabajo, había tenido la precaución de preparar una mochila con las zapatillas y demás prendas de deporte. La depositó en el asiento del copiloto, arrancó el Vectra y se dirigió al domicilio de África. Si nada lo

impedía, la pareja tenía ante sí un puente plagado de actividades. Al día siguiente, festividad del Pilar, asistirían a la ofrenda de flores. Luego comerían ligero por el centro y regresarían al estudio de la Avenida de América para echar una siesta. A las siete de la tarde, mientras los baturros más rezagados dejaban los últimos ramos a los pies de la Pilarica, Rosario, cerca de allí, afrontaría los primeros compases de la maratón. Llevaba un año preparándose para ese momento, y en sus entrañas comenzaba a hervir la excitación.

La Avenida de América, como el resto de la ciudad, estaba congestionada por el tráfico. El inspector Roy hubo de aparcar más lejos de lo habitual y cubrir un kilómetro a pie con la pesada mochila al hombro. Luego llamó al telefonillo, entró en el portal y montó en el ascensor. Al salir al rellano, reparó en que la puerta de África estaba entornada.

En el interior de la vivienda sonaba una vieja canción de Masbirras.

*Nos gustaba Cass
la chica más guapa de la ciudad
su forma angelical de pisar la nieve
mientras tararea la última estrofa de Dylan*

El inspector cruzó el umbral y cerró la puerta. Olía a incienso y perfume de mujer. África salió del baño con un picardías que cubría menos piel de la que dejaba a la vista. A Roy le encantó que fuera así.

*Su manera tan dulce de guiñar
como si estuviera recitando un poema
o pintándose los labios
en el espejo de cualquier fotografía*

África se giró para coger dos copas de champán que había dejado preparadas en la barra de la cocina. El tul del picardías se adhería con avidez a sus glúteos.

—¿Una copa? —preguntó.

*Y ahora la lloramos
todos y enviamos violetas
a direcciones inventadas
todas dirigidas
todas dirigidas
todas dirigidas a Cass...*

Rosario alzó el vaso para brindar. La mujer correspondió, tomó un sorbo y, agarrando del brazo a su compañero, lo condujo hacia la cama.

—El sexo antes de la competición perjudica el rendimiento —protestó este.

África dejó la copa sobre la mesilla auxiliar y, muy despacio, comenzó a desabotonarse el picardías. Rosario asistía hipnotizado al estriptis. Al cabo, dos pechos voluminosos asomaron bajo la prenda.

... la chica más guapa de la ciudad.

Capítulo treinta y seis

12 de octubre, jueves. Día del Pilar.

La mañana amaneció luminosa y templada. África y Rosario, con sus cachirulos al cuello, tomaron el autobús hasta las inmediaciones de la Plaza de España. A partir de allí, el tráfico estaba suspendido a causa de la ofrenda floral. La pareja se desplazó a pie por el Paseo de la Independencia y la calle Alfonso. A lo largo del recorrido, los primeros grupos de baturros, ataviados con trajes regionales, avanzaban a paso lento para depositar los ramos de flores en el monumento a la Virgen dispuesto en medio de la plaza, frente a la basílica del Pilar. A pesar de lo intempestivo de la hora, la aglomeración de oferentes y curiosos era considerable. Por la megafonía se oían las voces rotundas y bravas de los joteros que cantaban desde el estrado ubicado frente al templo. Agentes de la Unidad de Intervención Policial (UIP) y miembros de Protección Civil velaban porque el acontecimiento se desarrollara sin sobresaltos.

Rosario, de ordinario flemático, se conmovía con aquella tradición. En su mente se daban cita los recuerdos de la infancia: el manto de la Virgen, tejido de claveles y gladiolos blancos y ornado con la cruz de Lorena, los adoquines del Pilar, las frutas de Aragón, su madre, vestida con refajo, saya y jubón, y con el pelo recogido en un moño que dejaba a la vista una faz tersa y hermosa, un rostro joven y enérgico que el tiempo degradaría hasta convertir en una sombra avejentada. Desde su niñez, había acudido año tras año a aquella muestra de devoción popular, y su corazón había palpitado con los compases contenidos de aquellas jotas telúricas que movían a la pasión religiosa y guerrera.

Después de una hora, entraron en la basílica, besaron el Pilar de jaspe sobre el que, según la creencia popular, la Virgen, en carne mortal, se había aparecido al apóstol Santiago, y rezaron un avemaría en la capilla mariana. A la derecha del templete, prendidas de una columna, se conservaban las bombas lanzadas contra la basílica durante la Guerra Civil y que, por razones que se ignoran, nunca llegaron a estallar. Unos creían en un milagro, otros decían que quienes las fabricaron eran milicianos zaragozanos que, sabedores del destino de los proyectiles, habían instalado espoletas defectuosas.

Rosario no era creyente, o no lo era mucho, o no se lo planteaba. Pero frente a la

imagen de la Pilarica sentía siempre un estremecimiento entrañable, un susurro que le aquietaba el alma y le ubicaba en el mundo, insinuándole verdades eternas que no alcanzaba a comprender. Y es que en Zaragoza hay quien venera a la Virgen del Pilar sin reparar demasiado en su Hijo. El inspector salió del templo con el espíritu sosegado.

La plaza estaba abarrotada. África y Rosario rodearon El Pilar y abandonaron la zona por el Paseo Echegaray y Caballero. Allí observaron los preparativos para la maratón, cuya salida y llegada tendrían lugar entre la basílica y el Ebro. La avenida era ancha y una cinta delimitaba los dos sentidos de la carrera. Rosario notó una comezón en las tripas mientras repasaba mentalmente el recorrido.

El pistoletazo de inicio tendría lugar justo detrás del templo. Desde allí, los corredores transitarían por el Paseo Echegaray y Caballero hasta el obelisco de la Plaza de Europa, enfilan la calle de los Diputados, pasarían frente al Palacio de la Aljafería y recorrerían las calles y avenidas de la ciudad para desembocar en el Parque Grande, donde un circuito de quince kilómetros los llevaría por los Pinares de Venecia, el Parque de Atracciones y el Canal Imperial. Regresarían a la ribera del Ebro por el Camino de las Torres. A la sombra del Pilar, y en sentido inverso al de la salida, arribarían a la meta. A lo largo de la calzada se habían colocado puestos de atención sanitaria y mesas de avituallamiento, aún desabastecidas.

La pareja vagó a la vera del río, que venía crecido y rumoroso. Numerosos remeros se esforzaban en sus piraguas al sol de la mañana. Entretanto, los operarios de la carrera colocaban las últimas vallas y precintos, y las grúas del ayuntamiento retiraban algunos vehículos todavía estacionados en la calzada.

—¿Nervioso? —preguntó África.

—Un poco —respondió el inspector—. La verdad es que me estoy preguntando quién carajo me mandó meterme en esto.

—No tienes por qué correr. Nadie te obliga.

—¿Estás de broma? Llevo meses sudando la gota gorda y luchando contra la fascitis. Ahora no puedo dejarlo.

Anduvieron por las calles abarrotadas del casco histórico hasta llegar al emblemático laberinto del Tubo. Allí picaron de manera frugal, estrujados por la montonera de gente que se apiñaba frente a las barras de los establecimientos. Luego deshicieron el camino por el Paseo de la Independencia y tomaron el autobús hasta la Avenida de América.

En el estudio de África bajaron las persianas y se tumbaron sobre el colchón.

Rosario descansó, pero no logró conciliar el sueño. Su cabeza no cesaba de visualizar el recorrido de la carrera, los puntos que, por su pendiente u otras circunstancias, presentaban mayor dificultad. Sabía que su preparación había sido

exhaustiva y que estaba en buena forma. Si no los controlaba, sus mayores enemigos serían la precipitación y el deseo de dejarse llevar, al comienzo de la carrera, por una velocidad mayor que la que sus piernas podían soportar. Tenía que mantener la mente fría y revisar el ritmo con el pulsómetro. Observando estas reglas, el objetivo estaría al alcance de su mano.

A las cuatro se levantó de la cama. Tras una ducha templada, se puso las mallas, la camiseta técnica, el cortavientos con el dorsal y las zapatillas. En una mochila que portaría África, metió ropa de abrigo junto con algún tentempié para después de la carrera. Por último, se ciñó la riñonera, en la que llevaba el arma, los grilletes y el móvil.

África se desperezaba entre las sábanas.

—¿Ni siquiera hoy la dejas en casa? —preguntó aludiendo a la pistola.

—¿Después de la visita de *Caracortada* a mi madre? Antes me dejó las zapatillas.

La mujer se dirigió al aseo. Rosario aprovechó para telefonar al abuelo Damián y comprobar cómo andaban las cosas por casa. El subcomisario le tranquilizó y le deseó suerte para la maratón. Acto seguido, el inspector llamó a Alexis Guzmán.

—¿Qué hay por el Tío Jorge?

—Niños corriendo en bicicleta, madres desesperadas y abuelos con exceso de sol y tintorro —respondió el subinspector—. Ahora ha comenzado un certamen de jotas, Jurado está a punto de pegarse un tiro.

—¿No le gustan los cantos regionales?

—Los de aquí, no —dijo Alexis—. Como es asturiano...

Al otro lado de la línea se oyeron los calderones de un baturro coronados por una estruendosa ovación, y a Jurado rezongando en voz queda.

—¿Quién está en *El Palomar*? —continuó Rosario.

—Jonás. Los teléfonos siguen apagados, pierde cuidado. Ánimo para la carrera.

África salió del lavabo recién duchada. Una coleta le recogía la melena negra y brillante. Llevaba vaqueros ajustados, un jersey holgado de punto y zapatillas de tenis.

—Es por si tengo que darte un empujoncito —explicó mientras señalaba el calzado. Luego se anudó un cachirulo al cuello y ciñó otro alrededor de la frente del inspector.

—¿Y este detalle folclórico? —preguntó Roy.

—Folclórico y deportivo —precisó la mujer—. Te integra en la fiesta al tiempo que empapa el sudor de la frente. Alta tecnología baturra.

Convenientemente pertrechada, la pareja salió del domicilio. Circularon en el Vectra hasta un aparcamiento público cercano a la Plaza Basilio Paraíso. Recorrieron a pie el Paseo de la Independencia. Luego torcieron en Don Jaime para evitar el aluvión de maños que desfilaba por la calle Alfonso I. Al llegar al Paseo Echegaray y

Caballero, doblaron a la izquierda y cubrieron los escasos metros que les separaban de la línea de salida de la maratón, emplazada a la espalda de la basílica del Pilar.

Más adelante, en la confluencia de Echegaray y Caballero con el Puente de Santiago, Roy atisbó una furgoneta de Tinduf, la empresa del argelino Lamalmi. El muy astuto se había agenciado la distribución de bebidas para la competición, pensó el inspector. De la parte trasera del vehículo, alguien descargaba botellas de agua y refrescos isotónicos de la marca Santo Cristo sobre una mesa de avituallamiento. A pesar de la distancia, Roy pudo distinguir al fornido magrebí a quien había visto, semanas atrás y en análogas labores, en el almacén anexo a la mezquita y en el bar del Parque Grande. El obrero acarreaba presuroso la mercancía. Dentro de la furgoneta en el lado del conductor, un codo reposaba negligentemente sobre el hueco de la ventanilla. Roy supuso que ya habían surtido los demás puntos del recorrido.

Eran las cinco y media de la tarde, todavía no había corredores en la línea de salida, ni siquiera miembros de la organización. África tomó posiciones detrás de la basílica, frente al río. Desde allí podría ver a su compañero dando las primeras zancadas y, si Dios o una lipotimia no lo impedían, cruzando sano y salvo la meta pocas horas después.

Lo que no entendía era por qué habían llegado al lugar con noventa minutos de antelación.

—Me gusta estirar con calma y concentrarme —explicó el inspector—. Dentro de un rato los corredores llegarán en masa y será complicado coger un buen puesto en la salida.

África sacó una chocolatina de la mochila.

—Habrà que amenizar la espera —suspiró—. Porque, entre una cosa y otra, voy a echar aquí seis horas.

—Tampoco es eso. En cuanto empiece a correr, te das una vuelta por ahí. Yo no llegaré a meta antes de las diez y media.

Los corredores iban acercándose poco a poco a la salida, y los espectadores acomodándose tras las vallas. Decenas de agentes de las UIP se desplegaron por la zona. Al oeste, el sol se ponía tras las lejanas almenas de la Aljafería. Desde la Plaza del Pilar, al otro lado del templo, llegaban sonos de jotas que hablaban de amor, de patria y de guerra.

Los miembros de la organización, vestidos con chalecos reflectantes, se posicionaron a lo largo de los metros iniciales del recorrido. Bajo la pancarta de salida, corredores profesionales portaban globos en los que se leía la cadencia que imprimirían a la carrera, que iba desde los cuatro hasta los ocho minutos por kilómetro. Rosario decidió que se pegaría al de los cinco minutos. Era un tipo endomorfo y con piernas de posguerra, al que, en principio, no parecía complicado

seguir. En cualquier caso, si la cosa se torcía, siempre podía engancharse al anorético de los seis minutos.

El inspector se acercó a la valla en la que se apoyaba África.

—Solo queda una hora —observó la mujer.

Roy inspiró hondo y comenzó a estirar los gemelos. Afortunadamente, la fascitis plantar no daba señales de vida.

El teléfono móvil vibró en el interior de su riñonera. Lo sacó y miró la pantalla, la llamada era de Jonás. Cuando se acercó el aparato a la oreja, pudo percibir la tensión en la voz de su subordinado.

—Jefe, ¿me oyes?

—Perfectamente.

—Los teléfonos se han activado.

—¡Qué me dices!

África interrogó a Rosario con la mirada, este le hizo un gesto para que aguardase. A través del teléfono, la respiración de Jonás sonaba agitada.

—El emisor está en los alrededores de la Plaza del Pilar —prosiguió el policía.

—¿Cerca de la ofrenda a la Virgen?

—Ni idea, jefe. La pantalla lo sitúa en un radio de un kilómetro alrededor de la basílica.

—¿Y el receptor? —preguntó Roy.

—En el Parque del Tío Jorge. Como las otras veces.

—¿Has llamado a Alexis? Está allí con Jurado.

—Ahora lo hago —respondió Jonás—. Tú estás por El Pilar, ¿verdad?

—Justo entre el templo y el río, en la línea de salida de la maratón.

—¿Te envío refuerzos?

Roy tardó unos segundos en responder.

—De momento, no —dijo al fin—, no quiero espantar a los malos. Estoy con África. Entre los dos trataremos de localizar a Atanasoff, seguro que es el emisor. En caso de urgencia, echo mano de los compañeros de las UIP que cubren la carrera. Esto está plagado de Policía.

—Como quieras —respondió Jonás—. Yo telefono al subinspector.

Roy cortó la comunicación y relató a África lo sucedido. La mujer sintió un escalofrío en el espinazo; la llamada entre los teléfonos intervenidos solo podía significar una cosa: un nuevo crimen estaba a punto de perpetrarse.

Una luz se encendió en el cerebro del inspector. El hasta entonces imposible rompecabezas de la Operación John Wayne estaba compuesto por piezas que, de repente, cobraban claridad: *Caracortada* y sus ciclotímicos giros ideológicos, el asesinato del ingeniero de minas, la furgoneta de Tinduf, el brazo apoyado

perezosamente en el hueco de la puerta del conductor, la tensa conversación con el empresario Lamalmi y el imán Yusuf en la mezquita de la Avenida Cataluña...

... la maraña informe de los asesinatos comenzaba a desenredarse.

Antes de dar crédito a su corazonada, Roy decidió contactar con Alexis Guzmán. Cuando hubo calculado que Jonás le habría puesto al corriente, marcó su número.

—¿Te han llamado? —preguntó omitiendo el saludo.

—Hace unos segundos —contestó el subinspector—. Jurado y yo nos hemos separado en busca de no sabemos quién. El parque está a rebosar de gente, no será fácil dar con el sospechoso. Imagino que *Caracortada* estará en las inmediaciones del Pilar.

—Así actuaron en las ocasiones anteriores —convino Roy—. Nosotros lo tenemos mejor que tú, al menos sabemos a quién debemos cazar.

—¿África va armada?

Roy hizo un gesto a su compañera llevándose la mano a la zona lumbar, donde los policías suelen esconder su arma reglamentaria. La mujer asintió.

—Sí —respondió el inspector—, no te preocupes. Se me acaba de ocurrir una idea, te llamo en un minuto.

La afluencia de corredores en la calzada y de espectadores al otro lado de la valla iba en aumento, pero aún no entorpecía los desplazamientos.

Desde el estrado dispuesto en la Plaza del Pilar, se oía a un maño de voz potente que tronaba al ritmo de las castañuelas, la bandurria y el guitarrico. Cantaba la jota del Juicio Oral, bisándola en un bucle interminable, cada vez más acelerado y brioso, que Roy interpretó como una orden ineludible del destino.

*Cuando en Aragón se canta
la jota no dice jota...*

El inspector se dirigió hacia la convergencia del Paseo Echegaray con el Puente de Santiago. Trotaba despacio, simulando entrar en calor, mientras África lo seguía por la acera, al otro lado del cercado, sin saber qué pretendía. Nunca hacía preguntas cuando Rosario entraba en modo operativo.

*... cuando en Aragón se canta
dice amor y Pilarica...*

La ofrenda floral tocaba a su fin. Riadas de curiosos confluían en el paseo Echegaray y Caballero, cerca de la línea de salida, para presenciar el inicio de la maratón, que tendría lugar en menos de una hora. Más adelante, en el Puente de

Santiago, el operario de Tinduf seguía descargando bebidas sobre la mesa de avituallamiento. En el suelo yacían los envoltorios de cartón y plástico que habían embalado la mercancía. El conductor de la furgoneta se apeó de la cabina para ayudar a su compañero. Era un tipo alto y corpulento que portaba gafas de sol oscuras y gorra de visera baja, y que ocultaba parte del rostro tras el embozo de la chaqueta.

*... dice madre y dice Patria
dice amor y Pilarica...*

Roy se detuvo a unos metros de la furgoneta, confundido entre el tumulto de corredores. Para disimular, practicó unos estiramientos. África, mientras tanto, se acodó en la valla más próxima. El conductor había retornado a su asiento y el operario magrebí ordenaba el habitáculo de carga con las puertas traseras abiertas. En el interior del vehículo se distinguían palés y un par de cajas blancas con el rótulo TETIS escrito en caracteres rojos.

El inspector confirmó sus presagios.

—¿Te acuerdas de esas cajas? —murmuró.

África miró de soslayo hacia el interior de la furgoneta.

—No me dicen nada —replicó.

—Son idénticas a las que había sobre los anaqueles del despacho de Onofre Lapuerta, en las minas Santa Rosa, junto a los libros de minería y los DVD de pornografía gay.

África Trinidad abrió los ojos como platos.

—¿Entonces?

—Entonces voy a hacer una llamada.

... dice amor y dice Patria.

Roy sacó de nuevo el móvil de la riñonera, recorrió la agenda de contactos y pulsó el número de Julián Sánchez, el encargado de la explotación minera, quien respondió al segundo tono:

—Buenas tardes, señor inspector.

—Buenas tardes. Tengo que hacerle varias preguntas, necesito que me responda con brevedad.

—Usted dirá.

—¿Le suenan unas cajas blancas de cartón con el título TETIS escrito en letras rojas?

Julián Sánchez respondió enseguida.

—Sí. Las utilizamos en las minas. El difunto señor Lapuerta, que en paz descansa la tenía en las estanterías de su despacho.

—¿Son artículos fáciles de conseguir?

—No —respondió Julián—. Es un producto que se usa solo en minería. No está a la venta en droguerías normales, y te toman los datos cuando lo solicitas. Hay un organismo oficial que controla esos datos.

—¿Eché en falta alguna de esas cajas tras la muerte del señor Lapuerta?

Julián Sánchez vaciló antes de contestar.

—No reparé en ellas, si quiere que le sea sincero. No son demasiado caras ni se depositan en caja fuerte.

—Pero sí las guardaban en el despacho del ingeniero de minas, ¿verdad?

—Cierto.

—Y ese despacho queda cerrado con llave, y está protegido con rejas y alarma.

—Sí, claro. El TETIS no es un explosivo, por eso no se guarda en el cofre, donde, además, tampoco cabría. Ninguna normativa obliga a una custodia especial. Pero tampoco es polvo de talco, así que lo almacenamos en la oficina del señor Lapuerta, que cuenta con medidas de seguridad.

—Dice que no es polvo de talco —prosiguió Roy—. ¿Qué es exactamente el TETIS?

—Una marca industrial de cianuro sódico.

—¿Cianuro?

—Sí —confirmó el encargado—. En minería se emplea para separar el oro de la roca madre. Como habíamos descubierto una veta de ese metal, adquirimos unos kilos de TETIS. Queríamos hacer pruebas; verificar si el oro era abundante y de calidad. Y lo era.

La frente de Roy comenzó a trasudar un líquido pegajoso que le descendía por las mejillas y se apelmazaba en la sotabarba.

Su corazonada, como casi siempre, era verosímil y aciaga.

África reparó en la angustia de su compañero y le interrogó con un arqueado de cejas. El inspector la conminó a que aguardara. El jotero de la plaza del Pilar vaciaba sus pulmones en los compases más veloces del canto.

*No hay como la jota, jota aragonesa,
que enciende la sangre y al mundo embelesa...*

—El cianuro sódico —continuó el inspector—, ¿es muy tóxico?

—Es uno de los venenos más rápidos y letales que se conocen —explicó Julián Sánchez—. Una dosis oral de doscientos miligramos es mortal de necesidad. Y piense que en un sobre de azúcar de los que sirven en los bares cabe treinta veces esa

cantidad. En estado gaseoso es ácido cianhídrico: el Zyklón B que usaron los nazis para aniquilar a los judíos. Sólido, líquido o gaseoso produce la cesación de la respiración celular, haciendo que el individuo muera entre espasmos y convulsiones. La duración de la agonía depende de la cantidad empleada. El Parlamento Europeo solicitó en 2010 la prohibición de la minería de cianuro, pero la Comisión rechazó la petición.

—¿Se puede mezclar con agua?

—Es altamente hidrosoluble.

—¿Se detecta al gusto?

—Es incoloro e insípido, aunque algunas personas pueden percibir un olor a almendras amargas. El problema es que el umbral de detección del olor es cercano a la concentración donde comienza la toxicidad.

—¿Podría mezclarse con bebidas isotónicas?

—Por supuesto —contestó el encargado—, y su escaso olor quedaría camuflado.

—Entiendo —dijo Roy—. Muchas gracias.

El inspector cortó la comunicación y sintetizó a África las informaciones de Julián Sánchez. Acto seguido marcó el número de Alexis.

—Adelante —contestó el subinspector.

—Una furgoneta de Tinduf está repartiendo bebidas envenenadas en las mesas de avituallamiento de la maratón.

—¿Cómo?

—No tengo tiempo para muchas explicaciones —apremió Roy—. Los asesinos no constituyen ninguna trama homófoba, sino una célula yihadista. África y yo intentaremos detener al operario de la furgoneta, el magrebí hipertrofiado que vimos aquel día en la nave de Lamalmi.

—¿Va solo?

—Le acompaña un conductor al que todavía no he podido ver la cara, pero sí la complexión. Un tipo alto y robusto.

—¿*Caracortada*?

—Eso creo. *Caracortada* Atanasoff, o como su puta madre lo llame. Cuando huyó a Georgia debió de convertirse al islamismo radical. Era la única locura que le quedaba por experimentar. Contactaría vía Internet con extremistas de Zaragoza y decidió venirse a España. Mataron al ingeniero de minas para robarle cianuro sódico, un veneno letal que puede disolverse en los botellines de agua y las bebidas isotónicas que Tinduf ha colocado en los puestos de avituallamiento. Si no nos damos prisa, aquí va a haber una masacre.

—En ese caso, el receptor de las llamadas...

—El receptor de las llamadas, el que está en el Tío Jorge, tiene que ser Lamalmi

Tal vez el imán Yusuf esté con él, pero no lo creo. Los imanes, sobre todo los que predicán en España, suelen ser hombres de paz.

—¿Detenemos a Lamalmi si lo localizamos?

—Sin contemplaciones. A Lamalmi y a quienquiera que lo acompañe. Pero espera a que te dé luz verde. He de hacer una gestión previa.

... y esta jota sirve, sirve pa' bailar...

Roy marcó el número del comisario Bohórquez. África, a la espera de instrucciones, asistía en silencio al carrusel de llamadas. La impaciencia hacía que le hirviera la sangre.

La voz del inspector sonó áspera.

—¿Comisario?

—¿Qué ocurre, Roy?

—Estoy en la salida de la maratón, detrás de la basílica. Tenemos que actuar rápido. Los homicidas de la Operación John Wayne han abastecido con bebidas envenenadas los puntos de refresco de la carrera.

—¿Qué coño dices?

—No son asesinos homófobos. O no solo homófobos. Son terroristas islámicos. *Caracortada*, Alí y un operario de Tinduf mataron al ingeniero de minas para robar unas cajas de cianuro sódico con las que intoxicar el avituallamiento de la maratón. Tinduf es una empresa dedicada a la comercialización de bebidas. La dirige un argelino llamado Lamalmi.

»Después, *Caracortada* y el operario se deshicieron de Alí para evitar que se fuera de la lengua: hacía tiempo que estaba inquieto, tras el asesinato de Onofre Lapuerta debía de ser un manojo de nervios. Posteriormente, como temían que pudiera haber contado algo a Rodrigo Noriega, se pelaron también a este.

»Y ahora el cianuro está disuelto en las bebidas que van a ingerir los corredores.

El Bicho demoró la réplica.

—Déjame pensar...

—No hay tiempo —cortó Roy—. Ya he pensado yo. Aquí hay un montón de agentes de las UIP. Ordéneles que requisen todas las bebidas. Que se planten en cada mesa de avituallamiento y que no permitan a nadie tocar nada.

—A ver, no nos precipitemos. Lo primero que he de hacer...

—Lo primero que ha de hacer es seguir mis instrucciones. Haga esa llamada. Ahora mismo. Quien beba de esas botellas la palmará sin remedio. Pueden morir centenares de inocentes. África Trinidad y yo vamos a trincar a los dos hijos de puta que están aquí; Alexis y Jurado, al que se comunica por teléfono con ellos desde el Parque del

Tío Jorge.

—¿Al final se activaron los teléfonos?

—¡Haga esa puta llamada, jefe! ¡Ya!

Roy dio por finalizada la conversación y telefoneó de nuevo a Alexis. El subinspector atendió en el acto.

—África y yo vamos a detener a los de la furgoneta —afirmó el inspector mirando a su compañera. Esta hizo un gesto afirmativo.

—Nosotros hemos localizado a Lamalmi —susurró Alexis— sentado en un banco, en la isleta central del parque. Nos hemos alejado para que no nos detecte. Me está costando contener a Jurado, echa espumarajos como un *pit bull* rabioso. Seguimos a la espera de tu orden.

—Pues ya la tenéis —dijo Roy—. Suerte.

*... y en caso preciso,
para pelear, para pelear, para pelear...*

El inspector guardó el teléfono en la riñonera y aprovechó para empuñar discretamente la pistola oculta en el interior. Luego observó cómo África echaba la mano derecha a la espalda para asir su arma reglamentaria. Cada uno a un lado de la valla, avanzaron hacia la furgoneta. En poco tiempo recortaron el espacio que les separaba de ella.

El operario magrebí estaba terminando de recoger los embalajes. Roy apretó el paso para acercarse lo máximo posible a su objetivo. Cuando estaba a menos de diez metros, el empleado se percató de su presencia y gritó algo al conductor, quien encendió el motor. Roy supo que había sido reconocido, por lo que decidió precipitar los acontecimientos. El magrebí cerró las puertas traseras del vehículo y, a toda prisa, trató de alcanzar la del copiloto. El inspector esprintó y lo agarró por el cuello de su mono de trabajo al tiempo que sacaba el arma de la riñonera. Cuando el operario giró la cabeza, Roy se la machacó con la culata de la pistola.

Tres golpes secos bastaron para noquearlo.

En el ínterin, África había saltado la valla hacia la calzada y desenfundado su arma, con la que encañonó al magrebí, que yacía inconsciente en el suelo. En aquel momento, el inspector solucionó una de las dudas que le habían torturado desde el inicio de la investigación. Al mirar los pies del operario, vio unas botas de seguridad negras cerradas con lengüetas de velcro que ocultaban los cordones: las Herock Vulcano cuya huella había aparecido en las escenas de los crímenes de Rodrigo Noriega y Onofre Lapuerta. Un súbito fogonazo mental recordó a Roy dónde las había visto por primera vez: en los pies del operario ahora inerte, mientras trajinaba en el

almacén de Lamalmi el día que el inspector y Alexis Guzmán se entrevistaron con el empresario argelino y con el imán Yusuf a propósito de la muerte de Alí. En aquella ocasión, a Roy le había llamado la atención que, con el calor que hacía en la nave, el obrero calzara unas botas negras y de suela gruesa, cuyo cierre hermético impedía cualquier tipo de ventilación.

Pero la situación en el Paseo Echegaray y Caballero no permitía hurgar demasiado en el pasado. Ante la visión de las pistolas y de la contundente actuación policial, la gente, despavorida, huía del lugar.

Un reguero de sangre manaba de la cabeza del detenido y se derramaba por sus sienes hasta formar un charco oscuro bajo la nuca.

—¿Lo tienes? —gritó Roy.

—Lo tengo —contestó África apuntando con su HK al terrorista—. Ve a por el otro cabrón.

El otro cabrón había puesto en marcha la furgoneta, lanzándola contra el gentío que corría por las inmediaciones. Como el vehículo era lento, Roy, en un esfuerzo agónico, pudo alcanzar la puerta del copiloto, que tenía la ventanilla bajada, y accionar la manija exterior de apertura. La puerta se entornó y el inspector, a la velocidad que le permitían las piernas, enganchó el brazo derecho en el marco de la ventanilla sin soltar la pistola.

El conductor era Stanislav Atanasoff, alias *Caracortada*.

El búlgaro se había deshecho de la gorra y las gafas de sol, y apretaba a fondo el acelerador sin molestarse en esquivar a los peatones. La puerta del copiloto oscilaba en vaivenes, y el inspector Roy, colgado del marco, surfeaba el asfalto tratando de mantener el equilibrio sobre las suelas de goma de sus zapatillas.

Caracortada giró bruscamente a la izquierda y, a todo gas, embocó la Avenida César Augusto. Roy oía los golpes sordos de los cuerpos que impactaban contra el frontal de la furgoneta y las risas enfermizas del búlgaro cada vez que algún transeúnte caía bajo sus ruedas. Atanasoff seguía el trazado de la maratón, arremetiendo contra los organizadores, deportistas y curiosos que se arremolinaban en la zona. Las suelas de las zapatillas de Roy ardían. El inspector calculó que, en breve, con la goma ya consumida, los pies se desollarían y el dolor le obligaría a soltar la puerta. Desesperado, intentó encañonar a *Caracortada*, pero este daba volantazos que hacían imposible la puntería y desequilibraban al agente. Roy estuvo a punto de caer, por lo que hubo de desistir y aferrarse de nuevo al marco de la puerta. En ese momento, Atanasoff extrajo una pistola y, sin dejar de acelerar, apuntó con parsimonia a la cabeza del inspector. Cuando estaba a punto de disparar, Roy se dejó caer y rodó sobre el pavimento hasta que sus costillas impactaron contra una farola. El crujido le indicó que se había fracturado al menos un par de ellas.

Durante la caída, la pistola del policía salió despedida hacia el otro lado de la calzada, más allá de los raíles del tranvía que partían en dos la avenida. Roy intentó ponerse en pie, pero fue en vano. El dolor de las costillas y del resto del cuerpo era insufrible. Reptando como un animal herido, porfió por aproximarse hacia el arma mientras voceaba su condición de agente de la autoridad. Nadie le ayudó. La muchedumbre, aterrorizada, escapaba por las callejuelas adyacentes o se guarecía tras las columnas de los soportales.

La furgoneta, que circulaba doscientos metros por delante de donde yacía el inspector, cambió el sentido de la marcha y frenó en seco. Los focos delanteros del vehículo acecharon el cuerpo lacerado de Roy. Con la caja de cambios en punto muerto, *Caracortada* pisó a fondo el acelerador, haciendo que el motor rugiera como una fiera hambrienta. El inspector ignoró las maniobras de su enemigo y siguió arrastrándose hacia el centro de la calzada. Aún estaba lejos del arma cuando el búlgaro resolvió engranar la primera y lanzarse a tumba abierta contra él.

Roy escuchó el zumbido de la furgoneta y cómo subía de marchas y de velocidad al tiempo que se abalanzaba en dirección a su cuerpo. En lugar de mirar el vehículo, el inspector fijó la vista en su pistola. Con lentitud exasperante, entre dolores y gemidos, atravesó los raíles del tranvía. Poco a poco se acercaba a su objetivo. A lo lejos, en un segundo plano, distinguió los restos de la antigua muralla romana. El bramido del motor y el chirrido de las ruedas de la furgoneta dispararon los latidos de su corazón. Cuando restaban escasos segundos para el atropello, Roy alargó la mano, alcanzó el arma y, tendido sobre el asfalto, encañonó a Atanasoff.

... para pelear, para pelear.

Lo último que vio antes de que la furgoneta se le viniera encima fue la sonrisa sarcástica de Atanasoff. *Caracortada* encuadraba al inspector entre el alza y el punto de mira de su semiautomática Arcus, modelo 98 DA, que tenía empuñada con fuerza en la mano derecha, al otro lado del parabrisas.

Cuatro disparos rasgaron el aire. Luego se escuchó un estruendo de chapa y de cristales rotos.

La contienda entre el búlgaro y el español estaba zanjada.

Capítulo treinta y siete

13 de octubre, viernes.

El inspector Roy entreabrió los ojos y los enfocó sobre los fluorescentes que ocupaban la parte central del techo. Advirtió que este era un revestimiento de escayola dividido en placas cuadradas. Un techo falso propio de edificios públicos: comisarías, salas de espera de Hacienda, habitaciones de hospital. Rememoró vagamente haber protagonizado un encarnizado enfrentamiento con *Caracortada*, del que, al parecer, había salido vivo pero no indemne. Aunque a saber cómo había quedado el hijoputa del búlgaro.

Notó que alguien sostenía su mano derecha y giró la cabeza para identificarlo. El dolor en el cuello fue tan agudo que se le escapó un gemido. Las averías corporales debían de ser considerables. No obstante, pudo distinguir el perfil de África Trinidad, que dormitaba en el sillón de cortesía.

En efecto, se encontraba en un hospital.

—¿África?

Su voz era muy frágil, así que hubo de apretar la mano para que su compañera despertara. La mujer se restregó los ojos y sonrió.

—Por fin —susurró—. Llevas más de veinticuatro horas durmiendo.

—¿Cómo estás? —Rosario recordó haber dejado a su compañera al cargo del musculoso operario de Tinduf, al que segundos antes había tenido el detalle de noquear a culatazos.

—Tan ricamente —contestó la agente—. Guitone, el currinchi de Tinduf, se portó de maravilla. No despertó hasta llegar al hospital. Los leñazos que le arreaste le han afectado el habla, aunque se recuperará. Eso sí, la jeta le ha quedado horrible, y creo que eso no va a tener arreglo.

—¿Y Atanasoff?

—Bastante peor. Tu primer disparo le afectó el ojo sano, ha quedado ciego para siempre. Pero que se joda, hay trece heridos graves por atropello y ha estado a punto de cometer una masacre con el cianuro. El segundo tiro le alcanzó un pulmón. Tienes una puntería de cojones, teniendo en cuenta la situación. Él solo te acertó en un hombro.

»A lo que iba. Como consecuencia de tus disparos, Atanasoff perdió el control de la furgoneta cuando estaba a punto de atropellarte. Dio varias vueltas de campana. Está hecho un eccehomo, pero sobrevivirá. Lo han ingresado en el módulo penitenciario, en el piso de arriba. Por cierto, son las once de la noche y estamos en el Hospital Universitario Miguel Servet.

A la mente de Rosario acudió la imagen de Alexis y de Jurado, a quienes, antes de la batalla final con Atanasoff, había ordenado que detuvieran a Lamalmi. Una punzada le impelió a incorporarse, pero las fuerzas le fallaron y se derrumbó exánime sobre el lecho. El dolor le hizo revivir el impacto de las costillas contra la farola de la Avenida César Augusto, frente a los vestigios de la muralla romana.

—¿Se puede saber qué haces? —le recriminó África.

—¿Alexis y Jurado?

—Durmiendo en sus casas, supongo. A pesar de llevar un kalashnikov bajo la chilaba, Lamalmi no opuso resistencia. Tampoco tuvo ocasión. Jurado se le aproximó por la espalda y le golpeó tantas veces con el arma en la cabeza que al final se partió.

—¿La cabeza de Lamalmi?

—No —negó la mujer—, la pistola de Jurado. Estas HK de plástico no resisten los viejos usos policiales.

—Ya no se hacen pistolas como las de antes.

—Y que lo digas.

Un silencio expectante ocupó los siguientes segundos, en los que Rosario echó de menos un buen pitillo de rubio americano.

Luego llegaron las preguntas inevitables, las explicaciones de rigor, y África hubo de narrar todo lo acaecido desde que el inspector reventó la cabeza de Guitone:

La agente lo había tenido relativamente fácil. Tras la contundente intervención de Roy, Guitone quedó tendido en el suelo con la misma capacidad de reacción que un preservativo usado. El comisario Bohórquez, tragándose su vanidad, había seguido al pie de la letra las instrucciones del inspector y ordenado a las UIP la ocupación de las mesas de avituallamiento y el apoyo operativo en la detención de los dos asesinos. En menos de tres minutos, un uniformado del tamaño de la Puerta del Carmen engrilletaba a Guitone, todavía inconsciente, y lo llevaba en volandas hasta una furgoneta policial.

Liberada de las órdenes impartidas por Roy, África partió en su busca. La tarea no resultó complicada: solo precisó seguir el rastro de cuerpos atropellados hasta dar con la furgoneta de Tinduf, volcada en la Avenida César Augusto, y con los dos contendientes desvanecidos sobre el asfalto. Según relataron testigos presenciales, *Caracortada* había lanzado el vehículo contra el inspector, pero, tendido bocabajo,

este resistió el envite, apuntó con frialdad sobre su oponente y disparó dos veces. El búlgaro también había tirado a través del parabrisas.

Al parecer, el inspector había tenido más cuajo y mejor puntería que Atanasoff, ya que le alcanzó con los dos proyectiles, lo que provocó que el terrorista perdiera el control de la conducción. La furgoneta capotó y se estrelló contra los sillares de la muralla romana. *Caracortada*, que no llevaba puesto el cinturón de seguridad, salió despedido a través de la luna astillada.

Cuando África llegó al lugar, pensó que Rosario y Atanasoff estaban muertos. Algunos transeúntes atropellados yacían gemebundos en el suelo. A lo lejos se oía la alarma de un establecimiento comercial y el llanto desesperado de un chiquillo. La calle semejaba un escenario de guerra. La mujer se acercó hasta el cuerpo de Rosario y posó dos dedos sobre la carótida. Cuando se percató de que tenía pulso, rompió a llorar. Acto seguido, llamó al 091 para requerir auxilio urgente. Una furgoneta de la UIP arribó a los pocos segundos, seis agentes se apearon del vehículo.

—¿Quién es el nuestro? —urgió el oficial al mando mientras examinaba la placa que África le mostraba.

Esta señaló a Rosario. De inmediato, cuatro policías lo transportaron en vilo hasta la furgoneta.

—Podemos llevar a un par más —afirmó el oficial.

África seleccionó a los dos civiles cuyo estado estimó más crítico y los policías los trasladaron al habitáculo trasero del vehículo. El oficial reparó en Atanasoff.

—¿Y a ese?

África sostuvo la mirada del antidisturbios.

—A ese que le den por culo.

El furgón de la UIP salió aullando hacia el hospital.

Varias ambulancias del 061 y dotaciones de la Policía Nacional se hicieron cargo de la situación. Milagrosamente, nadie había muerto. Hubo quien lo atribuyó a la Virgen. Junto al Mercado Central se levantó un hospital de campaña para atender a los heridos. Los más graves, Atanasoff entre ellos, fueron evacuados al Hospital Miguel Servet, el mismo al que había sido conducido Roy. África se ocupó de que el búlgaro viajara custodiado.

Rosario fue intervenido de urgencia. Tenía un proyectil alojado en el hombro, dos costillas rotas y el cuerpo molido a golpes.

Los acontecimientos posteriores siguieron un guion previsible: Mercedes y Damián Roy, junto a África, Alexis y Jurado, montaron guardia en la habitación del inspector y atendieron las visitas de los mandos policiales. A las diez de la noche, el médico les ordenó abandonar la estancia, permitiendo la presencia de un solo acompañante. La mirada firme y concluyente de África Trinidad despejó cualquier duda sobre la

identidad del designado.

Guitone, Lamalmi y Atanasoff fueron ingresados por separado en el módulo penitenciario del hospital. Los policías de la Brigada Provincial de Información especialistas en investigaciones antiterroristas, pululaban por el edificio en busca de pistas y declaraciones.

Como Guitone se hallaba inconsciente y el imán Yusuf, capturado en la mezquita por el GOES[34], parecía ajeno a la trama terrorista, los primeros interrogatorios se centraron en Lamalmi y en Atanasoff. El argelino no soltó prenda, pero *Caracortada*, tal vez a causa de la sedación a la que los facultativos le habían sometido, o quizá por exhibicionismo, no tuvo reparos en narrar los hechos. Cuando Guitone volvió en sí, confirmó en lo sustancial el relato del búlgaro.

Según confesaron ambos, dos años atrás Lamalmi, hombre pío, radical y pudiente, había contactado con yihadistas georgianos a través de la Darknet. Tras dos décadas viviendo en España, el dueño de la distribuidora de bebidas Tinduf despreciaba la ausencia de valores y la cobardía extrema que caracterizan la sociedad occidental. Haciendo una interpretación rigurosa del Corán y de la Sunna, había resuelto pasar a cuchillo a los infieles. Los georgianos exigieron algunas garantías que avalaran el compromiso de Lamalmi y prometieron enviarle a un hermano curtido en combate.

Una de aquellas garantías fue la construcción de la mezquita en el espacio sobrante de la nave de Tinduf. Para la *jutba*[35] de los viernes, así como para el resto de necesidades espirituales de los fieles musulmanes, Lamalmi contrató los servicios de Yusuf, un imán moderado. El empresario sabía que las mezquitas españolas están más infiltradas que las venas de un yonqui y que los sermones de un imán salafista, wahabista o simplemente rigorista, llamarían la atención de las fuerzas de seguridad y darían al traste con sus planes.

Antes de que los georgianos le mandaran a Stanislav Atanasoff, Lamalmi ya había detectado a dos hermanos dispuestos al sacrificio máximo: Guitone, al que dio trabajo como operario de Tinduf, y Alí Mohamed Hach, un chapero cuyo *modus vivendi* le remordía la conciencia y que anhelaba congraciarse con Alá antes de abandonar este mundo.

Como todas las bendiciones divinas, el advenimiento de *Caracortada* se hizo esperar, pero colmó sobradamente las expectativas de Lamalmi. La imaginación del búlgaro para el mal resultó inagotable, y sus dotes organizativas y de manipulación, admirables. Hablaba un español perfecto aprendido gracias a un curso pirateado en Internet. Lamalmi lo alojó en un piso alquilado a nombre de la empresa en las proximidades de la mezquita y corrió con todos sus gastos.

Después de entrevistarse durante horas con el empresario, Atanasoff, consciente de la ubicuidad de los investigadores españoles, decidió abstenerse de acudir al templo

y contar solo con la materia prima reclutada por el acaudalado argelino. Es decir, el operario Guitone y el chapero Alí.

Durante varias semanas, Guitone, Alí, Lamalmi y Atanasoff se reunieron a escondidas en la morada de este último para trazar las líneas maestras de la trama. Los primeros días, *Caracortada* apenas hablaba. Se limitaba a escuchar. En un par de ocasiones relató su participación en acciones armadas de yihadistas georgianos contra infieles rusos, aunque sin concretar fechas, nombres ni lugares. Su experiencia en combate se evidenciaba en las cicatrices que le surcaban torso y rostro, y en su inquietante ojo de cristal.

Stanislav Atanasoff sabía que la mejor forma de sonsacar información es guardar silencio. El ser humano tiene pánico al vacío sonoro y trata de paliarlo hablando sin cesar. Así, escuchando a Guitone, Lamalmi y sobre todo a Alí, fue como el proyecto asesino se abrió paso en su mente.

Alí contó que uno de sus clientes, Onofre Lapuerta, se dedicaba a la ingeniería de minas y que en su oficina disponía, según le había confesado en el transcurso de una borrachera, de explosivos y de cianuro sódico. También habló de Gonzalo Tejero, de su homofobia, de sus vicios y de la nínfula que el propio Alí le había agenciado comisionado por Chuso Artieda. Atanasoff hiló ambos relatos y vislumbró la luz de la oportunidad: Onofre y Tejero constituirían los cimientos perfectos sobre los que construir el mayor atentado jamás cometido en España.

Para *Caracortada*, la misión divina encomendada por Alá se imponía a cualquier otra consideración, y la amistad que estaba naciendo entre los miembros de la célula terrorista no le impedía advertir la frágil personalidad de Alí. El chapero era un tipo volátil, antojadizo y parlanchín, cuya debilidad de carácter, unida a su adicción a la cocaína, lo convertía en un elemento poco fiable.

En un elemento a eliminar una vez exprimido.

Atanasoff había aprendido a ser metódico y no dejar nada al azar. Su principal regla de combate consistía en estudiar en profundidad, siempre que las vicisitudes bélicas lo permitiesen, el escenario de la batalla y a sus contrincantes. A lo largo de varias semanas, controló los movimientos de Gonzalo Tejero.

También quiso analizar a Onofre Lapuerta para predecir sus reacciones como enemigo. Averiguó que la oficina del ingeniero de minas contaba con medidas de seguridad y pensó que, si las violentaban para hacerse con el cianuro, la sustracción sería descubierta enseguida. Por eso ideó un asesinato homófobo. El homicidio ritual de un gay haría que la Policía y los empleados de la explotación minera no repararan en la falta de un par de cajas de TETIS. Aprovechando una fiesta de disfraces de la Sauna Nordik, Atanasoff se caracterizó como John Wayne (ya había previsto emular al asesino de homosexuales John Wayne Tracy) y acompañó a Alí al establecimiento.

Allí conoció a Onofre Lapuerta, al que de un vistazo catalogó como víctima fácil. En la fiesta también descubrió la íntima amistad entre el chapero y Rodrigo Noriega. En conversaciones posteriores con Alí confirmaría el intenso vínculo de los examantes. Y, por tanto, la inevitabilidad de la muerte de Noriega.

Es lo bueno del trabajo de campo: que clarifica la estrategia.

En definitiva, antes de hacerse con el primer gramo de cianuro de sodio, Atanasoff ya había planificado las muertes de Onofre Lapuerta, Alí Mohamed Hach y Rodrigo Noriega. Y las había programado por ese orden. Por suerte, los tres eran gais, lo que permitía una novelesca puesta en escena que colmaría su vena creativa y desorientaría a la Policía, amén de aplacar la ira de Alá suscitada por el nefando pecado de sodomía. Para que el guion fuera perfecto, solo restaba la colaboración (involuntaria) de Gonzalo Tejero.

Las debilidades sexuales del político ultraconservador y la falta de moral del padre de Viviana brindaban una oportunidad pintiparada para cargar las tres muertes al primero. Pero en aquel drama aún faltaba por asignar un papel: el de prostituta. *Caracortada* encargó a Alí, más ducho en estas lides, que buscara una de lujo.

El magrebí encontró a la lumia ideal en su propio gimnasio del Centro Natación Helios. Había coincidido con Ileana Farcas en alguna orgía de postín y creyó que sería la candidata óptima para lo que fuera que *Caracortada* hubiera ideado. No erró. Cuando Stanislav Atanasoff, apostado tras los soportales del Paseo de la Independencia, vio salir a Ileana de su portal, supo que el círculo narrativo se había cerrado. Ni en sus mejores tiempos de escritor hubiera podido imaginar un broche de oro tan perfecto para el desenlace de su obra maestra.

Stanislav, acompañado por Alí, se presentó en el domicilio de la púber Viviana y propuso al señor Restrepo, padre y proxeneta de la criatura, el intercambio del semen de Tejero por una jugosa cantidad de dinero. El trueque tendría lugar a lo largo de varias semanas, ya que *Caracortada* prefería andar sobrado de existencias. Resuelto el aspecto biológico del asunto, Stanislav y Alí abordaron a Ileana y, con el concluyente argumento del *plata o plomo*, vencieron sus reticencias y la convencieron para que cooperara. Huelga decir que ni Restrepo, ni Viviana, ni la Farcas tenían el menor conocimiento acerca de las verdaderas intenciones de Atanasoff.

Las herramientas necesarias para el trabajo (armas, munición, grilletes) fueron transportadas en coche desde Bulgaria por unos antiguos camaradas de *Caracortada*. Gente curtida en las refriegas georgianas, las contravigilancias y el contrabando. Gente que no hace preguntas. La entrega se produjo de madrugada en un descampado a las afueras de Zaragoza.

Días después comenzó la acción.

La noche del veinticuatro de agosto, Alí fue con Onofre Lapuerta al despacho de

Minas Santa Rosa. Se trasladaron desde Zaragoza en el utilitario del ingeniero. La explotación había cerrado temporalmente y carecía de vigilante de seguridad. Cuando el chapero y su cliente se hacían arrumacos sobre el suelo de la oficina, *Caracortada*, escoltado por Guitone, irrumpió en la estancia. Habían llegado al lugar en un coche robado. Tras engrilletar al ingeniero y ordenarle que se pusiera mirando a Chueca, *Caracortada* le descerrajó dos tiros en la nuca. Después inyectó el semen de Tejero en el recto del cadáver, depositó encima una fotografía de John Wayne y, junto a sus compinches, abandonó la escena del crimen a bordo del vehículo sustraído, no sin antes hacerse con dos unidades de TETIS de entre las muchas que había en la estantería. Abandonaron el coche en un descampado de Zaragoza.

El búlgaro intuyó que la Policía haría un recuento de los explosivos custodiados en la caja fuerte, pero no se interesaría en absoluto por unas cajas apiladas negligentemente sobre un anaquel. Antes de dar pasaporte al ingeniero, le había preguntado por el inventario y las medidas de seguridad del tóxico. Onofre Lapuerta confirmó lo que Atanasoff sospechaba: eran inexistentes. El único material protegido y registrado documentalmente era el explosivo. Al parecer, la normativa no prescribía otra cosa. No obstante, para evitar que alguien lo echara en falta, decidió que era mejor no llevarse todo el TETIS. Un par de cajas serían suficientes.

En el asesinato de Onofre Lapuerta, Alí, al contrario que Atanasoff y Guitone, no había portado guantes. Si hubiera entrado con ellos en el utilitario del ingeniero o en la oficina de Minas Santa Rosa, la víctima habría recelado. De ahí que aparecieran sus huellas en la inspección ocular. Atanasoff había previsto la coyuntura, pero el asunto no le inquietó. La suerte del chapero estaba echada, y sus vestigios lofoscópicos, lejos de ayudar a los investigadores, contribuirían a desorientarlos. Por eso, mientras el morito y Guitone limpiaban a conciencia el interior del vehículo de Onofre, *Caracortada* solo fingió pasar el trapo en el despacho del ingeniero.

El homicidio de Alí Mohamed Hach fue algo más azaroso. Guitone había anotado mal la dirección del chapero, y cuando fueron a su portal en la plaza de las Tenerías, *Caracortada* pulsó un botón equivocado del videoteléfono. Por suerte, el vecino que se puso al aparato les indicó cuál era el piso de su antiguo compinche e inminente víctima. Además, no pudo ver a Guitone, que merodeaba por los alrededores, y solo muy parcialmente las facciones de Atanasoff, quien, en cuanto se percató de que aquella voz no era la de Alí, amorró la cabeza para hurtar el rostro al escrutinio de su interlocutor.

Cuando *Caracortada* llamó al videoteléfono del chapero, este se extrañó por lo intempestivo de la hora. Aun así, le franqueó el acceso. En el interior del portal, el búlgaro esperó a que se le uniera Guitone. Ambos subieron hasta la planta de Alí, quien, nervioso, les abrió la puerta. El joven supuso que habían surgido

complicaciones y que estaba a punto de dar con sus huesos en la cárcel. No adivinó que la complicación era él y que a su osamenta le restaba poco tiempo de vida.

—¿Qué queréis? —preguntó con voz entrecortada.

—Seguir la voluntad de Alá —respondió Atanasoff.

Superado el pavor inicial, Alí se portó como un buen chico. Lloriqueó un poco, pero terminó por aceptar su destino. Siguiendo las instrucciones de Stanislav, se dirigió a su dormitorio, se desnudó y, después de ser engrilletado por Guitone, se arrodilló sobre el colchón mostrando el culo a la escasa concurrencia. Las alternativas ofrecidas por Atanasoff (destornilladores horadando ojos, tenazas retorciendo testículos) ayudaron a que asumiera su negra suerte. *Caracortada* le disparó dos veces en la base del cráneo con la misma Arcus con la que había eliminado a Onofre Lapuerta, esta vez provista de silenciador. Luego inyectó el semen de Tejero en el cadáver y ordenó a Guitone que marchara del domicilio y esperara en una calle cercana. Atanasoff abandonó la escena del crimen cinco minutos más tarde. Antes había dejado una foto de John Wayne sobre las nalgas del chaperó.

Lamalmi había dado el visto bueno a ambos crímenes. El de Alí le dolió en el corazón, pero los designios de Alá eran inexorables, y las razones operativas esgrimidas por *Caracortada*, incontrovertibles.

El empresario estuvo informado en todo momento. Minutos antes y después de las acciones criminales, Atanasoff le llamaba para darle novedades. Los teléfonos móviles habían sido conseguidos por Guitone en el mercado negro y solo los conectaban para los asesinatos.

Los contratiempos registrados en la ejecución de Alí, sobre todo el error al llamar al telefonillo, inquietaron a *Caracortada*. Y eso que la inopinada intervención de Chuso Artieda había contribuido a arreglar el desaguisado proveyendo a la Policía de un sospechoso con el que Atanasoff no había contado. Pero, a pesar de la milagrosa irrupción de *La Atalaya*, los acontecimientos no se estaban desarrollando a plena satisfacción del búlgaro. La Policía, por ejemplo, aún no había dado (y tardaría mucho en hacerlo) con el cadáver de Onofre Lapuerta, por lo que la cortina de humo de la homofobia todavía era débil y escasamente eficaz.

Estas circunstancias tornaron a *Caracortada* aún más precavido. En el tercer asesinato de la serie, el de Rodrigo Noriega, no cometería ningún error. Sometió al dueño de la Sauna Nordik a una larga e intensa vigilancia. Quería conocer todas sus rutinas y encontrar el momento idóneo para despacharlo al barrio de los callados. En el transcurso de los seguimientos, vio cómo Rodrigo acudía a la Jefatura Superior, lo que reforzó su decisión de quitarlo de en medio. Ignoraba cuánto sabía Noriega, pero, en cualquier caso, era demasiado. Además, su muerte era una de las piedras angulares sobre las que se sustentaba la ficción homófoba que desdibujaba los preparativos del

atentado terrorista.

Eliminar a Noriega, una vez estudiados sus hábitos, fue pan comido. Atanasoff y Guitone se colaron en la Nordik cuando el último cliente hubo abandonado el local. Sabían que a esas horas nadie les molestaría. Cuando los vio, Rodrigo no mostró emoción alguna. Parecía que los hubiera estado esperando, y se sometió a las órdenes de *Caracortada* sin oponer la menor resistencia. Antes de morir, observó la fotografía de John Wayne en las manos de Atanasoff y sonrió con resignación. Quizás había aprendido, en las postrimerías de su existencia, que la voluntad de Alá es más fuerte que cualquier pretensión humana.

El asesinato de Rodrigo Noriega fue una obra de arte a la altura de las exigencias de Thomas de Quincey. La recopilación de datos, el diseño minucioso de la acción y la perfecta cumplimentación de lo planificado enorgullecieron a Stanislav Atanasoff hasta el punto de disparar sus endorfinas.

Lo que le indujo al error de dejarse ver en el funeral de la víctima.

Atanasoff había subestimado al inspector Roy, y eso estuvo a punto de significar su detención, la desarticulación de la célula terrorista y el desbaratamiento del masivo atentado que tan obsesivamente había preparado. Para su fortuna, y por los pelos, logró escapar del tanatorio, huir de los policías de Homicidios y ocultarse en su guarida, el piso franco alquilado por Lamalmi cerca de la mezquita.

Desde aquel momento experimentó una curiosidad entomológica por *RosRoy*, apodo con el que había bautizado a Rosario. Leía todo lo que de él se escribía en los periódicos y recopilaba en Internet la información de los casos que había investigado. Descubrió que su enemigo, al que hasta la fecha había despreciado, era un digno rival para su portentosa y patológica capacidad criminal. Este hallazgo incentivó sus ansias competitivas. La Operación John Wayne (Atanasoff había copiado el nombre policial aireado por la prensa y lo había aplicado a su propio plan terrorista) era, ante todo, un acto de guerra, una batalla a mayor gloria de Alá, un combate más para el definitivo advenimiento del Califato Universal y la hegemonía mundial de la *sharia*. Pero constituía también, y eso le excitaba, un reto mental entre dos cerebros duchos en los entresijos y misterios de la criminalidad. Por desgracia para *Caracortada*, esos cerebros militaban en huestes antagónicas.

Después de los tres asesinatos, el búlgaro visitó por última vez a Ileana Farcas. En ese encuentro, le propinó una brutal paliza y le ordenó que se inyectara el esperma de Tejero y denunciara haber sido forzada por el presidente de Tradición y Familia.

El resto fue...

El resto fue mágico: la detención de Gonzalo Tejero, cuya fobia a gais y extranjeros era de dominio público, suscitó un escándalo de proporciones colosales. Para cebar aún más el espectáculo político y mediático, *RosRoy* descubrió por fin (*Caracortada*

nunca llegó a saber cómo) el cuerpo sin vida de Onofre Lapuerta en la oficina de Minas Santa Rosa. Los periódicos aseguraron que el móvil del crimen no era económico, que en el despacho del ingeniero no faltaba ningún efecto y que los explosivos, único artículo relevante de la escena del crimen, no habían sido sustraídos de la caja fuerte. Y subrayaron, cómo no, las significativas analogías entre la muerte de Onofre Lapuerta y las de Alí Mohamed Hach y Rodrigo Noriega.

Ni una palabra de las dos unidades de TETIS hurtadas de la estantería.

La artimaña de la homofobia había funcionado a las mil maravillas. Gonzalo Tejero, sumido en las nieblas de su ansiedad paranoide, ni siquiera sospechaba por dónde le habían venido las bofetadas. ¿Cómo iba a suponer que Viviana había guardado su semen y que Restrepo lo había vendido a unos asesinos en serie?

A Stanislav Atanasoff solo le quedaba esperar hasta el Día del Pilar, fecha emblemática en el calendario católico de *al-Ándalus*, para mostrar al mundo el poderío de Alá y la supremacía de la *umma*^[36]. Entretuvo la espera controlando los movimientos de Ileana Farcas y de Rosario Roy; los de la primera, por el peligro que podían suponer para sus planes terroristas; los del segundo (del que llevaba tiempo detrás) por precaución, curiosidad y un anacrónico prurito novelístico.

El búlgaro no podía matar a la prostituta, porque eso hubiera hecho sospechar a las autoridades que algo turbio se escondía tras la denuncia de violación. Así pues, hubo de conformarse con vigilarla de cerca. La rumana, aterrorizada, huyó de España sin confesar a la Policía los tejemanejes a que Atanasoff la había obligado.

En uno de sus seguimientos sobre *RosRoy*, *Caracortada* vio al inspector en la cola de inscripciones para la maratón del doce de octubre. De ahí se derivaban dos consecuencias: que el búlgaro debía extremar las precauciones y que, si Alá no lo remediaba, su antagonista en la Operación John Wayne moriría en el atentado. ¿Cabía final más emotivo para el grandioso andamiaje argumental erigido por Stanislav? ¿Era posible mayor satisfacción para un novelista que había trocado la pluma por la pistola, la ficción por la dantesca realidad? Sin duda, Alá le colmaba de bendiciones.

O eso creyó hasta que, llegado el día clave, las cosas se torcieron.

En las jornadas previas al atentado, Guitone, Atanasoff y Lamalmi habían inyectado cianuro sódico en gran parte de los cientos de botellas de agua y de refresco isotónico que la empresa Tinduf distribuiría en las mesas de avituallamiento. Las botellas de agua contenían una dosis menor para que el olor a almendras amargas no alertara a los corredores. No obstante, se trataba de una cantidad suficiente para producir graves e irremediables secuelas físicas. Las botellas de refresco isotónico, por el contrario, iban cargadas con una porción tóxica letal. Atanasoff calculaba que, para cuando los corredores comenzaran a sufrir convulsiones y los organizadores se percataran de lo ocurrido y reaccionaran retirando los refrescos, cientos de atletas habrían firmado ya

su aciago destino. Con un poco de suerte, se superarían las doscientas muertes y quinientos atletas quedarían lisiados de por vida.

El doce de octubre, cuatro horas antes del inicio de la maratón, mientras centenares de infieles desfilaban todavía a los pies de la Virgen del Pilar, Guitone y Atanasoff iniciaron la distribución del material entre las doce mesas de avituallamiento. Acometieron el recorrido a la inversa, comenzando por los últimos puntos de refresco, donde colocaron bebidas inocuas. Suponían que los corredores no llegarían tan lejos, ya que la organización habría suspendido antes la competición. Uno tras otro, fueron surtiendo los diferentes puntos hasta llegar al quinto, emplazado en el kilómetro veintiuno de carrera, donde depositaron las primeras botellas envenenadas. Lo mismo hicieron en el puesto cuarto, tercero y segundo.

Cuando estaban terminando el suministro de la primera mesa, ubicada a poco más de un kilómetro de la línea de salida, sobrevino la desgracia.

Capítulo treinta y ocho

14 de octubre, viernes, 01.00 horas.

La desgracia para *Caracortada* y el orate de Guitone —matizó África—. Pero esa parte me la ahorro porque la protagonizaste tú en persona y te la sabes mejor que yo.

Durante la narración de los hechos, África, a requerimiento de Rosario, había apagado los fluorescentes, cuyo intenso brillo hería las retinas del inspector. Ahora, entrada la madrugada, la luz de la luna se filtraba por los intersticios de la persiana, iluminando el escorzo de la chica.

Rosario escrutó a su compañera con una mezcla de curiosidad y ternura. Era una muchacha bella, de facciones proporcionadas y suaves, a la que nadie en su sano juicio imaginaría encañonando a terroristas o haciendo uso de la fuerza para reducir a fornidos traficantes de drogas. Y, sin embargo, allí estaba, relatando lo ocurrido con la misma tranquilidad con la que contaría una anécdota sucedida en el autobús, como si aquello fuera el pan nuestro de cada día y su intervención en los hechos puramente accidental. Era una mujer admirable. Atractiva y admirable.

Y por alguna inexplicable razón sentía algo por él.

—¿Puedo saber en qué piensas? —preguntó África.

—En nada —mintió Rosario.

El inspector reflexionaba sobre su relación con la judoka, sobre sus posibilidades de futuro, sobre la conveniencia de confesarle que había sido concebido por obra y gracia de un violador, y que su vida sentimental estaba condicionada por el patológico temor a que la carga genética heredada del padre acabara por dañar a la persona amada.

Pero concluyó que aquel no era momento propicio para revelaciones íntimas. En la Operación John Wayne aún había incógnitas por despejar.

—¿Dices que *Caracortada* está en el piso de arriba?

—En el módulo penitenciario —precisó África—, custodiado por agentes de uniforme. Lamalmi y Guitone también están ingresados en habitaciones de seguridad.

—Ajá.

—¿No estarás pensando en...?

Dos costillas rotas y un balazo en el hombro son capaces de aplacar cualquier

apetito, salvo el apetito de curiosidad. Y menos en un policía.

—Tengo que hablar con él.

—¿Te has vuelto loco? No puedes levantarte de la cama, acaban de operarte. Además, los compañeros de la Brigada de Información se han hecho cargo de las diligencias, no puedes interrogar a los detenidos.

—No voy a interrogar a nadie. Solo quiero charlar con Atanasoff.

Con métodos que abarcaron desde la orden explícita hasta el chantaje emocional, Rosario logró convencer a África para que lo incorporara en el lecho y, entre gemidos y juramentos, lo aupara en la silla de ruedas que alguien había dejado junto al lavabo.

—Esto me cuesta un mes de empleo y sueldo —murmuró África.

—Yo corro con los gastos —dijo el inspector—. Pero, pase lo que pase, no permitas que nadie me levante de la silla.

—¿Y eso? —preguntó la mujer mientras abría la puerta de la habitación y empujaba el artilugio a través del umbral.

Roy miró a derecha e izquierda antes de responder:

—No llevo ropa interior, y estos malditos pijamas de hospital dejan la retaguardia al descubierto.

En el pasillo, un policía uniformado que hacía guardia sentado en un sillón se puso en pie al ver salir a la pareja.

—¿Todo bien, inspector?

—Todo perfecto.

—¿Necesita algo?

—Solo cambiar de aires —bromeó Roy. África, con cara de circunstancias, conducía la silla en dirección al ascensor—. Vamos a bajar a recepción, a tomar un café de máquina.

—¿Les acompañó?

—No hace falta. La compañera va armada, será suficiente escolta. —Roy advirtió que sobre el sillón del policía había un paquete de tabaco—. Aproveche para salir a fumar, nosotros tardaremos un rato.

—Gracias, jefe.

África siguió empujando la silla hasta llegar al ascensor. Tras pulsar el botón de llamada, vio que el agente uniformado se ponía un cigarrillo en la boca y se encaminaba hacia la escalera de incendios. La mujer suspiró, lo que estaban a punto de hacer vulneraba todos los protocolos.

Un tintineo anunció la llegada del ascensor. La puerta automática se abrió y África se metió dentro con la silla y su inquilino.

—Mientes con mucho desparpajo —señaló cuando el aparato comenzó a moverse.

—Nunca a la mujer que amo —dijo Roy con una sonrisa.

Llegaron a la planta superior, donde se toparon con una reja que impedía el acceso al pasillo. Un policía joven estaba de plantón tras los barrotes. A su espalda, tres parejas de uniformados custodiaban sendas habitaciones: las de *Caracortada*, Lamalmi y Guitone. El resto de estancias del módulo penitenciario estaban desocupadas. Un retén del GOES, compuesto por cinco agentes, montaba guardia a fondo del pasillo. Portaban chalecos antibalas y subfusiles MP5.

Rosario se dirigió al policía que vigilaba la reja.

—Quiero hablar con Stanislav Atanasoff. Soy Roy, el jefe de Homicidios.

—Le conozco, inspector —dijo el agente—. Fue una pasada lo que hizo en la maratón. Los tiene usted cuadrados.

—No creas, compañero, hay días en que se me redondean. —El uniformado rio nerviosamente la gracia—. ¿Puedes abrirme la reja? Tengo que preguntarle un par de cosas al búlgaro.

El joven agente titubeó.

—Los de la Brigada de Información ya lo han interrogado...

—Me consta —afirmó tajante el inspector—, pero ellos solo se interesan por los aspectos ideológicos del asunto y por sus implicaciones internacionales. Yo necesito aclarar algunas cuestiones operativas para cumplimentar los formularios de la Unidad Territorial de Inteligencia. Nosotros empezamos las investigaciones, y aunque los de Información se hagan cargo ahora de las diligencias, todavía tenemos que enviar toneladas de papel a la superioridad.

»La puta burocracia, ya sabes.

El agente no sabía nada, pero asintió con la cabeza y, adoptando un semblante cómplice, franqueó el acceso a la pareja.

—Está en la primera habitación —informó.

África dirigió la silla de ruedas hasta la puerta más cercana, que estaba entornada. Los uniformados que la custodiaban se apartaron.

—Prefiero quedarme a solas con él —dijo Roy.

África se encogió de hombros y condujo la silla al interior de la habitación, colocándola junto a la cama. Sobre ella, asaetado a vías y enchufado a un monitor de constantes vitales, yacía *Caracortada*. Un parche impedía ver el destrozo que el proyectil disparado por Roy había ocasionado en su único ojo sano, ahora ya inservible. El otro, el de cristal, estaba oculto bajo los párpados, herméticamente cerrados.

La respiración del búlgaro era profunda y pausada, y su corazón, según indicaba el monitor, latía a ritmo lento.

—¿Vas a cantarle una nana? —preguntó África.

—Esperaré a que se despierte —replicó Roy.

—Si me necesitas, pega un grito.

Al salir de la habitación, África cerró la puerta.

El inspector se incorporó en la silla y reclinó el tronco para aproximarse al lecho. Con suavidad, percutió el dedo índice contra la mejilla del terrorista. Los párpados de *Caracortada* se agitaron levemente.

—Sé que estás despierto —afirmó Roy. Cuando uno duerme, no mueve los párpados por un pequeño roce en la cara.

Atanasoff tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Ya se ha ido tu chica? —interrogó al fin con la voz quebrada. Los párpados de su ojo ortopédico se abrieron despacio—. Mejor así, la charla que vamos a tener es solo para hombres.

—En nuestro país las mujeres pueden intervenir en cualquier conversación.

Caracortada giró la cabeza a la izquierda, simulando mirar a su interlocutor.

—Venga ya, *RosRoy*. No me jodas con moralinas.

Siguió un largo silencio que Roy aprovechó para examinar la habitación, sumida en la penumbra. El único punto de luz era una pequeña lámpara que alumbraba débilmente la entrada. Había solo una cama, situada junto a la ventana enrejada, y estaba inclinada para facilitar la respiración del paciente. A través de una puerta corrediza de madera se accedía al lavabo. Desde donde estaba, el inspector atisbó la ducha, que carecía de plato.

Un reloj colgado en la pared acompañaba el sosiego de la estancia con su monótono tic-tac.

—Supongo que quieres saber por qué, ¿no? —dijo Atanasoff.

—A eso he venido.

El búlgaro inspiró hondo antes de dar inicio al relato. Su ojo ortopédico se clavó en Roy, quien se sintió incómodo bajo aquel escrutinio artificial. Costaba creer que se tratara de una mirada vacía, estéril. De la mirada de un ciego.

—En Bulgaria, donde nací, siempre me sentí fuera de lugar —confesó *Caracortada*—. Busqué mi sitio y mi identidad en la literatura, en la política y hasta en el cristianismo ortodoxo, pero no los encontré. La implicación de las personas que me rodeaban siempre era superficial.

Atanasoff hablaba seguido e impostando la voz, como si hubiera preparado el discurso. No tenía inconveniente en explayarse, lo que confirmó a Roy que, en cierto modo, todo terrorista es un exhibicionista con pistola.

—En Europa —continuó—, el capitalismo lo impregna todo. Fuera del dinero, solo permite compromisos provisionales; vínculos estéticos y políticamente correctos. Se puede ser progresista, pero poco; conservador, pero con límites; cristiano, pero sin perturbar el orden establecido. Hasta la disidencia está permitida, siempre que

respete las reglas del juego.

»Los revolucionarios de hoy en día hubiesen provocado carcajadas en los tiempos de Bakunin. Creen estar dinamitando los cimientos del sistema y no saben que lo único que hacen es justificar el sacrosanto pluralismo político sobre el que se asienta ese oligopolio al que los incautos llaman democracia. Van de rebeldes, de subversivos, de insumisos, y cuando la Policía les pone las esposas, corren a llamar a un abogado para tratar de defender su inocencia ateniéndose a las normas procesales del Estado que pretenden derrocar. En vez de echarle cojones y decir *Sí, he sido yo, y no reconozco vuestro puto sistema judicial*, buscan una coartada para eludir sus responsabilidades. *No fui yo, se excusan, puedo demostrar que no estaba allí*. Valiente desobediencia civil...

Caracortada hizo una pausa. Hablar le robaba el aire, le fatigaba. El balazo del pulmón no le permitía alharacas verbales. Durante el receso, Roy no pronunció palabra. En la medida de lo posible, prefería evitar la interacción, porque el terrorista la interpretaría, sin duda, como una forma de empatía.

—Occidente —prosiguió el búlgaro— está obsesionado con el consumo y el ocio, nuevos narcóticos para adocenar a las masas y embotar su espíritu crítico.

»El Estado del Bienestar ha convertido a la juventud en un hatajo de consentidos que solo vive para la fornicación y el botellón de fin de semana.

»Las mujeres se comportan como niñas, prolongando artificialmente la adolescencia hasta entrar en la menopausia. ¿Qué se puede esperar de una civilización cuyas hembras fértiles se niegan a procrear, y después, cuando bordean la esterilidad, quieren a toda prisa convertirse en madres, a una edad en la que deberían ser ya abuelas? ¿Adónde va una sociedad cuyas mujeres prefieren desarrollar *su carrera profesional* —Atanasoff pronunció despectivamente el sintagma— a perpetuar su raza, su cultura, su nación?

»*Carrera profesional, liberación de la mujer, realización personal...* Eufemismos ideados por los señores feudales del capitalismo. ¿Qué clase de *liberación* alcanza una mujer que trabaja ocho horas al día como cajera de un supermercado a cambio de un salario que no da para pagar el alquiler, y luego, cuando vuelve a casa, tiene que ocuparse de las tareas del hogar? ¿No vivía con más dignidad hace años, cuando el sueldo del marido era suficiente para mantener a la familia y ella podía dedicarse en exclusiva al cuidado de los hijos? ¿Es una *carrera profesional* trabajar en Zara, o poner cafés? ¿Lo es atender la agenda de citas de un jefe que saliva cuando te mira el escote y se masturba en el aseo fantaseando con azotarte las nalgas? Carrera profesional es dirigir un ejército, construir mezquitas o catedrales, descubrir la vacuna de la viruela. El resto son servidumbres de menestral.

»Y los hombres, por llamarlos de alguna manera, ¿qué ha sido de ellos, de su

virilidad? Tardan más tiempo que sus esposas en arreglarse. Se depilan las cejas, el pecho, las piernas, como si sintieran vergüenza o asco de su masculinidad. Cualquiera día se cortarían las pelotas. Viven embrutecidos por el ocio y la tecnología, por el alcohol y las drogas, y postergan sus deberes de adulto hasta edades en que ya les aqueja la artritis.

»Hace poco, paseando por un parque, me topé con unos treintañeros que hacían ridículas piruetas sobre sus monopatines. A la edad en que Alejandro Magno o Napoleón habían conquistado naciones, ellos llevaban rodilleras acolchadas y chichoneras en la cabeza. Otro día, en el mismo parque, vi a centenares de adultos que corrían como gallinas descabezadas mientras miraban las pantallas de sus móviles. Estaban persiguiendo Pokémons...

Atanasoff paró de nuevo para tomar aliento. La respiración se le había agitado a causa de la vehemencia del discurso. Tardó unos segundos en apaciguarse.

—Sé que, en muchos aspectos, piensas como yo —afirmó cuando retomó el monólogo—. Te he estado siguiendo, *RosRoy*, te he estudiado. He leído sobre ti en Internet y en los periódicos. Eres un hombre chapado a la antigua, un hombre con cojones y con valores. Y te respeto por ello.

—Lo que no te ha impedido intentar liquidarme —dijo Roy.

—Los designios de Alá están por encima de mis deseos. Pero créeme, me alegro de que no palmaras bebiendo cianuro en la maratón.

—¿También te alegras de que tuviera mejor puntería que tú?

Caracortada escupió una carcajada siniestra.

—De eso no, la verdad, porque significa que me has vencido y que no he podido servir a Alá como tenía previsto. Espero que el Todopoderoso, en su infinita misericordia, logre perdonarme, *Insha'Allah*. Pero, lo dicho, me consuela saber que mi antagonista está a mi altura moral.

—¿A tu altura moral? —Roy habló en voz baja. Su mirada destilaba desprecio—. Yo jamás mataría a civiles indefensos. Yo respeto la ley.

Stanislav Atanasoff dibujó una enigmática sonrisa en sus labios.

—Luego te demostraré que estás equivocado —replicó—. Tú y yo no somos tan distintos.

—Típica frase de película barata... ¿No se te ocurre algo más original?

—Desgraciadamente, no —lamentó el terrorista—. Quizá por eso no triunfé como escritor, aunque has de reconocer que como asesino soy bastante bueno.

—¿Necesitas mi aplauso?

—Lo agradecería, viniendo de un profesional cualificado como tú. Pero intuyo que me voy a quedar con las ganas.

El mutismo del inspector confirmó sus sospechas.

—De todas formas —continuó *Caracortada*—, eso es irrelevante. Lo único importante es que en Georgia me iluminó el islam. Gracias a los valientes hermanos que allí me acogieron, hombres para quienes la existencia es lucha y esfuerzo a mayor gloria de Alá, conocí al fin la verdad.

—Ah, sí —ironizó Roy—, la Verdad Absoluta.

—No la hay de otro tipo. La verdad, para ser tal, tiene que ser absoluta. Como el islam. Las verdades relativas son el escondite de la mentira, por eso no cuentan con guerreros dispuestos a morir por ellas. ¿Quién quiere perder la vida por el capitalismo, por la igualdad entre hombre y mujer, por la separación de poderes? Nadie, porque son solo patrañas.

—Ya.

Roy pensó que la conversación se estaba agotando. Como había previsto, *Caracortada* no era más que otro pobre iluminado que, ansioso de certezas, había terminado por abrazar una versión adulterada del islam. Probablemente, sus complejos y una acusada falta de autoestima le habían impelido a buscar una misión heroica que dotara su vida de sentido. Y como entrar en la Delta Force^[37] es complicado, se había enrolado en la *yihad*, donde no se exigen pruebas físicas ni exámenes de personalidad.

Por otro lado, al inspector le inquietaba que ciertas opiniones apuntadas por Atanasoff coincidieran sospechosamente con las suyas. Sobre todo las relativas a la juventud, a los hombres y al estado de infantilismo en que se encontraba sumida Europa. Para tranquilizarse, concluyó que si un reloj parado acierta dos veces al día nada impide que de la boca de un loco escape alguna verdad.

Estaba a punto de llamar a voces a África cuando Atanasoff habló de nuevo:

—Antes dije que errabas al afirmar que nunca matarías a civiles indefensos y que, en realidad, no te tragas esa ficción capitalista llamada *ley*. Y dije que te lo iba a demostrar.

—Pues no lo has hecho, ni creo que lo vayas a hacer.

—¿Te juegas algo?

Roy no respondió.

—Yo ya he cumplido mi misión —afirmó *Caracortada*—, o la pequeña parte de ella que me ha sido posible realizar. Sé lo que va a ocurrir ahora. En cuanto me recupere, tus amables compañeros de la Brigada de Información me someterán a... *una intensa presión* —dijo con retintín— para hacerme cantar mis contactos en España, Bulgaria y Georgia.

—Nosotros no torturamos, si es eso lo que insinúas.

—Claro, claro. España es un país civilizado, con una constitución que garantiza el derecho a la integridad física, al trabajo y a una vivienda digna. A otro perro con ese

hueso. En Bulgaria también tenemos leyes democráticas, y te aseguro que si caes en manos del Servicio de Seguridad Nacional acabas confesando que fuiste tú quien mató a Kennedy.

—La Policía Nacional no tortura —insistió el inspector.

—Si no lo hace la Policía Nacional, lo hará el CN[38]. Pero, sea quien sea, alguien intentará sacarme información a la fuerza. Y no voy a permitir que eso ocurra.

Roy sacudió la cabeza; Atanasoff era un demente, un paranoico con el que no merecía la pena debatir. No obstante, el inspector estaba intrigado.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó.

—¿Tú me consideras un civil indefenso?

Roy examinó a *Caracortada*. El terrorista, completamente ciego, yacía inerte en la cama. Respiraba con dificultad, y una maraña de vías y cables conectaba su cuerpo al monitor de control y a los goteros que suministraban suero, antibiótico y calmantes. Su piel, apergaminada por la deshidratación, presentaba una tonalidad cetrina.

—Ahora mismo, sí —respondió finalmente el inspector.

Caracortada esbozó una sonrisa y se llevó la mano izquierda al ojo artificial. Con el índice y el pulgar, separó los párpados. Luego, hendiendo los dedos de la diestra en la órbita, extrajo la prótesis mediante un enérgico giro de muñeca.

—¿Sabes que ya no los hacen de cristal? —interrogó mientras sostenía el falso ojo en alto.

—Lo ignoraba. —A Roy, las maniobras de Atanasoff le habían revuelto las tripas—. ¿Qué material emplean?

—Un metacrilato denominado PMMA.

—Curioso.

El terrorista dejó la prótesis junto a la almohada y volvió a meter los dedos en la cuenca ocular. Tras hurgar brevemente en ella, sacó una pequeña cápsula protegida por una película transparente. Con el concurso de ambas manos, despegó el envoltorio aislante. Luego blandió la cápsula, mostrándosela al inspector:

—¿Adivinas qué hay en su interior? —preguntó.

—Cianuro sódico, supongo.

—Bingo —exclamó *Caracortada*—. Novecientos miligramos de cianuro sódico, cantidad más que suficiente para matar a un elefante. ¿Y sabes qué voy a hacer con ella?

Roy no contestó.

—Voy a ingerirla para evitar vuestros convincentes interrogatorios —dijo el búlgaro—. En dos minutos comenzaré a tener convulsiones. Si solicitases ayuda médica en ese momento, aún tendría alguna posibilidad de salvarme. Pero estoy seguro de que no lo harás, a pesar de que soy un civil indefenso y de que tu condición

de policía te obliga a protegerme. Tu pragmático sentido del bien y del mal te convencerá de que es mejor que muera, porque, de lo contrario, saldré a la calle después de cumplir condena y volveré a matar. Tu ética personal, tus afectos y tu patriotismo se impondrán a esa memez hueca de la ley y el Estado de Derecho.

»¿Me equivoco?

—No lo sé —respondió Roy sin mover un músculo de la cara—. Pero podemos comprobarlo.

—Ese es mi chico.

Atanasoff tanteó en la mesilla auxiliar hasta dar con un botellín de agua. Luego se metió la cápsula en la boca y bebió un trago. No sin dificultad, logró ingerir el veneno.

Roy consultó el reloj de la pared.

—Pasados cuatro minutos, el proceso será irreversible —informó el búlgaro—. Aún me agitaré entre espasmos y gritos de dolor, pero estaré prácticamente muerto. Es en ese momento cuando debes pedir auxilio: todos pensarán que has intentado salvarme y así no tendrás que rendir cuentas ante la justicia.

»¿Cuánto tiempo llevamos?

—Treinta segundos —dijo el inspector.

—Ahora todo depende de ti —sentenció el terrorista—. Mi suerte está en tus manos.

A partir de aquel momento, Atanasoff guardó silencio.

Con las manos apoyadas sobre los muslos, Roy fijó la vista en las manecillas del reloj. En la estancia solo se escuchaba el mecánico avance del segundero, su implacable y prosaico tic-tac.

Cuando se cumplían dos minutos, *Caracortada* sufrió las primeras convulsiones y un hilillo de baba espumosa se abrió paso a través de la comisura izquierda de sus labios.

El inspector siguió mirando el reloj, mientras pensaba en los tres homosexuales asesinados y en la masacre que había estado a punto de vestir de luto a toda una ciudad, a todo un país.

Epílogo

14 de octubre, viernes, 15.05 horas.

La Operación John Wayne ha tenido un desenlace inesperado. Stanislav Atanasoff, principal estratega del atentado diseñado para acabar con la vida de cientos de corredores en la maratón del doce de octubre, se ha suicidado esta madrugada en el módulo penitenciario del Hospital Miguel Servet mediante la ingesta de una cápsula de cianuro sódico. Se trata del mismo veneno con el que había planeado sembrar el terror en el día grande de las fiestas zaragozanas.

El suicidio se ha producido en presencia del inspector de la Policía Nacional Rosario Roy, jefe del Grupo de Secuestros y Homicidios y, hasta hace poco, máximo responsable de las investigaciones. Recordemos que Roy fue el agente que, de manera heroica y con grave riesgo para su integridad física, impidió que la maratón del pasado miércoles terminara en tragedia.

El inspector estaba interrogando al terrorista cuando este, sin previo aviso, se introdujo en la boca una cápsula con cianuro. Inmediatamente, el agente requirió el auxilio del personal sanitario. No obstante, no se pudo hacer nada para salvar la vida del suicida.

Patricia Duque, en directo, para Telenoticias Segunda Edición.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todos aquellos que han contribuido a que esta novela sea medianamente legible, y en especial a...

... Jordi Lopesino, por su desinteresada paciencia, por sus atinadas correcciones, por su generosidad.

... Ángel Guillén.

... Marcos Frías.

... José Esteban, alias *Papá*.

... Benigno Calvo.

Agradezco de corazón a Pablo Álvarez, Iñaki Nieva y Gonzalo Albert la oportunidad que me han brindado, así como la dedicación y el cariño dispensados. Gracias también a Christian Gálvez, por haberme puesto en contacto con este maravilloso equipo editorial.

Por último, no puedo dejar de mencionar a Jordi Nadal, sin cuyo concurso jamás habría experimentado el placer de ver mis novelas publicadas. A tu lado, J.

Notas

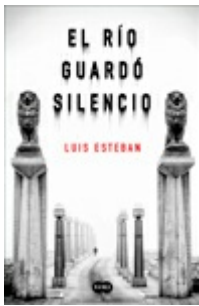
- [1] Feo, fuerte y formal: epitafio que figura en la tumba del actor.
- [2] Lofoscópico: dactiloscópico, relativo al estudio de las impresiones dactilares.
- [3] UDEV: Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta.
- [4] Palmera: en argot policial, muerto, sobre todo si ha sido asesinado.
- [5] Dátiles: en argot policial, huellas dactilares. RAE: coloquialmente, dedo de la mano humana.
- [6] Hiyab: velo que cubre la cabeza y el pecho.
- [7] Farlopa: en germanía, cocaína. Deriva de falopa. (RAE: estupefaciente, sustancia que produce efecto estimulantes).
- [8] GEO: Grupo Especial de Operaciones. Lleva a cabo las misiones más peligrosas dentro de la Policía Nacional.
- [9] Dolores Vázquez Mosquera fue declarada culpable de la muerte de Rocío Wanninkhof por un jurado popular, er medio de una tremenda presión social. Ingresó en prisión. Años más tarde se detuvo al verdadero autor de los hechos.
- [10] Troncha: en argot policial, vigilancia.
- [11] *Briefing*: anglicismo, reunión para planificar las tareas del día o una operación policial concreta.
- [12] Canuto: en argot policial, teléfono, especialmente si está intervenido.
- [13] Perica: en germanía, cocaína.
- [14] Prueba RD: prueba de restos de disparo, que sustituye a la antigua prueba de la parafina.
- [15] *No ha estat cap molèstia*: No ha sido ninguna molestia. (Catalán).
- [16] *Tot i així, li estem molt agraïts*: Aun así, le estamos muy agradecidos.
- [17] Cumplirá su deber, obedecerá hasta morir: Uno de los doce *espíritus* del Credo Legionario.
- [18] SAM: Servicio de Atención a la Mujer.
- [19] Vehículo *K*: coche policial sin distintivos.
- [20] Darknet: red oscura de comunicación virtual que no puede ser rastreada por las autoridades.
- [21] CODIS: base de datos de ADN forense en España.
- [22] *Habeas corpus*: institución jurídica que garantiza la legalidad de la detención, instando la personación del detenido ante al juez de instrucción.
- [23] Ruina: en germanía, condena de cárcel.
- [24] Farlopero: en germanía, adicto a la cocaína (*falopa* en la RAE, *farlopa* en lenguaje del hampa).
- [25] Idearrea: diarrea ideológica.
- [26] *Brainstorm*: tormenta de ideas.
- [27] *Targets*: objetivos.
- [28] Picarse a alguien: en germanía, asesinarlo.
- [29] Bocaflor: que dice de manera atractiva lo que los demás quieren escuchar.
- [30] Harry Callahan: detective protagonista de una serie de películas entre las que destaca *Harry el Sucio* y *Magnum Force*. El personaje era interpretado por Clint Eastwood.
- [31] Encerrar: en argot policial y germanía, seguir a alguien hasta su domicilio.
- [32] Estupas: en argot policial, Estupefacientes.
- [33] Colombiche: en germanía, despectivamente, colombiano.
- [34] GOES: Grupo Operativo Especial de Seguridad. Segundo escalón de la operatividad especial dentro de la Policía Nacional, por debajo del GEO.
- [35] Jutba: sermón de los mahometanos, generalmente pronunciado en una mezquita.
- [36] Umma: conjunto de todos los creyentes del islam.

[37] Delta Force: unidad de operaciones especiales del ejército de Estados Unidos.

[38] CNI: Centro Nacional de Inteligencia, servicios secretos españoles.

La investigación de un asesinato homófobo perpetrado en Zaragoza llevará al inspector Roy a un descubrimiento insospechado.

**Una novela policiaca escrita por un policía.
Una visión realista de los entresijos de la profesión.**



«A Roy le avergonzaba haber engrosado en el pasado las filas de la homofobia. Y le abochornaba mantener todavía ciertas prevenciones, por lo general de orden estético, frente a los gais más afeminados. Pero era consciente de que había nacido idiota y de que, con grandes dosis de suerte y esfuerzo, lo máximo que lograría es morir siendo medio tonto. La evolución desde la estulticia hasta la sabiduría exige, salvo contadas excepciones, más tiempo del que abarca una vida humana. Así son las cosas y el inspector así las aceptaba.»

Un chapero marroquí aparece asesinado a tiros y con las manos engrilletadas a la espalda. El asesino ha dejado una foto de John Wayne sobre el cadáver. Rosario Roy, un inspector de policía de vida compleja, se encargará de la investigación del que parece ser el primero de una larga serie de homicidios.

En el transcurso de las pesquisas, una prostituta rumana denuncia por violación a un conocido político.

Estas dos tramas confluyen en una intriga policiaca de sorprendente desenlace, ambientada en Zaragoza y con las fiestas del Pilar como telón de fondo.

Sobre el autor

Luis Esteban (Zaragoza, 1972) es licenciado en Derecho y comisario de la Policía Nacional. Ha publicado las novelas *El inspector que ordeñaba vacas* y *La vida contra las cuerdas*. Alcanzó gran popularidad al ganar el bote de Pasapalabra, el concurso de Telecinco presentado por Christian Gálvez.

© 2017, Luis Esteban
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-137-4

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Imagen de cubierta: Joel Peirat Montañes

Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



Índice

[El río guardó silencio](#)

[Dedicatoria](#)

[Aclaración que el lector inteligente puede saltarse](#)

[Orden jerárquico en la Policía Nacional](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)